3 1761 09544705 8

143/10
a P 3 5

LA CABEZA

DEL REY D. PEDRO.

LA CABEZA

DEL REY

DON PEDRO.

LS
F3674c

LA CABEZA

DEL REY D. PEDRO.

TRADICION HISTÓRICA, ORIGINAL

DE MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

CUARTA EDICION.

B21065
12.11.35

MADRID.
MURCIA Y MARTI, EDITORES.
Cruz Verde, 12.

1862.

Es propiedad de los editores.

MADRID 1862.—Imp. de la Galería Literaria, á cargo de Castillo calle de la Cruz Verde núm. 16.

PRÓLOGO.

Hay en la muy ilustre y celebérrima ciudad de Sevilla, en la parroquia de san Isidoro, y cerca ya de la puerta de Carmona, una calleja estrecha, mal empedrada, sucia, cuyas diez viejísimas casas, á imitacion de esas viejas que se enjavelgan la cara para parecer mas jóvenes, están completamente blanqueadas, á escepcion de las corroidas maderas de sus postigos y de sus aleros, con blanquísima cal de Moron: los estremos de esta calle se apoyaban el uno en la de Mesones, y el otro en la del Candilejo; y por esta parte, junto á una esquina, dentro de un nicho de piedra blanqueado, hay un busto de Rey con corona

en la cabeza, manto real en los hombros, y uno como dogal al cuello; siendo de notar que esta cabeza, como el nicho y como las casas de la calle, está blanqueada.

Por debajo del nicho, en un azulejo, y haciendo el oficio de una nota se lee en letras azules: *Calle de la Cabeza del Rey D. Pedro.*

Y en efecto, quien, conocedor de nuestra historia, se detenga á contemplar aquel busto, y lea aquel letrero, no podrá menos de reparar en la escultura, aunque esté estropeada, y mutilada, y embadurnada, algo de ese aspecto feroz, de esa fijeza incontrastable, de esa crueldad salvaje que nos han trasmitido las crónicas como semblanza del Rey D. Pedro el Cruel.

A no dudarlo, aquella es la *vera efigies* del susodicho celebérrimo soberano, ó quien la inventó, y se la atribuyó, y la hizo pasar por suya, escribió en piedra con un pincel el carácter que nos presenta en descripcion la historia.

¿Pero aquella cabeza es un monumento de honor, ó un padron de infamia? ¿Por qué junto á su atavío régio figura un dogal, como en muestra de justicia? ¿Fué puesto en aquel lugar apartado como en señal de infamia por Enrique II el fratricida?

Hé aqui la pregunta que nos hicimos, al detenernos á contemplar aquel resto de la edad media, un en-

capotado dia de invierno, en que lo opaco del celage daba un color casi fantástico al busto tradicional. Desde entonces, y para satisfacer nuestra curiosidad, preguntamos á viejos, revolvimos archivos, desenterramos papelotes y pergaminos, y al fin, encontramos datos suficientes para poder escribir de una manera fiel la tradicion que seguidamente vamos á relatar á nuestros lectores.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

En que se demuestra que un cepo de ánimas puede servir para muchas cosas, y que no es prudente fiar en la soledad de una calle.

Daba la oracion en un oscuro dia de invierno, del año de gracia de 1354, en la morisca torre de la iglesia de San Juan de la Palma de Sevilla, cuando, merced al débil crepúsculo, que prometia una noche densamente oscura, se vió desembocar por la plazuela que ahora lleva el nombre de la iglesia, y por la calle de los Viejos, que entonces se llamaba del Cristo-Negro, en razon á un crucifijo de color oscuro por su antigüedad, que se veia en un nicho, contínuamente alumbrado por una lámpara, se vió desembocar, decimos. un hidalgo, que tal lo parecia por su

talante y su larga espada, rebozado en una loba parda, y calada hasta los ojos una gorra de velludo; estas dos prendas, unas calzas atacadas de grana, y unos borceguíes de ante, armados de espuelas, eran lo único que se veia del traje del encubierto, que al entrar en la plazuela, se detuvo un momento irresoluto delante del pórtico de la iglesia, en el cual habia un pequeño postigo abierto.

En aquel momento, á pesar de que Sevilla, por ser córte, era mas populosa y mas rica que ahora, no pasaba un alma viviente por la plazuela, y nuestro embozado pudo, sin ser visto, acercarse rápidamente á un cepillo, especie de arca clavada en la pared, á la derecha del pórtico, sobre el cual se leía en letras góticas: *Aqui se echan las limosnas para las benditas ánimas*; y con una ligereza y una habilidad, dignas del mas sutil y esperimentado ladron, forzar con un puñal la caja del cepillo y sacar de él... no las miserables monedas de cobre que se veian diseminadas acá y allá, sino una pequeña carta y una llave, despues de lo cual dejó en el cepillo una moneda de oro, dejó caer la tapa, de manera que parecia que habia sido violentada, y luego, mirando de nuevo si alguna persona en la calle ó en la ventana podia haber sido testigo de su fechoría, y viendo que no, entróse decididamente en la iglesia, y luego en una sombría capilla, y con gran irreverencia para aque-

llos tiempos, se puso á leer la carta que habia encontrado en el cepillo, lo que solo le ocupó un momento, porque aquella carta que solo contenia dos renglones, decia únicamente: «Al fin vuestro amor vence, y os dejo la llave del postigo, y con ella mi honor.»

Este hombre guardó aquella carta en su escarcela con esas inequívocas y mudas señales de contento de quien ha vencido un imposible, y adelantó hácia el fondo de la iglesia, donde, delante del presbiterio, oraban dos mujeres: y dando la vuelta á una pilastra, se puso á contemplar á las devotas tan tranquilo y confiado, como si nada tuviera que temer de este mundo ni del otro.

Pero el incógnito se engañaba, y seguramente no hubiera estado tan tranquilo, si hubiera sabido que durante su rápida operacion de forzar el cepillo y sacar de él la carta y la llave, habian sido testigos de ello, aunque ocultas, dos personas de distinta clase y posicion, en verdad, pero que no por eso dejarán de figurar de una manera digna en nuestro cuento.

Antes de describir á dichas personas, debemos ocuparnos del lugar en que se encontraban, y para ello nos es preciso hacer una ligera descripcion de la plazuela de San Juan de la Palma. Era esta un espacio de forma irregular, que á lo que mas se parecia era á un triángulo truncado en su vértice por la par-

te de la iglesia, y mutilado en su base por la desembocadura de la calle de Mengibar y de la plazuela del Espíritu Santo: constituian los lados de este triángulo alterado quince casas feísimas, negras y destartaladas, esceptuando una sola, y la iglesia, cuya torre, de bella forma árabe, que ya no existe, habiendo sido reemplazada por otra, formaba una esquina confinante con las calles llamadas ahora de Caño-quebrado y de los Viejos.

La casa, cuyo aspecto hemos esceptuado del ruinoso, denegrido y feo de las otras, era una linda casita con aleros, en que habia resabios del gusto árabe, muro de piedra blanqueado, á escepcion de los marcos bizantinos de algunas ventanas, salpicadas acá y allá sin simetría ni uniformidad, con ese bello y romántico desórden de las distribuciones arquitectónicas de la edad media, y con una bellísima ventana ojiva, partida por una columna de mármol blanco, con vidrieras de colores, sustentada por una puerta de arco y adornos bizantinos, cerrada por un enorme porton, con postigo tachonado de enormes clavos y adornado en el centro con un monstruoso llamador de hierro cincelado: entre la clave del arco y el abaco de la ventana habia un colosal escudo heráldico, ó que debió serlo, puesto que, á pesar de no haber pasado desde la conquista de Sevilla años bastantes para que los cuarteles, el yelmo y los lambrequines,

que apenas se adivinaban en la escultura, como se adivinan los caractéres en un escrito á medio borrar hubiesen sido corroidos por la polilla ó por el salitre, estos dos enemigos mortales de la piedra, era necesario en vista de su estado creer, atendiendo á las costumbres de la época, que aquel escudo debia de haber sido picado por el verdugo en castigo de alguna traicion ó rebeldía de su amo.

Sea como quiera, esta casa que, comparada con las otras, podia llamarse palacio, y que abrazando su muro de piedra un gran espacio, formaba ángulo en su plano con la tortuosa calle de Regina, hasta cuyo primer ángulo continuaba, habia puesto en gran cuidado y confusion á maese Longinos, sacristan de la parroquia, á Genoveva su mujer, y á Deogracias, su monago, que por razon de su oficio respectivo, vivian en las habitaciones del primer tramo de la torre de la iglesia, y se admiraban de que, no teniendo la casa de piedra otra puerta que la que correspondia exactamente de frente á la de la iglesia, sin que hubiese postigo ni señales de haberle habido en la parte correspondiente á la calle de Regina, no se abriese jamás aquella puerta, ni se oyese ruido en la casa, muda siempre como una tumba, siendo así que estaba habitada, y no por gentes que pudiese creérselas por su vejez apartadas del mundo y reducidas á la soledad, sino por dos jóvenes de distinto sexo y her-

mosos, á juzgar por las sombras que mas de una vez se habian detallado sobre la vidriera de colores al interponerse un cuerpo á la luz que iluminaba el interior.

Algunas veces, y como si hubiera estado apoyada en el alfeizar de la ventana, y á una distancia próxima, lo bastante para que no se alterasen las formas en la proyeccion de la sombra, habian visto medio cuerpo de mujer de una esbeltez suma, sobre cuyos anchos y redondos hombros, se erguia un delicioso cuello, y sobre el cuello una cabeza con un semblante cuyo perfil enamoraba, y un peinado que en lo voluminoso parecia indicar que no eran los cabellos la prenda mas pobre de aquella mujer, aunque el seno, cuyo perfil se dibujaba algunas veces, fuese tambien otra riqueza inequívoca: aquella mujer debia ser muy dama, á juzgar por lo indolente de su apostura, por el altivo movimiento de su cabeza, y además por lo delicado de sus manos, que algunas veces recortaban su sombra en los vidrios, mientras un precioso dedo parecia seguir distraido el contorno de alguna de las grotescas y semi-bárbaras figuras pintadas en las vidrieras.

Habia ocasiones en que junto á la sombra de la dama se destacaba la de un caballero, y decimos caballero, siguiendo la opinion espuesta por maese Longinos á su mujer, porque solo un caballero muy no-

ble, muy valiente y muy rico podia tener la soberbia y la indescribible altivez que se notaba en la cabeza de la sombra: hablaban en pro de su hermosura y de su juventud el perfil de su semblante y la impaciencia de sus movimientos, y en cuanto á la posicion respectiva de las dos sombras, el buen sacristan habia deducido en una ocasion, con una esquisita perspicacia, que eran amantes, al ver con grave escándalo que los brazos de entrambas sombras se enlazaron, que sus cabezas se unieron, despues de lo cual sonó un leve é inequívoco ruido, único que se habia escuchado en aquella casa desde que la conocia maese Longinos, despues de lo cual, las dos sombras se habian separado, asidas de las manos, y desaparecido la luz, quedando la ventana borrada, perdida, como tragada por la oscuridad general del muro.

Afortunadamente la señora Genoveva no habia sido testigo de este escándalo, y su esposo, el digno sacristan de San Juan de la Palma, se guardó muy bien de relatárselo, teniendo en cuenta cuánto debia haber hecho sufrir á la susceptibilidad de la honestísima y casi eclesiástica matrona; pero no se recató del mismo modo de su zanquilargo monago, especie de orangutan humano, que convino con su jefe en que en aquella casa vivian almas condenadas que se abrazaban, y que era necesario ahuyentarlas con algunas hisopadas de agua bendita.

Pero por mas que el cura, y el beneficiado, y el acólito, arrojaron exorcismos y agua bendita á la tal casa (por supuesto, de noche á oscuras y en voz baja, para evitar compromisos en el caso de que no fuesen duendes los exorcisados, y sí personas de carne y hueso que no agradeciesen el exorcismo, sino que por el contrario, lo hicesen caer sobre los exorcisadores), la casa continuó en el mismo estado, con la puerta hermética y contínuamente cerrada y llena de telarañas, sin que se abriese un solo boquete situado sobre la calle, y sin que aun desde la torre de la iglesia que la dominaba, se viese en la parte visible de su interior, otra cosa que la galería alta de un patio, tan desierta, polvorienta y llena de telarañas como el esterior.

Es verdad que un dia hubo una conmocion en la casa del sacristan: Deogracias habia visto algo en la casa maldita, como habian acabado por llamarla; pero áquel algo, tan misteriosamente anunciado, no era otra cosa que... un gato negro.

Sabido es que los gatos negros son muy respetados por ciertas gentes, que creen de buena fé que el demonio toma con mucha frecuencia la forma de uno de estos animales; cuya creencia aceptada, ó por mejor decir, heredada por maese Longinos, sin que jamás le hubiese ocurrido la impiedad de pasarla por el tamiz de la razon, le hizo declarar solemnemente

que la casa en cuestion estaba ocupada por espíritus infernales, circunstancia bastante por sí sola á hacerle huir de su vecindad, á no vivir en la parte adyacente de una iglesia, lugar sagrado y, como todos saben, inmune de demonios, duendes, trasgos y demas gente.

Así pues, desesperados de no saber nada, se contentaron con su sentencia ejecutoria respecto á la dicha casa, que permaneció cerrada y silenciosa, y en cuya magnífica vidriera tenia lugar de tiempo en tiempo una representacion de sombras chinescas.

Somos enemigos de los misterios, y por lo tanto vamos á empezar á descorrer el velo que cubria aquella casa tan espiada, tan murmurada, y cuyo interior era tan desconocido: para ello será necesario que tomemos nuestra relacion desde algun tiempo antes del momento en que el hombre de la gorra negra, la loba parda, las calzas de grana, los borceguíes de ante y la larga espada forzase el cepillo de ánimas de la iglesia y sacase de él una carta y una llave.

Era la caida de la tarde, cuando un hombre de buena estatura y noble talante, tan encubierto como el primero que hemos descrito, entre un birrete de brocado y un manto rojo que le caia hasta los piés, dejando apenas ver sus ricas calzas azules, sus borce-

guíes atacados y la limpia contera de una larga espada, entró en la calle de Regina, y por la parte de la plaza del Mercado, y despues de haber doblado y rodeado cinco ángulos salientes y entrantes de dicha calle, se detuvo en el sesto, formado por la pared de una casucha con el muro de piedra de la casa misteriosa: sacó una mano de debajo del manto, de la mano una llave, y con ella abrió la puerta de la casucha; entró, cerró, subió una oscura escalera, abrió con la misma llave una puertecilla, atravesó un tétrico y estrecho corredor, dobló un ángulo, y siempre con la misma llave abrió otra puerta que cerró trás sí: atravesó una pequeña antecámara; y entró en una cámara caliente y perfumada por el fuego que ardia en dos perfumeros de plata colocados á los piés de un divan, en los que se quemaban mirra y alóe.

Al entrar, el hombre lanzó una mirada en torno suyo: la cámara estaba desierta: entonces arrojó el birrete y el manto sobre un sillon, se desató la espada y el puñal, y los puso sobre una mesa; y luego contemplándose en un gigantesco espejo de acero, puesto sobre ella, se aliñó su magnífica cabellera rubia, estiró bajo su cinturon los pliegues de su sayo de brocado verde, colocó en el centro de su pecho un sello que pendia de una gruesa cadena oro, despues de lo cual fué á una puerta de cedro, situada á un estremo de la cámara, tocó suavemente en ella por

tres veces con la palma de la mano, é inmediatamente se oyeron unas de esas enérgicas pisadas de mujer que nos hacen concebir, antes de que la veamos, á una *buena moza* (permítasenos esta frase, aunque vulgar, significativa y puramente española); y luego se abrió aquella puerta, y una hermosísima mujer, vestida á la oriental, dió un grito de alegria al ver al hombre, y se arrojó en sus brazos esclamando:

—¡Ah Peruche! ¡Peruche mio! ¡al fin has venido! ¡tres dias mortales! ¡tres dias de sufrir y dudar!

—¡El rey, siempre el rey, Salomith! esclamó el jóven, que jóven era, estrechándola dulcemente entre sus brazos.

—¡Maldiga Dies al rey! esclamó la mujer, asiendo de la mano al que llamaba con el estraño nombre de Peruche: ven, ven, sentémonos; tengo que reñirte mucho.

Lectores y lectoras: yo quisiera tener la mano de Velazquez, del Ticiano ó de Murillo, y un lienzo de cuatro varas en cuadro, amen de una paleta y una caja de colores... esto último es muy fácil obtenerlo; pero no es lo mismo haceros concebir una idea exacta del cuadro que nos vemos en la obligacion, en la dura obligacion de describiros. Hay objetos tales y tan hermosos, que solo por una reproduccion daguerreotípica, por decirlo así, pueden apreciarse bien: lo mismo que el pintor se desespera porque no puede ins-

pirar moviento á sus figuras, del mismo modo el novelista se da á los diablos, porque no posee el anillo mágico de Salomon para evocar las figuras que crea en su pensamiento, y al presentároslas deciros: mirad, hé ahí mi creacion. Esto, en verdad, podria produciros algunos ratos de mal humor, vosotros, los de mis lectores, que seais enamorados; muchas noches de insomnios, lectoras mias, las que por desgracia hayais nacido impresionables: vale mas, mucho mas, si se tienen presentes los suicidados por fósforos, las sumersiones en el canal y otras mil estravagancias del amor, que yo me quede con el deseo de que veais de bulto mis personajes con la animacion, con la vida que jamás puede sacar una pluma de un tintero, por mas que la mano que la use obedezca á una imaginacion tan feliz, tan clara, tan esponente como la del mismísimo Cervantes; es preciso, pues, que vosotros os conformeis con mi descripcion pálida y mezquina.

Empezando por la cámara, era un estenso espacio, con techo de madera escultado, del gusto gótico, pintado y dorado, con paredes revestidas de tapicería de seda roja, bordada de oro, y sobre la tapicería espejos de acero abrillantados; una mesa dorada, sillones dorados, alfombra de vivos colores y dibujo semi-bárbaro, de flores, frutas y animales en la orla, y una escena de montería en el centro: un di-

van de damasco blanco, recamado de plata, sobre una grada; dos perfumeros de plata cincelada en los ángulos de la grada; al fondo una ventana gótica con vidrieras pintadas, partidas en dos ojas (la misma ventana, cuyas sombras chinescas tenian tan escitada la curiosidad de maese Longinos, de su honesta Genoveva, y de su escéntrico Deogracias); una pequeña puerta en la pared de la derecha que forma ángulo con la pared en que está la ventana, y enfrente á esta ventana, en el muro opuesto, la puerta de cedro por donde entró Salomith, delante de la cual hay un bello tapiz corrido.

En cuanto á Salomith, y ya que como hemos dicho, carecemos de la fuerza de descripcion necesaria para darla á conocer tal cual la concebimos, nos concretaremos á suplicar á nuestros lectores que se figuren una niña de diez y siete años con la estatura y el desarrollo de una mujer formada, hermosa y cándida como un ángel, voluptuosa sin pretensiones como una hurí, teniendo como las hurís (segun las describe Mahoma), los cabellos y los ojos negros: ricos brillantes y ondulosos los primeros: centelleantes, ardientes, apasionados, iluminados con un fuego recóndito y abrasador los segundos, bajo la sombra de suaves y convexas pestañas, bajo unas cejas que parecen dulcemente arqueadas por la mano de Dios, con una tinta tomada del fondo de la noche, una tez

del color blanco y lascivo de la perla, unos lábios semejantes á las entrañas de una rosa de Oriente, un rostro de forma oval, una frente magestuosa, tranquila, que parece exhalar pensamientos de felicidad, limitada por el arco ojivo de dos anchas trenzas, sembradas de brillantes; una nariz como no habeis visto dos narices; y descendiendo, cuello, hombros, seno, brazos, manos, talle, todo puro, bello, hermoso, inusitado, admirable; aumentando estas bellezas, perlas en el cuello, diamantes en las arracadas y en los cabellos, brazaletes y ajorcas en los brazos y las piernas; una túnica de seda blanca que llega hasta los piés, otra de brocado-púrpura que no pasa de las rodillas, y sobre estas, un caftan de brocado azul con herretes de piedras preciosas; y hasta tres túnicas de mangas perdidas, prendidas en la cintura por un cíngulo de oro en que están dibujados con esmalte rojo signos cabalísticos, y descotada en el nacimiento de los hombros, dejando casi descubierto el seno, cuya blancura vela y encubre como una nube una rizada camisola de encajes doblados y redoblados que se cierran púdicamente en el seno bajo la rica y pesada gargantilla.

Salomith, como lo indica su nombre, era judía: una de esas judías hermosísimas, semejantes á las que en la antigüedad habian inspirado las vivas y voluptuosas imágenes de la poesía hebráica.

Hija de una raza oriental, en que el desarrollo en la mujer es muy prematuro, Salomith á los diez y siete años era una hermosura enteramente formada.

Peruche, el de una manera incomprensible llamado ridículamente Peruche, aunque con un acento tan dulce, tan apasionado, tan infantíl, tan alegre, tan puro, que le hubiera envidiado el mas grave de nuestros lectores, era un mancebo de veinte años á lo mas: todo en aquel mancebo provocaba esa atencion profunda que produce el aspecto de un hombre notable por mas de un concepto; aparte de la riqueza de su traje que, como hemos indicado, era estremada, habia en su semblante, en sus miradas, en sus maneras, un no sé qué que imponia á primera vista respeto. Conocíase que dentro de aquel cuerpo de niño se encerraba un alma de viejo, esperimentada, profunda, pensadora y un tanto contrariada, en cuanto á su físico, tenia tanto de hermoso como de terrible; su rostro oval, un tanto angular en su parte inferior, era blanco, blanquísimo, terso, aterciopelado como el de Salomith; sus cabellos de un rubio dorado, cortados sobre la frente á manera de cerquillo, y prolongados en largas y sedosas guedejas sobre sus hombros y sobre su espalda; sus ojos azules oscuros, enormes, redondos, cuyas miradas tenian una fijeza y una fuerza incontrastables; su boca ge-

neralmente entreabierta, de grandes lábios, pero de bellas formas, parecia acostumbrada al mando por cierta espresion habitual de desden y de orgullo; su nariz magníficamente configurada, un tanto robusta, se comprimia ó se dilataba, segun que sus ojos y su boca cambiaban de espresion; su semblante, de una gran hermosura, ya se le considerase en el conjunto ó en las partes, tenia sin embargo, algo de bravío y dominador, y algunas situaciones habia en él mucho del semblante de la fiera: pero cuando enamoraba, cuando su alma dormia tranquila, aquel semblante era dulce y simpático, sus ojos decian amor y su boca sonreia: cuando estaba en esta situacion, Salomith le llamaba Peruche á boca llena; pero cuando un pensamiento sombrío unía en un áspero frunce las cejas rubias del mancebo, cuando en el fondo oscuro de sus ojos lucia un fuego siniestro, cuando su lábio superior, apenas cubierto por un ligero bozo, temblaba, Salomith temblaba tambien, y no se atrevia á llamarle Peruche.

Y esto que Peruche, segun las noticias de Salomith, no era otra cosa que el paje favorito del rey don Pedro, que se llamaba Pedro como él, y á quien el terrible monarca nombraba usualmente Peruche.

Sabia que el paje la amaba, porque le habia dado indudables muestras de ello: que era valiente, porque él solo, á pesar de una resistencia armada, la

habia sacado de una Judería, á despecho de su tio Saul; que era noble é hijo de una familia poderosa, se lo demostraban sus vestidos, su manera de llevarlos, sus costumbres altivas, y la indomable voluntad que solo puede tener el que esté acostumbrado á ser obedecido por viejos servidores; y en cuanto á su riqueza no podia dudarse de ella, puesto que habia gastado un tesoro en hacer habitable, cómoda y aun ostentosa, aquella casa que antes de vivir en ella Salomith estaba abandonada, y en joyas, brocados, sedas, encajes para ella.

Por lo demas, la jóven no sabia de él otra cosa sino que se llamaba Pedro, nombre degenerado en Peruche por el rey, á quien servia en su cámara como paje.

Es verdad que el señor Peruche usaba contínuamente cadena de oro al cuello, espada y puñal de caballero; pero Salomith tomaba este uso como una licencia y nada mas. Por otra parte, Salomith era una mujer que en sabiendo que era amada, no necesitaba saber mas, y no podia buenamente dudar del amor del altivo paje.

Pero su sangre oriental hacia demasiado exigente á Salomith, cuando se trataba del amor; pasion para ella desconocida hasta que habia visto á Peruche, pero desarrollada con una rapidez maravillosa, acrecida, llegada á un límite fabuloso, por lo recon-

centrado, por lo dominante, por lo intenso: por el amor de Peruche, era capaz Salomith de todo, hasta de matar, y esto que su carácter era dulce y compasivo como el de un ángel; pero lo que Salomith no podia llevar con paciencia, era no ver todos los dias, y por un largo espacio, á su adorado paje. Así es que la ausencia de tres dias á que segun ella nos ha dicho la habia sentenciado Peruche, la tenia incómoda y aun severa.

—Veamos, veámos, ¿dónde habeis estado, caballero? le dijo con impaciencia, posando en él de una manera interrogante y celosa la elocuente mirada de sus espresivos ojos negros, apénas se sentaron en el divan. No he dejado yo la casa de mi Malaquias, con grave escándalo de mis compatriotas, ni os he seguido, ni me he constituido vuestra como una esclava, para que me tengais así, dseándoos durante tres dias!... ¡durante tres eternidades!... No, no, yo no os he amado, sino para que me ameis! para que yo sea la cosa primera en que penseis, vuestro mas ardiente deseo, vuestra alma, vuestra vida, vuestra eternidad; como vos lo sois para mí, todo, todo, todo... Vamos, caballero, contestadme; ¿dónde habeis estado? ¿qué habeis hecho? quiero saberlo.

—¡Ah, ah! dijo sonriendo el jóven: he estado ocupado en enamorar á otra dama.

En mal hora dijo Peruche estas palabras, porque

al escucharlas, el rostro de Salomith se puso, primero densamente pálido: luego lívido; sus ojos destellaron un sombrío relámpago, su hermosura se descompuso, y dejó ver la horrible espresion de los celos de la mujer de oriente.

Pero instantáneamente, y merced á la sonrisa franca y leal de Peruche, que habia pasado á ser risa; á la vista del furor de su amante, esta se serenó y se sonrió tambien, con ese infantil cambio de carácter de las mujeres que aun no han dejado enteramente de ser niñas.

—Mira, le dijo con acento voluptuoso, dime cuanto quieras, que soy fea, horrible; atorméntame de todos modos, menos diciéndome que no me amas... que amas á otra... ¡oh! eso no lo sufriria... seria horrible lo que yo hiciese.

Peruche continuó con su sonrisa dominadora, sonrisa que desesperaba á Salomith.

—He estado ocupado en el servicio del rey, dijo el paje.

—¡El rey! ¡el rey! ese feroz rey que de seguro no es tan hermoso como tú, pero que te ha hecho tan cruel como él.

—¡Bah! tú no conoces al rey, Salomith... cuando le conozcas, estoy seguro de que le amarás... entre tanto.... añadió el paje levantándose.

—¡Cómo! ¿te vas otra vez?

—Sí, me voy... á aquella vidriera.

—¿A aquella vidriera?

—Sí pardiez.

—¿Y para qué?

—Sirviendo siempre al rey.

—¡Oh! permita Dios que pronto los bastardos den la traste con ese rey que tanto te me roba.

Brillaron de una manera particular los ojos de Peruche.

—Escucha, le dijo: esta noche se tramará una conjuracion contra el rey en la vecina iglesia de San Juan de la Palma: por lo tanto, esta ventana es un acechadero... es necesario que me dejes en ella solo y á oscuras: tu hermosura me distrae y necesito de toda mi atencion: vete.

Era tan resuelto el acento del paje, que Salomiht, aunque contrariada, salió de la cámara y le dejó solo.

Entonces, Peruche se acercó á la vidriera y se puso á mirar atentamente al pórtico de la iglesia. En aquel momento fué cuando el embozado que vimos aparecer en el principio del capítulo, despues de mirar si podia ser visto por alguien, creyéndose seguro de la curiosidad vecinal ó á causa del frio y de lo avanzado de la tarde, forzó la tapa del cepillo, despues de lo cual se metió en la iglesia.

—¡Ah! ¡por Satanás y cien legiones de demonios!

esclamó Peruche; que me condene Dios si ese encubierto no es el señor Alvaro Gomez de Santaella! ¡famoso bribon! pues no, no te me has de escapar... asiéndote, tengo asido el primer hilo de la trama.

Y sin hablar mas, se separó violentamente de la ventana, tomó el manto, el birrete, el puñal y la espada con una precipitacion febril; abrió violentamente la puertecilla por donde habia entrado en la cámara, bajó por una escalera distinta á aquella por donde habia subido, se encontró en un ancho zaguan, corrió los mohosos y enormes cerrojos de la puerta principal, y abrió el postigo y salió.

En aquel momento Salomith entró apresuradamente en la cámara, se asomó á la vidriera, y vió...

Vió á Peruche que en el pórtico de la iglesia tenia agarrado por el cuello al acólito Deogracias, á quien seguidamente aplicó un furioso puntapié en el sitio en que generalmente se aplican este género de caricias.

Despues, Peruche y Deogracias hablaron algun tiempo, el primero mandando de una manera despótica, temblando el segundo como una liebre que se encuentra acorralada delante de un galgo.

Veamos cómo habia podido acontecer el encuentro de estas dos personas, que, por su aspecto y su condicion, constituian los dos estremos opuestos de la escala social.

No era solo el paje el que habia sido testigo de la violacion del cepillo de las ánimas. Deogracias, asomado á un respiradero de la torre de la iglesia, lo habia presenciado tambien, y, por su posicion lateral, habia visto mas que el paje, á quien el cuerpo de Alvaro Gomez de Santaella, segun le hemos oido nombrar, impedia ver el cepo: Deogracias, por el contrario, colocado de costado, veia al encubierto, al cepillo, y por consecuencia, su rompimiento y la estraccion de la carta y de la llave.

—¡Ah! ¡ah! dijo Deogracias obedeciendo á sus rapaces instintos de mozangon pobre y mal criado: ya va de muchas veces la rotura del cepillo, y sin embargo, maese Longinos no se queja de ello: vuelve á componerle, y cuando esto acontece, está de muy buen humor durante algunos dias: algo queda en el cepillo; bastante para hacer alegrarse á mi amo, que generalmente anda silencioso y cari-acontecido: pues bien, juro á Dios que por esta vez, yo seré quien sepa en lo que la alegría de maese Longinos consiste, cuando encuentra roto el cepillo.

Deogracias formuló rápidamente este pensamiento, mientras bajaba de tres en tres las escaleras de la torre: luego el postigo se abrió, sacó primero la cabeza, luego los hombros, y al fin dió á luz enteramente su cuerpo cubierto, sin mas atavio, por un viejo bonete que habia perdido enteramente su for-

ma, un balandran harapiento, de color indefinible, unos calzones con flecos y unos zapatos, por los cuales salian los dedos y entraba el aire en todas direcciones.

Por algun tiempo, Deogracias miró en torno suyo, con la misma espresion de un gato que se aprovecha de un descuido para apoderarse de una presa, y creyéndose libre de observaciones, fué al cepillo, levantó la tapa y miró al interior, quedando sobrecogido, encorvado, dominado por una conmocion terrible, ni mas ni menos que si en el fondo del cepillo hubiera visto la cabeza de Medusa.

Lo que de tal modo trastornaba, fascinaba y conmovia á Deogracias, era un dorado y reluciente florin del cuño de Aragon, que su vista perspicaz, á pesar de la poca luz, habia visto sobre algunos negros y mugrientos maravedises de cobre.

Esta confusion, este atortolamiento, causado naturalmente en Deogracias, por la, para él, primera vista de una moneda de oro, dió lugar á que Peruche, que no habia podido ponerse tan rápidamente en la calle, á causa de la mayor complicacion de su traje y de la distancia, le sorprendiese en el mismo momento en que introducia su mano crispada por la codicia en el cepillo.

—¡Ah ladron! le dijo Peruche, asiéndole por el cuello, y aplicándole, como hemos dicho, un desco-

munal puntapié.

Deogracias dió un salto puramente nervioso, pero sujeto por la formidable mano del paje, que le oprimia como unas tenazas, volvió á quedar en una posicion encorvada y miserable, no puiendo hacerse cargo de que se las habia con un noble, sino por el estremo de su manto rojo, por sus piernas y por sus borceguíes.

—¡Ah! ¡señor caballero! esclamó con una voz eminentemente gangosa y clerical: vuesamerced se equivoca, yo no soy ladron: por el contrario, venia como todas las noches á sacar la limosna de las ánimas.

—Y si á eso venias, ¿dónde está la llave, bribon? ¿cómo has forzado la tapa?...

—Es, señor, que la llave se ha perdido, contestó angustiosamente el monago.

—La piel vas á perder entre mis manos, si no cantas claro cuanto sepas... Qué, ¿en estos tiempos se dejan florines de oro en los cepos de ánimas?

Y Peruche tomó del fondo del cepillo la moneda de oro, causa de aquella escena; la mostró á Deogracias y volvió á dejarla en el lugar de donde la habia tomado, despues de lo cual cerró el cepillo.

—Díme, continuó: ¿para qué ha forzado el cepillo el hidalgo que acaba de entrar en la iglesia? Yo no he podido verlo: ¿lo has visto tú?

—Yo no sé nada, señor.

Peruche echó mano á su escarcela, sacó de ella no ya uno sino tres florines, y dijo á Deogracias mostrándoselos.

—Tuyo es este oro, si me cuentas cuanto sepas.

Deogracias triplemente fascinado se entregó á discrecion.

Lo que yo sé, señor, dijo, es que ese caballero que acaba de entrar en la iglesia, ha violentado la tapa del cepillo.

—¿Y para qué?

—Ha sacado de él una carta y una llave.

—¡Ah! ha sacado una carta y una llave: y dime, ¿tiene la iglesia otra puerta por donde ese hombre pueda haber escapado?

—No, no señor: y pronto tendrá que salir, porque muy pronto maese Longinos bajará á cerrar la iglesia.

—Entra y mira qué personas hay en ella.

—Es inútil, señor: sé quien está dentro.

—¿Quién?

—Dos damas, una dueña, un rodrigon, y un paje amen de ese hidalgo.

—¿Y no ha entrado ni salido nadie mas?

—Sí, sí señor: una dama alta, muy matrona, muy hermosa, que á media tarde llegó en una litera acompañada de un escudero: entró en la iglesia, es-

tuvo un momento, y luego salió, y antes de que saliese el escudero, echó precipitadamente en el cepillo la carta y la llave.

—Bien, muy bien; toma (y le dió los tres florines); si me sirves bien, te haré rico.

—¿Y cómo quereis que os sirva, señor? esclamó Deogracias, á quien la conmocion y el entusiasmo hacian que se le atragantasen las palabras.

—Escucha: esta noche podrá suceder que entren algunas gentes en la iglesia, tarde: muy tarde yo quiero entrar tambien sin ser visto. ¿Puede ser eso?

—Sí, sí señor... por la puerta del cementerio.

—¿A dónde dá esa puerta?

—A la calle de Caño Rompido.

—Pues bien, vete: pero acuérdate de estar junto á la puerta del cementerio esta noche á las doce.

—Estaré.

—Y si no estás, ó si me vendes, ten por seguro que mañana no faltará quien te desuelle vivo.

Dicho esto, el señor Peruche se rebozó en su manto y entró en la iglesia: poco despues Deogracias atortolado, vacilante, trémulo, entró por el postigo, esclamando:

—¿Quién será este caballero tan jóven, tan hermoso, que tanto aprieta y tan bien paga?

Todo esto lo habia visto Salomith tras de las vi-

dieras. Apenas Peruche habia entrado en la iglesia, cuando la jóven, con el semblante descompuesto por la duda y por los celos, atravesó rápidamente la cámara, salió de ella, cruzó algunas habitaciones, y entró en una donde, al amor de una chimenea, dormitaba una dueña.

—Pronto, doña Berenguela, la dijo; una túnica negra y vuestro manto.

—¡Cómo, señora! ¿qué decís, que vais á hacer?

—Quiero que se me obedezca sin replicar: dadme lo que os he pedido.

En un momento estuvo hecha la trasformacion de la jóven.

—Ahora avisad á Juan; quiero que me acompañe.

La dueña obedeció, y poco despues apareció un escudero cubierto con una larga capa y armado de una tremenda espada.

—Quiero que me acompañes, Juan, y sobre todo que te encubras de manera que por tí no puedan reconocerme.

—Muy bien, señora.

—Pues al momento; sígueme, seguidme vos tambien, Berenguela.

Y la jóven, impaciente, salió apresuradamente del aposento.

—¿Y os atreveis, señor Juan? ved que es su ojo

derecho, que está locamente enamorado de ella, dijo la dueña.

—¡Oh! ¡oh! va conmigo, dijo con acento feroz el escudero; no hayais miedo: la señora no irá sino á donde yo no pueda perderla de vista. Ademas, ya sabeis... es bueno conocer lo que son las gentes, y asi me lo tiene encomendado mi señor: libertad absoluta para salir y entrar conmigo... en cuanto á vos es diferente... no le inspirais tanta confianza como yo.

—¡Señor Juan! esclamó colérica la vieja.

Afortunadamente, para evitar una disputa, Salomith los llamaba impaciente desde el zaguan, y se apresuraron á bajar.

—Cerrad por dentro, doña Berenguela, y esperad sin dormiros, dijo Salomith saliendo por el postigo que solo habia dejado encajado Peruche: tú, Juan, sígueme.

Entonces en tres saltos Salomith salvó el espacio que la separaba de la iglesia, y entró en ella: el escudero la siguió.

Poco despues apareció en el postigo de la torre un hombre con sotana, bonete y manteo, restregándose los ojos.

—¡Diablo! dijo, mi siesta ha durado demasiado, es ya de noche y aun la iglesia está abierta. Veamos antes si ha ocurrido alguna novedad en el cepillo.

¡Diablos! dijo; roto, forzado... esta es la quinta vez que esto sucede, y hé aquí el quinto florin de oro... Vamos, las ánimas nunca hubieran creido que habian de servir para que se entendiesen dos enamorados... compondremos de nuevo el cepillo, y Dios quiera que le vuelvan á descomponer pronto... esto es ingenioso y cómodo... sí... muy cómodo, y muy ingenioso.

Y guardando cuidadosamente el florin en un bolsillo, y recogiendo con cierto desden los maravedises de los fieles, entró seguidamente en la iglesia sonando un haz de llaves, como en señal de que los devotos debian apresurar sus rezos.

CAPITULO II.

De lo que vió Salomith en la iglesia de San Juan de la Palma, y de cómo dió muestras de ser valiente en una manera escesiva.

Salomith hizo esperar á Juan en una oscura capilla de la entrada, y adelantó fingiendo admirablemente el paso trémulo y la actitud encorvada de una vieja, á lo largo de la sombría iglesia, que solo estaba iluminada por la lámpara del crucero.

A primera vista Salomith notó que habia en la iglesia, en el centro de ella, junto á la lámpara, dos damas, á juzgar por su apostura, arrodilladas sobre cojines, y á una respetuosa distancia una dueña, un rodrigon y un paje, arrodillados tambien.

Salomith adelantó hasta ponerse en línea con las

damas, y se arrodilló afectando devocion, á pesar de la repugnancia que, como judía, le causaba todo lo que tenia relacion con el rito cristiano: pero aunque afectaba orar, su atencion estaba intensamente fija en las dos damas.

La una era una señora de cincuenta años, que demostraba por algunos restos de belleza, que debia haber sido hermosísima en su juventud; la otra era una jóven como de veinte años, de una hermosura estremada, pero altiva, grave, pensadora: parecia que aquella mujer cuya frente era tan blanca y tan pura, sus ojos tan negros, y tan poderosamente bellos, tan contornadas y deliciosas sus manos, que sostenian un largo rosario de azabache, debia sufrir graves dolores: sus ojos se fijaban suplicantes en el altar, su boca oraba de una manera suspirante, y de tiempo en tiempo la agitaba un estremecimiento nervioso.

A medida que Salomith observaba á la dama jóven, le parecia mas hermosa, mas noble, mas pura, y los celos, esa horrible pasion que envenena el alma y la hace cruel y perversa, se apoderaban á cada momento con mas intensidad de ella: esto consistia en que, á alguna distancia, apoyado en una pilastra, y aunque encubierto, fijando una mirada tenaz en la hermosísima dama, estaba Peruche.

Peruche, á quien ella amaba con toda su alma,

con toda la bravura, por decirlo así, de las mujeres de su raza: Peruche, á quien sin conocerle habia seguido: ella, hermosísima heredera de un judío riquísimo, se habia deshonrado y habia traido sobre sí la maldicion de sus compatriotas: Peruche, el traidor Peruche, á pretesto de espiar enemigos del rey, habia esperado, sin duda, á que aquella dama entrase en la iglesia para correr á contemplarla; y luego ¿qué podia haber hablado Peruche con el monago? ¿por qué le habia dado dinero y por qué habia abierto y cerrado aquella arquilla de madera clavada en la pared sobre la que estaban pintadas dos grotescas figuras humanas de hombre y mujer, rodeadas de llamas hasta la cintura?

Esto para Salomith no tenia duda: Peruche confiado en su voluntaria reclusion, la engañaba; amaba á otra, señal segura de que habia dejado de amarla á ella, y despues de una ausencia de tres dias, solo habia ido á su casa para esperar de una manera encubierta á su rival.

Salomith tuvo terribles tentaciones de embestir allí mismo con aquella mujer, que solo conocia desde un momento antes y ya le inspiraba un odio á muerte: sin embargo, el pensamiento de refinar aquella venganza la contuvo, y esclamó con acento opaco y reconcentrado:

—Yo sabré quién es esta mujer.

En cierto modo, Salomith no se engañaba en tener celos: el señor Peruche, bien ageno de estar vigilado por su hermosísima judía, miraba con un dulce asombro á la jóven castellana.

—Vive Dios que es una perla, decia para su embozo: ¿y de dónde, de dónde ha salido eso? Parece noble, y sin embargo, nunca la he visto en la córte, y es mas hermosa, mas pura, mas apasionada, á lo que parece, que la Coronel, y la Castro, y la Padilla. ¡Ah¡ ¡Ah! hé aquí un buen hallazgo... ¿Y qué diablos tiene que hacer con ella el señor Alvaro Gomez, que de tal modo y con tal descaro la contempla?... ¡Ah! ¡ah! la noche está sumamente oscura; la iglesia no tardará en cerrarse... Saldremos, saldremos todos y luego nos veremos, señor Alvaro, nos veremos. ¡Gracias al diablo! Hé aquí el sacristan que se acerca.

En efecto, maese Longinos adelantaba haciendo sonar sus llaves.

A aquel ruido las dos damas apresuraron sus devociones, se levantaron y salieron: Salomith notó que un hombre, en quien no habia reparado hasta entonces, situado á su derecha, las seguia, y que Peruche seguia á aquel hombre. Levantóse ella á su vez y siguió á Peruche.

Al llegar á la capilla donde habia dejado á Juan, se le incorporó el escudero.

Así unos despues de otros, y á buenas distancias, se siguieron: las dos damas, sin duda por lo avanzado de la hora, por lo oscuro de la noche y por el ruido de las espuelas de Alvar Gomez que las seguia, caminaban apresuradamente: Peruche seguia silenciosamente á alguna distancia á Alvaro; y Salomith y Juan seguian á una distancia proporcionado á Peruche.

Así, de una manera apresurada, atravesaron las calles que hoy se llaman de Regina, la plaza del Mercado, la calle de Cantillana, la de la Corona, atravesaron la plaza de las Carnecerías, y por una travesía entraron en la plazuela de San Isidoro, en la cual las dos damas penetraron precipitadamente con sus criados en una casa situada frente á la iglesia.

Alvaro Gomez adelantó entonces algun trecho, y se detuvo en una esquina de la calle del Velador, mientras Peruche se fué decididamente para él.

Salomith y Juan esperaron ocultos por las tinieblas en una esquina de la iglesia.

Poco despues se escuchó áspero chocar de espadas, que duró un momento; resonó un grito de muerte, y poco despues pasó apresuradamente por delante de Salomith, que temblaba, y sin reparar en ella, un bulto rebozado.

—Es él, es él; dijo Salomith, sigámosle.

—Sí, sigámosle; dijo con un gran interés Juan.

—¿Qué iglesia es esa, preguntó Salomith junto á la cual hemos estado parados?

—Es la iglesia de San Isidoro, contestó Juan.

—¡La iglesia de San Isidoro! murmuró Salomith de una manera ininteligible; no se me olvidará.

Y sin decir una palabra mas, siguió á Peruche que atravesaba rápidamente calles y calles.

Al fin se detuvo en una calle angular sin salida, y entró en su fondo en una casa que tenia la puerta abierta, y trás la cual se veia luz.

—¿Qué calle es esta? preguntó de nuevo Salomith.

—Esta es la calle de los Gatos (1).

La judía y el escudero permanecieron ocultos en un zaguan sin perder de vista la casa donde habia entrado Peruche.

Era esta una taberna; el dueño de ella estaba sin duda acostumbrado á nobles y ricos parroquianos, puesto que no se maravilló de la presencia en su casa del apuesto paje, que por otra parte entró rebozado hasta los ojos, y se coló de rondon en un aposento oscuro.

El tabernero se apresuró á llevar luz.

---

(1) Hoy de la Cuesta.

—¿Qué quereis, hidalgo? le dijo: tengo...

—Solo quiero silencio y soledad, dijo Peruche, encubierto siempre, arrojando una dobla sobre la mesa: tomad eso, salid y cerrad: que nadie entre aquí... ¿lo entendeis?

—Lo entiendo, señor, dijo maravillado el tabernero, y nadie entrará.

Dicho esto, salió y cerró la puerta.

Peruche se colocó en un lugar, en el cual no podia ser visto desde la puerta; miró si la habitacion tenia algun resquicio ó respiradero, y solo despues de haber visto que no, se descubrió, puso la luz sobre una mugrienta mesa, y se sentó detrás de ella.

Luego sacó de su escarcela una llave y algunas cartas manchadas de sangre.

—Me parece, dijo, que el señor Alvaro Gomez queda allá bien muerto: nadie me ha visto, nadie: nadie, por consecuencia, ha podido conocerme; gota de agua que cayó en la mar: por otra parte, el tal Alvaro Gomez ha sido muerto con justicia y de una manera limpia, á estocadas... de todos modos, y tal vez muy pronto hubiese ido á dar en las manos de Juan Diente. Lo que me inquieta un tanto, es que he perdido mi birrete en la riña, y he tenido que apelar, no encotrándolo en el momento, á la gorra del muerto. Pero ¡bah! el birrete que llevaba esta noche no pasaba de ser un gentil birrete de paje, lo que de seguro

desorientará á la justicia.

En efecto, el tremendo Peruche, en vez del brillante birrete de brocado con que le hemos descrito, llevaba cubierta la cabeza con la gorra de velludo negro de Alvaro Gomez.

—Veamos ahora, dijo Peruche, le que se encierra en estas cartas; despues sabremos lo que encierra esta llave: procedamos con órden, añadió, abriendo las cartas que llegaban á cinco, y superponiéndolas por órden de fechas: veamos.

Y leyó la primera que decia:

«Hace tres dias que al levantarme he encontrado, »cada uno de ellos, una carta vuestra en mis mira»dores, arrojada sin duda durante la noche: cada »una de ellas estaba arrollada en una rica sortija »con un diamante de grueso valor; sin duda sois »de aquellos hombres que creen que *dádivas ablan»dan peñas*, y habiéndome encontrado siempre dura »como una roca á vuestras pretensiones de pala»bra, habeis recurrido á los dones, porque no pue»do creer que las tales sortijas hayan sido unidas á »las cartas para darlas peso y lograr que de este »modo lleguen á mis miradores; hubiera bastado »para este objeto haberlas atado á una piedra; pero »la altura á que se ha querido llegar, es á mi altura, »y os digo francamente que para llegar á ella no »os bastarian todos los ponderados tesoros del rey

»de Castilla. Debísteis tener presente que una mu-
»jer como yo no se vende, porque se aprecia en
»mucho: en tanto, que, para lograr su amor, se
»necesita pagarla con el alma entera; y un alma
»vale mas, cuando es de ley, que todos los tesoros
»del mundo.—Que me amais, ó que habeis tomado
»por mi posesion un grande empeño, ya se conoce,
»cuando os habeis deshecho de tres alhajas, cuyo
»valor monta á mas de vuestra fortuna. Por lo mis-
»mo, y obrando en caridad, aunque no pensase
»tambien en mi decoro, debo devolveros esas alha-
»jas.—Me decís que el medio que tenemos de en-
»tendernos, sin que haya manos intermedias que
»puedan comprometer mi dignidad, es que yo deje
»la contestacion á vuestra tres veces reiterada y for-
»mal demanda, en el cepillo de ánimas puesto en
»la puerta de San Juan de la Palma.—El medio, lo
»confieso, es ingenioso, y se conoce por él que sois
»galanteador de oficio, y que le habeis usado mas
»de una vez, porque á mí que no conozco los ga-
»lanteos, nunca se me hubiera ocurrido. Esto me ha-
»ria ser mas dura con vos, si ya no lo fuese bas-
»tante; porque, si alguna vez amo, querré ser la
»única, la primera mujer amada por un hombre.—
»Añadís que para saber exactamente el dia en que
»mi contestacion esté en el cepillo, deje como se-
»ñal precisa abiertas de par en par las vidrieras de

»mis miradores á las doce del dia, y completamen-
»te cerradas á la una, despues de lo cual vuelva á
»abrirlas á las dos. Eso haré hoy, que voy por la
»mañana á dejar esta en el cepillo, y de antemano
»me causa risa el pensar las locas esperanzas que os
»hará concebir el cerramiento y abrimiento de mis
»vidrieras. Estas esperanzas, esta alegría, que solo
»durará hasta que veais mi carta, es lo único que
»debeis á vuestras tres sortijas, á no mediar las
»cuales, no recibiríais de mí contestacion de nin-
»gun género. Os dejo las tres sortijas, y os suplico
»que no volvais mas á dejar tales papeles en mis
»miradores, puesto que aunque sabeis bien por
»vuestros contínuos rondamientos que yo soy la pri-
»mera que los abro todos los dias, pudiera acontecer
»que los abriese alguna de mis doncellas, lo que no
»seria por cierto en beneficio de mi recato.—Dios os
guarde.»

Peruche pasó sin comentarios á la segunda carta.

«Vuestra insistencia, decia, toca ya en contu-
»mácia: os habeis sin duda propuesto haceros nece-
»sario por la costumbre de sentiros, ya que no de
»veros. Me ponderais de tal manera vuestro amor,
»y os disculpais de tal modo de lo demas, que yo os
»perdonaria, si no supiese que nada hay tan inge-
»nioso como un necesitado. Me hablais de compa-
»sion, y bueno será que yo os recuerde esta virtud

»acerca de vuestra esposa, que no merece por cierto »que la afrenteis prefiriéndome á ella, siendo mas »hermosa que yo, y amándoos como, segun di»cen, os ama. Me hablais del estremo á que os tie»ne reducido vuestra desesperacion, y os ruego que »mireis á vuestros hijos pequeñuelos; no hagais una »locura, atentando á vuestra vida. ¿Cómo quereis »que os crea, cuando, estando empeñado en la tierra »con tales obligaciones, aun quereis contraer nuevos »empeños? Reconocéos, caballero: meditad que una »mujer no vale mas que otra, y tened en cuenta que »no es la mejor manera de conseguir el amor de una »mujer ofendiéndola, y vos, como hombre casado, »me ofendeis con vuestros galanteos.—Dios os guarde.»

Peruche apartó esta segunda carta, y embistió con la tercera.

«Vuestra insolencia raya en la insensatez, decia, »y me será preciso advertiros que el loco por la pe»na es cuerdo. Os digo esto, para que no insistais, »porque ya me canso, y estoy resuelta á hacerme »respetar de vos. Si no os basta esto, os digo que »aunque fuérais libre, jamás aceptaría vuestro amor, »porque teneis la desgracia ó la felicidad de que »nuestros *ángeles* estén como San Miguel y el dia»blo. Baste ya y puesto que no sois juicioso, sed »cortés.»

Peruche pasó á la cuarta carta que decia:

«Os juro por mi honor, que tan poco respetais, »que os acordareis de mí.»

Por último, leyó la quinta, que era la que Alvaro Gomez habia estraido aquella tarde del cepillo: decia, como recordarán nuestros lectores:

«Al fin vuestro amor vence: os dejo la llave del »postigo, y con ella mi honor.»

Al ver esta última carta, Peruche no pudo contenerse ya.

—¡Diablo! murmuró: no sería yo quien asistiese á la cita de la tal dama sin ir bien armado y prevenido, si son de apreciar las amenazas anteriores. Yo no sé lo que hubiera hecho el señor Alvaro Gomez, si yo le hubiera dejado en disposicion de acudir á la cita. Ello es que la llave de ese postigo está en mi poder; que la dama á todas luces, segun lo demuestran sus cartas, vale un mundo por lo discreta y por lo valiente; que debe ser hermosa, cuando tanto se esforzaba por obtenerla el difunto, que tenia fama de afortunado con las mujeres, y que era hermoso, audaz y valiente como mi bravo hermano de leche el señor Juan Tenorio. Además, aquella especie de mico, aquel monago de San Juan de la Palma, me dijo, si no recuerdo mal, que la que habia dejado la carta y la llave en el cepillo era una dama alta, muy matrona y muy hermosa... ¡*muy matrona*! esto

quiere decir: una de dos, ó que es una de esas hermosísimas y robustas damas que nos vienen de la montaña, ó que está ya en esa edad en que las mujeres tienen pasiones impetuosas, enérgicas... Pero ¡vive Dios! ¿quién es esa dama? Su secreto ha muerto con Alvaro Gomez, y échese vuesa merced á probar esta llave en todos los postigos de Sevilla. Pues no, no: es necesario dar con ella... este misterio, estas cartas, la manera como las he adquirido, la sangre que las mancha... todo, todo me empeña... ¡Ira de Dios! me parece que estoy enamorado, y enamorado de un fantasma. Vamos, vamos, esclamó Peruche: si no es por medio del monago y haciéndole seguir á la primera ocasion que la vea á la tal dama... pero esperar... yo no sé esperar... vaya al diablo la matrona, y su virtud, y su discrecion... por muy hermosa que sea, no lo será tanto, vive Dios, como Salomith.

Y Peruche guardó las cartas y la llave en su escarcela, y se encaminó á la puerta; pero de repente se detuvo: habia oido una voz que le era conocida detrás de él.

—Pardiez, dijo; cualquiera creeria que quien habla ahí fuera es el señor García de Coca, escudero de mi buen amigo Hinestrosa... ¡Oh! ¡oh! habla con cuatro rufianes... pero no entiendo bien... ¡ah! me parece haber oido el nombre de Alvaro Gomez... ¡Diablo!

seria casualidad: probemos.—¡Hola! ¡eh! ¡tabernero! gritó Peruche con todo el lleno de su voz.

Inmediatamente se estableció un silencio profundo en la habitacion inmediata.

—¡Me ha conocido! dijo Peruche, y entreabriendo la puerta á punto que llegaba el tabernero, dijo:

—¡Hola! señor García de Coca, entrad, entrad, si quereis pasar un rato con un amigo; vos traed de vuestro mejor vino: entrad, entrand, señor escudero.

García de Coca entró temblando, y antes de cerrar la puerta, Peruche en una rápida mirada notó que quedaban en la habitacion cuatro hombres de mala facha, de aquellos que en aquel tiempo se llamaban rufianes.

Peruche permaneció encubierto hasta que el tabernero volvió, y despues de haber dejado un enorme jarro lleno de vino y dos cubiletes de estaño, salió cerrando la puerta.

—Bebe, le dijo Peruche con autoridad.

—Perdonad, señor, dijo el escudero descubriéndose con gran respeto, al mismo tiempo que Peruche dejaba caer el embozo de su manto.

—Perdonad, señor, dijo el escudro... no me haria provecho el vino.

—Bebe; es necesario que pasemos aquí por dos buenos conocidos, y que ese jarro se vacie.

El escudero bebió.

—Quiero que me contestes lo que sepas á lo que voy á preguntarte, continuó Peruche.

—Pregunte vuestra...

—Basta... basta: aquí soy el paje Pedro de Espinosa.

—Pues bien, preguntadme.

—¿Para qué has venido con esos tunantes á esta taberna?

—¡Ah! dijo el escudero respirando libremente: vine á un asnnto de mi señora.

—¿Un asunto de tu señora?

—Sí, sí señor; se trata dar una paliza á cierto importuno.

—¡Ah! ¡ah! pues es necesario que no se dé esa paliza.

—Me comprometo, señor... Doña María ya sabeis.

—No conozco á doña María; sé que su hermano la ha traido á la córte, y que la ha puesto casa... pero sin duda por recelo...

—No la ha presentado, es verdad. Doña María vive como una monja, y solo sale para ir á la iglesia.

—Por lo mismo, mujer tan recatada no debe dar un escándalo... Yo solo basto...

—¿Cómo, señor, vos...

—Sí, el honor de las parientas de mis amigos es mi honor propio.

—¡Pero, señor!

—Lo quiero y lo mando.

—Vuestra vida...

—Y qué, ¿es esta la primera vez que yo he arreglado solo mis negocios?

—Permitid al menos, señor, que yo os acompañe... si os sucediera una desgracia...

—Guárdate bien de vigilarme, porque si llego á entenderlo, no será á mí á quien suceda esa desgracia sino á tí.

—Como querais, señor; pero mis intenciones...

—Son sin duda buenas, y te las agradezco; pero quiero para mí solo esta aventura: no sé qué hacerme, y quiero entretenerme en algo. ¿Dónde vive esa misteriosa doña María?

—En la calle de las Culebras, muy cerca de aquí.

—Alguna señal de la casa.

—Un mirador de piedra sobre un pequeño postigo; junto al postigo una reja, y junto á la esquina la puerta principal.

—Muy bien; nunca me has hablado hasta ahora, olvida que me has hablado y que me has visto en esta cita: toma estos diez escudos para tí; estos cuatro florines para esa gente. Quédate y paga al tabernero.

Y dicho esto, salió cuidadosamente el caballero,

se deslizó á lo largo de la caileja sin reparar en Salomith y en Juan, que estaban embebidos, por decirlo así, en el dintel de la puerta, y siguió adelante murmurando entre otras cosas:

—¡Vive Dios! que ya sé á que postigo viene esta llave, y por lo demás, una sucesion afortunada de casualidades me permite conocer de una manera recatada y misteriosa á esa ponderada doña María: vive Dios, que el buen Juan Fernandez de Hinestrosa no habia contado con el acaso para no esponer la virtud de su hermana, trayéndola á la córte.

CAPITULO III.

De cómo doña María de Hinestrosa conoció que es una jactancia creer que hay preservativos para el amor.

Poco antes de los acontecimientos que acabamos de relatar, en un pequeño gabinete redondo, en que habia una chimenea encendida, casi tan grande como él, sentada entre la chimenea y una mesa en que habia un velon de plata, estaba una mujer severamente vestida con un ancho traje negro, sin joyas ni adornos, pero hermosa lo bastante para no necesitar de ellos.

Esta mujer estaba profundamente pensativa y al parecer disgustada; sus ojos negros y hermosísimos,

de una gran fuerza de espresion, representaban un pensamiento recóndito con el que parecia luchar, y una impaciencia que por momentos crecia.

A pesar de estar sentada, se comprendia perfectamente que era alta y esbelta, y en cuanto á su hermosura, era uno de esos espléndidos conjuntos que seducen, que enamoran á primera vista y sin embargo, inspiran respeto: su edad parecia, mas por su gravedad que por el estado de su físico, llegada á los treinta años; y decimos que mas por el estado de su fisíco porque no podia ser mas fresco, mas inmaculado, mas resplandeciente; brotaba de su semblante una tal fuerza de salud y de vida; era tan incitante su diáfano y purísimo color sonrosado y blanco hasta el último límite posible del blanco en los seres humanos; tan tersa su frente, tan abundantes y tan negros sus cabellos, tan virginal, tan poderosa, tan pura, tan intensa la espresion de sus bellísimos y grandes ojos negros, á los que daban una fuerza increible sus largas y espesas pestañas, proyectando sobre ellos una oscura sombra; tan deliciosamente perfilada su nariz; tan encendidos y húmedos sus lábios, y tan incitantemente mórvido su cuello, que hubiera sido pedir demasiada frialdad de corazon al hombre que al verla no se hubiera enamorado de ella.

Brillaba ademas en aquel semblante una espre-

sion tal de inteligencia, de severidad de pensamiento y de pureza de costumbres, que como hemos dicho, imponia respeto.

Era una de aquellas características matronas de la edad media que llegaban á los treinta años vírgenes de alma y cuerpo, tipo que seria dificil encontrar en nuestros dias, á quienes defendia de ciertos amores la severidad de su educacion; que se casaban no por inclinacion, sino por la voluntad de sus padres ó de sus hermanos; que creian deshonroso amar á un hombre antes de que fuese su marido, y que creian un deber amarle despues que lo era; mujeres, en las cuales no habia mas que deber, que por sus costumbres y por sus creencias eran mas duras que una coraza de Milan, y contra las cuales se estrellaban los galanteos como el mar contra una roca.

A medida que el tiempo avanzaba, la impaciencia y la vacilacion de la dama crecia: al fin no pudo contenerse y esclamó:

—He hecho mal, indudablemente mal: es cierto que era necesario castigar la insolencia de ese hombre; pero he avanzado demasiado... ¡enviarle una llave de mi casa! es cierto que de este modo García de Coca con sus gentes puede darle una furiosa paliza en el patinillo... pero si le ven retirar... ¡Oh! ¡oh! He hecho mal, muy mal, y es necesario evitarlo.

Y decidiéndose al fin, dijo:

—¡Hola! ¡Doña Juana!

Presentóse una doncella.

—Tengo una aprension, un temor vago, la dijo.

—¡Aprension, señora! ¡temor! ¿y de qué?

—Paréceme que el postigo que está bajo mi cámara, y que se comunica con ella por una escalera, está mal seguro.

—Sin embargo nada ha sucedido.

—No importa; id, doña Juana, id y corred sus cerrojos si no lo están.

La doncella salió, y doña María quedó mas tranquila; pero de repente su rostro se nubló de nuevo, y una espresion de mayor inquietud se pintó en él.

—¡Oh! ¡me habia olvidado! esclamó: he sido dos veces imprudente contra la audacia, contra la tenacidad de ese hombre; ¡la carta que he dejado esta tarde en el cepillo! ¡Oh! ¡oh! la cólera es muy mala consejera: le hablaba de amor, le entregaba mi honor... para engañarle... y no he debido obrar así, y Dios me castiga, indudablemente: yo he debido callar para él y entregar á mi hermano los tres diamantes que ese miserable se ha atrevido á arrojar á mis miradores con sus tres miserables cartas: sí, mi hermano hubiera sabido castigarle... pero esto ¡oh Dios mio! no tiene remedio ya: si entra... la audacia de ese hombre... si se encuentra burlado... esa carta... esa carta...

Doña María hubiera dado mas de lo que nunca habia pensado dar en amor al hombre que le hubiera presentado aquellas prendas tan imprudentemente aventuradas en un momento de cólera, y que podian deshonrarla como una prueba ante el mundo que solo juzga por las apariencias.

No tardó en presentársele la dama, que venia pálida y sobrecogida.

—¡Ah, señora! esclamó entrando violentamente en el gabinete.

—¿Qué os sucede? esclamó doña María, ¡Venís pálida, sobrecogida.

—Es que al bajar por la escalerilla me pareció sentir pisadas de hombre.

—¡Pisadas de hombre! esclamó doña María disimulando, aunque el encendido color de sus mejillas desapareció. ¡Bah! ¡imposible! por esa parte no anda la servidumbre... y el postigo estaria cerrado... esto es, si os habeis atrevido á llegar hasta el postigo.

—Sí, sí señora, aunque muerta de miedo, he bajado y he corrido los cerrojos.

—¿Y qué teneis entonces? esclamó doña María conservando á duras penas una serenidad aparente.

—Yo, señora, me atrevo á aconsejaros...

—¿Y qué, qué quereis aconsejarme? contestó con altivez doña María.

—Perdonad, señora, pero seria prudente que vues-

tros escuderos registrasen vuestras habitaciones, las escaleras, el patinillo y las habitaciones bajas.

—No, no: eso seria dar un escándalo sin motivo: el miedo debe de haberos engañado... en todo caso con cerrar las puertas de nuestra cámara que comunican con las escaleras, hemos concluido. Id y ved si está en casa el señor García de Coca.

La dama salió murmurando:

—Me llama medrosa; pero ella tambien ha palidecido, y ahora llama al señor Coca... Bien, mejor... á solas sin que nadie se entere, el señor García de Coca dará una buena leccion al miserable. Vaya, si eran pisadas... y unas pisadas estrañas... como que parecia que al tal hombre le crugian al andar los huesos...

—La doncella se perdió con todo su miedo por una lóbrega galería, y poco despues el señor García de Coca estaba delante de su señora.

—Cierra la puerta de la antecámara, le dijo doña María: es necesario evitar que nadie nos escuche.

El escudero salió, y estuvo fuera un momento, durante el cual se oyeron cerrar dos puertas.

Cuando volvió, continuó doña María con la mayor naturalidad:

—¿Has introducido ya esos hombres en el patinillo?

—Perdonadme señora, dijo el escudero; pero no he podido dar con ellos.

—De modo que nadie ha entrado por el postigo...

—Nadie.

—Pues bien, renuncio al medio de escarmentar á ese importuno: mejor es despreciarle: mi desprecio le cansará... esto es mejor... lo otro podria producir un escándalo...

—Sí, sí, en verdad, señora; dijo respirando el escudero, como aquel á quien alivian de un peso... si yo me hubiera atrevido, os hubiera aconsejado lo mismo.

—Sí, sí; es lo mas prudente; vete.

García de Coca salió murmurando:

—Nunca lo hubiera creido... vamos, al fin mujer... el otro... el de la paliza debia ser un intermediario... sin duda ha tenido sus razones doña María para variar de propósito... qué felices son algunos hombres, Dios mio... y no será porque no se lo dije al señor Juan Fernandez de Hinestrosa: la hermosura de vuestra señora hermana es tal, que no debíais llevarla á la córte, donde sabeis que nada hay seguro... la vais á meter en la boca del lobo... pero ¡bah! allá se entenderá el señor Juan Fernandez... Sin duda quiere comer á dos carrillos... no le basta la sobrina... sino que tambien quiere aprovecharse de la hermana... y luego esta reclusion de doña María...

ese postigo, esa escalera que va á dar á su dormitorio.., sí, sin duda... doña María debe de haber tenido grandes motivos para variar de opinion.

Mientras el escudero murmuraba estas razones, que él entendia muy bien, y que mas adelante entenderán nuestros lectores, doña María cerró todas las puertas que comunicaban con el interior de la casa; luego abrió un armario que habia en su gabinete, tomó de él un puñal, le ocultó entre sus ropas, y luego, alumbrándose con una bujía, salió del gabinete, atravesó una cámara, abrió una puertecilla, pasó un estrecho corredor, bajó unas escaleras de caracol, y se encontró en un lóbrego patinillo, que atravesó con paso firme, y llegando á un postigo, descorrió sin vacilar sus triples cerrojos, y permaneció inmóvil en silencio, decidida, resuelta detrás del postigo, esperando á que sonase una llave en la cerradura.

Pero pasó algun tiempo, y nada sonó: doña María esperó aun, y oyó tocar á ánimas en la inmediata iglesia del Salvador: esperó aun mas, y no solo nadie llegó al postigo, sino que ni aun se escuchaba el paso de un solo transeunte en la calle: la organizacion de la mujer es singular: doña María creyó que habia algo de desprecio, de indiferencia en aquella tardanza, y se resintió: casi impulsada por su amor propio, deseó que sonase la llave en aquel postigo... y sin embargo, la llave no sonaba; ni un paso en la calle:

entonces le pareció menos odioso Alvaro Gomez; porque está visto que como mejor se conquista á cierta clase de mujeres, es tratándòlas con indiferencia: al fin, una lluvia menuda y fria, que empezó á caer, la obligó á retirarse, y subió las escaleras mas despacio que las habia bajado: entró en su cámara, y al poner la luz sobre la mesa, lanzó un grito ahogado de sorpresa: la llave del postigo y un paquete de cartas ensangrentadas estaban sobre la mesa, junto á un papel que habia sido tomado de entre los que sobre aquella mesa habia: fuera del tintero y abandonada, una pluma en que se veia aun la tinta fresca.

Doña María recogió con ansia el papel, y le leyó anhelante.

«El insensato, decia, que se ha atrevido á insul-
»taros, señora, no existe ya: su sangre mancha las
»divinas cartas (divinas por haberlas escrito vuestra
»mano), en que con tanta discrecion, virtud y fir-
»meza habeis rechazado los amores de ese importuno,
»y en que irritada al cabo, le habeis atraido para
»castigarle: yo he comprendido perfectamente la no-
»ble y generosa intencion de vuestra última carta:
»habeis sido, en verdad, algo imprudente; pero Dios
»ha querido que yo sea el primero con quien Alvaro
»Gomez se ha jactado de lo que él no comprenderia:
»vuestra intencion llamaba su buena suerte: yo que
»os amo, como se ama á los ángeles, yo que he calla-

»do respetuosamente mi amor, he sellado con la »muerte la boca de ese miserable, y he venido á trae»ros yo mismo esas cartas y esa llave que debian te»neros inquieta. El temor de que esas prendas, en »que está vuestro honor, se estraviasen, me ha obli»gado á traéroslas yo mismo, sin reparar en el peli»gro que tal vez esperaba dentro de vuestra casa á »Alvaro Gomez en castigo de su audacia. Por lo mis»mo, para que no os inquiete la pérdida de esa lla»ve, para que la tengais al momento en vuestro po»der, me ha sido preciso quedarme oculto en vues»tra casa. Perdonad si no ha estado en mi mano el »evitarlo. Aunque me haya atrevido á deciros que »os amo, tenedlo por no dicho si os ofende: si, por »ventura mia, no os ofendiese, si sois tan compasiva »que me permitís gozar un momento de la vista de »vuestra hermosura, decid:—os espero,—y me ten»dreis ante vos; pero si no quisiéreis concederme »esta felicidad, salid de vuestra cámara, señora; per»mitidme que sin ser visto de vos, y sin que yo os »vea, tome la llave, salga y cierre. En ese caso de»jaré la llave debajo del postigo, y ni sabreis quién »soy, ni jamás os recordaré este yerro, ni os veré, »ni os hablaré.—Vuestro, enteramente vuestro.— »Pedro de...»

El firmante habia suprimido prudentemente su apellido.

Dificilmente quisiéramos describir la emocion que se apoderó de doña María: en realidad, tenia que agradecer á aquel desconocido el importante servicio que la habia hecho, y aunque en aquella ocasion no fuera muy generoso hablarla de amor, sin embargo, aquel amor estaba espresado de una manera tan respetuosa, tan humilde, tan resignada á la voluntad de doña María, que esta no podia buenamente ofenderse: sin embargo, lo rígido de sus costumbres la tenia violenta, confusa, avergonzada al saber que dentro de su misma cámara, en su dormitorio, porque no habia otro lugar en donde pudiera estar, habia un hombre oculto que acaso la miraba, que acaso espiaba un movimiento: doña María, pues se dominó, tomó las cartas, vió que no faltaba ninguna, estremecióse al ver la sangre fresca aun que las manchaba, y acercándolas á la bujía las quemó una á una.

Luego tomó la luz, y con paso firme se dirigió á la alcoba, y abrió los tapices; nadie habia trás ellos: adelantó, y de repente se detuvo fascinada en medio del dormitorio: un hombre hermosísimo, estremadamente jóven y hermoso, estaba echado sobre su blanco lecho, con el semblante vuelto hácia ella, durmiendo, ó fingiendo que dormia, iluminada, por decirlo así, su boca con una sonrisa de felicidad como emanada de un delicioso sueño.

Aquel hombre era Peruche, que el tranquilo as-

pecto que habia sabido dar á su semblante, su sonrisa voluptuosa, su energía, su elegantísimo traje estaba tan poderosamente bello é incitador, que doña María, que aunque como hemos dicho, nunca habia amado, ni aun pensado en el amor, pero en cuya alma dormian pasiones profundas, palideció, tembló, lanzó un grito, se le cayó el candelero de las manos, y se llevó la mano al pecho como si la hubiera herido el corazon un puñal cruento.

Al grito de doña María, Peruche fingió que despertaba, y se incorporó en el lecho; en aquel momento doña María, dominada por lo fuerte de la conmocion, vaciló sobre sí misma y cayó desmayada.

—¡Ah! ¡ah! esclamó Peruche con una serenidad de acento que demostraba que á pesar de su juventud no era novicio en amor. ¡Se ha desmayado! Y no ha sido de terror, no; no, vive Dios. A través de los párpados entreabiertos la he visto palidecer, temblar, arder en sus ojos un relámpago salvaje de amor; ¡oh! esta mujer no ha amado nunca. ¡Y qué hermosa es! ¡Ira de Dios! buena perla nos recataba el señor Juan Fernandez... ¡Oh! cuando sepa que su hermana es mí... vaya, si no hay que dudar en decirlo, es mi manceba, se dará á los diablos, y bien es necesario conformarse con la voluntad de Dios, señor Hinestrosa: me dísteis deliberadamente á vuestra sobrina, haciéndome primeramente y por via de seguridad ca-

sar con ella, y ahora, sin saberlo, me dais á vuestra hermana, con quien no puedo casar del mismo modo. ¡Oh! ¡oh! serian demasiados casamientos... pero no importa: vuestra hermana y yo nos entenderemos sin necesidad de vuestra licencia.

Mientras decia esto, Peruche con una fuerza prodigiosa levantó del suelo á doña María como si se tratase de una pluma, vaciló un momento entre si la pondria en el lecho ó en el estrado de la cámara, y se decidió por esto último, teniendo en cuenta las susceptibilidades suponibles en doña María; la sacó del dormitorio, la puso en el estrado, tomó la bujía, la encendió en una lámpara que ardia delante de una vírgen, en un reclinatorio, y la puso sobre la mesa.

Luego se acercó al estrado, y contempló con delicia á doña María, que respiraba con dificultad, y por cuya entreabierta boca salia un sordo y contínuo gemido.

—¡Oh! ¡qué hermosa, qué hermosa es! esclamó con un acento profundamente apasionado Peruche: no diré que es mas hermosa que Salomith, ni mas que mi esposa... no, no: las dos son hermosísimas, tan hermosas como esta... cada cual en su género es un prodigio... pues bien, ¡las tres al saco! pero en cuanto á esta, prudencia... no echemos á perder el buen camino en que estamos por una loca impaciencia; de

seguro perderemos por esperar... me conocerá esta mujer... no, no; imposible: Juan Fernandez la recató demasiado... si me conociera... si supiera que su sobrina doña María es mi esposa... me parece que vuelve en sí... preparémonos, veamos si sé ser respetuoso con una mujer que me enamora.

Doña María empezaba, en efecto, á volver en sí: primero abrió lánguidamente los ojos; luego se incorporó; despues se apartó con sus magníficas manos de alabastro las bandas de sus cabellos que se habian desordenado sobre su semblante, y luego, aunque habia visto á Peruche, apoyó uno de sus brazos en un almohadon del estrado, y guardó silencio como avergonzada; y en la lánguida actitud de quien descansa, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Peruche, en pié delante de ella, á una respetuosa distancia, estaba inmóvil, cubiertos los hombros con su manto rojo que habia dejado sobre un sillon de la alcoba, y con la gorra en la mano.

El silencio duró algun tiempo; pero al fin doña María comprendió que era inconveniente, teniendo en cuenta aquello de que *quien calla otorga*.

—En verdad, caballero, dijo con voz trémula á pesar de sus esfuerzos, que la situacion en que nos encontramos...

—Es estraña, lo conozco, lo confieso; pero sin em-

bargo, señora, he obrado segun he debido obrar... ese insolente...

—¡Y qué habreis creido de mí! esclamó con angustia doña María.

—He comprendido vuestra indignacion por la torpe insistencia de ese hombre, y vuestra intencion al citarle.

—¡Oh! sin duda que estaba abandonada de Dios, cuando tuve tan mal pensamiento... pensamiento que puesto en ejecucion...

—Ha producido sin duda por la voluntad de Dios que nos conociéramos... porque de otro modo...

—¡Cómo! ¿no me conocíais, caballero?

—Sí, sí: yo os conocia, pero vos no me conocíais á mí.

—Y... ¿dónde me habeis conocido? Yo no salgo nunca sino para ir á la iglesia y aun recatada.

—Pues bien, yo frecuento la iglesia de San Juan de la Palma, donde hay santos de mi particular devocion; os he visto en ella cinco veces y por última vez esta tarde.

Doña María se sonrojó y repuso:

—Sin embargo, yo no os he visto nunca.

—Vuestro recato, señora... y, sobre todo, nada tiene de estraño que yo haya reparado en vos, y vos no hayais reparado en mí; vos sois un sol que brilla con una luz deslumbrante, la influencia de vuestra

hermosura se haria sentir de un ciego... mientras que yo...

—¡Ah! ¡caballero! esclamó turbada y con acento de reconvencion, aunque tímido, doña María.

—No os ofendais aunque os llame hermosa, señora; no debe ofenderos la verdad: y luego ¿no os he dado mas de una prueba de respeto?

—¡Pruebas de respeto! ¿y cuándo habeis tenido ocasion de dármelas, caballero? contestó con dignidad doña María.

—¡Es verdad! vos no sabeis cuánto os amo, y por lo mismo no podeis apreciar bien cuánto me ha sido penoso el sacrificio de no decíroslo, como os lo ha dicho Alvaro Gomez. Yo sabia que érais honrada, porque vuestra pureza está en vuestro semblante: que érais noble, porque respirais grandeza; que érais digna y severa, porque en vos todo inspira respeto. Yo ignoraba si érais casada... y en esta duda temí ofenderos con una demanda; no quise preguntar vuestro nombre ni vuestro estado, porque vos sois para mí un depósito sagrado que guardo de una manera avara en el corazon. Por fortuna, apenas habia salido de la iglesia de San Juan de la Palma Alvaro Gomez de Santaella, con quien me habia encontrado en el templo donde permanecí, despues de haberos visto, pidiendo á Dios la gloria de poder llamaros legítimamente mia; apenas salimos del templo,

cuando el miserable me reveló... ¡ah! ¡mi sangre hirvió como un volcan! ¡acababa de cerrar la noche oscura; la calle era solitaria; puse mano á mi espada y embestí á Alvaro Gomez, que solo tuvo tiempo para ponerse en defensa y caer con el corazon partido de una estocada!

—¡Ah! esclamó con un acento indefinible de horror y de contento doña María.

—Entonces, continuó Peruche, le arranqué vuestras cartas, la llave... vine... entré, encontré esta cámara desierta, os escribí... vos, señora...

—¡Yo... yo no sé lo que ha pasado por mí... respondió con precipitacion doña María.

—A mi vista os habeis desmayado.

—De terror...

—¡Lo comprendo!

—Pero... permitidme; yo no puedo ser indiferente á los riesgos á que os habeis espuesto por mí... ¿estais herido?...

—No: ¡era imposible que me hiriese Alvaro Gomez! contestó con acento bravío Peruche.

—Pero pueden haber visto esa muerte, haberos conocido...

—No, señora; vos sola lo sabeis, porque yo para vos no tengo secretos.

—¡Ah! ¡caballero... no penseis que yo!...

—¿Y qué os importa mi peligro?

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿no ha sido por mí?

—¡Y creeis que no merezca una recompensa!...

—¿Y qué recompensa quereis de mi?

—Vuestro amor.

—¡Mi amor!... ¡mi amor! yo afortunadamente, caballero, no conozco el amor.

—¿Y me sentenciareis á una desesperacion eterna?

—Debeis comprender que yo no puedo ni debo amar sino al que sea mi esposo.

—¡Oh, sí!

—Pues bien, yo no me pertenezco... tengo un hermano.

—¿Y quién es vuestro hermano?

—Juan Fernandez de Hinestrosa, camarero mayor del rey.

—¿Pero, vuestro hermano?...

—Si mi hermano dice sí...

—¿Vos no direis no?

—Una doncella honrada no tiene mas voluntad que la de sus padres ó la de los parientes que Dios ha puesto en su lugar.

—¡No, no!...¡yo no os pediré á vuestro hermano hasta que sepa que me amais!

—Una dama noble y honrada ama siempre á su marido.

—¡El sacrificio no es el amor!... dejadme, dejadme que yo os trate algun tiempo.

—¡Tratarme! ¿y cómo? estoy rodeada de una numerosa servidumbre, y mi hermano...

—Vuestro hermano no sabe ni sabrá que en este momento estamos solos, rodeados del silencio y de la noche.

Doña María arrojó en torno suyo una vaga mirada de inquietud.

—Y sin embargo, señora, repuso Peruche, ¿no os he tratado y os trato con el mismo respeto que si estuviérais rodeada de vuestras dueñas?

—Pero...

—Dadme una prueba, si no de vuestro amor, al menos de amistad, de confianza.

—¿Y qué prueba quereis? ¿es posible?

—Dejad en mi poder la llave de ese postigo.

—¡Oh! ¡no, no! ¡jámas... eso no!...

—Sin embargo, señora, esa llave ha estado en mi poder... y tened presente que con esa negativa os injuriais y me injuriais...

—Pero concederos eso, es ya un principio de liviandad... ¡no, jamás, no!

—¿Esto es decir que me rachazais... que desconfiais de mí?

—¿Pero no comprendeis que si os ven entrar?... ¡oh! ¿yo estoy muy segura de mí misma!... ¡pero la murmuracion, la vecindad!...

—Os prometo que seré tan prudente, que espera-

ré de tal modo las tinieblas de las noches oscuras, que nadie... permitidme que pueda hacerme amar de vos, confiando en mi fé de caballero.

—¿Sois noble? esclamó profundamente doña María.

—Mi casa es la primera casa de Castilla.

—¿Cómo os llamais?

—Pedro de Espinosa.

—¿Qué sois?

—Page de su señoría el rey de Castilla.

—¿Conoceis, pues, á mi hermano?

—¡Mucho!

—¿A mi sobrina?

—¡Oh! ¡mucho, mucho! algunas veces, con gran frecuencia soy de su cámara.

—¿Sabreis que los Hinestrosas?...

—Son poderosos... lo sé... son hidalgos, sin tacha y sin mancha, aunque algunos envidiosos de su privanza digan que abusan mucho del favor del rey... sé cuanto valeis, señora, por vuestra alcurnia... sé cuanto valeis por vos misma.

—Pues si quereis que deje en vuestro poder esa llave, que de tiempo en tiempo os permita que me veais, siempre con la condicion de que no vereis en mí mas que una noble amiga, venid.

Doña María se levantó, y llevando á Peruche junto al reclinatario, le dijo:

—Juradme, no solo que respetareis en mí lo que se debe á una dama cuando vengais á verme, sino que á nadie contareis ni ahora, ni luego, ni nunca, lo que ha sucedido entre nosotros.

—¡Os lo juro, señora!

—Pues bien, en ese caso quedaos con la llave.

—¡Ah, doña María... es eso decirme!...

—Que consiento en que vengais á verme como un amigo.

—¿Y no como un amante?

—Mereced que os ame.

—Os juro, señora, que lo mereceré ó moriré.

—Pues bien, empezad á hacer merecimientos dejándome sola; es ya tarde y si alguien os viese...

—¡Ah, señora, pues lo quereis, adios! pero prometedme que no os asustareis si me veis aparecer de repente delante de vos!

—¡Ah! os lo prometo: pero evitad imprudencias, porque no os perdonaria nunca el que por ellas se pensase mal de mi honor.

—¡Adios, pues, doña María, y no me olvideis! dijo Peruche encaminándose á la puertecilla que conducia á la escalera.

—¿Cómo, le dijo doña María, tan bien conoceis el camino que ni aun necesitais luz?

—¡Ah, señora! dijo Peruche con un acento particular, nunca he entrado en parte alguna sin haber

conocido de antemano cómo he de salir.

Y desapareció: doña María fué á las vidrieras de de su mirador, las abrió y salió fuera: le importaba saber si el señor Pedro de Espinosa salia tambien. En efecto: poco despues se oyó el ruido de la llave en el postigo que se abrió, salió una sombra, cerró de nuevo, y luego una voz en la que la dama reconoció la del page, la dijo:

—¡Adios, hermosa mia, adios! Luego se alejó hácia el Mercado.

Doña María permaneció en los miradores, y parecióle que dos sombras seguian apresuradamente al page, y que una voz de mujer irritada decia:

—¡Oh! ¡oh! ¡me engaña! pues bien: ¡yo me vengaré!

—¿Pero eso no puede tener relacion con el señor Pedro de Espinosa? dijo doña María entrando y cerrando las vidrieras. No: ¿qué tiene que ver una mujer que pasa por la calle?... no... no... ¿pero serán estos celos? ¡celos! ¿y de qué? ¿acaso amo yo?

Doña María calló sobrecogida al ver la respuesta que habia dado su corazon á aquella pregunta, agitándose de una manera enérgica y violenta al recuerdo de Peruche. Doña María, en verdad, no podia comprender, clasificar, definir el sentimiento que le inspiraba el hermosísimo page: pero, poneos en su lugar, hermosas lectoras, ello era preciso que doña

María que nunca habia amado, porque no habia podido amar á los hombres de armas del castillo solar de Hinestrosa, ni habia salido jamás de bajo la regidísima férula de doña Luz de Hinestrosa, una su tia, doncella quintañona, que habia hablado del amor como de un demonio, tentador, horrible, al cual no podian deberse mas que desventuras, perdiciones y deshonras; acostumbrada, decimos, á estas cosas, resonando aun en su oido la áspera voz de doña Luz, por cuya muerte, su hermano Juan Fernandez de Hinestrosa, camarero mayor del rey, como si dijéramos su favorito y señor absoluto, desde la muerte del poderoso valido don Juan Alfonso de Albuquerque, se concibe, pues, perféctamente, que la palabra amor la horrorizase; pero lo que ella no podia comprender era que aquella terrible palabra la sonase como una armonía dulcísima en los lábios del jóven page, y que al ver el amor al mismo tiempo en su mirada, se estremeciese, se alterase, su pusiese tal y tan dulcemente mala como la habia acontecido: doña María, pues, se escandalizó de sí misma y luchó con la impresion que le habia causado Peruche, para sacar el resultado que generalmente sacan las mujeres de estas luchas; esto es, enamorarse, hacerse una necesidad del hombre que la enamora, y en vez de vencer ser vencidas. Doña María, á los pocos momentos de lucha, se alarmó, comprendió que á poc

trabajo se haria amar de ella el jóven paje, y resolvió recogerle, en la primera ocasion en que le viese, la llave del postigo y no volverse á ver. Tomada esta resolucion, doña María, se creyó salvada; salió de la cámara, atravesó el retrete, entró en otra habitacion inmediata, y rodeada de sus dueñas y seguida de la servidumbre, fué al oratorio y rezó con sus gentes las oraciones cuotidianas: no faltó, sin embargo, quien advirtiese entre los criados que el rezo habia empezado una hora mas tarde que de costumbre, y que doña María estaba notablemente distraida.

Concluido el rezo, doña María, segun costumbre tambien, fué á otra cámara donde tenia servida la cena; alli los criados que la servian notaron que doña María estaba desganada, y que con suma frecuencia se quedaba inmóvil y con la mirada abstraida y profunda, cual si la hubiese tenido fija en la inmensidad.

Nunca habian visto de tal modo á su señora.

Cuando doña María se retiró á su dormitorio, despidió á sus doncellas antes de que estas la desnudasen, lo que fué un nuevo motivo de admiracion y estrañeza.

Luego doña María levantó con mano trémula los tapices de su alcoba y lanzó una mirada recelosa al

lecho: estaba solo, pero aun quedaba en él la huella del cuerpo del paje.

Doña María se desnudó y se acostó suspirando.

¿Durmió ó no? Esto lo veremos mas adelante.

CAPITULO III.

Thamar.

Poco despues de la queda entraron en Sevilla por la puerta de Adohar, y á punto que los guardas iban á cerrarla, dos hombres de estraño aspecto, montados cada cual de ellos, en un asno. Al pasar por delante de la hoguera que los soldados de la guarda tenian encendida junto á la puerta, pudo notarse que uno de estos hombres era jóven y el otro viejo. Entrambos llevaban largas hopalandas de bayeta negra y gorros amarillos: eran judíos.

—Que me condenen, dijo un soldado poniendo su partesana contra el muro interior para cerrar la puer-

ta, que me condenen, dijo, á un trato de azotes, si desde que estoy de atalaya, que bien habrá ya dos horas, no han entrado cincuenta de esos perros judíos á quienes Dios confunda.

—Ya se vé, dijo otro soldado, el tesorero del rey es judío, el médico del rey es judío, los receptores de lo tributos son judíos, ¿cómo han de andar los judíos sino con la barba levantada y atreviéndose á los castellanos?

—Y luego, añadió otro, no falta quien diga que como son tan hermosas esas judias y el rey tan enamorado...

—¡Eh! ¿quién habla del rey? dijo el cabo de la guarda saliendo del estrecho aposento abovedado que habia en el grueso del muro; silencio, hijos, silencio! que no sabemos quién nos escucha, y puesto que ya está cerrada la puerta y ha sonado la queda, entrémonos y durmamos, y dejémonos de nombrar á su señoría, si no es ya que quien le nombre quiera que yo le haga probar el buen temple de mi toledana.

Calláronse los soldados, como acontece siempre á estas gentes cuando les habla un jefe; entráronse en la guarda, y entre tanto, los judíos que se habian aventurado por una estrecha calleja, entraron en el recinto cerrado de la Judería, que ocupaba entonces el espacio contenido hoy antre las calles de Santa

María la Blanca, la de los Encisos y la de Lope de Rueda.

Este recinto cerrado, en el que se abrian cinco puertas á otras tantas calles, no era otro cosa que una poblacion judía, enclavada, por decirlo así, dentro de una poblacion cristiana; recinto en cuyo reducido espacio vivian dos mil familias hebreas, regidas por sus leyes especiales, con una sinagoga para el culto, con sacerdotes, jueces y cuanto correspondia á su administracion particular; recinto donde solo vivian judíos, sin que por esto dejasen de encontrarse riquísimos judíos en Sevilla, fuera de aquella demarcion, cuyos habitantes podian llamarse independientes, puesto que su vasallaje á la Corona de Castilla solo se conocia en el distintivo que se les hacia llevar para diferenciarse de los cristianos, y en el fuerte tributo que se les cobraba y que podia considerarse como el alquiler del terreno que se les concedia en cada poblacion, villa ó ciudad. Es cierto que en estos recintos, bajo el manto de la abyeccion mas servil, se ocultaba bajo todas las fases posibles el monopolio; que á la Judería iban á buscar dinero los ricoshombres arruinados por sus dispendiosos gastos; que en la Judería se encontraban las telas y las alhajas mas ricas; que sus graneros estaban atestados de trigo, cuando no habia un solo grano en Sevilla: esto no impedia el que los judíos fuesen despreciados y

maltratados hasta por los habitantes mas miserables de la ciudad; desprecio y malos tratamientos que ellos sufrian de muy buena gana, con tal de hacer pagar crecidas sumas á los ricos y algunos sueldos mas caro el pan á los pobres, cuando tenian ocasion de hacerlo.

La Judería era un enmarañamiento de callejas oscuras, sucias, en cada una de las cuales habia estrechas puertas siempre cerradas, y que jamás se abrian del todo, al salir ó entrar los habitantes; pero dentro de aquellas casas tan apiñadas, de esterior tan tétrico, generalmente tan silenciosas, habia encerrados tesoros inmensos, mujeres de una hermosura maravillosa, de las que era una muestra Salomith, la celosa y enérgica querida de Peruche; retretes y cámaras dignas por su magnificencia y su riqueza de un rey moro; el lujo en las habitaciones de las mujeres; en ellas los perfumes, los tapices de brocado, las alfombras de Persia: en las habitaciones de los hombres, el desaseo, la desnudez, la miseria: es verdad que el lujo de algunas de las habitaciones de aquellas casas, solo era, por decirlo así, el alivio de los almacenes donde se guardaban aquellas preciosidades, sucediendo que muchas veces se descolgaba de una de aquellas hermosas cúpulas una lámpara, ó se levantaba una alfombra, ó se sacaba un mueble para ser vendidos, siendo inmediatamente sustituidos con

otros objetos semejantes ó mas ricos.

Era, en fin, el lujo de los judíos en el interior de sus casas un lujo de mercaderes que estienden sus almacenes hasta sus estrados.

Los dos judíos que hemos citado se metieron en la Judería por la puerta mas próxima á la de la Carne, y se perdieron en aquel intrincable laberinto de callejas torcidas y tan estrechas, que solo podia marchar un asno de frente, y aun así sin ginete, y no pararon hasta llegar al centro y á una casa de cuya apariencia no podia juzgarse, puesto que era tal la oscuridad de la noche, que los judíos habian llegado á ella por tacto mas que por vista.

Uno de ellos llamó de una manera particular. Poco despues se abrió una rejilla, asomó trás ella una lámpara y trás la lámpara un rostro pálido, macilento y receloso, y se oyó una voz desapacible que dijo:

—¿Eres tú, Saul?

—Yo soy, contestó el de afuera.

—¿Vienes solo?

—No: viene conmigo Adonias.

—Que el Señor le bendiga, dijo dulcificando la voz.

Inmediatamente se abrió la puerta y Saul y Adonias entraron conduciendo los asnos del ronzal.

—Llévate esos animales á la cuadra, Ezequiel, y avisa á Thamar que aquí está Adonias.

Y dicho esto, Ezequiel asió de los asnos, y Saul y su compañero subieron á oscuras unas estrechas escaleras, atravesaron un corredor del mismo modo lóbrego, al fin del cual se oyó como crugir un resorte, rechinaron unos goznes, y una lánguida luz, proveniente de un lindísimo retrete, iluminó el semblante del viejo Saul.

—Entra y espérala, hijo mio, dijo á Adonias; estará irritada, y es necesario que la hagas entrar en razon: acaso tú consigas lo que yo no he podido conseguir.

Y sin decir mas, empujó al jóven y la puerta volvió á cerrarse.

Cuando Adonias se volvió, nada, ni el mas ligero vestigio de puerta encontró tras sí.

—Este viejo zorro, esclamó Adonias, piensa demasiado en su provecho, para que yo pueda fiarme de él: es cierto que soy judío; pero hace tanto tiempo que ando entre cristianos, que he perdido las costumbres de mi raza: soy un aventurero, ni mas ni menos, y entiendo mas de dar cuchilladas y reveses, que de mercaderías y usuras... el empeño de ese Saul... en que yo me case con una de sus hijas... á Salomith la amaba, la adoraba, la adoraria aun si no fuese porque... pero Thamar... Thamar es demasiado altiva, demasiado envanecida con su hermosura... me parece que se acerca... sí, sí, ese es su andar

grave, fuerte, magestuoso... pues bien... procuremos parecerla lo mejor posible.

Y el jóven arrojó á un rincon el manto y el gorro, y quedó en el pintoresco traje de los aventureros de la época; sobre un camisote de mallas cuya capellina se plegaba sobre sus hombros y su espalda, llevaba una sobrevesta de ante forrada de grana perpuntada y bordada de seda negra con arabesços: un ancho cinturon ó talabarte de cuero de Córdoba con lucientes hevillas de acero, sostenia en sus triples tiros una pesada espada de Toledo y una agudísima daga de Milan: unas calzas de grana vestian sus robustas y bien formadas piernas, y unos borceguíes de ante bordados como el coleto.

Ademas, Adonias era un jóven como de veinte y cuatro años, de buena estatura, miembros fuertes y proporcionados, hermosura enérgica; cabellos largos, negros, brillantes y ondulosos; semblante moreno; ojos negros, enormes, con esa fijeza y esa fuerza de espresion de los ojos de las razas orientales, pero con un oscuro fondo de doblez, de mala intencion, por decirlo así, de recelo; espresion traidora que solo aparecia un momento cuando su alma estaba escitada, y desaparecia con la rapidez del relámpago. Cuando su hipócrita espresion cubria aquel semblante, Adonias era un ser simpático, hermoso, noble, valiente, y era necesario que fuese un gran conoce-

dor del corazon humano el que adivinase en aquellos momentos la perversidad que se ocultaba en el corazon de Adonias.

Poco despues de haber arrojado su ropon y su gorro, se levantó un tapiz y entró una mujer, tal como nos representaríamos á Judit, Ester, ó Jezabel: hermosa, con una hermosura épica, terrible, si se nos permite esta frase: mujer llena de todos los incentivos de la beldad y de la grandeza; á la que no podia llamarse ángel, porque habia en ella demasiada fuerza de pasiones, demasiada energía, demasiada altivez para un ángel, á no ser que nos figuremos al ángel rebelde, á Luzbel, en todo el esplendor de su hermosura. Thamar, con su ancha túnica azul de brocado, larga hasta cubrir sus piés, en una ondulante plegadura, ceñida por un cíngulo de oro; el cuello, los hombros, la parte media del pecho, descubiertos y resplandecientes de blancura; con una ligera toca de seda sobre los largísimos cabellos peinados en gruesas trenzas mas negras que el azabache con su estatura aventajada, sus formas robustas, su semblante noble, mas que noble altivo, con una altivez de reina, y de reina despótica; era una verdadera figura épica que nos vendria muy bien en nuestros dias para representar la tragedia.

Y sin embargo, se concebia que aquella mujer á pesar de su hermosura estremada, estaba sentencia-

da á no ser amada: solo podia inspirar deseos, deseos rabiosos; pero esa dulce y desinteresada pasion que se llama amor, nunca, á no contarse con una aberracion del espíritu humano, porque jamás se ha amado lo terrible, lo dominador, lo altivo, lo inflexible, y Thamar en cuerpo y en alma era todo esto á la vez.

Sin embargo, al ver á Adonias, su semblante se dulficó; anduvo lenta y magestuosamente hasta llegar á alguna distancia de él, y le miró con la mirada húmeda de emocion.

—¿Cómo es esto? ¿mi valiente, mi hermoso, mi amado Adonias, no abraza á su Thamar, cuando vuelve de una larga ausencia?

—Tu padre me ha dicho que estás irritada.

—¡Irritada, sí, esclamó Thamar, cuya espresion cambió enteramente de dulce y sentida en profundamente feroz: ¡irritada!... ¿y sabes por qué?

—Lo ignoro, Thamar.

—Y nunca te lo diria yo aquí: mi padre debe estarnos escuchando.

—Y aunque eso fuese, ¿un padre no puede escuchar á su hija? ¿no tiene obligacion de hacerlo?

—No, no: Saul no debe escucharme y no me escuchará: ven conmigo.

Adonias siguió á Thamar, que le asió por una mano y salió con él. Apenas hubieron salido del retrete, Thamar cerró por fuera la puerta, y Adonias

se encontró en una magnífica cámara en que se habia aparado todo el lujo del gusto hebráico. Cuando estuvieron en ella, Thamar tomó de sobre una mesa un puñal y un pomo.

—¿Para qué es eso, Thamar? la dijo el jóven.

—Sígueme: aun no es tiempo de hablar: aun podemos ser escuchados.

Y llegando á un ángulo de la cámara oprimió un resorte tan disimulado entre el adorno, que hubiera sido imposible encontrarle, y se abrió una estrecha puerta tan disimulada como el resorte.

La puerta se cerró y la lámpara de plata que llevaba encendida en la mano Thamar, reflejó en el oscuro y estrecho arco de una pendientísima escalera.

—En verdad, en verdad, dijo Adonias, que yo creía conocer esta casa, en la que he nacido; pero esta noche he visto dos cosas que no conocia en ella.

—¡Ah! ¡la puerta por donde se entra á mi retrete, y esta por donde hemos bajado á esta escalera! El viejo zorro Saul cree sin duda que yo, aunque conozco la una, ignoro la otra.

—¡Vé que Saul es tu padre!

—¡Oh! ¡mi padre él! esclamó con acento terrible Thamar: aquí ya no puede escucharnos, y puedo decirlo: ni Saul es mi padre ni Salomith mi hermana.

—¿Y quién ha podido revelarte eso?

—Quien me ha revelado la existencia de esta escalera y su comunicacion con la casa endemoniada que tan terrible fama ha tenido entre nosotros.

—¡Ah! ¡ah! ¿con que la casa endemoniada?...

—No es otra que un antiguo edificio donde se reunen nuestros ancianos, nuestros sacerdotes, los judíos que sirven al rey de Castilla, donde se conspira con seguridad...

—¿Y quién ha podido decirte eso?

—Un levita.

—¡Un levita!

—Sí; un anciano levita, por vengarse de Saul.

—¿Pero, las pruebas?...

—Ven conmigo y las tendrás.

Adonias siguió á Thamar, y esta cotinuó bajando la escalera. Cuando llegó al pié, se detuvo junto á una puerta cerrada: sacó una llave y abrió aquella puerta.

Inmediatamente se encontraron en un espacio lóbrego cuya estension, perdida en la sombra, no podia calcularse: anchos y fuertes pilares sostenian la bóveda y se perdian en la sombra.

—Sígueme: aquí no estamos bien: podria bajar Saul.

—¿Pero si Saul entra en tu cámara y no te encuentra...?

—Saul creerá que estamos encerrados en el retre-

Sígueme: aquí no estamos bien.

te en que tú no has entrado nunca, ni entrará quien no sea mi esposo. Sígueme.

Adonias siguió á Thamar, que atravesó un lado del subterráneo; llego á otra puerta y la abrió: entonces el aire de la noche azotó el semblate de Adonias.

—¿Dónde estamos? preguntó.

—En la calle.

—¿Y á dónde vamos?

—A la sinagoga.

Y dicho esto, Thamar, asiéndose del brazo de Adonias y alumbrándose con la lámpara, siguió adelante.

Si hubiese tenido que andar gran trecho, indudablemente la lámpara, que hasta entonces no habia sido agitada por una ráfaga fuerte se hubiera apagado: pero Thamar solo atravesó la calle, siguió un poco delante, y llegando á otro pequeño postigo le abrió con otra llave.

Entró, siguióla Adonias, y Thamar cerró de nuevo. Bajaron otras escaleras y se hallaron en otro subterráneo mas reducido y menos lóbrego.

—¿Dónde estamos? la preguntó Adonias.

—En los subterráneos de la sinagoga, contestó la jóven: siéntate, añadió señalando un poyo de piedra al jóven.

Adonias se sentó: Thamar puso la lámpara en el

suelo y se sentó junto á él:

—¿Dónde has estado durante seis meses mortales, Adonias? le preguntó la jóven.

—En Francia, sirviendo al rey Cárlos V, ó mejor dicho, al delfin regente, bajo las inmediatas órdenes del valiente Juan Chandos, y junto á la bandera de Beltran Duguesclin.

—¿Y has preferido?...

—Yo debia preferir...

—¡Sí, sí, ciertamente! ¡desde que aquel terrible castellano nos robó á Salomith!...

Adonias palideció,

—¡Sí, sí, á Salomith, á quien tú amabas!... ¡á quien tú amabas! repitió con energía Thamar contestando á un movimiente de Adonias; despues de haberla buscado inútilmente, desesperado, preferiste abandonarme á verte obligado á decir amores á una mujer á quien solo veias porque viéndola á ella te era fácil ver á Salomith.

—Te engañas: el mismo interés tenia Saul en que fueses tú mi esposa, que en que lo fuese Salomith.

—Mientes, mientes, Adonias; en otro tiempo hubiera podido creerte, pero ahora no. Pero continúa, continúa, dime cuál fué el motivo que te obligó á dejarme sin despedirte de mí... sin alentarme siquiera con una promesa... sin decirme, aunque no hubieras pensado en ello, volveré.

—Y sin habértelo dicho he vuelto Thamar.

—Dime, dime, los motivos de tu ausencia, que despues yo te diré los de tu vuelta.

—Eres impaciente colérica é injusta, Thamar, dijo el jóven; jamás estás dispuesta á creer lo que no quieres creer. Escúchame y escúchame con calma: estás temblando de cólera.

En efecto, Thamar golpeaba con la punta de su precioso pié, en una resquebrajadura del pavimento.

El jóven continuó:

—Ya sabes lo que yo era en casa de tu padre, dijo: un simple cincelador de oro.

—Es verdad: un cincelador cuyo trabajo era preferido al de todos, y con el que se contaba cuando el rey pedia una joya de precio: un hombre que podia haberse hecho rico con sus manos.

—Pero yo no habia nacido para eso... es verdad que sin padres, pobre, recojido por Saul, se lo debia todo: pero pasar los dias enteros sentado con una pieza de oro en las manos, sujetarse á las pequeñeces de un cincel... vamos, te lo repito, Thamar... yo no he nacido para esclavo: prefiero á la torrecilla donde me confiaba con mis alhajas y mis herramientas Saul, el aire libre, los campos que yo veia con envidia desde la ventana enverjada, como un pájaro enjaulado; vagar por aquello campos, no como ese

miserable campesino que riega el suelo con el sudor de su frente, sino atravesándolos sobre un bridon, con un yelmo de hierro en la cabeza y un arnés sobre los hombros: yo queria ser como los soldados del señor rey: este era mi sueño hacía mucho tiempo: cuando Saul me daba una joya, me dedicaba á ella con ardor; procuraba concluir temprano mi tarea, y apenas la concluia cuando iba á ver tirar la espada, en el Humilladero: yo tambien tiraba, gastaba mis ahorros en aprender: al fin llegó un dia, en que supe cabalgar, justar, romper una lanza, y manejar una espada y un hacha de armas: entonces con los ahorros que tenia compré un caballo, un arnés... y un dia... ya hace seis meses... partí...

—Sí; desesperado por la pérdida de Salomith.

—Te juro que si yo hubiera estado aquella noche en la Judería no nos la hubieran arrebatado.

—Sí, el amor te hubiera dado fuerzas.

—Yo no amo á nadie mas que á tí, y solo por tí he venido.

—¿Que solo por mí has venido?...

—Ciertamente; si no ¿quién me obligaba? yo vivia alegremente en Francia bajo las órdenes del señor Juan Chandos, y como él me llamaba Juan, nadie sabia si yo era judío ó cristiano: y ¿qué les importaba? yo era un buen camarada, una buena lanza, un buen hombre de armas; en los saqueos sabia apreciar las

alhajas que caian en nuestras manos y evitar el engaño de los capitanes; me amaban en fin todos: yo habia hecho algun dinero y le habia enviado á Saul, librándole sobre genoveses en Sevilla. Solo por esto supo Saul donde yo paraba. Al fin, un dia, y no hace mucho tiempo, recibí esta carta de Saul.

El jóven sacó una carta de su escarcela, que leyó con avidez Thamar.

Aquella carta estaba concebida de este modo:

«Hijo mio Adonias: si quieres que mi hija Tha-
»mar viva, vuelve, porque tú eres su vida; vuelve,
»porque tú eres para ella el sol vivificador, la luz
»de su existencia.....»

—Saul mentía sin duda, dijo con una astuta flexibilidad Adonias..?

—¡Que mentia..! ¡que mentia..! ¿acaso no sabes cuánto te amo?.. contestó Thamar, devolviendo á Adonias la carta que nada tenia de interesante despues de las frases que hemos escrito.

—Y bien... yo por tí abandoné mi sueño, mi ambicion, la guerra, los reales, con sus tiendas de colores en desórden... y eso que en el poco tiempo que habia seguido la vida de aventuras habia hecho nobles amistades.

—Y ¿qué amistades son esas? esclamó la recelosa Thamar.

—He conocido personalmente al conde de Trasta-

mara, y me he dejado conocer de él...

—Y bien...

—Don Enrique al saber que yo conocia de una manera tan allegada al riquísimo Saul...

—¿Pensó alcanzar por tu mano un préstamo para hacer la guerra al rey de Castilla?

—Don Pedro es un cruel tirano, dijo con energía el jóven que habia bebido en los campamentos franceses el ódio que en ellos se sentia por el rey don Pedro.

—Pero es un tirano fuerte y poderoso, esclamó palideciendo Thamar.

—Por lo mismo es necesario unir todos nuestros esfuerzos para derribarle.

—El rey don Pedro lo vé todo, lo sabe todo; entra en todas partes: ¿quién puede asegurarte que aquí mismo no nos escucha?

—En efecto, dijo una voz lúgubre desde un ángulo del subterráneo; el rey don Pedro sabria lo que acabais de decir, si no fuérais vosotros los que lo habeis dicho.

Adonias se puso en pié y empuñó con fiereza su espada: una sombra alta, envuelta en un ropon blanco, adelantaba hácia ellos. Al llegar á cierta distancia se descubrió.

—¡Ah! ¿eres tú Daniel? dijo Adonias, dejando el pomo de su espada.

—¡El anciano levita! esclamó Thamar.

—Seguidme, hijos mios, seguidme, dijo el hebreo; aquí estamos mal; es necesario que esteis en un lugar mas seguro.

Y tomando la lámpara de Thamar, desapareció, seguido por los jóvenes, por una pequeña y tenebrosa puerta que se cerró tras ellos.

CAPITULO IV.

En que se sabe lo que habia de comun entre el rey don Pedro, Adonias y Thamar.

Atravesaron algunos espacios lóbregos, y al fin subieron unas estrechas escaleras abiertas, segun las apariencias, en el grueso de un muro: una vez en lo alto de ellas, Daniel abrió una puerta pequeña, pero fuerte, y entró con los jóvenes en una habitacion pequeña, donde se guardaban los vasos de oro del sacrificio, que estaban encerrados en fuertes armarios de hierro.

Apenas habia entrado Daniel, cuando de un rincon del aposento se levantó de un escabel, en donde estaba sentada, una mujer.

—¿Ha venido ya? dijo con voz áspera.

—Sí, buena madre: acaba de llegar; Thamar le esperaba, y en el momento ha venido con él, dijo el levíta.

La mujer adelantó; tomó la lámpara de manos de Daniel, y poniéndola delante del rostro de Adonias, le examinó profundamente; luego le miró la oreja derecha, apartando los pesados rizos de su cabellera negra, y al ver una cicatriz que habia en la oreja, en la parte baja de su borde esterior, dijo profundamente:

—El es.

—¿Y quién soy yo? dijo Adonias, mirando á su vez á la mujer que habia entrado ya en la vejez.

—Tú eres un noble y poderoso señor.

—Pues mirad, buena madre: yo hasta ahora no sabia que era mas que un bizarro aventurero, porque eso me lo han dicho muchas veces, y yo mismo lo he probado, haciendo medir mas de una vez el polvo á los bravos archeros del *Príncipe negro*: es verdad que segun dice Saul, me encontró una mañana al rayar el alba, envuelto en paños de seda, recien nacido en la puerta de su casa, y quien así se encuentra, bien puede ser hijo de un caballero, de un rico-hombre, de un maestre ó de un rey.

—Algo hay de eso, dijo la vieja, fijando con una espresion particular sus pequeños ojos grises en el jóven.

—Sin embargo, dijo el jóven, si yo soy hijo de castellanos, no lo parezco.

—Tu madre era judía, la doncella mas hermosa entre los vuestros.

—Qué, ¿vos sois judía?

—Yo soy cristiana vieja y neta, de las montañas de Leon, dijo con cierta dureza que no se cuidó de ocultar la vieja.

—¡Ah! sois cristiana vieja... y mi padre...

—Tu padre era tambien cristiano godo, por los ocho adolengos, sin mezcla de moro ni de judío.

—¡Rico!

—Poderoso.

—¡Noble!

—Nobilísimo.

—¿Su nombre?

—Antes de que sepas su nombre, es necesario que te hagas merecedor de llevarlo.

—¡Ah! ¿con que segun eso, se piensa en que alguna vez parezca el niño perdido?... porque yo creo que soy un niño perdido.

—Tú has sido siempre un niño oculto, dijo la vieja: ya ha llegado el momento de que te se pueda dar á conocer; pero es necesario que demuestres que eres digno de ello.

—¿Y cómo lo he de demostrar?

—Sirviendo lealmente al rey don Pedro.

—¡Al rey don Pedro! esclamó Adonias: ¡á ese hombre que aun no tiene veinte años, y ya está teñido en sangre de los piés á la cabeza! ¡á ese hombre que ha matado á su maestro, casi á su segundo padre, á don Juan Alfonso de Alburquerque! ¡qué ha asesinado á doña Leonor de Guzman! ¡qué ha recibido con los ojos enjutos la noticia de la muerte de su madre! ¡qué ha obligado á sus hermanos... á salir de Castilla!

La vieja no pudo contenerse por mas tiempo.

—¡Calla! ¡calla! esclamó colérica: ya se conoce el lugar de donde vienes. ¿Que mató á doña Leonor? ¡Mentira! A doña Leonor la mató la reina doña María irritada por sus largos celos de esposa abandonada. ¿Qué mató á don Juan Alfonso? ¡mentira! pero aun cuando le hubiera muerto, hubiera hecho bien... muy bien... don Juan Alfonso era un señor demasiado soberbio y altivo para que el rey no se viera obligado á castigarle... ¿Qué ha obligado á sus hermanos á salir de Castilla?... no ha sido el rey, sino sus traiciones, los que han desterrado á los hijos de doña Leonor de Guzman, á los miserables hermanos bastardos del rey.

—Y aunque todo eso sea cierto, aunque haya tenido motivos para obrar como ha obrado y obra, ¿los tenia tambien para haberse separado escandalosamente de la reina doña Blanca su mujer, y para que

haga vida pública con su manceba doña María de Padilla?

—Siempre responde en tí la voz de Francia. ¿Por qué le obligaron á casarse con doña Blanca?... esto no era justo: además, ya sabian que el rey estaba casado con doña María de Padilla.

—¡Casado con doña María de Padilla! esclamó Thamar, que hasta entonces habia guardado silencio.

—Esa es una torpe y grosera mentira, dijo con desprecio Adonias.

—¡Mentira grosera! ¿con qué es mentira que la Padilla es esposa del rey?... ¿qué es la verdera reina de Castilla?

—¡Oh! si no fuera tan santa, tan buena doña María; si se prevaliese del ciego amor que la tiene el rey, como se prevalió doña Leonor de Guzman del amor que la tenia el rey don Alonso... ¡oh! entonces se veria si era ó no era esposa del rey doña María: entonces se veria que la primera esposa era la legítima, y que la segunda no tenia derechos ningunos, y se veria obligada á volverse á esa Francia, á esa maldita Francia tan enemiga siempre de Castilla. Pero esto al fin mancharia el nombre del rey don Pedro, y doña María de Padilla le ama lo bastante para consentir en pasar por su manceba antes de que el rey dé que decir á las gentes.

—Con mucho calor defendeis al rey, buena madre,

dijo con sarcasmo Adonias.

—¿Pues no he defenderle? esclamó con doble calor la vieja, ¿no he de defenderle, si soy su madre?

—¡Su madre! ¡vos su madre!

—Sí, porque le he alimentado con mi sangre.

—¡Ah! ¿sois su nodriza?

—Sí.

—Entonces no estraño el calor con que le defendeis. Las nodrizas suelen amar mas al niño que crian, y son mas indulgentes con sus vicios y aun con sus crímenes, que su propia madre... pero nada nos importa esto: ¿me habeis hecho venir de Francia solamente para decirme que sirva al rey?

—Saul te ha llamado para que le hagas traicion...

—Saul me ha llamado para hacerme esposo de su hija Thamar.

—Ese era el prestesto. Además de eso, Thamar no es su hija; como tú, solo tiene sangre hebrea por parte de su madre, y como tú, tiene la señal de una cortadura en el dedo pequeño de la mano derecha.

—¡Seremos acaso hermanos! esclamó con ansiedad Thamar.

—No, hijos mios, no: aun no ha llegado el momento de que se descorra el velo que cubre vuestro

nacimiento... básteos saber que entrambos, por vuestros padres, sois herederos únicos de dos grandes nombres, y que entrambos sois hermanos del rey don Pedro.

—¡Hermanos! esclamaron los dos jóvenes á la par.

—Sí; hermanos de leche.

—¿Con qué vos?... esclamó Adonias.

—Yo os he criado á entrambos como crié al rey don Pedro.

—Pero Saul dice que me encontró recien nacido en la puerta de su casa, y que Thamar es su hija.

—En lo uno y en lo otro miente Saul: Saul no es mas que hermano de vuestras madres.

—¿Pero esa historia?... dijo Thamar.

—Aun no es tiempo... mas adelante, acaso... todo consiste en que os hagais dignos de vuestro nombre: entonces, yo sabré abrir cierto cofrecillo cerrado...

—¡Ah! ¿teneis en vuestro poder las pruebas?...

—No, no; esas pruebas están en poder de otro, dijo la vieja comprendiendo un relámpago de ferocidad en los ojos de Adonias; y si tú, hijo mio, cometieras un crímen con la que te ha dado la vida con su sangre por arrancarla su secreto, cometerias un crímen inútil.

—No, no, se apresuró á decir Adonias avergonza-

do por la observacion cáustica de la vieja: me habeis comprendido mal, muy mal, interpretando de un modo horrible mi interés por conocer el nombre de mis padres.

—Sirve lealmente al rey de Castilla y lo sabrás.

—¿Y creeis que yo puedo hacer mucho por el rey?

—Puedes salvarle.

—¿Cómo?

—Asistiendo esta noche á la conjuracion de San Juan de la Palma.

—¿Pero Saul no me ha dicho nada de esa conspiracion?

—Saul te llevará consigo á la media noche, si le das una contestacion favorable del asunto para tratar del cual te ha encerrado con Thamar.

—¿Y cómo sabeis?...

—Yo sabia que te se habia mandado venir.

—Se me ha suplicado.

—Sea como quiera, Saul habia ofrecido á Thamar que volverias, y Thamar nos lo habia dicho; yo sabia el verdadero motivo por que te llamaba Saul, y cuando te veo aquí, es que Saul te habrá encargado que hagas una peticion á Thamar sabiendo que esta te ama y que todo lo hará por tu amor, y te habrá encerrado con ella: esto estaba previsto y Thamar te ha traido junto á nosotros.

—¿Y qué te habia encargado Saul que me pidieses? dijo Thamar.

—Saul, dijo la vieja cortando la palabra al jóven, ha emprendido algunos negocios que le han arruinado. Saul ha apelado en su desesperacion á libramientos falsos, y cuando esos libramientos venzan, se encontrará sin recursos para recogerlos y destruirlos y será juzgado y sentenciado.

—¡Ah! ¿y qué puedo yo hacer en ese caso por Saul? dijo Thamar: yo soy pobre, nada tengo mas que mis joyas.

—Esas joyas no servirán para llenar los apuros de Saul, mas que lo que serviria una gota de agua para volver á llenar un lago seco... pero tú tienes tesoros, dijo la vieja.

—Pero, contestó Adonias, Saul me habló de inmensas riquezas que te habia dejado la madre de Thamar al morir.

—¿Y esas riquezas...

—Están depositadas en poder de don Simuel Leví, tesorero y favorito del rey.

—Pero, ¿quién dispone de ellas?

—Tú, y sola tú, segun la voluntad de tu madre, dijo la vieja: tienes veinte años, y tu madre al reconocerte, al hacerte su heredera, dejó esto escrito en su testamento: «Es mi voluntad que cuando mi hija Thamar cumpla veinte años, se la deje libre para con-

traer matrimonio, ó disponer de sí misma á su arbitrio: entonces se la entregarán mis tesoros; pero no se la revelará su nacimiento, sino cuando se vea que se ha hecho digna de llevar un nombre ilustre.»

—De modo que ya debíais haberme puesto en libertad... porque ya he cumplido los veinte años.

—Los has cumplido hoy, dijo la vieja; por eso Saul ha procurado que Adonias se encuentre hoy mismo en Sevilla.

—¿Es eso lo que te ha dicho Saul, Adonias? dijo Thamar.

—Sí, respondió profundamente el jóven.

—¿Con qué es cierto que soy rica, que tengo tesoros, que soy libre... que puedo contraer matrimonio? esclamó con alegria Thamar.

—Sí; dijeron á un tiempo el levita y la nodriza.

—¿Y quiénes son los encargados de cumplir la voluntad de mi madre?

—Yo: contestaron á un tiempo Daniel y la vieja.

—¡Vosotros dos! dijo pensativa Thamar. ¿Y á cuánto monta mi herencia?

—A un cuento de doblas de oro en joyas, y á cuatro cuentos de la misma moneda en dinero.

Thamar palideció de emocion y miró de una manera particular á Adonias, que al conocer la inmensa fortuna de la mujer que le amaba, habia quedado profundamente abstraido.

—¡Un cuento de doblas de oro en joyas, se decia para sus adentros, y cuatro en dinero! ¡todo esto será del hombre que sea su marido! ¡la riqueza que es el poder, el poder que es el orgullo! castillos, banderas, soldados!...

Pero una horrible ansiedad torturaba el alma del jóven, que se habia vendido á tanta riqueza. ¿Le amaria Thamar del mismo modo siendo independiente y rica, que como cuando se creia hija de Saul, que no era mas que un judío medianamente acomodado?

Así es que cuando Thamar posó en él su radiante mirada, cuando sus lábios se abrieron para dirigirle la palabra, el jóven lanzó toda su alma á sus oidos.

—¿Me amas, Adonias? le dijo Thamar con acento ardiente.

—¡Que si te amo! ¿pues por quién he dejado los campamentos de Bertran Duguesclin, sino por tí?

—¿Quieres ser mi esposo? añadió con acento doblemente apasionado Thamar.

—¡Y creerá la vírgen de mi amor que me vendo á su riqueza! esclamó afectando timidez Adonias.

—¡Y qué es el vil dinero, esclamó con un ardiente entusiasmo la jóven, cuando se trata del amor! ¿crees tú que yo te desdeñaria por esposo porque fueras pobre, espósito, hijo de un verdugo y de una mala mujer? No, no, Adonias; el amor es superior á

todo... á todo, y yo te amo con toda mi alma. Contéstame, pues; ¿me aceptas por esposa?

—Sí; contestó con firmeza Adonias.

—La voluntad de vuestros padres se ha cumplido, dijo solemnemente el levita, si como espero tú satisfaces de una manera sagrada esa promesa en las manos de un ministro del Señor.

—La ratifico, dijo Adonias.

Entonces el levita fué á un armario, le abrió, sacó de él un tintero y un pergamino, y escribió rápidamente una larga fórmula en caractéres hebreos.

—Firmad, dijo presentándoles sucesivamente la pluma.

Entrambos firmaron: primero Adonias con una mano firme; despues Thamar trémula de emocion.

—¿No tienes una sortija? dijo Daniel á Adonias.

—Jamás he gastado mi sueldo de aventurero en joyas, contestó el jóven.

—Pues bien, hijo mio, dijo la vieja nodriza con los ojos arrasados en lágrimas: hé aquí la sortija nupcial de tu madre, que me entregó al morir entre mis brazos, y que yo, esperando que sucederia lo que sucede, he traido conmigo.

Y la vieja sacó de su pecho una bolsita de seda carmesí y de ella una magnífica sortija que entregó al jóven.

Era de oro, guarnecida de gruesos diamantes en

su aro, y teniendo en su centro un blason esmaltado, en que se veia un águila negra despedazando un leon de oro sobre campo de gules: sobre aquel escudo campaba una corona de infanzon de Castilla, que llevaba consigo el derecho de mesnada y banderas en las pequeñas calderas de oro que sobre fondo azul se veian en la orla.

Adonias examinó durante un momento y profundamente la sortija, y luego la puso en el dedo de corazon de Thamar.

—Esposos sois ante Dios, dijo el levita con voz grave.

—¿Y cuándo lo seremos ante los hombres? preguntó con afan Thamar.

—Vosotros hareis que ese momento tarde mas ó menos, dijo la nodriza.

—Y ¿qué hemos de hacer?

—Tú, dijo la nodriza dirigiéndose á Thamar, consintiendo en hacer á Saul el préstamo que solicita.

—Pero si necesitase tanto...

—Ofrecer no es dar, dijo la vieja... lo que importa es ganar tiempo... hacerse dignos el uno y el otro de heredar vuestros nombres. Tú será preciso que sirvas al rey don Pedro.

Adonias, vendiendo su espada como habia vendido su libertad uniéndose á una mujer que no amaba, contestó con voz firme:

—Le serviré.

—Ahora bien, veamos de qué modo te envió Saul á Thamar y con qué mensage, dijo la vieja dirigiendo la palabra á Adonias.

—Hace un mes, dijo el jóven, estaba yo en mi tienda á la vista de Chalons-sur-Marne, cuando entró un mendigo, y mirando en torno suyo, y cerciorándose de que me encontraba solo, me dijo:—Tú eres Adonias.—Contrariórme por el momento el que me llamase por mi nombre hebreo, porque ya sabéis que los hebreos son aborrecidos y despreciados por los cristianos, y yo me llamaba en el ejército del rey de Francia, Juan, á cuyo nombre mis camaradas habian añadido el sobrenombre honroso *el Bravo*. Pero viendo que nadie podia oirnos y que el mendigo, á juzgar por las apariencias, era un judío disfrazado, le contesté afirmativamente.—Entonces me dió esta carta de Saul, y mientras yo me ocupaba en abrirla, aprovechando mi distraccion, desapareció.

Adonias mostró al levita y á la nodriza la carta que antes habia mostrado á Thamar. En ella le decia Saul, que su hija palidecia y sufria por sus amores, y ademas que se presentaba una gran ocasion de hacer fortuna, sirviendo de una manera importante al conde de Trastamara en daño del rey don Pedro, y que era necesario que estuviese precisamente cerca de Sevilla, junto á la ermita de la Cruz del Humilla-

dero (1) al anocher del dia de hoy.

Despues que el levita hubo leido esta carta, Adonias continuó su relato, intercalando en él algunas mentiras amorosas á que le obligaba la situacion.

—Yo siempre habia amado, dijo, con una pasion ardiente pero respetuosa á Thamar: la noticia de que por mí su hermosura palidecia de amor, me entristeció y me llenó al mismo tiempo de felicidad... no vacilé un monto en partir... pero habia una dificultad con la que no habia contado Saul, y para salvar la cual era preciso que me hubiera enviado con la carta algunos miles de doblas. Beltran Duguesclin, que estaba muy satisfecho de mí, me habia adelantado algunas mesadas de mi sueldo: yo no tenia un óvolo, mis camaradas se encontraban en la misma situacion que yo, y me fué preciso esperar al próximo asalto de Chalons, que estaba ocupado por los ingleses. Al fin, á los tres dias de haber recibido la carta de Saul, envestimos la ciudad, y al cabo de cuatro horas de combate sangriento, la entramos á escala franca, despues de lo cual nos entregamos al saqueo.

—¿Cómo el ejército del rey de Francia, saquea las ciudades francesas? dijo Daniel estrañando como era natural que llegase á tanto la horrorosa plaga que la

(1) Hoy Cruz del Campo.

guerra civil hacia pesar sobre el reino del imbécil Cárlos V.

—Cuando una ciudad estaba ocupada por los ingleses, cuando se les desalojaba de ella se consideraba como ciudad inglesa. Prosiguiendo, pues, tuve la suerte de tropezar en el saqueo con una casa rica y á pesar de que éramos muchos los saqueadores saqué oro bastante para devolver al gran condestable Duguesclin el dinero que me habia adelantado y para comprar un magnífico caballo de camino. Entonces me puse en marcha, y logré llegar hoy, el mismo dia prescrito en la carta de Saúl, que ya me esperaba en la cruz del Humilladero con dos asnos. Dejé mi caballo en una venta del camino, y montando en el asno despues de haber abrazado á Saul, y pedídole nuevas de mi hermosa Thamar, nos encaminamos á la puerta de la Carne.—Por el camino Saul me dijo que estaba arruinado, que la deshonra pesaba sobre él, y mas que la deshonra un peligro inminente de su libertad, y que era necesario que aprovechando el amor que Thamar me tenia, la redujese á que de cierto depósito considerable que habia dejado su madre con espresa condicion de que solo se pudiera tocar á él en todo ó en parte cuando su hija hubiese cumplido veinte años, y con licencia de ella, la redujese á hacerle un préstamo considerable. Yo le prometí hacer lo que estuviese de mi parte, contan-

do siempre para mis adentros con respetar la voluntad de Thamar, y me dejé conducir á su casa por Saul. Lo demás ya lo sabeis.

—Pues bien, dijo Daniel: es necesario que digas á Saul que Thamar consiente; Saul te llevará despues á un lugar donde deben reunirse algunos judios enemigos del rey don Pedro... sé leal á lo compromisos que has aceptado, y si salvas al rey de un lazo, encontrarás una recompensa mayor de lo que jamás pudieras haber imaginado.

—Le serviré.

—Pues idos, hijos mios, idos; y hasta mañana.

Dicho esto la anciana nodriza abrazó á los dos jóvenes, y Daniel tomando la lámpara, les condujo por los mismos lugares que antes á la calle, entregó la lámpara á Thamar, y cerró el postigo de la sinagoga. Poco despues, sin haber tenido ningun tropiezo, Thamar y Adonias estaban en una admirable cámara, en cuyo fondo habia un magnífico lecho nupcial.

—Hé aqui el lugar donde nunca hubieras entrado á no ser mi esposo, dijo Thamar.

—Pero aun no lo soy ante los hombres, dijo el jóven.

—¿Y qué importa si ya lo eres ante Dios?

—Es ya tarde, y Saul me esperará impaciente.

—Sí, sí, vé, dijo Thamar: dile que estoy dispues-

ta á darle cuanto quiera; sirve tú al rey don Pedro ciegamente... procuremos que llegue un dia en que se descorra el misterio de nuestra existencia, y en que nos unamos para no separarnos mas. ¿Acaso vale nada tanto para nosotros como nuestro amor?

Y Thamar condujo á su amante al mismo lugar donde habia ido antes á encontrarle y donde le dejó solo.

Poco despues rechinó una puerta, y el judío Saul pálido, impaciente, receloso, apareció en la cámara.

—¿Ha consentido? dijo.

—Sí, á todo, contestó Adonias, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que yo sea su esposo.

—¿Y tú?

—Yo he consentido tambien,

—¡Oh! permíteme que vaya á escucharlo de sus propios lábios.

—Adonias ha dicho la verdad, dijo apareciendo tras de un tapiz Thamar. ¿Y cómo pudiste dudar de que tu hija lo sacrificaria todo por tí?

—Pero la suma es considerable, Thamar; un cuento de doblas de oro.

—¿Y qué importa? Si mi herencia alcanza á ello, tuya es señor.

—¡Oh! benditos seais hijos mios, dijo Saul.

—Pero aun me queda una condicion, dijo Thamar.

—¿Cuál? esclamó con ansiedad el judio.

—Entrega la llave de la puerta oculta que dá á la galería á Adonias.

Saul, que en otra ocasion se hubiera enfurecido á aquella demanda de Thamar, sacó dulcemente una pequeña llave debajo de su ropon y la entregó sonriendo á Adonias.

Aquello era equivalente á entregarle á Thamar, que compraba al precio de un millon de doblas de oro su libertad.

—Adios, esposo mio, adios; te espero, esclamó desapareciendo tras el tapiz, Thamar.

—Ahora, dijo Saul, y puesto que aun no hemos concluido, vamos á concluir. Pónte de nuevo tu ropon y tu gorro, y sigueme, Adonias.

El jóven obedeció y siguió al judio, ocultando cuidadosamente bajo su ropon la espada de Toledo.

CAPITULO V.

De cómo los ódios y los bandos políticos son bastantes para amalgamar judios y cristianos, nobles y plebeyos, pobres y ricos.

—Tú no amas á Thamar, decia Saul á Adonias, mientras atravesaban calles y callejas, en direccion á San Juan de la Palma.

—¿Por qué me dices eso, Saul? contestó el jóven.

—Si la amáras, no te hubieras ido de mi casa.

—Me fuí de ella, para hacerme rico, para poder aspirar á ser su esposo.

—Piensas asi desde que sabes que Thamar es poderosa... pero si yo te dijese que vendiendo á Tha-

mar podiamos alcanzar una recompensa mayor que todos sus tesoros...

—¡Vendiéndola!

—Vendiéndola por un solo momento, como se vendió Judit á Holofernes.

—¡Ah!

—Si la hiciéramos ver al rey...

—¿Y con qué objeto?

—El rey se enamoraria de ella.

—Y acaso ella se enamoraria del rey.

—¡Enamorarse del rey! está loca por tí.

—Thamar no ha conocido mas hombre que yo.

—Y bien: ¿qué importa que ella se enamore del rey? Tendremos lugar de observar; y si se enamora, en vez de matarle ella, le mataremos nosotros.

—¿Y cómo hacemos conocer al rey á Thamar, y Thamar al rey?

—Despues pensaremos el medio, que no será dificil, tratándose de un rey tan galanteador. Lo primero es que tú consientas.

—Corriente; pues solo he consentido en decirla amores, por complacerte.

—¿Con que es verdad que no la amas?

—Yo solo amo á Salomith.

—¡Salomith! ¡Salomith! ¿Quién sabe lo que ha sido de Salomith?

—Te juro que si no ha muerto, yo lo sabré.

—Ya estamos cerca, Adonias... ¿Puedo contar contigo?

—Sí.

—¿Puedo prometer á los conjurados matar al rey?

—Sí.

—Pues silencio, ya estamos cerca.

—¿A dónde vamos?

—A la iglesia de San Juan de la Palma

Saul y Adonias acababan de desembocar en la plazuela, y, como ellos, algunas sombras atravesaban rápidamente entre la oscuridad, llegaban á la puerta de la iglesia, empujaban la cancela de hierro que rechinaba, llegaban al postigo, rendian una seña y pasaban.

Los dos judios llegaron tambien: al empujar el postigo, una voz ronca dijo entre la oscuridad:

—¡Castilla!

—¡Trastamara! contestó Saul, y pasó con Adonias, entrando en la iglesia.

Era la media noche; en la nave, alumbrada solo por una opaca lámpara, se veian confusamente, multitud de sombras que se apiñaban en grupos, que se mezclaban, que hablaban sordamente; aquel conciliábulo nocturno en un templo, casi en tinieblas, tenia mucho de fantástico.

Y entre aquellas turbas, que turbas podian lla-

marse por su número, estaba lo mejor, mas noble y mas rico, sino lo mas leal de Castilla, porque todos aquellos grandes, caballeros y prelados eran traidores: estaban allí tambien representantes del estado llano de muchas ciudades y villas del reino, á quienes se habia comprado ó seducido: era, en fin, un foco de deslealtad y de crímen que, con una sacrílega irreverencia, se guarecia del altar para tramar á su sombra un horrible crímen.

Y no eran solo los traidores los que asistian á aquel conciliábulo: al punto mismo de la media noche, cuando daban las doce en el relój de la torre de la iglesia mayor de Santa María de la Sede, un hombre rebozado adelantó por la calle de Caño-quebrado, y llegando á la puerta del cementerio llamó tres veces con el pomo de su daga: abrióse un ventanillo y la voz chillona y nasal del monago Deogracias, dijo:

—¿Sois vos, señor?

—Sí, yo soy: abre.

—¡Ah, señor, cuanto miedo tengo! ¡si maese Longinos nos cogiera!

—Maese Longinos seria el cogido, imbécil: abre pues y no tiembles.

El hombre que de este modo hablaba era Peruche.

Fuese que su codicia le estimulase, fuese que

ejerciese sobre él un poder inesplicable el tremendo paje, Deogracias abrió la puerta, y Peruche entró.

Apenas habia entrado cuando dos sombras adelantaron del fondo de la calle, llegaron á la puerta del cementerio, y se pegaron á ella de tal modo que era dificil que se reparara en ellas, aunque se pasase á su lado, á causa de la oscuridad.

Entre tanto Peruche atravesaba un espacio de terreno desigual, asido al harapiente balandran de Deogracias; por las prominencias de cierta forma que encontraba el pié por donde quiera; por ciertos objetos que se tropezaban acá y allá, y producian un ruido hueco, se comprendia que se marchaba sobre tumbas y se arrollaban con el pié cráneos humanos.

—Y ahora bien, dijo Deogracias, yo no puedo introduciros en la iglesia, caballero.

—¡Qué no puedes introducirme!... ¿y para eso he trasnochado yo y te he pagado á peso de oro, bribon? dijo Peruche asiendo con furia un brazo del monago, que por temor de ser oido, ahogó el grito de dolor que le causó aquella terrible presion.

—Ved, señor, que no he podido procurarme mas que la llave del cementerio y aun asi con grande trabajo y astucia: pero si no puedo introduciros en la

iglesia, puedo subiros á una tribuna del lado del Evangelio, donde asisten á las solemnidades los patronos de la iglesia: una tribuna muy cuca, que tiene sillones y cogines y celosías, y donde estareis como un rey.

—¡Ah! pues eso es mejor, mucho mejor, murmuró Peruche: así se evita un percance: llévame, pero llévame pronto, bribon: no sabes el tiempo que me estás haciendo perder.

Deogracias siguió adelante, llevando siempre asido de su ropon á Peruche: tomó por un callejon estrecho, subieron una escalera de caracol, atravesaron un espacio lóbrego y al fin el monago se detuvo y Peruche le oyó trastear en una puerta.

—¿Qué estás haciendo? dijo Peruche.

—Dejadme hacer: estoy corriendo con los dedos el pasador de la cerrádura, cosa que hago con mucha frecuencia, porque habeis de saber, señor, que como mi cama es tan dura, y mi mechinal tan caloroso en el verano, cuando maese Longinos está fuera, suelo venirme á dormir sobre los almohadones de la corregidora, que son blandos..... y sobre todo aquí, en el verano hace fresco... y en el invierno está templado que no hay mas que pedir: yo me ingenié y logré abrir y cerrar sin llave la puerta.

—¡Insoportable y pesado charlatan! esclamó Peruche: ¿acabarás?

—Ya está, señor, ya está, y podreis entrar cuando gusteis, dijo el monago.

—Escucha: tiéndete en la puerta, y está atento para cuando yo te necesite.

—Muy bien, señor.

Peruche entró, buscó á tientas las celosías, las encontró, y junto á ellas un blandísimo sillon de terciopelo, en el que se sentó; al sentarse, reparó que habia un papel doblado y redoblado.

—¡Ah! ¡ah! dijo Peruche guardando el papel en su escarcela: alguna aventura de esa buena corregidora: dicen que, aunque ya entrada en años, aun es hermosa, y sobre todo, que su hija es la doncella mas hermosa de Sevilla; y un billete olvidado en su tribuna... Vamos, lugar tendremos de aclarar esto... no me podia venir mejor... me fastidiaba, me aburria, y Dios ó el diablo me han procurado, sin saber cómo, una conspiracion, una hermosa querida y un negocio, un secreto sin duda de la corregidora ó de su hija. Veamos: paréceme que allá bajo en la iglesia, la gente se ordena.

En efecto, Peruche habia llegado, como suele decirse, á la hora de levantarse el telon: desde la tribuna que con sus celosías podia llamarse un palco reservado, veia bajo sí, á poca altura, el crucero de la iglesia: en el centro del crucero habia una mesa con un tapete negro, frangeado de galon de seda

amarillo, con una calavera bordada sobre dos huesos puestos en cruz, bordados tambien: á todas luces, aquel era un tapete de ánimas, sobre el cual habia cuatro candeleros de cobre deslustrado con cuatro velas de cera encendidas: en el testero de la mesa estaban colocados los tres sillones del presbiterio, y delante un cuadro hecho con escaños.

Peruche reparó todo esto, y no pudo menos de esclamar:

—¡Ira de Dios! los rebeldes han hecho muy bien en tener presentes para su traidora asamblea esos trevejos de muerte: juro á Satanás, y á Belfegor y á todos los diablos, que para algunos de ellos eso no es mas que un augurio terrible: veamos, veamos, pues, quiénes son las gentes que tenemos delante: ¡ah! el que está en el centro es el bueno, el leal don Juan Alfonso de Alburquerque; el de la derecha, don Fernando de Castro, y el de la izquierda, el bastardo don Tello: y en los escaños... ¡poder de Dios! los obispos de Avila y Salamanca; los buenos, los santos varones don Sancho y don Juan, y mas allá Gomez Carrillo, y luego Pero Carrillo, y Diego de Mendoza, y Alvaro de Parreño: ¡oh! ¡oh! y con ellos cabezas redondas y plebeyas, gentes que no conozco. ¿Y quiénes serán los que solo veo por la espalda? esas gentes hablarán, y les conoceré... ¡y los imbéciles tan confiados! ¡creyendo que la santidad de un tem-

plo les protejerá!... deberian haber temido que Dios irritado por su sacrilegio descubriese su traicion; pero veamos: don Juan Alfonso se pone de pié los murmullos de la turba multa cesan, esto comienza: atencion, pues, mucha atencion: es necesario no perder una sola palabra, y retenerlas de modo que no se olviden.

—Santos prelados, poderosos señores, nobles caballeros, dijo con voz robusta don Juan Alfonso de Alburquerque, que era un caballero de sesenta años, de continente altivo, cubierto de canas, antiguo favorito del rey don Alonso el Onceno, y que despues de la muerte de este rey habia pasado como una herencia á su hijo el rey don Pedro, y de cuya privanza habia caido á causa de la influencia de doña María de Padilla, por la cual habia asaltado la privanza del rey su tio Juan Fernandez de Hinestrosa: honrados hidalgos y miembros de las comunidades, todos los que estais aquí reunidos, ¿jurais por los santos Evangelios que teneis presentes, delante de Dios que os escucha, guardar sigilo acerca de cuanto aquí se tratare, obedecer, aun con peligro de vuestra vida, lo que aquí se decretare, y servir leal y cumplidamente con lo que os pide el reino entregado á las tiranías y á los vicios de ese loco mancebo, á quien se llama el rey don Pedro el Cruel?

—Lo juramos, dijeron todos en coro.

—Si cumplís vuestro juramento, repuso Alburquerque, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

—Así sea, respondieron todos.

—Escuchad, pues, ahora las razones que tenemos para destituir, condenar y aun castigar al rey don Pedro: yo por mi parte os espondré mis agravios; despues cada cual de los ofendidos os espondrá los suyos: agravios que, ofendiendo los fueros y los derechos de los castellanos, no son ya particulares sino generales, puesto que es de temer que quien ha sido tirano, soberbio, cruel y desagradecido para un hombre, lo sea para los demas.

Sucedió un murmullo de aprobacion á estas palabras, despues de las cuales don Juan Alfonso de Alburquerque se sentó, y continuó con voz reposada:

—¿Todos me conoceis?

—Sí, contestaron todos á una voz.

—Todos sabeis que el rey don Alonso el Onceno, el gran rey, el vencedor de Tarifa y del Salado, me honraba con su absoluta confianza: todo sabeis que le serví bien y cumplidamente durante diez años de su reinado.

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! esclamó espontáneamente el coro.

—Al morir aquel gran rey, desgraciadamente á influjos de la peste negra en el cerco sobre Gibraltar, me llamó á su lado, y me dijo: don Juan, eres uno

de mis mejores y mas leales vasallos; me has servido con valor y lealtad, y confiando en esa lealtad y en el respeto que conservarás á mi memoria, muero tranquilo: dejo sobre la tierra una mujer noble, amante, pura, casi mi esposa: esa mujer es doña Leonor de Guzman; defiéndela: apenas yo muera, esa noble y desgraciada señora se verá cercada de peligros, amenazada, perseguida, porque mi esposa la reina doña María de Aragon, con quien me casé en mal hora, la aborrece de muerte: defiende á doña Leonor: además, dejo cinco hijos: don Enrique, don Fadrique, don Tello, don Juan y don Sancho: estos hijos tienen otro enemigo terrible en mi otro hijo legítimo el príncipe don Pedro: acostumbrados don Enrique y don Fadrique al mando, conde de Trastamara el uno, maestre de Santiago el otro, será muy posible que irritados por el ódio con que los tratará su hermano don Pedro, que ya, por el estado en que me encuentro, puede llamarse rey, se rebelen contra él: es necesario que evites toda rebeldía, todo choque, toda enemistad entre mis hijos bastardos, por desdicha, y mi hijo legítimo; por eso encargo y mando en mi testamento al príncipe don Pedro mi hijo, te conserve, sopena de mi maldicion, los honores, el poder, el oficio, la privanza que yo te he concedido: si el príncipe don Pedro, siendo rey, escucha tus consejos, si ama y distingue á sus hermanos, será

un rey mas poderoso que yo; porque le dejo las arcas llenas, el reino fuerte, las fronteras respetadas, la autoridad real enaltecida: él puede hacer lo que la muerte me impide que concluya: la espulsion de los moros de España con la conquista de Granada, y la union de las coronas de Castilla y de Aragon por medio de una conquista sábiamente preparada ó por medio de un matrimonio. El príncipe don Pedro es violento, está mal educado por su madre; pero tiene rectas ideas de justicia, talento precoz, ingenio, valor á toda prueba y una gran firmeza: si tú logras hacerte escuchar y obedecer de él, será un gran rey, y yo, esperándolo así, muero tranquilo.—Esto me dijo aquel magnánimo rey, y poco despues espiró entre mis brazos.

Don Juan Alfonso de Alburquerque fuese por un verdadero sentimiento, fuese por hipocresía, se enjugó los ojos con el embés de la mano. Los conjurados guardaban un profundo silencio, y Peruche escuchaba con no menos atencion que ellos.

—Apenas hechas las exequias de aquel gran rey, exequias que fueron honradas aun por los mismos moros cercados de Gibraltar, que al pasar el cadáver se estendieron en forma de batalla con las banderas enlutadas en señal de dolor y abatidas al polvo, debajo de los muros de Gibraltar, despues de estas exequias en que un rey valiente y caballero fué hon-

rado hasta con el homenage de sus enemigos; caliente aun el cadáver del rey, empezaron á germinar los bandos y las rebeldías que aun hoy lamentamos: Alonso Fernandez Coronel fué el primero que abandonando á la triste viuda, que así podia llamarse á doña Leonor de Guzman, la entregó la tenencia de sus fortalezas, la retiró su pleito homenage, y se presentó al rey don Pedro, haciendo gala de su cobarde abandono: el rey don Pedro mas tarde le premió, degollándole como traidor en su castillo de Aguilar. Poco tiempo despues de la muerte del rey, la infeliz doña Leonor fué envenenada en Talavera...

—Pero ese crímen no fué crímen del rey, esclamó don Fernando de Castro, y mi testimonio no es dudoso, puesto que si hay alguien que aborrezca de muerte al rey don Pedro soy yo. Ese crímen pertenece á la reina viuda doña María, que vengó sus celos de esposa injuriada, matando á su rival en el momento en que la faltó la proteccion del rey don Alonso.

—Si el rey don Pedro la hubiera protegido, respetando en ella la memoria de su padre, esclamó con calor Alburquerque, la reina doña María la hubiera respetado: pero don Pedro celebró aquel crímen y así, pues, si su ejecucion pertenece á la reina doña María, su permision pesa sobre el rey don Pedro el Cruel.

Un murmullo de asentimiento sancionó la opinion de Alburquerque, que continuó:

—Desde entonces todos mis esfuerzos por sostener la unidad de la nobleza, y con ella la pujanza del reino, fueron inútiles: los hijos de doña Leonor de Guzman, heridos cruelmente en el corazon por la muerte de su madre, temerosos de sus propias vidas, se apartaron violentamente de la obediencia del rey y con ellos se dividió la nobleza, espantada tambien por algunas muestras de ferocidad del rey.

—En las que vos tuvísteis no poca parte, dijo con audacia un plebeyo.

—Desgracia es de los que gobiernan, contestó con mansedumbre pero con dignidad don Juan Alfonso, responder de los buenos ó de malos hechos del rey á quien sirven: pero numerosos ejemplos nos prueban que el rey no necesita de consejos ni de ayuda para dar rienda suelta á su terrible propension al esterminio. ¿Y á qué cansaros prelados, caballeros, hidalgos y procuradores del reino? todos hemos venido ocultos, esponiéndonos á la muerte para volver por la defensa del reino, entregado á los desórdenes de un rey tan feroz como Calígula y Neron. Todos sabeis que yo por apartarle de las mancebías á que se entregaba sin freno, de los locos desórdenes de mancebo traté y concluí para él una boda con la hija del duque de Borbon, con una sobrina del rey de Fran-

cia, con la desdichada doña Blanca, en fin; el matrimonio se hizo y... ¡ojalá nunca se hubiera hecho! Juan Fernandez de Hinestrosa se habia adelantado haciéndole conocer á su sobrina doña María de Padilla, que le tenia hechizado. Don Pedro apenas casado con doña Blanca la abandonó, dejándola vírgen como habia venido de Francia, y se entregó todo entero á la Padilla y á su tio Hinestrosa: los resultados fueron fatales: Garcilaso de la Vega fué asesinado: asesinado fué tambien el maestre de Calatrava don Juan Nuñez de Prado, y dado su maestrazgo á Diego García de Padilla, hermano de la favorita.... no se perdonó medio para alejarme del rey y en vano le llevó á Toro y le tuvo como preso ocho meses en compañía de su legítima esposa la reina doña Blanca, de la que no por eso se cuidó mas: al fin tuvo ocasion de escapar y se fué á Montalvan donde estaba la Padilla. Se pensó en mi pérdida, y se ha llegado al caso de pedirme cuentas por el tiempo de mi gobierno: las cosas han llegado á un punto del que no podemos pasar... os he espuesto las razones generales y particulares que tengo para ser enemigo del rey, y dejo de hablar para que otros puedan esponer sus agravios.

Levantóse entonces don Fernando de Castro.

—Yo tengo una hermana, dijo, una noble hermana, injuriada vilmente por el rey. Esa hermana se lla-

ma doña Juana de Castro. El rey la vió, la encontró hermosa y la requirió de amores... pero doña Juana es honrada, hasta el punto de rechazar los amores de un rey, y don Pedro, para quien nada hay sagrado cuando se trata de satisfacer sus torpes pasiones, apeló al mas miserable de los engaños. Sobornó dos obispos....

—Nos amenazó, nos aterró, nos obligó, contestaron levantándose de su escaño los obispos de Avila y de Salamanca.

—Hablad pues, vosotros, y testificad, dijo don Fernando de Castro, ya que os habeis levantado para defenderos.

—Hablad vos, don Sancho, dijo el obispo de Salamanca.

—Espero que al escucharme, sereis indulgentes y que os colocareis en nuestro lugar, dijo don Sancho con voz conmovida: por mas que querais acusarnos, comprendiendo la violencia y la inflexible voluntad del rey, nos disculpareis: el rey nos obligó á dar una declaracion canónica de nulidad acerca de su casamiento con la reina doña Blanca de Borbon, y la libertad, por lo tanto, del rey para contraer nuevas esponsales. Doña Juana, vencida por las súplicas del rey, consintió en ser su esposa, y lo fué, poseyéndola de esa manera infame don Pedro. Nosotros, violentados en nuestras conciencias, nos hemos unido

tambien á los enemigos del rey don Pedro, y venimos á pediros amparo y justicia.

El obispo se sentó, y don Fernando de Castro se levantó de nuevo.

—A los tres dias de las bodas, mi hermana fué escarnecida, abandonada por ese torpe mancebo, de cuyo amor quedó en cinta, dando á luz un hijo: don Pedro se ha negado á reconocer á ese hijo como príncipe legítimo, alegando, que antes de su casamiento con doña Blanca, estaba casado con doña María de Padilla.

Levantóse un murmullo amenazador y justificado. Don Pedro aparecia no solo cruel, violento y sanguinario, sino sensual é impío hasta el punto de haber abusado del sacramento del matrimonio siendo trígamo.

—Así, pues, esclamó con energía don Fernando, os pido justicia y venganza.

—¡Sí! ¡justicia y venganza! gritaron los conjurados que empezaban á embriagarse, porque las reuniones revolucionarias tienen su embriaguez.

—Escuchadme, dijo levantándose de su escaño uno de los que estaban á espaldas de Peruche, apenas se hubo sentado don Fernando de Castro.

—¡Ah! ¡ah! es mi buen amigo don Juan de la Cerda: le conozco en la voz, esclamó el paje replegándose con cierta impaciencia colérica en el sillon de la

corregidora: pues te escuchamos, don Juan, te escuchamos.

—Aquí se ha dicho, esclamó con energía el orador, que don Alonso Fernandez Coronel, pagó la traicion que habia hecho á doña Leonor de Guzman, siendo degollado de órden del rey don Pedro en su castillo de Aguilar. Esto no es mas que una suposicion injuriosa.

—Da placer considerar cuán avenidos están entre sí esos rebeldes, dijo Peruche; si dura mucho tiempo esta peregrina asamblea, acabarán por venir á las manos.

—Por el bien del reino, por nuestro honor injuriado, por desagravio nuestro, esclamó el obispo de Salamanca, que pensaba sin duda del mismo modo que Peruche; dejemos á un lado recriminaciones imprudentes que podrian producir entre nosotros una division, division que no redundaria en provecho de otro que del rey don Pedro.

—¡Sí, sí, union entre nosotros! esclamaron los mas prudentes de los conjurados.

—No ha sido mi ánimo, continuó don Juan de la Cerda, producir un conflicto: solo he querido decir que don Juan Alfonso de Albuquerque, á quien amo y respeto como pariente y amigo, se ha equivocado.

—¡Bien! ¡bien! esclamaron algunas voces.

—Vengamos á mi injuria. Yo soy esposo de doña María Coronel, hija de don Alonso Fernandez Coronel, y como tal, debo sentir aborrecimiento y sed de venganza contra quien ha vertido injustamente la sangre de mi suegro.

—¡Sí, sí, sí! esclamaron todos.

—Y no es esto solo... mi esposa, mi virtuosa esposa se ha visto obligada á encerrarse en un conventa para evitar las torpes pretensiones del rey. ¿Y podemos tolerar en el trono un rey que amenaza nues. tras vidas, nuestras honras, nuestras haciendas?

—¡No, no, no! ¡Venganza, venganza contra el tirano!

—¡Sí! ¡venganza! esclamó con voz estentórea un villano levantándose de la estremidad de un escaño: yo, Juan Diego, vecino de Sevilla, tratante en cerdos, pido tambien venganza contra el rey.

—¿Y cuál es la injuria que os ha hecho el rey, Juan Diego? dijo don Juan Alfonso de Albuquerque.

—Qué ¿os parecen poco las ordenanzas que acaba de promulgar? ¿no impide por ellas que los cerdos puedan estar dentro de la ciudad, so pretesto de que son perjudiciales á la salud, que la peste negra se fija mas y mas en los lugares infectos, y qué sé yo que mas cosas? ¡Perjudiciales á la salud los cerdos! el rey don Pedro es judío,

—¡El rey don Pedro no es ni judío ni cristiano! dijo levantándose Saul.

—¡Afuera! ¡afuera! ¡afuera el judío! esclamaron los conjurados.

—¿Y qué los judíos no son hombres como vosotros? ¿no tienen hijas que guardar de la deshonra, y riquezas que defender de la rapiña? ¿Acaso no nos vemos mas azotados con exacciones que vosotros? Y en fin, para levantaros contra el rey, ¿no necesitareis el oro de los judíos?

Eran estas razones tan concluyentes, sobre todo, la última, que todos callaron, no sin que se sintiera un murmullo de disgusto.

—Ahora bien, continuó Saul: para vencer al rey necesitareis haceros numerosos partidarios, oro para levantar un ejército... y aun así, teneis muy pocas probabilidades de triunfo, porque el rey tiene partidarios numerosos, oro á montones y soldados.

Un murmullo de conviccion acogió las palabras del judío.

—Ahora bien: yo sin oro, sin partidarios y sin ejército me obligo á entregaros el cadáver del rey.

Siguió á estas palabras un murmullo de asombro.

—Yo mataré al rey con sus vicios, continuó Saul.

—Los vicios matan lentamente, esclamó una robusta voz entre la multitud.

—Yo os daré muerto al rey don Pedro antes de tres dias.

Creció el asombro de la asamblea, y don Juan Alfonso de Alburquerque creyó llegado el momento de intervenir en aquellas formalísimas proposiciones.

—¿Y cómo piensas llevar á cabo tus ofertas, judío?

—¿Qué os importa el medio, con tal de que sean seguros los resultados?

—¿Y estás cierto de esos medios?

—Ciertísimo: la única dificultad consistirá en vosotros.

—¿En nosotros? dijo Alburquerque.

—Sí, en vosotros.

—No te comprendo.

—Todo consistirá en el precio que me deis por la abeza del rey don Pedro.

—¡Ah! ¡eres un asesino que te vendes!

—No: soy un hombre que se venga, pero que pudiendo venderla, vende su venganza.

—¿Y cuánto quieres por la cabeza del rey?

—Poca cosa, nobles señores: con que cada uno de vosotros esprima un poco su bolsa, quedaré satisfecho. Antes de oir el precio que pongo á la cabeza del

rey, considerad lo que ganais con su muerte, que no hareis otra cosa que sembrar un poco de dinero que os producirá mil por uno.

—¿Pero en fin... dijo impaciente Alburquerque.

—Mas despacio, mas despacio, señores: debo confesaros que esta buena idea, se me ha ocurrido en el momento y es necesario calcular: os he dicho que os vendo mi venganza, y he dicho mal, no os la vendo, os pido únicamente los medios para llevarla á cabo.

—¿Y qué medios son esos? dijo don Fernando de Castro.

—El amor, que es el vicio mas vituperable del rey, será quien le mate.

—¿Y cómo? dijo Alburquerque.

—Comprando una mujer de mi raza, que sea para este cruel Holofernes una nueva Judit.

—¡Entregar á las manos de una mujer la suerte de un reino!

—Mas de una vez las mujeres han perdido á las naciones, y no pocas las han salvado: presente teneis ante vuestros ojos á la famosa Juana de Arco, á la valiente doncella de Orleans.

—Pero la suma...

—Será necesario seducir á esa mujer, que es hermosa, altiva, y sobre todo avara. Para esto se necesitan al menos doscientas mil doblas.

Al oir aquel enorme guarismo, levantóse un murmullo general de reprobacion.

—Tened en cuenta, nobles señores, que se trata de que una doncella violente su pudor, de que una mujer hermosa finja un amor que no siente.

—Eso nunca ha sido una gran dificultad para las mujeres; lo hacen todas todos los dias de valde; una mujer á quien se dan cien mil doblas, se enamora de quien se las da, aunque sea *jorobado, tuerto y cojo*, esclamó con precipitacion y con ágrio acento de desprecio una voz entre la maltitud.

—¡Silencio, silencio! esclamaron las voces de algunos cuya curiosidad se habia escitado con el estraño incidente promovido por el judío.

—Habeis dicho que las mujeres no se hacen violencia para fingir el amor, y yo os digo que la mujer de que se trata, no le fingirá si no se procura que á fuerza de dinero, su codicia venza á su orgullo; ademas, no creo que haya otra mujer en Sevilla, tan capaz por su hermosura y por su ingenio de enloquecer al rey don Pedro: en fin, no es solamente la prostitucion de su cuerpo lo que se la pide, sino la perdicion de su alma, porque se exige de ella un asesinato.

—Estamos perdiendo el tiempo en disputas inútiles, dijo don Fernando de Castro: vamos en derechura á lo que importa. Sea cual fuere el precio que haya

de darse al puñal que estermine al rey don Pedro, la nobleza, que por este medio evita una guerra sangrienta, está dispuesta á pagar lo que se la pida. Pero ¿quién nos responde de la sinceridad de tus palabras, judío?

—Yo me llamo Saul-el-Julam y todos vosotros me conoceis.

—Sí, te conocemos, dijo Alburquerque.

—A todos os he dado generosamente dinero cuando lo habeis necesitado.

—Es verdad; pero te hemos pagado con usura, y te lo hemos asegurado con nuestras villas y castillos.

—Yo os aseguro de mi promesa con mi vida.

—¿Consientes en quedarte en rehenes entre nosotros?

—Sí; me quedaré en el momento en que me hayais entregado el dinero.

—Una condicion, dijo don Juan de la Cerda.

—¡Cuál! respondió el judío.

—Si tu promesa no se cumple en el plazo de tres dias, te concedemos otros seis; si tampoco en ese plazo tuviese cumplimiento, tu vida es nuestra.

—Vuestra es, esclamó con una seguridad y una fé que no permitian género alguno de duda el judío.

—Concluyamos pues; ¿cuándo te se han de entre-

gar esas doscientas mil doblas?

—No bastan.

—¡Aun se necesita mas! esclamó con asombro Alburquerque.

—Qué ¿no vale mas de doscientas mil doblas la vida del rey? respondió con desden Saul.

—Esto es repugnante, caballeros, dijo don Tello hablando por primera vez: que ese herege concluya diciendo lo que necesita: asegurémonos, pero no regateemos.

—Ya lo oyes: ¿tu precio total? dijo Alburquerque.

—Esa mujer, que es pobre, necesita para realzar su belleza ricas joyas y espléndidas vestiduras.

—Adelante.

—Y ademas una casa régia fuera de la judería.

—El precio, el precio... dijeron algunas voces.

—Quinientas mil doblas de oro.

Era una suma fabulosa, cuya anunçiacion hizo nacer un rumor de sombrío disgusto.

—Con ese dinero hay para sostener noblemente una guerra de cien años, dijo un procurador de las Comunidades.

—Sí, pero don Pedro tiene mas dinero, infinitamente mas; centuplicado: el rey don Pedro, repito,

tiene ejércitos y valientes capitanes, y no es con dinero con lo que se le hacé la guerra: si se pudiera, ya se le hubiera hecho; así pues...

—Por mi parte acepto tu precio, en nombre de mis hermanos y en mi propio nombre, dijo don Tello.

—La aceptais porque de ese modo comprais una corona para vuestro hermano el conde de Trastamara, dijo un diputado; pero las Comunidades prefieren una guerra franca, abierta, á un cobarde asesinato.

—Siempre el pueblo ha sido mas generoso y valiente que la nobleza, dijo desde su acechadero Peruche, y sin disputa un rey debe apoyarse en el pueblo.

—Las palabras que acabais de pronunciar, señor Diego Cervantes, son graves, dijo don Juan Alfonso de Alburquerque; vos apoyándoos en la opinion de las Comunidades, á quienes en este lugar representais, habeis acusado de cobardía á la nobleza; vuestro valiente corazon os engaña: la nobleza no es cobarde, sino prudente: fijemos la cuestion: vos, como nosotros, venís aquí rebelado contra el rey.

—Rebelado no, contestó con orgullo el plebeyo: levantado sí; el rebelde es siempre traidor, y las Comunidades á quienes represento, al sublevarse contra don Pedro, no miran en él un rey sino un ti-

rano ominoso, al que es necesario derrocar, mirando á la salud del reino... un reino puede sublevarse sin ser traidor, porque...

—Ya sabemos las razones que podeis alegarnos, repuso Alburquerque, porque esas mismas razones son las que impulsan á la nobleza que forma una parte, y no la mas pequeña del reino, para acometer al rey don Pedro. Sea, en buen hora, la nuestra sublevacion, y permitidme que continúe. Vos como nosotros, venís aquí sublevado contra el rey, y por lo tanto, vuestro carácter como procurador de las Comunidades os da voz y voto entre nosotros. Vos habeis propuesto la guerra. Veremos, pues, si esa guerra es justa.

—¡Sí, sí, sí! esclamó en coro la asamblea.

—Veamos ahora. ¿El objeto de esta guerra no es destronar al rey?

—¡Sí, sí, sí, respondieron todos!

—En esa guerra no solo se gastará mas oro é infinitamente mas tiempo que el que pide ese judío; no solo se correrán azares y peligros sino que antes de que se vierta la sangre del rey, si es que consigue verterse, lo que por muchos conceptos es dudoso, se habrá vertido un torrente de sangre castellana: se habrá asolado el reino con la guerra que es una de las mayores calamidades que pueden caer sobre un pueblo, y se habrá perdido un tiempo precioso, por-

que siempre es precioso el tiempo que puede emplearse en hacer fuerte, rico, feliz y respetado á un reino: habeis hablado con acento hueco de un cobarde asesinato. No puede llamarse tal á un hecho preciso, dictado por la justicia, que ahorra sangre, dinero y tiempo, esos tres poderosos elementos de vida de los pueblos; así, pues, señor Diego Cervantes, vuestras palabras nos obligan á preguntar á esta asamblea, si considera como asesinato ó como justicia la muerte del rey, siquiera se haga con cautela, con engaño, y por la mano de una mujer armada con un puñal ó un veneno.

—¡Cómo justicia! ¡Cómo justicia necesaria! esclamó unánimemente la asamblea.

—¡Se aceptan las proposiciones del judío Saul de Julam?

—¡Dejadme hablar! esclamó un anciano plebeyo.

—Hablad, señor García del Campo, dijo Alburquerque.

—Hay, sobre todo, que desconfiar de los judíos.

—Yo me ofrezco en rehenes, dijo Saul, mi vida...

—Ya sabemos, dijo García del Campo, que vosotros los hebreos sois demasiado astutos para no pensar en la salida antes de meteros en un lugar peligroso. ¿En poder de quién ha de quedar el hebreo?

Alburquerque se volvió á don Juan de la Cerda.

—Hay entre vosotros, dijo, un valiente noble, incapaz de una traicion, de espíritu fuerte y de voluntad de hierro; ese noble tiene bien guardados castillos y es por otra parte enemigo irreconciliable del rey. Ya comprendereis que me refiero á don Juan de la Cerda. ¿Os satisface como guardador de Saul?

—Sí, sí, sí! esclamaron todos.

—¿Y vos, don Juan, os encargais de buena voluntad de guardar al judío Saul?

—Sí.

—¿Y de respondernos de él?

—Sí.

—Nobles prelados, hidalgos, mesnaderos y procuradores de las Comunidades y universidades del reino, todos los que estais aquí reunidos conmigo, ¿aceptais la propuesta del judío Saul-el-Julam?

—¡Sí, sí! todos contestaron.

—Sí, todos menos yo! dijo el inflexible procurador de las Comunides.

—¡Ah! ese hombre encontrará una recompensa digna de su nobleza, esclamó Peruche.

—Se tendrá presente vuestro voto, señor Diego Cervantes, dijo con un ligero acento de amenaza Alburquerque; pero como el reino legítimamente representado ha optado entre la guerra y el *asesinato*, por el *asesinato*, me veo obligado á declarar, *por mas que lo sienta*, que el reino acepta las proposiciones del he-

breo Saul-el-Julam.

Una sonrisa innoble asomó en el semblante del judío.

—Por lo tanto, Saul, añadió Alburquerque, dentro de tres dias tendrás en tu poder las quinientas mil doblas estipuladas.

—Yo aprovecharé esos tres dias de modo que tres dias despues de la entrega del dinero, haya muerto don Pedro.

—Al recibir ese dinero, cuida de que haya una persona que se entregue de él; porque te quedarás en poder de don Juan de la Cerda.

—Descuidad: todo está preparado.

—En ese caso, señores, hemos concluido: la nobleza reunirá esa suma. Dentro de seis dias volveremos á congregarnos aquí para recibir la nueva de la muerte del rey ó para obrar en justicia contra Saul.

Alburquerque se levantó y apagó las luces, quedando de nuevo la iglesia envuelta en las sombras, que no bastaban á esclarecer la turbia luz de la lámpara del altar.

Oyéronse por algun tiempo murmullos, pasos, rumor confuso de gente que se alejaba, y al fin la iglesia quedó silenciosa y desierta.

—¡Hé aquí! ¡hé aquí un rato bastante divertido, y una escelente banda de traidores que se van alegres y descuidados! Pero ¡bah! ellos volverán den-

tro de seis dias, y como tendremos preparada la red, no se nos escapará ninguno: sacaremos de la tal red por una oreja al señor Diego Cervantes y veremos si merece que le perdonemos ó que le volvamos á echar dentro. Y esta carta que he encontrado en el sillon ¿será de la madre ó de la hija? No importa las dos son bellas, fruta de primavera la una y de invierno la otra, pero que entrambas parece deben ser esquisitas. Vamos, que el rey, en buen hora, se muestre delante de su corte circunspecto y grave, aunque no es viejo, está muy puesto en razon; pero el paje Pedro que anda envuelto en nube de aventuras, y perdido trás ellas en las calles de Sevilla, es distinto. Salgamos de aquí, donde nada tenemos que hacer, y trasladémonos á otra parte donde, acaso, hacemos mucha falta.

Dicho esto se levantó, buscó á tientas la puerta y al llegar á ella sintió un poderoso ronquido.

—Este maldito monago duerme que no ha mas que pedir, dijo el paje: pues será necesario que despierte mal que le pese. ¡Eh, bribon! añadió dándole fuertemente con el pié: arriba, ¿piensas que hemos de estar aquí toda la noche?

—¡Ah! ¡eh! ¡oh! ¿qué?... ¿qué es eso?... pronto ha amanecido, maese Longinos... voy, voy á tocar las Ave-Marías. ¡Aaaah!

Y despues de un largo bostezo Deogracias se le-

vantó con una diligencia maravillosa.

—Y se ha apagado la luz, dijo.

—¿Quién diablos piensa ni en maese Longinos, ni en las Ave-Marías, ni en las luces?... despiértate, imbécil, y llévame á la calle; nada tengo que hacer ya aquí.

—¡Ah! ¿sois vos, caballero? pues mirad, me habia olvidado. Y es verdad: es necesario echaros á la calle; dejad que cierre la puerta de la tribuna: vamos, ya está, asios á mi balandran, y seguidme.

El paje se asió al ropon de Deogracias, y por el mismo camino que habian seguido antes, llegaron al cementerio.

Deogracias llegó á la puerta y metió la llave en la cerradura; si la puerta hubiera sido de cristal, hubiera podido ver Peruche dos sombras que, al sonar la llave en la cerradura, huyeron precipitadamente de la puerta, y fueron á ocultarse en un oscuro soportal inmediato.

—Me has servido bien, dijo el paje á Deogracias, y quiero recompensarte mas de lo que lo he hecho: toma.

Deogracias percibió el sonido del oro, y palpó cuatro monedas.

—Dios se lo pague á vuesa merced, caballero, esclamó conmovido por la alegría.

—Aun no basta eso. Mañana, en cuanto amanezca, vé á buscarme al alcázar.

—¿A buscaros al alcázar?... ¿y cómo, señor?

—Por la puerta de los jardines.

—¿Y por quién preguntaré?

—Por el paje Pedro.

—¿Y nada mas?

—Nada mas: adios.

—¿No quiere vuesa merced que le acompañe?

—¿Y para qué quiero yo tu compañía? buena ayuda, ¡ira de Dios! Retírate. Cierra, y procura que nada sospeche maese Longinos. Te espero despues del amanecer.

—No faltaré, señor.

Peruche se alejó, y Deogracias cerró la puerta murmurando:

—Apostaria cualquier cosa á que soy mas rico que maese Longinos.

Inútil es decir que Deogracias sintió de una manera tan punzante los efectos de la posesion de algunos florines, que no fué necesario que, segun costumbre, maese Longinos le llamase para tocar las Ave-Marías y abrir la iglesia.

—Peruche se encaminó rápidamente á casa de doña María de Hinestrosa, sin dejar de revolver entre sus manos por el camino el papel que habia encontrado en el sillon de la tribuna. Al lejos, sin que el

paje pudiera apercibirse de ello, le seguian las dos tenaces sombras.

Al pasar por delante de un nicho, en el que habia la imágen de una Vírgen de los Dolores, Peruche se detuvo.

—Afortunadamente, dijo, aun no se ha apagado la luz de este ex-voto, y puedo ver lo que este papel contiene.

Y diciendo y haciendo, sacó las dos manos de debajo de su ropon rojo, desdobló un papel y vió que decia:

«La confianza que habeis hecho de mí, me hon»ra: he recibido el molde en cera de la llave del jar»din, y el cerrajero, á quien he pagado á peso de oro, »me ha prometido tenerla dispuesta para el jueves. »Esperadme preparada á todo. Yo os salvaré.»

—¡Misterios y mas misterios! dijo Peruche: hé aquí una mujer en peligro, cuyo nombre no se sabe, á quien ofrece libertar el jueves un hombre cuyo nombre se ignora; pero este hombre ha mandado hacer una llave á un cerrajero, por medio de un molde de cera. Bien; hoy somos lunes... bueno... paréceme que sabremos si es la madre ó la hija, qué peligro las amenaza, y quién es el salvador. Y pues de llaves se trata y tenemos en nuestro poder una que puede llevarnos hasta doña María, vamos allá.

Peruche siguió adelante, y poco despues pene-

traba por el postigo de la hermosa dama.

. . . . . .

Antes del amanecer se abrió de nuevo equel postigo.

—¡Ah! ¡señor! esclamó conmovida una dulce voz de mujer; vos teneis mi honra... ¡no me olvideis!

El hombre contestó con acento ardiente algunas palabras en voz baja: resonó un doble beso, audaz el uno, tímido el otro, una sombra se deslizó confusa á la dudosa luz del alba, y el postigo se cerró.

Entonces un hombre y una mujer aparecieron tambien en la calle.

—He pasado una noche horrible, dijo la mujer; pero ya sé lo que tenia que saber: vamos á casa, Juan, vamos.

Salomith, que ella era, y su acompañante, se perdieron á lo largo de la calle entre las neblinas de la montaña.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

tuna por el pasaje de la primera clase.

. . . . . .

Antes de marcharse se abrió de nuevo el portón.

—¡Mi señor! estando contentos sus deudos vos de mayor: vos lleváis su nombre... y no es de olvidar.

El hombre contestó con acento indiferente algunas palabras en voz baja: pasaron en doble fila, andaba el uno, huido el otro, una sombra se deslizó contra á la delicia los del alba; y el portón se cerró.

Bonanza un hombre y una mujer aparecieron luego en la calle.

—He pensado una noche horrible, dijo la mujer, pero ya no lo que tenía que saber: vamos á casa, Juan, vamos.

Salomón, que ella era, y su nombre Juan, se perdieron á lo largo de la calle entre las sombras de la mañana.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo Deogracias sabia disimular, y de cómo vió lo que nunca creyó haber vísto.

Inútil es decir que Deogracias, impaciente, sin esperar á que nadie le llamase, hizo oir á los vecinos de San Juan de la Palma el toque de Ave-Marías media hora antes que de costumbre: algunos, al escucharlas se levantaron, abrieron sus ventanas y al ver que era de noche, no faltó quien dijo con asombro:

—¿Pero señor, qué es esto? de repente ha menguado el dia media hora.

A nadie se le ocurrió que Deogracias se habia levantado media hora mas temprano.

En tanto, el monago, menguador del dia, ó mejor dicho, alargador para aquellos á quienes habia obligado á levantarse, tomó una alcuza y una cerilla encendida y se fué á restablecer la lámpara del altar antes de abrir la iglesia, en razon de que la dicha lámpara se apagaba, no sabemos por qué, todas las noches.

Cuando Deogracias entró en la iglesia, encontróse, con admiracion suya, levantado á maese Longinos, que no acostumbraba á dejar el lecho hasta la salida del sol, y atareado en quitar la mesa y los escaños que habian servido para la asamblea nocturna.

—Mucho habeis madrugado, señor holgazan, dijo maese Longinos mirando de una manera terriblemente escudriñadora al monago.

—No habeis vos madrugado menos, maese Longinos; aun no es de dia claro.

—¿Lo que no ha impedido que toqueis las Ave-Marías?

—Yo creí que era ya hora.

—¡Cómo! ¿os han molestado tambien los duendes?

—¡Los duendes!

—Sí, ciertamente: los duendes que se nos han venido de la casa maldita.

—¿Si sabrá algo maese Longinos? pensó interior-

mente Deogracias, y mostrando, en razon á su estremecimiento, la espresion mas risiblemente atónita.

—¿Con que no habeis sentido los duendes? insistió maese Longinos.

—No, no, señor; he dormido como un lechon toda la noche, y si me he levantado mas temprano, es porque no me he acostado tarde como otras noches.

—¡Pues mirad, cualquiera diria que habíais dormido poco!

—Pues yo no lo digo, porque he dormido mucho.

—¡Teneis ojeras!

—Es que he tenido malos ensueños.

—¡Ah! ¿habeis ensoñado mal? pues ved ahí: los duendes.

—¡Los duendes! esclamó mas atónito el monago.

—¿Y quién sino ellos han podido hacer esto?

—¿Y qué es eso?

—¿Pues no veis? La mesa de las ánimas, el repostero de las ánimas y los escaños de las ánimas...

—Pero maese, ¿cómo pueden haberse atrevido á entrar los duendes en la iglesia?

—Ahí vereis; ¡no hay nada seguro de esos malditos!

—En verdad, en verdad, que huele á azufre.

—¡Ya lo creo!... y es necesario avisar al señor vicario.

—Iré, iré, al momento, esclamó Deogracias que estaba impaciente por verse fuera de la iglesia y camino del alcázar.

—No, no; es necesario que yo vaya, esto es demasiado grave.

—¿Pero...

—¿Qué me teneis que replicar? esclamó todo hosco maese Longinos, que estaba todo en ascuas por la madrugada y las ojeras de su acólito.

—Nada.

—Pues barra vuesamerced gentilmente la iglesia, mientras yo pongo en su sitio lo que los duendes han descompuesto; abra luego, póngase la sotana y la sobrepelliz, y sirva mientras yo vuelvo la sacristía.

Deogracias hubo de resignarse.

Maese Longinos concluyó, salió, y el monago barrió la iglesia, la abrió, y devorado por la impaciencia, ayudó cuatro misas consecutivas antes de que volviera maese Longinos.

Este venia hablando misteriosamente con un clérigo alto, seco y de semblante cándido.

—Pero es menester dar parte al arzobispo, decia el clérigo.

—Cierto; pero entretanto serian buenas algunas aspersiones.

Deogracias hubo de resignarse á perder otra hora larga, por aquellas oraciones y aspersiones.

Al fin se vió libre y partió á todo correr, sin acordarse de almorzar, al alcázar.

Cuando llegó, jadeando, al postigo de los jardines, apenas tuvo fuerzas para llamar, desfallecido por el hambre y por la vigilia.

Pero aunque su llamamiento fué leve, el postigo se abrió en el momento, y Deogracias retrocedió ante el barbudo semblante y la mirada sombría de un ballestero de maza.

—¿A quién buscais? dijo el ballestero.

—Al paje Pedro, contestó temblando el monago.

—Seguidme.

—¿Que os siga?

—Sí; sí, señor: que me sigais, dijo el ballestero, asiendo de un brazo á Deogracias y metiéndole dentro, despues de lo cual cerró el postigo y se colgó la llave en el puñal.

—¿Y á dónde he de seguiros?

—Nada os importa.

—¡Dios mio! esclamó el monago, ¡y que haya tenido tanta impaciencia por venir á un lugar donde no sé lo que va á ser de mí!

Esto contristó un tanto á Deogracias. Pero como tenia poca edad, y nada que perder, siguió al balles-

tero, que se internó por los jardines verdaderas maravillas del arte y de la naturaleza.

—¡Y vive aquí el señor Pedro! dijo el monago admirado.

—Aqui vive, contestó secamente el ballestero.

—¿Y todo esto es suyo?

—¿Cómo si es suyo...? estos jardines, y estos alcázares son del rey de Castilla.

—Perdonad, perdonad, señor ballestero: pero el señor Pedro parece tan rico y tan principal...

—Yo lo creo, si es rico y principal... ¡diablos! esclamó el ballestero, ¡asi lo fuera yo!

—¿Cómo os llamais, hidalgo? dijo Deogracias, que era de suyo entrometido.

—¿Os importa?

—Me pareceis hombre de puños y de brios, ¡voto á! y yo gusto saber el nombre de los valientes.

—Pues, bien, dijo el ballestero, cediendo á aquella adulacion: me llamo Juan Diente.

—¡Ah! ¡os llamais Juan Diente! pues mirad, yo no lo sabia.

Esto mortificó un tanto al terrible ballestero, que como era conocido perfectamente de la nobleza, creía que le conocia todo el mundo, sin reparar en que un monago no tiene obligacion de conocer á otra gente que la de camándula y sotana.

El ballestero no habló una palabra mas, ni contes-

tó á las sándias preguntas que le hacía á cada paso Deogracias, cuya admiracion crecia á cada paso. delante de las magnificencias de todo género que se veian en los jardines.

Pero la admiracion del acólito llegó casi á ser un vértigo, cuando abriendo el terrible Juan Diente un postigo, le introdujo en una de las galerías bajas del alcázar.

Allí, bajo techos de cedro, dorados y matizados, bajo cúpulas resplandecientes, los muros lucian con un esplendor magnífico sus arabescos, sus colores, sus dorados sus matices: graciosos arcos festoneados se apoyaban en columnas de alabastro; claras fuentes brotaban del pavimento, y de las ensambladuras pendian jaulas de oro, encerrando hermosos pájaros. Don Pedro habia construido un alcázar, rival de la Alhambra de Granada, le habia alhajado con una magnificencia verdaderamente oriental, y Deogracias se sintió malo abrumado por tanto lujo.

—¡Y aquí vive el paje Pedro! esclamaba Deogracias en el colmo de la admiracion: ¡y aquí vive!

—Y aquí tambien podeis vivir vos, dijo Juan Diente al monago.

—¿Que puedo yo vivir aquí?

—Ciertamente.

—¿Y cómo?

—Si sabeis servir á su señoría...

—¡Yo servir al rey!

—Ya le servísteis anoche, introduciendo al paje Pedro en la iglesia de San Juan de la Palma.

—Pues mirad, no lo sabia.

—Los mejores servicios son los que se hacen sin saberlo.

—¡Ah! ¡ah! esclamó Deogracias, viendo venir algunas personas, ricamente vestidas, por un estremo de la galería, en medio de las cuales venia una dama hermosísima. Yo quisiera esconderme, señor hidalgo.

—¡Esconderos! ¿y por qué?

—Entre esa gente debe venir el rey, y si me vé con mis harapos...

—¿Y qué os importa? el rey don Pedro mira con mas benevolencia á los pobres que á los ricos.

—Pues digoos, que el rey don Pedro es un gran rey... para los pobres.

Apenas habia dicho Deogracias estas palabras, cuando se vió obligado á apartarse rápidamente, y á quitarse su maltratado bonete, á imitacion de Juan Diente, que se habia despojado, aunque con menos precipitacion, de su gorra de mallas. Esto consistia en que habia llegado á ellos la dama y las personas que la acompañaban.

Era la dama una jóven como de veintitres años, de mediana estatura, rubia, blanca, con hermosísi-

mos ojos garzos, coronados por unas deliciosas cejas negras. Deogracias, al verla creyó tener delante un ángel de Dios en figura de mujer; pero lo que mas le maravilló fué la intimidad y la franqueza con que el paje Pedro, que iba á su lado, hablaba y se sonreia con ella. Esta dama y el paje iban delante de un grupo de damas y caballeros que les seguian á poca distancia.

—¡Oh! ¡oh! esclamó el paje descubriendo á Deogracias: hé aquí mi acólito, y separándose de la dama despues de haberla contestado en voz baja á una pregunta, que sin duda le habia inspirado el estravagante aspecto del monago, dejó pasar el acompañamiento, y se dirigió á Juan Diente y al acólito.

—En verdad, en verdad, que te esperaba mas temprano, dijo el paje.

—Maese Longinos me ha entretenido, señor, contestó Deogracias vindicándose.

—¡Ah! ¿te ha entretenido maese Longinos? en cambio tú me entretienes á mí, y me evitas de oir la sabrosa plática que dirá en la capilla el obispo de Salamanca, acerca de la continencia. Pero no importa: doña María me referirá despues esa pláctica, y de este modo ganaremos en la dulzura de la voz de quien nos la dirá, y sobre todo en brevedad. Y bien, ¿qué te parece del alcázar, Deogracias?

—Esto es la gloria, señor, y luego esa dama es

tan hermosa... y parece amaros tanto...

—¡Ah! ¿tú crees que esa dama me ama?

—Se la conoce, señor, á tiro de ballesta.

—Cuidado con lo que dices, Deogracias, porque esa dama es doña María de Padilla, y si el rey llegase á entrever que tú propalabas que doña María ama á un paje...

—Sin duda me he equivocado, señor, esclamó con precipitacion Deogracias.

—Acaso no te equivoques, pero no lo digas... esto debe quedar entre nosotros: el buen Juan Diente sabe á qué atenerse... en cuanto á tí, cuento con tu discrecion.

—¡Cómo mi descrecion, señor, y lo qué yo he visto lo han visto una multitud de señores!

—No importa; esos tambien saben á qué atenerse.

—¿Pero, señor, no temeis que el rey?

—Nada absolutamente, Deogracias.

—¡Oh! esclamó el monago abriendo la boca escandalizado.

—Y bien, Juan, dijo Peruche, que por tal nombre le conocemos, volviéndose al ballestero: ¿qué has averiguado?

—El muerto está en su casa en un lecho de honor, y se dicen cosas por Sevilla...

—¿Y hay algo de importante en esas cosas?

—Nada, señor.

—¿No se sabe quién es el homicida?

—No, señor: la justicia anda que bebe los vientos; pero parece que se ha tragado la tierra al matador.

—¿Y no han encontrado ningun vestigio!

—Sí, por cierto, un birrete de brocado, pero tal como el que llevan los nobles: en cambio, la gorra del muerto se ha perdido.

Deogrcias al escuchar estos indicios, palideció y murmuró para sí:

—Pues ya sé yo quién es el matador.

—Pero este cambio de la fisonomía del monago pasó desapercibido para Peruche y el ballestero.

—¿Y ella? continuó el paje.

—Irritada, colérica, jurando venganza, llorando, gritando.

—¡Diablo! ¡diablo! es necesario que nunca falteis de allí tú ó Rodrigo Perez: Salomith es capaz de todo; pero ya tendré medio de aplacarla. Y oye: ¿has encontrado al cerrajero que se ocupa en...

—No solamente he encontrado uno, sino dos.

—¿Dos y tan pronto?

—Desde antes del amanecer andan sueltos por Sevilla diez ballesteros, cada uno de los cuales llevaba una bolsa de oro: han visto á todos los cerrajeros de la ciudad, y al fin han encontrado á dos que tenian

moldes de cera: á fuerza de oro han consentido en entregarnos cada cual una llave.

—¿Y los dos el jueves?

—Sí, señor.

—Es estraño, vive Dios; mejor, mucho mejor: una aventura mas.

Deogracias, si habia entendido una parte de lo del muerto, no habia entendido una palabra acerca de las llaves; y el paje y Juan Diente habian hablado en alta voz de ello, seguros sin duda de no ser entendidos.

—Es necesario vigilar mucho, Juan, dijo Peruche.

—Vigilaremos, señor.

—Y sobre todo, tener preparadas las manos y las mazas.

—Siempre lo están, señor.

—Y ahora mas vigilancia que nunca: las cosas se complican, y esa maldita peste negra, que se ha declarado en Algeciras, avanza con una rapidez espantosa: con ella viene el hambre... y un pueblo... azotado á un tiempo por el hambre y por la peste...

—Lo que esté en manos de los hombres, lo haremos con la ayuda de Dios.

—Allí viene Hinestrosa, Juan; sal y adviértele, dio Peruche señalando á un caballero como de cuarenta años, que avanzaba por un estremo de la galería. Tú, Deogracias; sígueme.

Peruche partió como quien escapa á lo largo de la galería, y Deogracias, asustado por la posicion, inusitada para él, en que se encontraba, le siguió á paso largo.

El paje llegó torciendo por un pasadizo estrecho, á una pequeña puerta que abrió con una llavecita dorada; hizo pasar al monago, cerró, y despues de haber atravesado una estancia oscura, se encontraron en una cámara, dentro de la cual llegó á su colmo la admiracion de Deogracias.

La mayor parte de los objetos que se encontraban en ella eran desconocidos para él; pieles de panteras, que conservaban las cabezas amenazadoras, con sus largos colmillos cruzados; riquísimas bujerías, sobre mesas maravillosas; muebles dorados; armas de caza y de guerra, incrustadas de metales preciosos; cortinajes de brocado; muros labrados y matizados con un primor admirable; alta la cúpula, con trasparentes, por donde entraba una dorada y lánguida luz; todo allí era rico, bello, encantador. Peruche se sentó en un ancho divan de seda carmesí, y dijo á Deogracias, que permanecia en pié y bonete en mano.

—¿Ha sospechado maese Longinos mi entrada en la iglesia?

—No, señor... sin embargo, me miró mucho, reparó en mis ojeras, y me dijo que los duendes de la

casa maldita habian estado en la iglesia y jugado con la mesa y los escaños de ánimas.

—¿Los duendes, eh?

—No lo tomeis á burla, señor, dijo Deogracias, notando la sonrisa incrédula de Peruche; si los duendes no han entrado esta noche en la iglesia, pueden entrar cuando quieran, porque los tenemos vecinos... en la casa de enfrente.

—¿En la casa de enfrente de la iglesia? esclamó Peruche soltando la carcajada.

—Mucho que sí, señor, esclamó con un acento de gravedad ofendida el monago.

—¿Con que se dice que tiene duendes la casa de enfrente de San Juan de la Palma? ¿Y quién los ha visto?

—Yo he visto al diablo en figura de gato negro en la galería alta de la tal casa, desde la torre de la iglesia.

—¡Ah! ¿has visto á un gato-diablo... en esa casa? ¿Y nada mas has visto?

—Sí, sí señor; dos sombras negras, algunas noches, en la ventana de la casa... dos sombras que se besan... dos duendes en figura de hombre y mujer.

—¿Con qué todo eso has visto?

—No lo he visto yo solo, sino tambien maese Longinos y su mujer.

Toma, y usa á tiempo de él, si sirviéndome te vés en algun peligro.

—Pues escucha: yo te habia llamado para otro asunto.

—¿Para qué asunto, señor?

—Es necesario que vigiles á maese Longinos.

—Le vigilaré.

—Que estés siempre dispuesto á introducirme en la iglesia como esta noche pasada.

—Lo estaré.

—Que escuches cuanto hable; que no solamente lo escuches, sino que procures adivinar los pensamientos de maese Longinos.

—Lo haré, señor.

—Ademas, y puesto que de duendes se trata, quiero que vigiles esa casa encantada.

—La vigilaré, señor.

—Si sále de ella algun duende, ya sea en figura de hombre ó de mujer, le seguirás.

—Le seguiré, aunque me muera de miedo, señor.

—¡Miedo! para ahuyentar á un duende no hay nada como esto.

Y Peruche se levantó y tomó de un trofreo de armas un largo puñal con pomo de acero.

—Toma, y usa á tiempo de él, si sirviéndome te ves en algun peligro. Ademas, en muestra de lo que haré por tí, guarda este bolsillo.

—¡Señor, señor! ¿y teniendo tanto dinero como

el que vuesa merced me ha dado, he de servir á maese Longinos?

—Sirviéndole me sirves. Ademas, cuenta con que te compres ni una sola camisa, ni dés á conocer que tienes dinero: esto haria concebir sospechas á maese Longinos: sírveme bien, esto es, sigue siendo lo mismo que eras; cumple mis órdenes, y antes de mucho yo te pondré mas dorado que un escudo.

—Os serviré, señor.

Abrióse á punto otra puerta de la cámara y asomó la cabeza Juan Diente.

—¿Qué quieres, Juan? le dijo Peruche.

—Señor, su señoría el rey os llama, contestó el ballestero.

—¡Que me llama el rey! contestó con estrañeza Peruche: pues en verdad, en verdad, que no sabia yo que me necesitase.

—Pues os necesita de una manera urgente, señor.

—Obedezcamos, pues, dijo Peruche, levantándose de mala gana. Hé aquí, Deogracias, que un vasallo leal se vé obligado á obedecer, aunque esté bien entretenido. Aprende en mi ejemplo: sobre todo, la lealtad y la obediencia al rey. Adios, pues; no olvides lo que te he dicho, y espera aquí á que vengan á sacarte del alcázar.

Peruche salió de la cámara, cerró la puerta y dirigiéndose con severidad á Juan Diente le dijo:

—¿Qué farsa es esta? ¿para qué necesita el rey al rey?

—Vuestra señoría, señor, me encargó que nada pudiese sospechar ese muchacho, para el cual no pasais de ser un paje, y era preciso que vuestra señoría fuese lealmente servido.

—¿Y bien?...

—Vuestra señoría tiene espresamente mandado á sus servidores, que cuando alguna persona venga á pedirle justicia, se le avise aunque esté á los pies del confesor.

—¡Ah! ¿vienen á pedirme justicia?

—La familia entera del muerto.

—Pues voy al momento. Tú, entra y échame fuera del alcázar á ese mozangon.

De seguro antes de ahora nuestros lectores han conocido en Peruche al rey don Pedro, puesto que nosotros no hemos tenido un gran empeño en ocultarle: él era, en efecto, aquel paje tan alegre y enamorado unas veces, tan sombrío y pensador otras; y ya que al fin hemos revelando su nombre, permítannos nuestros lectores que, antes de que dé la audiencia á la querellosa familia del difunto, les demos á conocer de una manera mas entensa á aquel terrible rey, cuyo verdadero carácter es aun un problema histórico, que no puede resolverse bien, puesto que cada cual vé al rey don Pedro á través de sus pasiones

y le absuelve ó condena con arreglo á ellas.

El rey don Pedro de Castilla habia nacido en el alcázar de Burgos, al trasponer el sol el dia 3 de agosto de 1333; pero habia tenido la desgracia de nacer de la reina doña María de Aragon, esposa de don Alonso el Onceno.

Y decimos la desgracia, porque á pesar de que el rey don Alonso era galan, benévolo, de carácter afable y corazon recto, la reina doña María no habia sabido inspirarle amor, ni aun respeto. De mas edad que él, desprovista de hermosura y aun de esas gracias que hacen tolerable á una fea, la reina doña María, sin serlo, se hacia insoportable por lo activo y atrabiliario de su carácter, por su recelo, su suspicacia y su orgullo; el rey don Alonso, en vez de encontrar atractivos en su esposa, solo encontró repulsion; y hombre de corazon ardiente, entusiasta y al mismo tiempo sensual, sintió un vacío en su alma, necesitó llenarle, y le llenó al fin con los amores de otra mujer que no era su esposa.

Esta mujer era doña Leonor de Guzman, jóven viuda, una de las beldades con que se enorgullecia Sevilla, descendiente de una ilustre famila castellana. El rey, muy jóven aun cuando la conoció, puesto que solo tenia veinte y dos años, encontró en ella la mujer que debia dominarle é influir de una manera tan poderosa en su vida sucesiva. Apenas la reina

doña María hubo dado á luz al príncipe don Pedro, cuando su marido la abadonó enteramente, y se arrojó en los brazos de doña Leonor de Guzman, de la que no se separó ya hasta su muerte.

Doña Leonor, á una hermosura estremada, á un encanto irresistible, á un talento poco comun, unia una ambicion sin límites, y desde que empezaron sus amores, dominó á Alonso el Onceno, fué su confidente, participó de todos sus proyectos, y vivió pública y desembozadamente con él, dándose y haciéndose dar el trato y estado de reina.

Esta mujer estraordinaria dió repetidas y constantes pruebas de que por su prudencia, por su valor, por su talento, no era indigna de la elevacion á que la habian conducido los amores del rey: ella le aconsajaba, ella le alentaba, ella le hacia acometer empresas en cada una de las cuales aumentaba su gloria, y partia, en fin, con él el peso del gobierno; en las ausencias del rey, los altos oficiales de la cancillería y de palacio despachaban con ella los asuntos públicos, y la besaban la mano como á *señora propietaria de Castilla.* (1)

---

(1) E cuando el rey ia fora do reino os officiaes de justiza é da chancellaria fincavam con ella, como senhora do stado de Castella, é faziao ó que ella mandava... E como as mais des

Ademas del ascendiente de su hermosura y de su talento, habia hecho pesar sobre el rey la influencia de sus parientes y deudos, colocados todos en los mas altos cargos del estado: habia obtenido para sí fuertes y numerosos castillos, cuyas alcaidías estaban confiadas á servidores fieles: se habia procurado inmensas riquezas, y al morir su hermano don Alonso Mendez, maestre de Santiago, se apoderó de los sellos de la órden, y la administró y gobernó (1), á nombre de su hijo don Fadrique, que habia dado á luz en un mismo parto con su hermano don Enrique.

Hizo ademas elegir maestre de Calatrava á Perez Ponce, uno de sus parientes; y de esta manera tenia siempre á sus órdenes dos pequeños ejércitos.

Entretanto, la reina doña María devoraba sus celos y su despecho, abandonada en el alcázar de Sevilla, sufriendo injurias que cada dia se hacian mas graves: fecunda en todos conceptos, doña Leonor de Guzman habia dado á Alonso el Onceno diez hijos,

---

mulheres sao naturalmente váas é ambiciosas, moormente as daquelle stado de vida errada, asi dava é mau á beisar como senhora propietaria de reyno de Castella.—«Chronicas dos reis de Portugal, de Duarte Nuñez de Liao.»

(1) Bulario de Santiago.—Ayala.

nueve varones y una hembra (1): á la cabeza de esta larga prole de bastardos figuraba como primogénito don Enrique, á quien su padre, educándole para ocupar el primer puesto entre los magnates castellanos, habia dadounacasa de príncipe, y el opolento dominio de Trastamara, con el título de Conde, rarísimo en aquel tiempo, y que solo con muy raras escepcio nes se daba á los miembros de la familia real. Don Fadrique, su heredero, apenas habia cumplido diez años, cuando fué puesto en posesion del maestrazgo de Santiago, nombramiento que no solo servia para dar una noble y respetada posicion á don Fadrique, sino tambien para agregar á la corona una órden pode rosa y turbulenta que podia influir, estando separada y casi independiente, sobre el trono de una manera grave.

El rey don Alonso se hacia acompañar á todas sus empresas por don Enrique y don Fadrique; ha-

---

(1) Tenia el rey estos hermanos: hijos de doña Leonor de Guzman, don Enrique, conde de Trastamara; don Fadrique, maestre de Santiago; don Fernando, señor de Ledesma; y don Tello, señor de Aguilar. Demas de estos, tenia otros hermanos: doña Juana, que casó adelante con don Fernando y con don Felipe de Castro, don Sancho, don Juan y don Pedro; porque otro don Pedro y don Sancho murieron siendo aun pequeños.—Mariana: historia general de España: libro XVI, cap. XVI

cíalos con su ejemplo buenos caballeros; los adiestraba en la guerra, y sin pensarlo acaso, hacia nacer y desarrollarse en ellos gérmenes de rebeldia, que debian, andando el tiempo, ser una fatalidad incontrastable para su hijo legítimo el príncipe don Pedro, que pasaba entre tanto una vida oscura al lado de su madre, lejos de los combates; creció testigo de las humillaciones de la reina doña María, y absorbiendo lentamente el ódio mortal que esta sentia contra la favorita y los bastardos.

Esto decidió en sus primeros años del carácter de don Pedro: irritado continuamente por la insolencia de los cortesanos, que en la reina solo veian un poder caido, y en el príncipe un dudoso heredero de la corona; viendo á sus hermanos cubiertos de brillantes arneses, ricos, considerados, adulados por todos, empezó á desarrollarse en él aquella irritabilidad, aquel furor sordo, aquella crueldad, hasta en la justicia, que fueron siempre los rasgos distintivos de su carácter.

Las impresiones que se reciben en la infancia, jamás se borran del alma, y don Pedro empezó á formar la suya bajo la influencia del ódio y de la envidia, exaltados por la rabia, por la desesperacion de la reina doña María. Puede decirse que el rey don Alonso, abandonando á doña María por doña Leonor de Guzman, preparó el largo periódo de rebeldias y

de guerra intestina que sus hijos bastardos sostuvieron contra su hijo legítimo: que el abandono de este último en poder de una madre violenta y vengativa, los mismos ultrajes sufridos por el príncipe, la soberbia de don Enrique y don Fabrique, acostumbrados al mando y á la adulacion de los cortesanos, durante la vida de su padre, debian producir fatales resultados á la muerte del rey don Alonso.

Cuando esta muerte aconteció, á causa de la peste negra, en el cerco de Gibraltar, el mal no tenia remedio; los bastardos estaban demasiado sobre sí para obedecer sin repugnacia á un hermano á quien habian despreciado, y en este se habia desarrollado ya ese carácter cuestionable que no ha delineado de unamanera clara la historia, y que produjo el espectáculo de una monarquia que se defendió de una manera brutal de los ataques no menos brutales de una oposicion facciosa.

La educacion de don Pedro habia sido por otra parte la mas apropósito para viciar su carácter: su madre no habia cuidado de imbuirle otros sentimientos que los de ódio y esterminio hácia la manceba de su padre, hácia sus hermanos, hácia los vasallos que los habian servido: por lo demas le habia dejado en entera libertad de obrar, y lo que era peor, le habia dado un funesto ejemplo con sus liviandades: apenas salió de la adolescencia, ya era don Pedro el

mancebo sensual, irascible, aventurero, reñidor, audaz y profundamente cruel, que vemos, ya rey, en la historia. Cansado de ver reducidos sus galanteos á la servidumbre bel a del alcázar, salió de noche, solo ó mal acompañado, emprendió una vida á lo don Juan Tenorio, con todos sus empeños, todas sus impurezas, todos sus peligros: los consejos de su madre, sus escursiones nocturnas, sus contínuas riñas, le habian hecho duro, terrible, valiente, cruel: durante mucho tiempo aquel jóven que debia ser rey disfrazándose, saliendo á deshora del alcázar, corriendo á oscuras, en busca de un galanteo, las estrechas callejas de Sevilla, rebozado en un manto, con una espada en la mano, empezó á conocer el mundo, estudiándole en la página hedionda, escrita con la impureza de las rameras y de los rufianes: pero esto le fué en cierto modo provechoso, porque le hizo conocer lo que muy pocos príncipes han conocido, á causa de su aislamiento, la razon de los vicios del pueblo, sus virtudes, su espíritu: de una manera fatal se hizo rey, y rey justiciero siendo calavera; y las desdichas que habia visto en sus escursiones nocturnas, desdichas que jamás se borraron de su memoria, le hicieron protector de los débiles, del mismo modo que las afrentas que habia sufrido de la nobleza le hicieron incontrastable con los fuertes: entonces nació aquel rey cruel y justiciero á la par: os-

curo *pandoemonium* en donde hervian revueltos todos los vicios con todas las virtudes, dando por resultado un carácter anómalo, contradictorio y cuya escentricidad hace que no se le conozca bien, á pesar de todos los esfuerzos con que en nuestros tiempos la filosofía procura esclarecer la historia.

Su educacion, sus costumbres, le hicieron déspota, sombrío, terriblemente celoso de su autoridad, receloso, violento, cruel y justiciero, pero de una manera terrible: á los veinte años, con una hermosura y una brillante juventud de niño, tenia un alma de viejo: sabia que no podia fiarse de los servicios de nadie, y en cuanto le era posible, se servia á sí mismo, constituyéndose en espía y deshaciéndose á veces de sus enemigos en medio de una calle oscura, solo, con su valor y con su espada, incógnito, valiéndose de un pretesto fútil, como habia acontecido con Alvaro Gomez. Rígido para las faltas de los demas, era ciego para las suyas propias, y arrastrado por sus pasiones, era capaz de todo: para él el amor, su primer vicio, no era amor sino deseo: toda mujer hermosa ó dificil le inspiraba un empeño obstinado, y generalmente su amor no duraba mas que lo que tardaba en satisfacerse el deseo: una vez satisfecho, poco le importaban las lágrimas, la desesperacion ó la cólera de una mujer: habia nacido para dejar tras sí un rastro de lágrimas y sangre, y seguia fatal

é impasible su camino, sin volver jamás la cabeza para mirar los horrores que quedaban tras él, á la manera que quedan tras el paso de una fiera.

Pero no se crea que esta era la única faz del carácter del rey don Pedro: cuando no le aquejaba el amor, ó no le irritaban las rebeldías, era afable, accesible á la alegría, á los goces tranquilos de la vida, á la humanidad, al entusiasmo. Entonces, cambiando enteramente, pensaba en la felicidad de sus vasallos, promulgaba leyes justas y convenientes; protegia la industria, las ciencias, las artes. Se necesitaba un insulto ó un deseo contrariado para que se convirtiese en fiera ó en reptil. Lo hemos dicho en otro de nuestros libros, y lo repetimss ahora: puede compararse al rey don Pedro á una nube que flota tranquila en el espacio; pero que, preparada al choque eléctrico, al sentirle, lanza de sí en un mismo punto el rayo, el relámpago y el trueno.

En resúmen, con la esperiencia que habia debido á su libertad y á su carácter aventurero, se habia hecho astuto y reservado: por razon de sus aventuras nocturnas, se acostumbró á confiar en la sola ayuda de su espada, y se hizo no solo valiente, sino temerario: independiente de todo freno, se hizo voluntarioso é indomable; y si la rectitud de su alma le hacia odiar el crímen y castigarlo á sangre en los demas, ciego en demasía para consigo mismo, no solo

practicaba el crímen sin conocerlo, sino que, aun cuando alguna vez lo conociese, jamás sentia pesar ni remordimientos. Don Pedro era ya déspota cuando aun, por decirlo así, no habia salido de la adolescencia.

Si las personas que rodeaban á don Pedro á su advinimiento al trono hubieran sido otras, es decir, si no hubieran usado del peder y del nombre del rey para sus venganzas, don Pedro no hubiera tenido tantos enemigos, y por consecuencia, no se hubiera ensangrentado tanto. Pero apenas murió el rey don Alonso el Onceno, caliente aun su cadáver, la reina doña María vengó sus celos y su ódio, envenenando á la favorita: don Juan Alfonso de Alburquerque se ensangrentó en sus enemigos á nombre del rey, y cuando le sucedió en la privanza Juan de Hinestrosa, se ensañó del mismo modo en los suyos. Por mas que se supiese que el rey no habia cometido estos crímenes, la impunidad de los criminales y las honras que seguia dispensándoles, le hacian cómplice de ellos, y se esperaba con terror, se creia que no fuesen ya los favoritos del rey los que matasen, sino el rey por su propia cuenta.

Aterróse la nobleza, y empezaron las rebeldías decididas, armadas, como tenemos una prueba de ello en la reunion sediciosa de San Juan de la Palma. Y no era solo el temor de la muerte lo que hacia re-

belarse á la nobleza, sino el cuidado por sus honras y sus haciendas. Se habian dado repetidos casos de mujeres arrebatadas de sus hogares, de doncellas seducidas, de esposos y padres desterrados y despojados de sus bienes por la sola razon de haberse atrevido á quejarse. Es verdad que algunas veces las seducciones del rey habian quedado envueltas de tal modo en el misterio, que la odiosidad no podia caer sobre él: de este modo fué la aventura que puso en sus manos á Salomith.

Y como este es un suceso que tiene relacion íntima con nuestra historia, nos permitirán nuestros lectores les refiramos de qué modo arrebató el rey de la casa de Saul á la que se considerada entre los hebreos como la perla inapreciable de la Judería.

Era desde la muerte del rey don Alonso, tesorero del rey don Pedro, un judío riquísimo que habia acumulado su oro, siendo recaudador en el anterior reinado. Don Simuel era, por su carácter, por su esperiencia y por su valer, á mas que por su familia, el judío mas influyente, el mas respetado, el jefe, en fin, de los judíos de Sevilla.

Simuel Leví, honrado por el rey con una carta de nobleza y con el oficio de tesorero mayor, á pesar de no haberse convertido, señalado favor que debió á su habilidad en captarse con ricos y oportunos dones la voluntad del rey, que como todos los dispendio-

sos, era avaro de dinero, don Simuel Leví, repetimos, tenia el torpe vicio de la avaricia, pero de la avaricia mas sórdida de que han podido dar ejemplo las debilidades humanas. Por adquirir, era capaz de todo; hasta de prostituir á sus hijas: y esto, que lo sabia perfectamente el rey, vino á ser la causa de sus amores con Salomith.

Un dia que el rey paseaba profundamente fastidiado por los jardines del alcázar, se encontró frente á frente con don Simuel: el astuto judío conoció perfectamente la causa de la melancolía del rey, y le dirigió la palabra, resuelto á esplotarle.

—Paréceme, poderoso señor, que un mal espíritu está apoderado de vuestra señoría, le dijo.

—En efecto Simuel; me aburro, me fastidio, contestó don Pedro.

—¡Fastidiaros vos! ¿Vos, que sois el monarca mas poderoso del mundo?

—Pues ahí verás, Leví; con toda mi grandeza estoy triste, incómodo, inquieto.

—¡Oh! ¡oh! pues no teneis motivos para estarlo: habeis escapado de la prision de Toro; habeis cortado algunas cabezas rebeldes; el reino está puesto en respeto, en paz las fronteras; el rey de Granada paga puntualmente sus tributos...

—Sí, sí, todo eso es cierto; y sin embargo, me fastidio: ¿querrás creer que hace quince dias no he

encontrado ni una sola mujer hermosa?

—¡Oh! ¡oh! ¿y en Sevilla, donde parece ha arrojado Dios una legion de ángeles de su paraiso?

—Es que hay dias desgraciados, en que solo se ven vestiglos con faldas, Simuel, y estos quince lo han sido de desgracia: he recorrido, disfrazado se entiende, á Sevilla, desde Triana á San Bernardo, y desde la Macarena á la Torre del Oro, y nada, nada... Es verdad que me queda sin escudriñar un sitio en donde es fama se guardan las mujeres mas hermosas del mundo.

—¿Y qué sitio es ese, señor?

—Ese sitio es la Judería. ¡Ya se vé! Penetrar en ella, aunque á pretesto de hacer compras, es inútil: de todo punto inútil; no se vé una mujer ni por milagro: las guardais de una manera feroz.

—Nuestras mujeres, señor, necesitan ser mas guardadas que otras.

—¡Mas guardadas que otras! y ¿por qué?

—Porque ellas no saben guardarse.

—¡Ah! ¡ah!

—Cada una de ellas es un infierno de amor, añadió el astuto judío.

—Con qué de tal modo se enamoran?

—Con toda su alma.

—¿Y son firmes?... es decir ¿tienen mas fé en el amor que vosotros en la amistad?

—Nosotros, señor, sabemos sacrificarnos por la persona á quien amamos, y yo soy un ejemplo palpable de ello.

—¡Tú!

—Sí por cierto: ¿cuándo habeis encontrado cerradas mis arcas?

—El dinero no es la prueba de la amistad.

—¡Santo Dios de Israel! Ved lo que decís, señor: quien nos dá dinero, nos lo dá todo; porque, bien lo sabeis, sin dinero no puede hacerse nada: hombre pobre es cuerpo sin alma: un rey sin dinero no es rey, sino esclavo: cuando, por el contrario, el hombre mas despreciable, si tiene tesoros, es señor de cuanto le rodea: el dinero es la vida, el poder, el orgullo, el amor... el dinero lo es todo.

—Sin embargo, yo que creo tener dinero...

—¡Que si teneis dinero! ¡poderoso Dios de Sabaoth! Sois el rey mas poderoso de la tierra: en diamantes y en balajes solamente teneis un tesoro.

—Pues á pesar de eso, no he logrado ver aun ni una sola de esas ponderadas judías.

—¿Será cierto, señor, que deseais tener amores con una mujer de la *mala sangre*? (1).

---

(1) Llamábase así á los judíos que permanecian fieles á sus creencias y á sus tradiciones, y se les vejaba sujetándoles á se-

—¿Y crees tú que tengan peor sangre los judíos que todos esos nobles que me rodean, dispuestos siempre á la rebeldia en favor de los bastardos? Pues mira, para mí no hay peor sangre que la sangre de los rebeldes. y sin embargo, he tenido amores con mas de una castellana, cuyos parientes han andado huyendo de las mazas de mis ballesteros.

—Yo ignoraba ciertamente, señor, vuestra buena disposicion acerca de los judíos.

—Escucha, Simuel; ¿tú puedes introducirme en la Judería?

—Ciertamente, señor.

—¿En tu casa?

—En mi casa.

—¿Puedes promover una fiesta cualquiera, en la

---

verísimas leyes que les impedian juntarse libremente con los cristianos, vivir fuera de las Juderías, ejercer profesiones honrosas, ni vestir mas que un balandran marcado con una señal de infamia. Por el contrario, en cuanto se convertian al cristianismo eran múy considerados por sus riquezas; sus hijas eran asediadas por los nobles mas altivos, y sus hijos tenian abierto el camino para las mas altas dignidades, así civiles como eclesiásticas. Ya en tiempo de Alonso X encontramos judíos prelados, literatos, estadistas y jurisconsultos; Alonso de Baena, judío converso, compilador de un cancionero general, fué secretario de don Juan el II; y don Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, era asimismo judío converso.

cual, yo oculto pueda ver si encuentro lo que hace quince dias ando buscando inútilmente?

—Dentro de tres dias es la Pascua.

—Pues bien, Simuel, dentro de tres dias.

El rey y su tesorero mayor concertaron el medio de encontrar una mujer hermosa, y cuando el judío se separó del rey, podia habérsele oido murmurar:

—Hé aquí una buena ocasion para vengarse de Saul: sus dos hijas Salomith y Thamar son las doncellas mas hermosas de nuestra tribu. Yo haré que el rey las conozca: una vez apododerada Salomith de él... sí, sí... indudablemente es un buen negocio.

En efecto, tres noches despues, el rey don Pedro, galan con su hermosura, con su juventud y con un riquísimo traje, acompañado de Simuel Leví, y cuidadosamente rebozado en su capa, entró en la Judería, y poco despues en la magnífica casa que tenia en ella don Simuel Leví.

Aunque oscura y tétrica en el esterior aquella casa, estaba iluminada en el interior de una manera resplandeciente, y todo demostraba que estaba preparada para una fiesta: eran las primeras horas de la noche y nadie habia en ella: ademas, aunque hubiese estado enteramente llena de convidados, ninguno hubiera podido reparar en el rey don Pedro, á quien don Simuel introdujo recatadamente por el postigo de un jardin que estaba enteramente oscuro. El judío

asió de la mano al rey, le condujo á través de las calles de árboles, y llegando á la casa, abrió otra puertecilla y le llevó á oscuras por unas estrechas y empinadas oscaleras á un pequeño retrete en el cual habia un agimez con celosías al uso árabe, y desde donde se veia un magnífico salon enteramente alhajado á la oriental: multitud de lámparas de ágata, de nácar y de seda le iluminaban, haciendo pasar la luz á través de sus respectivos colores y matizando con una especie de mezcla semejante á la del arco íris, los arabescos dorados con fondos pintados y matizados.

El salon, como la parte de la casa que habia recorrido hasta llegar allí el rey, estaba desierto, y al parecer, sujeto á un encanto: el rey se sentó en un cómodo sillon que le habia preparado junto á la celosía don Simuel, y le dijo:

—¿Tardará mucho en empezar tu fiesta?

—Al momento, señor, ya deben estar esperando mis convidados, ó por mejor decir, mis convidadas, y mientras sus parientes hablan de asuntos de mercadería, ellas se entretendrán allí abajo y podreis verlas á vuestro placer: despues que haya pasado el tiempo necesario para que hagais vuestra eleccion, vendré y vos me diréis cuál es la favorecida.

Dicho esto, don Simuel desapareció, y poco despues, se abrieron las puertas del salon, y don Pedro oyó trás ellas risas femeniles y el inequívoco rumor

de muchas mujeres jóvenes reunidas, para un momento de placer. Poco despues se oyeron cítaras y panderetas, tañendo uno de esos lánguidos bailables orientales, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros, y una brillante pléyada de judías, por decirlo así, entró en el salon, en cuyo centro habia una mesa cargada de confituras y refrescos.

Todas eran jóvenes, y todas hermosas: todas vestian con riqueza y esplendidez, y en todas era el descote y la brevedad de las ropas mas exagerada de lo que convenia al pudor; pero es de advertir, que entre ellas no habia un solo hombre.

Don Pedro miró de una manera avara aquella especie de almacen de placer, que se le presentaba con el solo objeto de que eligiese una querida: observó que entre todas ellas la mas jóven no bajaba de quinaños, ni la de mas edad pasaba de vienté: las habia morenas, blancas, pálidas, senrosadas, robustas, esbeltas; eran, en fin, una coleccion de tipos encantadores, pero demasiado hebreos: sin saber por qué, don Pedro que admiraba la belleza de aquellas niñas, no encontraba ninguna de su agrado.

—Son demasiado desenvueltas, decia; se creen solas y se entregan sin temor á su instinto: ¡magnífica junta de rameras futuras! Dad á cualquiera de esas un tantico de libertad, y volarán que no habrá mas que pedir; son demasiado impuras ¡vive Dios! y con una

impureza que hastía.

¡Cosa estraña! el rey don Pedro, que era impuro hasta el punto de necesitar cada semana una querida, necesitaba ademas que esa querida fuese pura: por lo tanto, los ademanes y las palabras libres de las judías y lo lúbrico de su danza, le hastiaban.

—Está visto, dijo, no encontraré mi *nueva mujer*: será necesario esperar á que la casualidad nos lá presente, y resignarse en tanto á nuestras antiguas conocidas.

Apenas habia acabado el rey de formular, suspirando, este pensamiento, cuando sus ojos fijos por acaso en la puerta de la cámara, vieron aparecer otras dos mujeres, mejor dicho, otras dos jóvenes: eran Salomith y Thamar.

Ya las hemos descrito á nuestros lectores. El rey encontró en ellas dignidad y pudor, y sobre todo una belleza mas enérgica que la de las que habia visto hasta entonces: ademas esta hermosura estaba realzada por un tesoro de riquísimas joyas que llevaba sobre sí cada una de ellas.

El rey las contempló estasiado.

Hé aquí dos mujeres, dijo, que parecen de distinta raza que esas otras: indudablemente entre las judías acontece como entre las castellanas, hay de todo: ¿y cuál de ellas elegiré? La una, dijo contem-

plando á Thamar, parece demasiado altiva, demasiado satisfecha y orgullosa de sí misma; mientras que la otra, y entonces miraba á Salomith, parece un ángel de candor y de pureza, y sobre todo, es mas jóven y mas hermosa. Decididamente la escojo: Dios quiera que ella no me deseche. ¿Dónde andará ese maldito Simuel, que no viene?

Oyéronse entonces pasos en la estancia, y la voz contenida de don Simuel dijo:

—Heme aquí, señor.

—Has tardado mucho, Simuel.

—¡Qué quereis, señor! mi pariente David, me ha estado hablando de cierta pretension.

—¡Ah! pensó el rey, hé aquí que el buen don Simuel busca el precio de su tercería. Y luego añadió alto. ¿Y estás tú interesado en que tu pariente logre su pretension?

—Sí, ciertamente, señor; pero es una pretension...

—¡Qué!

—Dificil de conceder.

—¿Tan desmesurada es?

—No deja de serlo.

—¿Y está en mi poder el concederla, ó no?

—Ciertamente, señor.

—¿Y qué es ello?

—Mi pariente desea el oficio de receptor de los tributos del reino de Galicia.

—¿Y por qué desea ese oficio y no otro?

—Porque tiene grandes provechos, señor... y está vacante.

—Pues bien; que presente la fianza.

—Es el caso, señor, que comoya os he dicho que los negocios de mi pariente David están en muy mal estado.

—¿De modo que no puede prestar la fianza?

—De ninguna manera, señor.

—¡Ah! ¡ah! dijo para sí el rey; ya te comprendo, zorro viejo: quieres hacerme pagar un capricho en cien mil veces mas que su valor: pero no importa, enriquécete, que cuando sea necesario ya te haremos vomitar todas las riquezas que nos hayas robado. Y luego añadió alto con decision, como si el silencio que habia guardado solo hubiese servido para meditar su respuesta: pues bien, Simuel, preséntanos mañana la provision de ese oficio en tu pariente, á fin de que la firmemos.

—¡Ah, señor! David y yo os estaremos eternamente agradecidos... ¿Y habeis visto algo que os agrade?

—Sí, dijo el rey. Mira: aquella doncella que está sentada en aquel divan, pensativa, con el bello semblante apoyado en su mano.

—¡Ah! ¡la hermosa de las hermosas, Salomith, la hija de Saul!

—Y escucha... ¿si diésemos á ese Saul otra receptoria?...

—Saul ds demasiado rico para que consienta en vender á su hija: el precio en todo caso seria exorbitante, y peligroso el que le acercáseis á vos, porque Saul es un tanto rebelde.

—Esto pido á Dios; que mis vasallos rebeldes tengan hijas y mujeres hermosas... dijo el rey con una complacencia feroz.

—Será necesario, dijo don Simuel, que respecto á Salomith os valgais de otros medios.

—¿Y cuáles?

—Primero será necesario que la enamoreis.

—¿Y cómo si no puedo hablarla?

—Yo os procuraré que la hableis.

—¿Y cuándo?

—Dentro de un momento.

—¡Ah¡ ¡Simuel, Simuel! eres el mejor de mis vasallos.

—¿Y habeis podido dudarlo, señor?... por vos todo, la vida, el alma... pero venid conmigo, voy á llevaros á un lugar donde podeis hablar á solas con Salomith.

El rey no se mostró jamas tan dócil: siguió á don Simuel, que volvió á conducirle al jardin, y le introdujo en un magnífico pabellon lánguidamente alumbrado por la luz de una sola lámpara.

—Ocultáos aquí, señor, dijo Simuel mostrando una pequeña puerta abierta por un tapiz al rey; dentro de un momento vendré con Salomith.

El rey se ocultó, y don Simuel, contento porque hacia un ultrage á Saul, á quien aborrecia, y por el exorbitante precio con que el rey pagaba sus servicios, se encaminó á la casa: poco despues, una vieja esclava entró en el salon donde danzaban las jóvenes judías y se dirigió á Salomith, que apartada de ellas, estaba solitaria y triste en el divan.

—Luz del cielo, la dijo la esclava, mi señor quiere hablarte.

—¿Y quién es tu señor? dijo la jóven.

—Mi señor es don Simuel Leví.

—¿Y dónde está tu señor? dijo la jóven.

—Sigueme, si quieres, lirio de hermosura.

Salomith se levantó y siguió á la esclava.

Llevóla esta por suntuosas habitaciones, cuyo lujo apenas fijaba la atencion de la jóven, y al fin de ellas llegó á una galería que daba sobre el jardin: allí, á la luz de la luna, vió á don Simuel que se paseaba lentamente, haciendo crujir sus largas hopalandas.

—Hé aquí, señor, á la hermosa de las hermosas á quien me has mandado buscar, dijo la esclava á don Simuel, y desapareció.

Volvióse el tesorero mayor, y se acercó á Salomith.

—¿Qué me quieres, anciano? dijo la jóven.

—Quiero que la hermosa flor de nuestra tribu no esté agostada y marchita, dijo don Simuel asiendo cariñosamente una mano de la judía.

—En verdad, padre Simuel, dijo Salomith, que estoy triste, muy triste, y no sé la causa: muchas veces, mis ojos fijos en la luna, en esa lumbrera de paz que Dios ha dado á la noche, mis ojos se llenan de lágrimas, y mi corazon se comprime, pero de una manera dulce: me siento desfallecer; un fuego desconocido inflama mi corazon: vuelvo la vista en torno mio, y la soledad que me rodea me entristece. Tú, que eres sábio, padre Simuel, dime en qué consiste mi tristeza.

—Tienes ya diez y seis años, Salomith.

—No creo que sea ese un motivo para ponerse triste.

—¡Oh! ¡oh! los diez y seis años son la edad del amor.

—¡Del amor! esclamó sorprendida Salomit: pero si yo no amo.

—Hé ahí la causa de tu tristeza: que no amas, y necesitas amar.

—¡Y á quién he de amar, Dios mio! Saul, nuestro buen padre nos tiene mas encerradas de lo justo: otras muchachas tienen una celosía, trás de la cual pueden ver á las gentes: pero nosotras, Thamar y

yo, tenemos nuestras ventanas al jardin, cuyos altísimos muros no permiten ver otra cosa que el cielo y los pájaros que pasan volando.

—¿Pero ese jardin tiene un postigo?

—Sí.

—Por ese postigo puede entrar de noche un hermoso mancebo.

—¡Dios mio!

—Sí, un hermoso mancebo que te ama.

—¡Que me ama!

—Sí, por cierto: mas que eso, te adora; está loco por tí.

—Pero ¿dónde me ha visto?

—En mi casa.

—¿Y decís qne ese mancebo?...

—Es hermoso, hermosísimo, rico, noble...

—¡Noble! ¡Es cristiano!

—¿Y qué importa? ¿Serás acaso la primera judía que haya amado á un castellano?

—Pero yo... no amo á nadie.

—Cuando le conozcas, Salomith, estoy seguro de que le amarás. ¿Quieres verle?

—¿Pero él no me verá á mí?

—¡Oh! no: si tú no quieres, no te verá.

Salomith permaneció algun tiempo irresoluta; pero la curiosidad, ese vicio fatal de las mujeres, la decidió.

—Llevadme á un lugar donde pueda ver, sin ser vista, á ese caballero, dijo á don Simuel.

—Sí, hija mia, sí; ven conmigo: dijo el tesorero del rey.

Y haciéndola atravesar un bosquecillo de laureles, la introdujo por una pequeña puerta en el pabellon donde el rey, advertido por las pisadas de los que se acercaban, esperaba reclinado en un divan.

Salomith le contemplaba trás de un tapiz, á donde la habia llevado don Simuel en el primer momento solo se pintó en su semblante una espresion de asombro causado por la juventud, por la hermosura, por la riquieza del traje por un no sé qué indefinible que rodeaba al rey bajo la lánguida y ténue luz de las lámparas que iluminaban el pabellon: Salomith creyó tener ante sí el ser que causaba sus desvelos, su tristeza, su desfallecimiento: una fuerza irresistible la arrastraba hácia el rey.

—¿Quién es ese caballero, padre Simuel? dijo al judío con la voz trémula de emocion.

—El mismo te lo dirá, contestó don Simuel, que no sabia á qué atenerse para dar una contestacion á Salomith.

—¿Qué me lo dirá él mismo? No, no, yo no puedo hablarle; si lo supiera mi padre...

—Tu padre no está aquí, y ese caballero te ama.

—¿Qué me ama? ¡Dios mio!

—Sí, y para poder decírtelo por sí mismo, se ha valido de mí. Vamos, es necesario que te dejes ver.

—¡No, no! esclamó Salomith, poniéndose encendida como las entrañas de una rosa de Alejandría.

—Es que ya no es tiempo: ese caballero nos ha oido, y se dirige hácia aqui.

En efecto, el rey se habia levantado, y gallardo y gentil se adelantaba hácia los tapices: Salomith se turbó; don Simuel aprovechó la fascinacion de la jóven, y salió cerrando la puerta por fuera, y dejando á Salomith encerrada con don Pedro.

Este adelantaba: la hermosa jóven permanecia fascinada detrás de los tapices: al fin el rey llegó á ellos, los entreabrió, y se detuvo á su vez. Salomith estaba delante de él como una aparicion divina.

Con su rico traje, sus mejillas cubiertas de un hechicero rubor, la vista inclinada al suelo, inmóvil, agitado su alto seno por una conmocion profunda, era la imágen tentadora del pudor. Confuso, puesto en lucha con el amor y con el deseo, el rey, sosteniendo con una mano trémula el cortinaje, la contempaba trasportado: por un momento, toda su elocuencia estuvo en sus ojos, toda su vida en el corazon, que, agolpada á él la sangre, latia violentamente: alzó Salomith los ojos, y posó en el rey una de esas miradas involuntarias, por la que se exhala toda el alma de una mujer, en la que están representados

sus sueños de amor, sus misteriosos deseos de vírgen, su temor, ansiedad, su sumision, su lucha, cuantas pasiones, cuantos temores, cuantos encantos acompañan á esa primera manifestacion del amor, á ese primer perfume, por decirlo así, del alma de la mujer, flor que entreabre su encendido cáliz al beso de las auras, á los rayos matutinos del sol de la vida.

El silencio es la mas elocuente espresion de estas situaciones; el alma goza replegada en sí misma, se desploma entera en una mirada ardiente, indescribible, sobre el ser que nos fascina; aquella mirada se apodera del ser amado, le goza, le aspira, le envuelve en sí misma; y cuando dos de esas miradas intensas, dulces, profundas, se encuentran y se chocan, dos almas se confunden en una sola; el fuego sagrado arde; la vida parece insuficiente, se necesita mas vida para gozar: es, en fin, la fruicion divina que solo dura un momento, y que no vuelve á repetirse, porque los deseos sensuales, las miserias humanas suceden inmediatamente á aquella primera, única y pura dilatacion del alma.

Cuando dos seres, al encontrarse por la primera vez, se miran del modo que se miraron don Pedro y Salomith, es indudable que no tardarán en unirse de una manera dulce é íntima, como se unen poco despues de encontrarse el iman y el acero.

Y cuando dos que así se unen, no han amado

aun, cuando la simpatía es recíproca, aquellos dos seres se unirán para no separarse mas, para vivir el uno para el otro, para trasformarse en un solo ser, del cual solo constituyen dos mitades.

Pero hé aquí la diferencia que existia entre don Pedro y Salomith: él estaba, á pesar de su juventud gastado en cuanto al alma, hastiado: él no buscaba ya en la mujer el amor ni el placer: en don Pedro no habia ya mas que sentidos viciados, insaciables de goces, y no habia mujer que no incitase sus deseos: esta por el cabello, aquella por los ojos, esotra por su apostura; donde quiera encontraba una forma que hablase á sus sentidos, un cuello voluptuoso, un alto seno, un talle flexible, un pié breve, allí estaba el empeño del rey: una vez vencidas las dificultades, una vez satisfecho el deseo, el rey pasaba á otra mujer: aquello era un torbellino.

En Salomith todo le enamoraba: el semblante, el talle, el seno, las manos, los brazos deliciosamente contornados, el breve pié, la robusta pierna, la magnífica apostura, y aquel pudor, aquel embarazo que representaba la pureza de una niña embelleciendo á la mujer.

Salomith, por el contrario, sentia el amor sin comprender su resultado: no podia decirse que don Pedro la agradaba: era mas que eso, la fascinaba: se sentia arrastrada á él, y se dejaba arrastrar sin te-

mor, porque no conocia el peligro; no habia en ella sufrimiento, porque su amor empezaba, como empieza siempre, de una manera dulce, confiada y tranquila; para que el amor lastime, es necesario conocerle en todas sus consecuencias: cuando llega ese caso, aparecen al lado del amor, la inquietud, los deseos punzantes, el temor, la ansiedad, los celos, los cien tormentos inçalculables del amor: entonces Salomith era vírgen en cuerpo y alma, estendia sobre ella sus blancas álas el angel de la inocencia: aun estaba en el paraiso.

Pero para ella, como para la primera mujer, debia aparecer un demonio que la presentase el fruto del árbol de la vida, y el demonio para Salomith habia tomado la forma del rey don Pedro.

No debia tardar en insinuarse la tentacion.

—¡Oh, y qué hermosa, que hermosa sois, alma de mi alma! dijo el rey asiéndola una mano y besándosela apasionadamente.

Salomith retiró la mano por instinto mas que por temor, pero sonrió de una manera tal, tan pura tan tímida, tan enamorada al rey, que este esclamó en el colmo de su alegría:

—¡Hé aquí, hé aquí, que ya he encontrado á *mi mujer*!

La esclamacion del rey era semejante á la de un viajero, que despues de haber apagado su sed duran-

te una larga y ardiente jornada, con aguas infectas, encuentra al fin un manantial puro, que se desliza humilde sobre arenas de plata entre márgenes de flores.

—¿Quién eres tú? dijo Salomith, siguiendo al tutear al rey las costumbres de su raza oriental.

—¡Ah! ¡paloma mia! yo soy un hombre que te ama.

—¿Que me amas? Dímelo, dímelo otra vez, esclamó con un candor inapreciable Salomith, no te comprendo, pero esas palabras me parecen dulces y buenas. ¿Qniére eso decir que serás mi hermano?

Inútil es que nos entrometamos en el largo diálogo, que siguió á esta cándida pregunta: don Pedro se encargó de hacer comprender el amor á Salomith, y cuando despues de cuatro horas de soledad, la jóven volvió con sus compañeras, comprendíase en su mirada, en su ardiente languidez, en su divina y característica sonrisa, que parecia brotar al impulso de un recuerdo; conocíase, decimos, que don Pedro la habia enseñado en una sola y completísima leccion, lo que era el amor.

Don Simuel Leví se aprovechó, con usura, del contento del rey por haber encontrado una tal discípula.

El rey tuvo á la noche siguiente una llave del postigo del jardin de la casa de Saul: don Simuel ha-

lló medio de que aquella misma noche, Salomith tuviese la llave de la puerta que del interior de la casa correspondia al jardin.

A las doce de la noche, cuando Saul y sus esclavos y su familia dormian, aquellas dos puertas se abrieron y tornaron á cerrarse, Salomith y el rey se encontraron en un cenador de arrayanes, y continuó la leccion de amor.

Y asi pasaron muchas noches: el rey encontraba cada dia mas hermosa, mas dulce, mas amante, mas apasionada á Salomith: pero no encontraba grata del mismo modo, la tarea de esperar á la media noche para ir á casa de Saul, de abrir el postigo y de pasar las mejores horas de descanso, sentado junto á su amante en un banco de césped: aquello empezó á cansarle, y se resolvió á sacar á Salomith de la casa paterna, y ponerla en lugar donde pudiese verla á horas mas cómodas y con mas comodidad material.

Acordóse, pues, que entre las confiscaciones hechas por su padre á nobles rebeldes, habia una hermosa y antigua casa, cuyo blason habia sido picado por la mano del verdugo. Don Pedro fué á aquella casa secretamente una noche, la examinó, vió que convenia á sus intentos, envió un alarife que la pusiera habitable y un tapicero para que adornase ricamente sus habitaciones: la hizo amueblar espléndi-

damente, compró un casucho contiguo á ella en la calle de Rigina, y trasplantó á la casa á una dueña vieja; destinó á dos de sus ballesteros de maza, Juan Diente y Rodrigo Perez de Castro, para que á ciertas horas del dia y de la noche asistiesen al servicio interior, y cuando todo estuvo dispuesto, anunció á Salomith que era necesario que le siguiera.

La pobre jóven, que no tenia otra voluntad que la de su amante, al que solo conocia bajo el nombre de Peruche, diminutivo de Pedro, que habia dado su amor de niña y su ternura al que para ella no era mas que paje del rey, consintió en seguirle: pero mujer al fin, no quiso seguirle sin sus joyas y sin ver por última vez á su hermana Thamar.

A pesar de su amor, y de su sumision á su amante, Salomith tenia un carácter firme, y el rey se vió obligado á aplazar para algunas noches despues su rapto. Esto produjo una situacion violenta.

Por mas que Salomith amase ante todo al rey, por mas que su imaginacion volcánica la hiciese capaz de sacrificarlo todo, hasta la vida, por el hombre que de tal manera la habia enseñado á amar, era al fin buena, y al decidirse á separarse para siempre de su hermana Thamar y de Saul, á quien creia su padre, se afligió y cometió imprudencias; aquellas imprudencias hicieron sospechar á Thamar, que espió á su hermana, y al fin la noche antes del rapto

esta vió lo que don Pedro y Salomith no creian que nadie viese.

Esto produjo fatales resultados: avisado Saul, dejó correr los acontecimientos, escondió gente en el huerto, y cuando á la hora convenida Salomith, provista del cofrecillo de sus joyas, bajó al jardin y se arrojó en los brazos don Pedro para seguirle, cuatro hombres armados se arrojaron sobre el rey, que apenas tuvo tiempo para ponerse en defensa.

Don Pedro habia previsto que al atravesar la Judería con Salomith, podia acontecerle un percance, y se hizo acompañar por Juan Diente y cuatro ballesteros. Saul no habia previsto que el amante de Salomith fuese tan precavido, y esto fué causa de que, á un grito del rey, Juan Diente y los suyos penetrasen en el jardin, espada en mano, y los acometedores se encontrasen acometidos.

En tanto, el rey sacó fuera del jardin á Salomith desmayada, mientras sus ballesteros acuchillaban á los judíos Saul, sin embargo, no se aterró, y la terrible voz de:

—¡Ladrones! ¡que me roban á mi hija! fué á despertar á los vecinos.

Don Pedro, pues, antes de salir de la Judería se encontró cercado, abrumado: sus cinco leales ballesteros le rodeaban: los judíos, gente pacífica, mas mercaderes que soldados, solo estaban armados de

palos, mientras el rey y sus ballesteros tenian cada cual empuñada una espada que metia miedo: murieron algunos hebreos; quedaron otros tuertos y mancos; el rey logró abrirse calle y salir de la Judería, y los pobres rabinos quedáronse lastimados, ensangrentados y zurrados de lo lindo, y lo que era peor para Saul, ignorantes de quiénes eran los raptores.

Salomith desde entonces fué como gota de agua que cae en el mar.

Este era, pues, el rey, considerado por el lado del amor: para él no habia obstáculo ni vallas: hermoso, valiente, poderoso, espléndido para sus vicios, la que resistia á su amor, cedia á sus ofertas, y si estas no bastaban, á la violencia: ya hemos visto de qué manera se habia apoderado de la severa virtud de doña María de Hinestrosa, y cómo guardaba en su poder á Salomith; si quisiéramos entrometernos á referir cada uno de los escándalos amorosos del rey, necesitariamos un volúmen.

Nada, pues, tiene de estraño que se hubiesen hecho formidables las tiranías y las licencias del rey, y que tomase pretesto de ello la nobleza para rebelarse: el rey era violento, antojadizo: obraba en justicia en los asuntos que nada tenian que ver con él; pero en los suyos propios le cegaba la pasion. Era el rey mas apropósito para poner en fermentacion todos los tremendos elementos de la edad media, en que

cada noble se creia un rey absoluto, exento de la ley, y pronto á rebelarse, en cuanto su señor, mas fuerte que él, le ponia en estrecho.

Tal era el rey don Pedro en la época en que le presentamos á nuestros lectores: mal educado, acostumbrado á vivir sin freno, de carácter irritable, de alma enérgica, de ideas rectas cuando no se trataba de sus pasiones; formidable para castigar en los demás faltas que él mismo cometia; una mezcla, en fin, de justicia y de licencia, de magnanimidad y crueldad, de avaricia y esplendidez: carácter cuestionable que hará siempre oscura la historia de aquel reinado, ó por mejor decer, el resultado precioso de la índole de la época sobre un cadáver escepcional.

Despues de haber hecho la semblanza del rey don Pedro, sigámosle á la audiencia que habia exigido de él en nombre de la justicia la familia del difunto Alvaro Gomez de Santaella.

CAPITULO II.

De cómo el rey tuvo un motivo mas para que no le pesase el haber dado muerte á Santaella.

Poco despues don Pedro, de pié, apoyado en el respaldo de un sillon, ceñida una sencilla gorra de velludo negro, y envuelto en un ropon talar que daba cierta magestad á su persona, recibia á la familia, á la doliente familia, que iba á pedir justicia por la muerte de Santaella al mismo que le habia matado.

Esta familia se conponia de una dama como de treinta años, de dos niños de diez á doce, y de dos hidalgos, de aspecto bravo y sombrío el mas jóven, que llegaria apenas á los veinticinco años, y de espresion astuta, reservada y fria, el de mayor edad,

que rayaba en los cincuenta. Este último era además cojo, y llevaba cubierto un ojo con una venda negra.

La dama era la viuda de Alvaro Gomez; los dos niños sus hijos; el bravío hidalgo, hermano de la dama; y el otro de la pata de palo y el ojo cubierto, tio de entrambos.

Esta familia entró precipitadamente en la cámara, y se arrojó á los piés del rey, escepto el inválido, que en razon á su pata de palo no podia arrodillarse, en vez de lo cual se inclinó profundamente, apoyándose en un largo baston de acebo, que tanto podia servirle de apoyo, como de defensa.

A primera vista, por los trajes de esta gente, se comprendia que no era rica. Don Pedro, al hacer esta observacion, notó que la dama era muy hermosa, y que no lloraba; que el hidalgo jóven era uno de estos valentones aparejados, para cualquier aventura, y el tuerto-cojo, materia dispuesta á todo. Los niños eran tan bellos como su madre, y eran los únicos que lloraban.

—¡Justicia, señor, justicia! esclamaron en coro la dama y los dos hidalgos, mientras los niños se asian al brial de su madre, y fijaban en el rey en silencio sus miradas tímidas.

—Justicia ¿y de qué? dijo el rey: ¿quién os ha ofendido?

—Anoche faltó mi esposo de mi casa, dijo con energía la dama, y aunque esto fuera frecuente, porque mi esposo, en razon de su oficio, pasaba muchas noches fuera, se le ha encontrado muerto á estocadas junto á la iglesia de San Isidoro.

—¡Muerto á estocadas! esclamó el rey. ¿Y quién era ese vuestro esposo que por razon de su oficio solia pasar las noches fuera de su casa?

—Mi esposo era alcalde de vuestra casa y córte, señor, y se llamaba Alvaro Gomez de Santaella.

—¡Ah! ¡ah! esclamó profundamente el rey: ¿vuestro esposo era el señor Alvaro Gomez, mi bueno y leal alcalde de casa y córte? Pues mirad: vuestro esposo tenia síno de morir de mala muerte... Debeis daros un tanto por contenta, si le amábais, porque á no haber muerto anoche, no hubiera tardado en morir como mueren los traidores... Esto os ha ahorrado una confiscacion.

—¡Una confiscacion! esclamó el hidalgo tuerto-cojo: y ¿qué habian de confiscar? ¿Deudas acaso?

—Alzad, alzad, señora, dijo el rey desentendiéndose de la un tanto irreverente observacion del estropeado hidalgo: alzad tambien vosotros, y decidme: ¿por qué habiendo jueces en mis reinos venís á pedirme justicia? ¿Acaso se han negado á hacérosla?

—No se encuentra al matador, señor; dijo la da-

ma, y... como somos pobres y no podemos pagar y recompensar á los ministros, no se moverán para buscar al homicida.

—Mirad lo que decís, señora; esa es una acusacion infundada, á lo que creo, puesto que yo que tenia ya noticia de esa muerte, sé que la justicia anda que bebe los vientos en busca del matador.

—Sí, sí señor, dijo la dama, cuando acaba de acontecer un homicidio, la justicia anda por las calles, toma declaracion á los vecinos; si buenamente encuentra al criminal, le prende, á no ser qué sea rico y poderoso; pero si no le encuentra, se entierra al difunto, y la justicia reposa; mi marido era pobre: lo que su vara le producia y mas...

—Sí, sí; ya sé que el señor Alvaro Gomez de Santaella era galanteador y duelista, y contraia deudas para satisfacer sus vicios...

—¡Ah!, señor!... dijo con acento de dignidad ofendida la dama.

—Yo no os conocia, dijo el rey, siguiendo impasible en la clasificacion del difunto; pero sabia que vuestro marido era para vos tirano, que os desatendia, que os injuriaba: sin embargo, vos venís á pedir justicia contra su matador: os juro que se os hará.

—No en valde, señor, os llaman vuestros reinos el justiciero.

—¿Decís que la justicia de mis reinos no trabaja por descubrir los malhechores sino cuando la alienta una ganancia? Aunque yo sé que vuestro dicho ofende á mis altos y bajos ministros de justicia, entre los cuales se contaba á vuestro esposo, quiero perdonar á vuestro dolor esa injuria, y alentar vuestra esperanza, poniendo á precio la cabeza del matador.

—¡Oh, señor!

—Y como por las aventuras en que de contínuo, segun mis informes, andaba vuestro marido, puede muy bien suceder que el matador sea una persona de altos respetos, voy á pregonar su cabeza en un precio tal como si se tratara de la mia.

Y el rey se sentó delante de su mesa de despacho y llamó.

En el momento apareció un camarero.

—Mandad venir á mi secretario Vadillo, dijo el rey.

Mientras el secretario llegaba, la familia del difunto guardaba un respetuoso silencio; el rey golpeaba con sus dedos, distraido sobre el borde de la mesa, remedando una marcha de atambor, y no quitaba los ojos de la dama, que era como hemos dicho muy hermosa, rubia como un oro, blanca como las azucenas, matrona y gallarda, con unos admirables ojos negros que, de tiempo en tiempo, y sin poder contenerse, se alzaban de la alfombra y se fijaban co-

barde y vagamente en el rey. Los niños lloraban; el mancebo guardaba una actitud de respeto, y el inválido no perdia con su sútil y astuta mirada, ni un solo incidente del mudo combate que pasaba entre el rey, y su sobrina.

Ésta habia llegado á comprender algo de interesado en la tenaz é inmóvil mirada del rey, y se habia puesto encendida, no sabemos si de emocion, ó de vergüenza, porque es de advertir que el rey tenia una fama tal de corruptor, que la insistencia de sus miradas debian sonrojar á toda mujer que tuviese pudor.

Al fin la llegada de Vadillo vino á terminar esta situacion embarazosa.

—Siéntate, mi buen Alfonso, le dijo el rey, y escribe lo que te diré.

El secretario, que era jóven y buen mozo, se sentó; tomó un pergamino, le estendió y esperó.

—Se trata de un edicto, dijo el rey.

El secretario escribió en letras gordas á la cabeza del pergamino:

«Don Pedro, por la gracia de Dios, rey de Cas»tilla, de Leon, de Asturias, de Galicia, de Sevilla, »de Córdoba y de Murcia, á todos los que las pre»sentes vieren y entendieren, sobed:

Despues de escrita esta fórmula, el secretario se detuvo.

—Ya está, señor, dijo.

—Oye pues. «Por cuanto hemos sabido que, en »nuestra ciudad de Sevilla, junto á la iglesia de San »Isidoro, se ha encontrado muerto á mano airada, á »Alvaro Gomez de Santaella, nuestro alcalde de casa »y córte: por cuanto nuestra justicia ordinaria no ha »podido averiguar quién sea el matador del dicho »Alvaro Gomez, nos, atentos siempre á que el deli»to no quede sin castigo, ofrecemos dar, y darémos »diez mil castellanos de oro, y nuestra merced, á la »persona, hidalga ó pechera, alta ó baja, que descubra al matador.» Ahora la fecha.

—Ya está, señor, dijo Vadillo.

El rey tomó el pergamino, le leyó y le firmó.

—Refréndale, dijo el rey; házle sellar con nuestro sello de la puridad, saça las copias que sean necesarias para fijarlas en los sitios públicos, y que este edicto se pregone á son de trompeta por toda la ciudad. Vete.

El secretario recogió el edicto, se inclinó, y salió.

El rey acababa de ofrecer por su propia cabeza, puesto que él era el matador de Alvaro Gomez, la enorme suma de diez mil castellanos de oro.

—¿Estais satisfechos? dijo el rey á la familia querellosa.

—¡Ah, señor! esclamó la dama arrojándose á sus piés y besándole las manos; sois el amparador de los desvalidos.

Los besos de la viuda, por mas que fuesen de agradecimiento, quemaron las manos del rey, que, como hemos espresado antes, cuando se trataba de mujeres hermosas era insaciable.

—No seria yo lo suficientemente amparador, dijo, si os dejase abandonada á vuestra viudez y á vuestra pobreza.

—¡Ah, señor! esclamó confusa la dama.

—Ese que os acompaña, ha dicho que vuestro esposo no tenia mas que deudas, añadió el rey, señalando con una mirada al estropeado.

—Así es, señor, dijo este: el marido de mi sobrina...

—¡Ah! ¿sois tio de esta dama? Pues en verdad, en verdad, que por muy pendenciero que fuese el difunto alcalde, señales teneis sobre vos que dicen claro que no teneis el génio pacífico.

—De buscar contiendas por devaneos, á quedar estropeado en servio del rey, hay mucha diferencia, señor.

—¡Ah! ¿habeis sido soldado?

—He sido alférez del señor rey don Alfonso, padre de vuestra señoría; y defendiendo mi bandera, perdí un ojo y una pierna; pero la bandera se salvó.

—¡Bravo, valiente!.... dijo el rey transigiendo con el alférez. ¿Cómo os llamais?

—Iñigo de Alvarado, señor, vuestro humilde criado.

—¿Y no os ha quedado soldada, señor Alvarado?

—No, señor.

—¿Os vendria mal una alcaidía en el reino de Leon?

—¡Ah señor! aunque no puedo cabalgar, puede vuestra grandeza estar seguro de que defenderé el castillo que me entregueis hasta que sus muros se derrumben sobre mí.

—Hágoos, pues, alcaide del castillo de la Bañeza, con quinientos maravedís de acostamiento al mes, jurisdiccion, pechos y derechos.

El flamante alcaide quiso hablar, pero la sorpresa, la alegría le enmudecieron.

—Presentáos hoy mismo á mi condestable, y preparáos para marchar al momento: tal vez vuestro primer servicio sea el de hacer cortar la cabeza á Nuño Arias el actual alcaide: esto os dará cierta influencia.

—¡Señor, señor!

—Y vos ¿cómo os llamais? dijo el rey volviéndose al hermano de la dama.

—Juan de Alvarado, señor.

—¿Y habeis sido soldado?

—Soy letrado, pero mas que de leyes entiendo de estocadas.

—Pues bien, señor Juan de Alvarado, acompañad á vuestro pariente á su alcaidía: ahora que recuerdo,

ya que os pongo de asesor á este honrado hidalgo, enviadme á buen recaudo al asesor del alcaide, á quien cortareis la cabeza.

—Muy bien, señor, dijo el inválido.

—¿Y vos, señora, cómo os nombrais?

—Inés de Alvarado, señor.

—Vuestros hijos, doña Inés, dijo el rey, se quedan desde este momento en mi cámara: han perdido un padre... yo le remplazaré... son mis pajes.

—¿Y me dejais sola, señor? ¡enviais á cien leguas de distancia á mi tio y á mi hermano, y os quedais con mis hijos!...

—¿Y no quedo yo aquí para ampararos? Id, id, señora: las deudas de vuestro esposo corren por mi cuenta, y el sueldo de vuestros hijos os bastará para vivir noblemente: id y enviadme los pequeñuelos cuanto antes.

Doña Inés salió consternada, asiendo fuertemente las manos de sus dos hijos: su tio y su hermano, llenos de júbilo.

Al bajar las escaleras, el alcaide de la Bañeza, dijo á su sobrina:

—Paréceme, Inés, que hemos hecho muy bien en que te vea el rey: te miraba de un modo... y en verdad en verdad, si yo fuera mujer y me mirase así un rey como don Pedro...

—Quiera Dios, esclamó doña Inés, que sus merce-

des no sean para mí una desdicha.

Entretanto el rey decia paseándose por su cámara:

—Estoy satisfecho de mí mismo: Alvaro Gomez era un traidor y debí matarle; sus hijos quedaban abandonados y yo adopto á sus hijos... casi casi, estoy por adoptar tambien á su mujer... parece honrada y altiva... pues mejor... mucho mejor... eso la hace mas digna de mí.

Trás esto el rey salió de su cámara, y se encaminó á la de doña María de Padilla.

CAPITULO III.

Doña María de Padilla.

En la época de nuestro cuento, doña María de Padilla solo contaba veintitres años: es decir, era tres años mayor que el rey.

De todos los amores que hasta aquella fecha habia tenido el rey, cuya lista era larga y escandalosa, el de doña María era el único que podia llamarse puro, y en cierto modo habia sido el primer amor del rey.

Esta mujer célebre en la historia de su tiempo, por el lugar que ocupó al lado del rey, por su hermosura, y por la influencia que tuvo, sin quererlo,

en los negocios públicos, merece que destinemos algunas líneas á su biografia.

Para ello será necesario que tomemos desde algun tiempo atrás nuestro relato.

Don Juan Alfonso de Alburquerque, antiguo privado del rey don Alonso el Onceno, que habia pasado con su privanza, como una herencia, al rey don Pedro, habia conocido que para asegurarse el favor del jóven príncipe no le bastaba apoyarse en su influencia, sino que era preciso prevalerse de sus pasiones.

Tratábase en 1353, por la reina doña María y Alburquerque, el casamiento del rey con doña Blanca, hija del duque de Borbon y sobrina del rey de Francia: esta princesa solo contaba quince años: la fama de su hermosura habia llegado á ser proverbial: el rey solo contaba diez y nueve años, era galan, hermoso, apasionado, y se creia que esta union de dos príncipes jóvenes y hermosos, seria un fundamento de bienestar para el reino, por una alianza síncera con Francia y un elemento mas de poder para la reina madre doña María de Aragon y don Juan Alfonso de Alburquerque, de los cuales era obra este casamiento.

Pero á la par que Alburquerque negociaba con actividad este ilustre casamiento, no se desdeñó de hacer en secreto otra negociacion menos noble, pero

que debia contrabalancear el poder de la reina madre, y hacer única y omnipotente la influencia de Alburquerque sobre el rey. El carácter veleidoso y enérgico del rey se habia revelado ya mas de una vez, y el astuto y viejo cortesano, acostumbrado á leer en el corazon de su amo, comprendió que no estaban demas cuantas influencias pudiera hacerse para dominar el espíritu de independecia y de dominio de que ya habia dado repetidas muestras el rey. El rey don Alonso, subyugado á doña Leonor de Guzman, habia sido un buen ejemplo de lo que puede una querida, y el astuto Alburquerque pensó asegurarse este lado flaco del corazon de don Pedro, no dejando á la casualidad de una eleccion del rey, el encumbramiento como manceba de una mujer cualquiera.

Queria que esta mujer la recibiese por su mano, teniendo en cuenta qne, era preferible tener en la querida del rey una aliada que una rival, y se antepuso al caso probable en que don Pedro se entregase por una casualidad tal vez próxima á la influencia de una mujer que valiese lo bastante para apoderarse de su alma.

Vivia en su casa como dama de su mujer doña Isabel de Meneses, una jóven huérfana descendiente de una familia ilustre, adicta en otro tiempo á la casa de Lara, y arruinada por las últimas guerras civiles. Esta jóven era doña María de Padilla.

Alburquerque hizo que esta y el rey don Pedro se conociesen. No se engañó en cuanto al efecto que debiera producir en el rey la juventud y la hermosura de su protejida. Apenas se vieron se amaron. Dejados en libertad de que se viesen y se hablasen á solas, por Alburquerque y su mujer, la impetuosidad y las pasiones exigentes del rey encontraron un fuerte obstáculo en doña María, que alarmada por el género de amores que la proponia don Pedro, y sobre todo por la pasion que el rey la inspiraba, dió noticias de su situacion á su tio Juan Fernandez de Hinestrosa, y á su hermano Diego Garcia de Padilla.

Este fué el primer tropiezo que se cruzó entre los planes de Alburquerque y su realizacion: Hinestrosa, pobre y ambicioso, vió, como suele decirse, el cielo abierto: observó al rey, conoció que estaba profundamente enamorado de su sobrina, y que esta no lo estaba menos del rey. Doña María en efecto amaba desinteresadamente á don Pedro: y esto se concibe perfectamente: solo tenia entonces diez y ocho años, era de figura arrogante, ardiente, magnífico, y estaba verdaderamente enamorado. Ella era de pequeña estatura, pero bella, pura, llena de ese voluptuoso atractivo peculiar á las andaluzas; su jovialidad, su graciosa y chispeante palabra, con la cual divertia á la gran señora, en cuya casa ocupaba una posicion

casi servil, ocultaban el profundo talento de que dió muestras mas adelante: algo mayor en edad que el rey, y teniendo en cuenta, que la razon en la mujer se desarrolla mucho tiempo antes que en el hombre, tenia sobre don Pedro la ventaja de conocer á los hombres y á la córte, que habia estudiado de cerca. Don Pedro se sintió subyugado, amó con toda la fuerza de su alma á doña María, y ella fué la única mujer para quien fué una verdad el amor del rey. Bien pronto debia dar á conocer doña María que era digna de aquel amor y de ocupar un puesto como reina, al lado de don Pedro.

Alburquerque, pues, al contar con ella, como se cuenta con una esclava, se engañó torpemente, y este error, debia costarle muy pronto la privanza; y mas tarde la vida.

La historia nos presenta á Juan Fernandez de Hinestrosa, como un caballero pundonoroso y leal; era ademas hombre de ingenio y esperiencia, y al conocer el amor que existia entre su sobrina y el rey, pensó no ya en el lazo efímero y puramente voluntario que une á dos amantes, sino en un enlace mas digno, y al mismo tiempo para sus proyectos mas seguro.

Aconsejó, pues, á su sobrina; la dijo que su familia era bastante noble para aspirar á un entronque real, y para rechazar con indignacion toda alianza

deshonrosa: doña María que tenia la pureza y la altivez de la virtud, que por otra parte, amaba de una manera esclusiva al rey, y que no se satisfacia sino con una posesion legítima, escuchó los consejos de su tio, que eran los suyos propios, y cuando el rey, impaciente la compelió á que premiase con su posesion sus amores, el rey oyó con asombro de los lábios de la mujer que amaba que jamás seria suya, sino siendo su esposa.

Púsola el rey por delante la desigualdad de condicion, su concertado enlace con doña Blanca, los disturbios que podia traer á sus reinos un casamiento con una simple dama. Al escucharle doña María, que sabia demasiado hasta que punto la amaba el rey, le volvió la espalda ofendida, afectó un rompimiento formal, y se negó á verle.

Esta intriga secreta y diestramente manejada por don Juan Fernandez de Hinestrosa, dió los resultados que eran de esperar de la impetuosidad del rey: desesperóse, consintió en todo, y solo puso una condicion á su casamiento: que fuese oculto.

El casamiento se realizó, pues siendo únicamente sus testigos, Juan Fernandez de Hinestrosa, Diego Garcia de Padilla, Alonso de Mayorga, que recibió, por su complacencia, el oficio de canciller del sello, privado y Juan Perez de Orduña, capellan del rey, que bendijo á los desposados.

María de Padilla, esposa legítima ante Dios del rey don Pedro, le abrió los brazos y le siguió y vivió públicamente con él como su querida: en el tiempo preciso despues de su matrimonio, doña María dió á luz una niña: aquella niña era la infanta doña Beatriz.

Su nacimiento fué celebrado ostentosamente con magníficas fiestas, dióse en patrimonio á la infanta, la mayor parte de los dominios de don Alfonso Ferrandez Coronel, que acababa de ser degollado en su castillo de Aguilar, donde se habia sublevado contra el rey, y notóse que esta vez don Juan Alfonso de Alburquerque, no tuvo ninguna parte en los despojos de su antiguo enemigo. La influencia de doña María de Padilla empezaba: Juan Fernandez de Hinestrosa fué promovido al oficio de *alcalde de los fidalgos*, y admitido en el consejo y cámara del rey: Pero Lope de Padilla fué nombrado ballestero mayor, y Diego Garcia de Padilla aspiraba al maestrazgo de Calatrava, que despues obtuvo por muerte de don Juan Nuñez de Prado, y su hermano bastardo Diego Garcia de Villagera recibió la gran encomienda de Castilla, que el maestre de Santiago don Fadrique quitó por una leve insinuacion del rey á Rui Chacon, que la poseía, recibiendo el maestre por esta complacencia algunos derechos disputados á la órden por de la corona.

Ya hacia mucho tiempo que Alburquerque era tratado por el rey con frialdad, y esto no era otra cosa que obra de la Padilla que queria que el rey en vez de ser gobernado, gobernase por sí mismo.

Estos consejos de independencia, dados por una mujer querida y tan en armonía con el carácter del rey, le decidieron á declararse independiente, á pesar del respeto y de la especie de temor que le causaba su viejo servidor.

No era por otra parte, tan fácil derrocar al esperimentado cortesano, que habia cuidado de hacerse una córte y un partido suyos propios. Apelóse, pues, á la intriga. Dirigida esta por los Padillas de una manera profunda, se trató de una reconciliacion franca y completa entre el rey y sus hermanos bastardos, don Enrique y don Fadrique. Con ellos y con la ayuda de la casa de Lara, el rey contaba con mandar desembarazadamente y sin trabas.

Arrastrados al partido del rey los partidarios de los nuevos aliados, don Juan Alfonso de Alburquerque, fué cogido en un lazo y enviado con un encargo frívolo junto al rey de Portugal.

Esto fué la caida de Alburquerque; cuando volvió, encontró tomadas las posiciones que habia abandonado y que no volvió á conquistar.

Y todo esto era obra de doña María de Padilla. Ella queria que su esposo fuera rey y fué rey. Llegó

mas adelante: demostró que sabia sacrificarse tambien por el reino en que habia nacido.

Este sacrificio consistió en consentir que el rey contrajese un segundo matrimonio con doña Blanca de Borbon: y decimos que doña María se sacrificó por los reinos de su esposo, porque un desaire hecho en aquellas circunstancias á la casa de Francia, hubiera causado una guerra en que se hubiera vertido á torrentes la sangre castellana. Doña María retrocedió ante la sangre y empeoró su condicion pública al lado del rey, apareciendo como una concubina impura, que robaba su tálamo á una reina.

El rey por su parte, pagó con una generosa lealtad el sacrificio de doña María: á pesar de la juventud, de la hermosura y del amor que encontró en doña Blanca, se separó de ella á los piés mismos del altar, sin hacerla, ni por un momento, su mujer, aunque la habia hecho su esposa, y fué á encontrar á doña María, que le recibió llorando entre sus brazos.

Este llanto fué lo único con que demostró doña María su sacrificio: acababa de deshonrarse por el rey y por Castilla, dando á otra mujer derechos públicos y ostensibles, que ella no podia reclamar sino en secreto.

Doña María estaba satisfecha con poseer el amor del rey.

Tal era el alma de la gran mujer que esperaba

sentada en un divan, en un magnífico retrete del alcázar de Sevilla, la llegada de don Pedro el mismo dia en que marcha nuestro relato.

La habitacion en que se encontraba, era magnífica: don Pedro habia apurado el fausto, lo bello, lo maravilloso para rodear á la Padilla, de un marco, por decirlo así, digno de su hermosura.

Era esta estremada: como hemos dicho, doña María era de pequeña estatura, de aspecto digno, y de semblante dulce y simpático. Para conocerla mejor, representemos una dama de veintitres años, blanca hasta donde puede llegar el blanco en los seres humanos, de rostro ovalado, abundante, sedosa y densa cabellera, rubia como el oro: cejas negras y pobladas, y bajo ellas unos ojos garzos de gran tamaño, y espresion dulce, en cuyo foco brilla ese fuego que caracteriza en general las miradas de las andaluzas; riqueza, morvidez y turgencia de formas; todo hermoso, todo incitador, todo puro: los que la veian, se veian obligados á disculpar al rey don Pedro, porque era imposible resistir á la seduccion de aquella mujer.

Sentada en un ancho divan de seda carmesí, apoyada en una mesa, en cuyo tapete se veian castillos y leones, pensativa y lánguida, parecia esperar con impaciencia: eran las nueve de la mañana, y los rayos diáfanos del sol, penetrando por los altos traspa-

rentes de la cúpula, inundaban el retrete de un ambiente dorado: al fin doña María levantó la cabeza con dobles señales de impaciencia: se habia oido ruido de pasos en la antecámara; poco despues rechinó una puerta, y detrás un hombre: aquel hombre era el rey.

—¡Ah señor! dijo doña María: venid, venid y sentaos á mi lado: cuánto tiempo hace que no pasais junto á mí mas que breves momentos: ¿dónde estuvísteis anoche, señor mio?

—A caza de rebeldes, María, dijo el rey.

Y doña María al pronunciar esta última palabra, se puso muy pálida.

—La sangre te espanta pobre paloma, dijo el rey, y sin embargo, es necesario derramarla de todo punto.

—Probad la blandura y las mercedes, don Pedro: acaso, acaso valgan mucho mas algunos señoríos dados á tiempo...

—Y qué, ¿he de comprar yo la lealtad que me deben como á su señor natural?

—Compradla, puesto que os la niegan.

—Seria inútil: esos nobles son insaciables; ya he probado la clemencia: perdoné á mis hermanos en Toro, y ¿qué hicieron? Acuérdate: encerrarme, tenerme preso ocho meses, no permitirme ir sino á caza de zorros, y aun así, redeado de lanzas. Entretanto

me tenian separado de tí, te perseguian, me obligaban á comer con doña Blanca, á presentarme con ella en público... me violentaron de todos modos y maneras, y todo ¿por qué? porque mi perdon, que les habia parecido una muestra de debilidad, los habia hecho ser fuertes... No, no: ¡sangre! ¡cabezas abajo! veremos si yo sé ser rey ó no.

—¿Y qué motivos hay ahora?...

—¿Que qué motivos hay?... ¿Viste el mozancon que estaba esta mañana en las galerías?...

—¿Y qué tiene de comun ese hombre?...

—Es uno de mis leales vasallos.

—Pues dígoos que teneis bizarros vasallos, señor... Dios no me salve, si aquel zanquilargo no era cosa de iglesia.

—En efecto, María; es un monago.

—¿Y un monago...

—Un raton es un animal tímido y despreciable; y á las veces por el agujero que abre el raton, puede entrar la serpiente.

—¡Ah! ¿Y ese monago os ha abierto algun agujero?

—Sí, por cierto, y un agujero tal, que he podido entrar por él hasta un nido de traidores.

—¿Y dónde hallásteis ese nido?

—En la Iglesia de San Juan de la Palma: ¿y á quién creerás que encontré allí?

—Os confieso que no puedo adivinarlo, señor.

—Pues bien, don Juan Alfonso de Alburquerque está en Sevilla.

—¿Don Juan Alfonso aquí?

—Y no solo don Juan Alfonso, sino don Fernando de Castro, don Juan de la Cerda y demas comitiva. ¿Ignoras tambien que allí se encontraba tambien mi buen predicador don Juan, obispo de Salamanca?

—¡Oh! no: en vano me ha parecido sombrío y amenazador su sermon.

—Cuéntame, cuéntame.

—¡Oh señor! he estado sonrojada todo el tiempo que ha durado la plática.

—¡Cómo! ¿Sonrojada tú?

—Sí, sí señor; el obispo la tomó con Salomon y sus concubinas.

—¡Ah! esclamó el rey palideciendo: ¡un buen obispo!

—Estendióse en probar que Salomon habia perdido la gracia del Señor desde el momento que se entregó á su incontinencia, que se hizo tirano.

—¡Ah! ¡ah! ¡Y no dijo que Salomon le habia arrancado las orejas á un obispo por charlatan y por imprudente?

—Ved, don Pedro, que en cierto modo el obispo tiene razon.... se dicen de vos cosas que espantan... y vuestro matrimonio con doña Juana de Castro...

con una mujer que se atreve á llamarse reina, y que os ha dado un hijo...

—Vuestros celos infundados acabarán por poneros de parte de los rebeldes, señora.

—¡Yo de parte de los rebeldes! Es verdad que tengo celos, celos horribles... pero ¡rebelde yo!...

—Tanto vuelo dareis á vuestra imaginacion, que acabareis por dejaros sorprender...

—¡Por dejarme sorprender! ¿A dónde fuísteis anoche?

—Ya os lo he dicho: fuí á caza de traidores.

—Antes, antes... ¿qué hicísteis poco despues de la oracion en la parroquia de San Isidoro?

—¡Yo! esclamó el rey palideciendo.

—Sí, vos... ¿No matásteis anoche á un hombre?

—¿Quién os ha dicho eso, señora? esclamó el rey levantándose azorado.

—Nadie.

—Nadie, y sin embargo sabeis...

—Que matásteis á estocadas al alcalde de casa y córte Alvaro Gomez de Santaella.

—¿Seríais vos, por acaso, señora, una mujer encubierta que pensé que me seguia acompañada de un hombre?

—¡Yo seguiros! ¡yo! ¿Yo seguiros de noche como una aventurera?

—Teneis valor bastante para ello.

—Pero tengo tambien dignidad.

—Acabemos, señora.

—Decís bien: una mujer, sin duda, es la que me avisa: ya veis, señor, hay gentes que os aman mas que yo, puesto que os siguen á vuestras aventuras... Vos decís que habeis reparado en una mujer que os seguia: sin duda esa mujer que os ama es la que me ha enviado esta mañana esta carta que he encontrado aquí al volver de la capilla.

Y doña María sacó de su escarcela un papel doblado, y lo entregó al rey.

La letra era indudablemente de mujer.

«Tened cuenta con el rey, señora, decia aquella »carta: yo sé que le amais, y que el rey os ama: yo »sé que podeis haceros escuchar del rey. Yo le he »dado mi sangre, yo le amo tanto ó mas, como po»deis amarle vos; pero no apreciaria mis palabras: »anoche, en la parroquia de San Isidoro, cerró á es»tocadas con un hombre, y le mató. Aquel hombre »era el alcalde de casa y córte Alvaro Gomez de San»taella; aunque la noche era oscura, y el rey se re»cataba, yo le conocí por el ruido que al huir hicie»ron sus canillas. Es necesario que le aconsejeis, que »procureis evitar que se entregue á estas aventuras, »en que puede encontrar la muerte: si muriera, yo »moriria de dolor. Apartad al rey de esos locos em»peños: que no mate mas que por la mano de su jus-

»ticia. Si lo lograis, que Dios os bendiga, como os »bendigo yo.»

—¿Qué decís de esto, señor? dijo trémula la Padilla.

—Digo que lo comprendo... ¿quién es esta mujer? No conozco ninguna que pueda... no, no... imposible... y sin embargo, lo que dice esta carta es cierto.

—Cierto es, como es cierto que hay una mujer que os ama hasta el punto de dirigirse á mí para salvaros... ¿Y quereis que no tenga celos?

—Pero te juro, María, que esos celos no tienen fundamento.

—¿Qué no lo tienen, cuando sois el mancebo mas loco y audaz de Sevilla?

—María, dijo el rey procurando salirse de la situacion, dejemos estas reyertas: no es la mejor ocasion, cuando los rebeldes han puesto precio á mi cabeza.

—¡Que han puesto precio á tu cabeza! esclamó la Padilla olvidándolo todo ante el peligro del rey.

—Sí: á todo se atreven esos infames; pero cuento contigo, María.

—¡Conmigo, señor! ¿Y qué puedo yo hacer?

—Hoy espero á mi hermano don Fadrique.

—¿Al maestre de Santiago?...

—Sí: viene de Toledo... hay quien dice que ama á doña Blanca.

—¡Cómo, señor! ¿Vuestro hermano?

—¡Mis hermanos, mis buenos hermanos, son capaces de todo, María.

—¿Y qué quereis que yo haga?

—En este momento voy á salir á caza, para que no me encuentre el maestre cuando venga: no encontrándome, vendrá á verte á tí: las mujeres teneis el don de penetrar en el alma del hombre, de adivinarle: háblale de doña Blanca, obsérvale: en sus respuestas, en su turbacion conocerás si la ama ó no: ¡oh! una alianza ahora entre mis hermanos bastardos y esposa postiza podria ser funesta.

—¡Lo haré, Pedro; lo haré!

—¿Y me avisarás?

—Sí.

—¡Señor! dijo un paje á la puerta.

—¿Qué quieres, niño? contestó dulcemente la Padilla.

—El señor Juan Diente pretende ver con urgencia á su señoría.

—¿Qué me busca Juan Diente? esclamó con sorpresa el rey: pues algo urgente debe acontecer.

—Sí, sí, id, dijo la Padilla: vuestro fiel servidor cuida de avisaros, que ya habeis pasado bastante tiempo conmigo.

—¡Oh! ¡María! ¡María! ¡siempre esos celos!

—¡Siempre! ¡siempre mi desesperacion!

—Créeme: vive tranquila: tú sola eres la mujer que amo.

—¿Y esa carta?...

—Te avisa... no sé quien haya podido escribirla.

—¿Y para averiguarlo sin duda os la llevais?

—Sí, sí, necesito aclarar este misterio... Y adios, María, adios. No te olvides del maestre.

Y don Pedro salió.

Doña María quedó de nuevo sola, triste, pensativa y hermosa.

El rey se cuidaba poco de disimular sus galanteos, cuya noticia llegaba hasta la Padilla, y aquellas escenas de celos eran muy frecuentes entre los esposos.

Y estos celos, como acontece siempre, aumentaban mas el amor de doña María.

Durante algun tiempo lloró en silencio: luego se levantó, fué á su reclinatorio, se arrodilló delante de él y oró.

—¡Oh! ¡Señor! ¡Señor dijo: ¡ten compasion de mí, porque soy muy desgraciada!

CAPITULO IV.

De cómo Salomith no era mujer para aguantar celos, y de cómo Saul fué á meterse confiadamente en la boca del lobo.

Al salir de la cámara de la Padilla, don Pedro encontró á Juan Diente pálido y consternado.

—¡Qué acontece! le dijo el rey.

—Una desgracia, señor.

—¡Una desgracia! ¿y qué desgracia es esa?

—Yo no tengo la culpa, señor.

—¡Pues acaba! ¡acaba!

—¡Salomith!...

—¡Cómo! ¿ha sucedido alguna desgracia á Salomith?

—No sé lo que habrá sucedido, pero...

—¿Pero qué?

—Ha desaparecido de la casa.

—¡Que ha desaparecido! ¡que ha desaparecido! esclamó trémulo de cólera el rey: ¡y te atreves á decírmelo!

—Yo no estaba en la casa cuando la señora ha huido de ella.

—Pero debia estar allí Rodrigo Perez de Castro.

—Vuestra señora llamó á Rodrigo Perez; y ¿quién habia de pensar?...

—Pero ¿cómo ha sucedido eso? Faltando vosotros, debian estar las puertas cerradas.

—Cerradas las dejó Rodrigo Perez, pero al ir yo á llevar el almuerzo de la mora, he encontrado el postigo abierto, la cerradura forzada... entré, registré... nadie habia en la casa.

—Pero yo tengo un espia... ese monago...

—Pero el monago no puede haber visto la huida por el postigo.

—¡Es verdad! esclamó furioso el rey, pero doña Berenguela...

—La maldita dueña ha desaparecido con ella.

—¡Ira de Dios! esclamó el rey.

—Recorriendo la casa, encontré en el dormitorio de doña Salomith esta carta.

—Dame: esclamó arrebatándosela el rey.

«Señor rey don Pedro, decia: me habeis engaña-

»do villanamente: anoche os ví metido en aventuras »amorosas, siguiéndoos acompañada de vuestro leal »Juan Diente; ví que dísteis muerte á un hombre, »que entrásteis despues en una taberna, que luego »fuísteis á cierta casa y penetrásteis en ella por un »postigo: despues salísteis y fuísteis á San Juan de la »Palma, donde entrásteis por el cementerio: os es»peré, salísteis; os seguí de nuevo, y ví que volvís»teis á la misma casa donde habíais estado antes: he »pasado toda la noche aguardándoos, padeciendo »horriblemente: al fin, antes del amanecer salísteis, »y se oyó un doble beso en el postigo. Señor Peru»che, mi bueno, mi leal amante Peruche: guardáos »de la judía, á quien habeis insultado: ella irá á bus»car venganza de vos en el rey don Pedro, en ese »ominoso tirano, para el cual nada supone el corazon »de una mujer. He aprovechado un descuido, he so»bornado y deslumbrado con promesas á la vieja »que me guardaba, y ella al huir conmigo me lo ha »revelado todo: quién sois, cuántas queridas teneis. »¡Oh! ¡la Padilla! Y vivís con la Padilla, y la honrais »como á una reina. No me faltará un veneno para »vuestra querida, os lo juro; no me faltará venganza »para la miserable cortesana que os besó en el pos»tigo. Acordáos, acordáos, señor Poruche, de vues»tra Salomith, de la mujer que os ha amado con toda »su alma, y que ahora os aborrece con todo su ódio:

acordáos y temblad. Salomith.»

—Mira: dijo el rey, con acento glacial, entregando la carta á Juan Diente, que la leyó y se echó á temblar.

—¡Oh, cobarde! ¡cobarde y miserable! ¡me has vendido y tiemblas de miedo!

—Os engañais, señor, contestó con altivez Juan Diente; tiemblo de cólera. ¡Haberme engañado á mí una mujer!... y vos, vuestra señoría tiene la culpa de ello.

—¡Yo! ¡infame!

—Sí señor, vos: ¿no me habíais dicho:—cuando doña Salomith quiera salir, acompáñala y no repliques, Juan: obsérvala?

—¡Y bien!

—Anoche, poco despues de oscurecer, doña Salomith me llamó y me mandó que la acompañase. Yo, obedeciendo vuestras órdenes, la acompañé.

—¿Y á dónde?

—Doña Salomith se entró en la iglesia de San Juan de la Palma.

—¡Lo vió todo desde la vidriera! esclamó el rey.

—A poco, ví que vos salíais de la iglesia tras el señor Alvaro Gomez de Santaella.

—¿De modo que has sido testigo...

—Contra mi voluntad, señor.

—¿Y por qué no condujiste á su casa á doña Salomith?

—Quise hacerlo: pero doña Salomith me amenazó con que gritaria, con que daria un escándalo...

—Y ¿por qué no me has avisado?

—Yo... señor... temí...

—Escucha, Juan, ahora mismo vas á buscarme á esa mujer.

—¡La buscaré!

—Tú solo... no te valgas de nadie... no quiero escándalos.

—Yo solo, señor.

—Y escucha: si en todo el dia de hoy no me la encuentras, puedes contarte sin cabeza.

—Haced de mí lo que mejor querais, señor.

—Si la encuentras, apodérate de ella: sin temor á gritos ni á escándalos, préndela como si se tratase de uno de mis traidores vasallos, y llévala á la torre del Oro.

—Muy bien, señor.

—Entretanto envia á Rodrigo Perez á que guarde la casa abandonada.

—Le enviaré, señor.

—Vete.

Juan Diente salió en silencio, mientras pudo oirle el rey; luego salió jurando y perjurando contra judías

y cristianas, y contra todas las mujeres habidas y por haber.

Y saliendo del alcázar, se lanzó en las calles de Sevilla, mirando vacilante en todas direcciones, como un lobo hambriento que busca un rastro.

El rey se quedó paseándose en su cámara.

—¡Con que es decir, que lo que yo creia envuelto en el mas profundo misterio, está ya á punto de ser público! ¡con que doña María y Salomith saben que yo soy el matador de Alvaro Gomez! y ¿quién ha podido escribir esta carta á doña María? ¡una mujer que me ama!... y esta carta no es de Salomith, no; Salomith no escribe tan mal... ¡esto es para volverse loco!... ¡y yo que acabo de pregonar mi misma cabeza!... si Salomith en su fuga es imprudente... ¡oh! ¡sería un conflicto! ¡me vería obligado á hacer justicia!... pero ¡bah! la prueba... ¿dónde está la prueba? ¿y quién sabe? yo creí que nadie me habia visto y ya hay tres personas que lo saben, que lo han presenciado: Salomith, Juan Diente y la mujer que ha escrito esta carta: en cuanto á Juan Diente, estoy seguro de su fidelidad: en cuanto á Salomith... Salomith me ama, pero es altiva, se conoce engañada... y bien: si hay quien se atreva á decir: el rey es el matador pregonado... dadme mi precio... pero no se atreverán... ¿y por qué no?... ¿no tengo fama de justiciero?... pues bien... si se atreven y lo prueban, yo

demostraré cuánto soy justo entregando á la justicia mi cabeza.

El rey calló y siguió paseándose.

—Pero es necesario encontrar á Salomith... ¡encerrarla! continuó pasado algun tiempo; ella en su furor es capaz de todo: ¿y cómo encontrarla?... ¡en Sevilla!... ¡oh! por poco que cuide de esconderse será imposible dar con ella.

Estas palabras del rey demuestran que en su tiempo no se conocian los empadronamientos, ni la policía: en los nuestros, no se hubiera encontrado don Pedro tan perplejo.

Pero acordáos de que habia dejado un espia de la casa misteriosa frente á San Juan de la Palma; aquel espia era el monago Deogracias; si habia cumplido con su obligacion, esto es, si habia atalayado bien la casa, era posible que hubiese visto salir á Salomith y la hubiera seguido. Don Pedro, pues, sintió una viva impaciencia por ver al acólito, pero como Deogracias no le conocia, como enviar á cualquiera de la servidumbre, que no fuese Juan Diente, era esponerse á nuevas complicaciones, don Pedro se vió obligado á esperar hasta la noche.

Pasó el dia con gran impaciencia, y apenas empezó á oscurecer, cuando salió disfrazado y recatadamente del alcázar, y se encaminó á San Juan de la Palma: pero apenas se habia aventurado por la calle

de los Abades, cuando notó que le seguia obstinadamente un bulto.

Don Pedro dejó la calle por donde iba, y por la que transitaba alguna gente, y se entró por una calleja escusada, que entonces se llamaba de Grajera, y hoy de los Angeles: el bulto que seguia al rey se detuvo tambien irresoluto y al fin adelantó.

La calle estaba desierta, y el rey ansioso de saber con qué objeto pudieran seguirle, acortó el paso: el bulto adelantó y el rey se paró, el bulto siguió y al fin se detuvo y quedó inmóvil delante del rey.

—¿Qué quieres tú, quien quiera que seas? dijo el rey con impaciencia.

—Si sois valiente, seguidme, contestó el bulto.

El rey era de espíritu aventurero, y al oirse apostrofar de aquel modo, contestó sin pararse á considerar las consecuencias:

—¡Guia!

El bulto siguió adelante en silencio, y el rey trás él, sin pronunciar una sola palabra: así el uno trás el otro, atravesaron las calles llamadas hoy de la Borceguineria, del Meson del Moro y de los Encisos y se entraron en un callejon sin salida en la de las Doncellas.

Cuando hubieron llegado allí, el que guiaba se detuvo:

—Aquí os dejo, dijo al rey: esperad y dentro de

poco sabreis á qué os he traido.

Y desapareció.

Por un momento el rey quedó perplejo, sin saber qué partido tomar: parecíale que acaso se trataba de una traicion, y que para ello, con intencion de acorralarle se le habia metido en aquel callejon sin salida; parecíale otras que aquello era cosa de Salomith, porque quien le habia llevado hasta allí sin duda le conocia: parecíale sin embargo estraño que Salomith se le presentase, y no pudiendo contestarse á ninguna de sus dudas, esperó á que las aclarasen los sucesos.

No tardaron estos en tener lugar: al poco espacio de estar el rey en la calleja, se oyó el sonido de una bandolina dulcemente pulsada, y una dulcísima voz entonó un romance de amores, cuya letra era incitante y apasionada.

—Vamos, dijo el rey, si ese romance se dirige á mí, no empieza mal la aventura: se la dá misterio, interés: confieso que si esa mujer que tan dulce voz tiene, y tan bien canta, es hermosa y pura, podré muy bien consolarme de la pérdida de Salomith... ¡Salomith!... yo en verdad, no la amo como amo á doña Maria, pero su hermosura habla á mis sentidos, y su candor, su inocencia de niña á mi alma: sin embargo, se me revela, es violenta, sabe quién soy, me siguió anoche, y es capaz de ponerme en un apuro:

mi aventura con doña María de Hinestrosa, si Salomith descubre el misterio de mi nombre á la noble dama, puede hacerse dificil... esa mujer del romance me está haciendo perder un tiempo precioso... y despues que ha callado la voz parece que no se mueve una mosca en la casa... pero... paréceme que abren una ventana... sí... ¡vive Dios! Trás esos vidrios de colores se vé la sombra de una mujer que mira tenazmente á la calle... se abre la vidriera... asoma una mano... ¿qué es lo que ha caido á la calle? ha sonado como si fuese un objeto de hierro: busquemos... ¡ah! aquí está: una llave; ¡ira de Dios! pues no, no puedo decir que esta conquista es dificil: es un castillo que se nos entrega voluntariamente ¿Qué significa esto?

Todo habia pasado como lo habia indicado el monólogo del rey: despues del romance la casa habia quedado en silencio y oscura: luego se habia escuchado el crugir de las maderas de unas ventanas y habia aparecido trás una vidriera de colores, iluminada por la luz interior, la sombra esbelta de una mujer; despues la vidriera se habia abierto, la mujer habia sacado por la abertura una mano, y habia dejado caer á la calle un objeto que habia producido un ruido métalico: el rey habia buscado y habia encontrado una llave, y aquel encuentro habia aumentado su perplejidad.

Como hombre debia estrañar tanta facilidad, tratándose de una mujer que valiese algo: como rey debia temer una traicion en que se le ponia por cebo una mujer. Lo prudente era dejar la aventura y esperar á que se presentase de nuevo, de una manera menos misteriosa. Pero pedir al rey prudencia, cuando para ser prudente era necesario demostrar temor, era pedir un imposible. Avergonzóse don Pedro de su propia vacilacion, probó si su puñal y su espada salian con facilidad de la vaina, y se encaminó á una puerta situada bajo la ventana.

La llave se adaptaba perfectamente á la cerradura: dióle vuelta el rey y la puerta se abrió.

Inmediatamente encontró un zaguan, y en el zaguan, sobre un poyo de piedra, una lámpara encendida.

—Esto significa que no se ha dudado de mi valor, dijo el rey, que se tiene una buena idea de mí, y que por el momento no hay que temer una traicion: si se hubiera querido matarme, nada mas fácil que haberme asestado una puñalada al abrir la puerta: pero nada de eso: se me deja una luz: vamos, esto no es otra cosa que la decision de una mujer ambiciosa ó enamorada: va gustándome la aventura, y tengo impaciencia por conocer á esa mujer... si fuera vieja, ó fea... seria necesario estrangularla por el atrevimiento.

El rey murmuraba estas palabras subiendo unas

estrechas escaleras, por las que se alumbraba valiéndose de la lámpara que habia tomado del poyo: cuando llegó á lo alto de ellas, se encontró en un corredor; y parecióle que una sombra negra se perdia precipitadamente entre la oscuridad.

En aquel corredor habia muchas puertas, y el rey se detuvo indeciso: en aquel momento, como acudiendo en su ayuda, resonó un preludio de la bandolina trás una puerta cercana.

El rey se encaminó á ella, la empujó y se encontró en una antecámara bizarramente alhajada: otro sonido de la bandolina le indicó que la persona que la tañia estaba en la cámara vecina, trás cuya puerta se veia luz.

Don Pedro dejó la lámpara sobre una mesa, y como llegaba el momento de presentarse ante una mujer, se arregló rápidamente su vesta de brocado y sus cabellos, adelantó, empujó la puerta y entró.

Al abrirse la puerta, una mujer deslumbrantemente vestida, se levantó de un divan; corrió á él desalada, pero al llegar á cierta distancia, se detuvo y lanzó un grito:

—¡Ah! ¡no es él! esclamó; ¡no es Adonias!

—¡Ah! esclamó el rey: yo he visto á esta hebrea... ¡sí, sí, por Dios... la que acompañaba á Salomith!

—¡Salomith! ¿conoces tú á Salomith? ¿ha sido Salomith la que te ha enviado aquí? dijo Thamar, que ella era, y estaba pálida y temblorosa.

—Yo no sé quien me ha enviado, señora mia, dijo el rey, dominando con gran aplomo la situacion; lo que sé es que estoy aquí... que antes he escuchado un romance de amores, que he recogido una llave que han dejado caer por una ventana, que he abierto un postigo y he subido: ¿acaso hay otra mujer en esta casa?

—Yo he sido la que he cantado el romance; yo he sido la que he arrojado la llave, dijo Thamar, sobreponiéndose á su terror: yo habia arrojado esa llave para mi esposo, yo habia cantado ese romance para él: yo al veros creí que él era...

—¿Y recibís á vuestro esposo de una manera tal, y tan misteriosa?

—Sí, mi esposo es aun mi amante: ayer no estaba en Sevilla, aun no nos hemos casado.

—Os aseguro, señora, que nada comprendo de cuanto me decís... y os conozco, sí, os conozco: os he visto.

—¿Qué me habeis visto, vos, un castellano?...

—Sí.

—¿Y dónde?

—En la Judería.

—¡En la Judería!

—Sí, casa de don Simuel Leví, hace seis meses.

—¡Ah! ¿me habeis visto á mí y á mi hermana Salomith, casa de don Simuel Leví, dijo Thamar fijando su incontrastable miraba en el rey, ¿y quién sois vos?

—¡Yo! ¿quién soy yo, y qué os importa?.... decís que os habeis engañado, y vuestro engaño me ha perjudicado sin duda: yo esperaba en esa calleja el fin de una aventura, y al ver una sombra en la ventana, en esa misma ventana, y el rey señaló una que se veia al fondo de la cámara, al ver que aquella vidriera se abria, y que una mano de dama dejaba caer una llave, creí que era el resultado de la aventura en que me encontraba; vos decís que esperábais á vuestro esposo: yo no lo soy, entrambos nos hemos equivocado, vos creísteis al ver un bulto en la calle, que era el hombre á quien esperábais, yo al ver aparecer una sombra en la ventana, que era la mujer que me llamaba: así, pues, estamos en el caso de deshacer nuestro error: quedad, pues, con Dios, señora.

Dijo el rey, de intento, estas palabras, de una manera tan fria y tan indiferente, que mortificaron á la orgullosa Thamar que, aunque enamorada de Adonias al fin era mujer, sabia que era hermosa y hubiera deseado algo mas de interés, algo de empeño en el rey: el orgullo, ó por mejor decir, la vanidad, es en general el lado flaco de las mujeres, y don Pedro

que veia mucho de misterioso en aquella aventura, y pretendia aclarar aquel misterio, empezó procurando herir el orgullo de Thamar, y lo consiguió.

—Esperad, le dijo la jóven: ¿habeis dicho que conoceis á mi hermana Salomith, que me conoceis á mi? ¡Esto es estraño! nosotras jamás nos hemos dejado ver de hombre alguno, ó por mejor decir, nuestras leyes, nuestras costumbres nos lo han impedido: en nuestra familia han ocurrido grandes cosas hace seis meses.

—Permitidme, señora, dijo el rey, por mas que os interese el hablar conmigo, yo no puedo buenamente permanecer aquí.

Thamar se mordió violentada el lábio inferior.

—¿Qué no podeis permanecer aquí?

—No, por cierto, á no ser que consienta en comprometeros, en deshonraros.

—¿En deshonrarme?

—Sí tal... ¿no decís que esperais á vuestro esposo?

—Sí.

—Vuestro esposo puede sobrevenir.

—¿Teneis miedo?

—Sí, miedo por vos.

—¿Miedo por mí?

—¿Qué creerian de vos, si os viesen encerrada á solas con un hombre jóven que es muy conocido en

Sevilla, y que tiene fama de afortunado con las mujeres?

—Dirán, esclamó con impaciencia Thamar, dirán lo que quieran: si Adonias no tiene confianza en mí, lo dejará conocer á tiempo; aun no nos hemos unido: si desconfia, me insultará, y yo... yo no podria amar á un hombre que me insultase.

—Hay ademas otra razon para que yo insista en salir, señora, dijo don Pedro que comprendia que la mejor manera de interesar á Thamar era contrariarle.

—¡Otra razon! ¿y cuál?

—Ya os he dicho que estaba en espera de una aventura que por vos se me malogra.

—¿Y creeis que yo no valga lo que otra cualquier mujer? dijo Thamar cediendo imprudentemente á su empeño de ser tenida en lo que valia.

—Indudablemente, señora, dijo don Pedro; pero vos perteneceis á otro hombre.

—¡Qué pertenezco á otro hombre! esclamó Thamar ruborizándose.

—Vos misma lo habeis dicho.

—He dicho que amo á un hombre, no que le pertenezco.

—Amar es ya pertenecer.

—No: yo no habia visto mas hombre que él...

Thamar se detuvo asustada de lo que iba á decir.

—Por lo mismo le amareis con toda vuestra alma.

—Le amo, sí; y bien, dijo Thamar despechada, no se trata aquí de si yo amo ó no amo, sino de mi hermana Salomith: concluyamos: vos me habeis hablado de ella; vos me habeis dicho que la conoceis, que me conoceis á mí: mi hermana fué robada hace seis meses de casa de mi padre... ¿acaso fuísteis vos quien la robó?...

—Yo fuí.

—¿Y la teneis con vos?

—No,

—¡No!

—Como que no la robé para mí.

—¿Que no la robásteis para vos?

—No, por cierto: la robé para el rey.

—¡Para el rey! esclamó con asombro Thamar.

—Sí, por cierto: el rey don Pedro habia oido hablar mas de una vez de la hermosura de las judías, y ansiaba procurarse entre ellas una querida.

—¿Y se valió de vos?...

—Y de don Simuel Leví.

—¿Y don Simuel os puso en ocasion?...

—Primero de ver á Salomith; despues de robarla.

—¡Ah!

—Hé ahí la razon de que yo conozca á Salomith, y de que os conozca á vos, puesto que os ví al mismos tiempo.

—Dios ha hecho, pues, dijo Thamar ocultando mal su envidia, que yo no sea tan hermosa como Salomith, para librarme de una desgracia.

—Por el contrario, señora; el ser mas hermosa, mucho mas hermosa que vuestra hermana, os libró de eso que llamais desgracia.

—No os comprendo.

—¿Creeis que un enamorado pueda entregar á otro hombre la mujer que le enamora?

—¡Un enamorado! Os comprendo menos.

—Comprendedme de una vez, dijo el rey. Yo, desde el momento en que desde el lugar en que estaba oculto en casa de don Simuel Leví, pude ver vuestra hermosura, me enamoré ciegamente de vos.

Thamar retrocedió un paso asombrada, y palideció.

—Qué... ¿os habeis enamorado... de mí?... dijo con turbacion.

—Con toda el alma, señora, dijo el rey adelantando hácia ella.

—¡Mentís! esclamó rehaciéndose Thamar: me tomais por una mujer cualquiera, y os atreveis...

—Hé ahí por qué queria salir, señora, dijo el rey, retrocediendo al lugar que ocupaba antes: desde el momento en que supe que esperábais á otro hombre... que le amábais... que érais su esposa...

—Ya os he dicho que aun no nos hemos unido...

—Pero están unidas vuestras almas, y esto mata mi amor...

—¡Vuestro amor! ¡Fuísteis bastante para robar á Salomith, y tan poco para hacerme conocer vuestros amores!...

—Encontré dificultades...

—¿Dificultades?...

—Sí: yo, aunque sea rico y poderoso, al cabo no podia mandar y aterrar á don Simuel como le manda y le aterra el rey.

—Un hombre que ama es audaz...

—¡Señora!

—Os digo esto para probaros que no me habeis amado, y que enamorándome ahora á primera vista, me insultais.

—¡Ah! ¿decís que no perteneceis á nadie? ¿decis que el hombre que ama es audaz? No os quejeis, pues señora, si yo adopto vuestra opinion para con vos.

—¿Qué quereis decir?

—Quiero decir que estamos solos... que sois hermosa, que os adoro, que me enloqueceis...

Y don Pedro adelantó hácia Thamar, y antes que esta pudiera sospecharlo, la asió por la esbelta cintura y la levantó en sus brazos.

Thamar forcejeó, pero el rey la dió un ardiente beso en el cuello.

—¡Soltadme! ¡Soltadme! dijo en voz baja Thamar, no estamos solos, nos escuchan.

—¡Ah! ¡ya decia yo! murmuró el rey: se me ha tendido un lazo, pero el lazo se me vende: pues bien, yo juro que los escondidos saldrán. ¿Os interesais por mí? dijo don Pedro, sin soltar á Thamar.

—¡Oh! sí, sí; esclamó esta con voz desfallecida.

—Pues entonces gritad, gritad, pedid socorro...

—¡Pero os matarán!...

—Gritad, ó yo os obligaré á que griteis.

Y don Pedro se atrevió de una manera audacísima al pudor de Thamar, que por violentas que fueran sus pasiones al fin era honrada.

Thamar lanzó un grito de indignacion, y sin embargo nadie apareció en la estancia.

—¡Oh! ¿qué es esto? esclamó soltándola el rey: esta es una víctima que me arrojan para fascinarme, para enloquecerme... ¡ah! sí: esta es hija de Saul... Saul es el hebreo que vendió mi cabeza á los rebeldes, y que les dijo: le mataré con sus vicios antes de tres dias... ¡Oh! ¿dónde se oculta esa gente? dijo el rey en voz baja á Thamar, que habia caido desvanecida sobre el divan.

—En la puerta de la derecha, dijo la jóven: pero si vais á ella, huirán, porque no sois vos el hombre á quien buscan, y aunque lo fuérais, aun no ha llegado la hora.

El rey se precipitó á la puerta de la derecha, que solo estaba cubierta por unos tapices, y fué tan rápida su embestida que dió en tierra con un hombre.

—¡Ah, miserables traidores! esclamó el rey asiendo aquel hombre y sacándole á la estancia. ¿Quién eres tú, que así me vendes, y así te prevales de mi valor para asesinarme, para entregarme á los infames?

—¡A mí! ¡socorro, Adonias! ¡á mí!... gritó el hombre que tenia asido el rey, y que no era otro que el judío Saul.

A las voces del judío, cuatro hombres enmascarados entraron puñal en mano en la cámara.

El rey, antes de desnudar su espada, desnudó su puñal, dió una terrible puñalada al judío, que cayó lanzando un grito horroroso; y antes de que los asesinos hubiesen podido llegar á él, don Pedro desnudó su larga espada, se replegó á un ángulo de la cámara y esperó la embestida: pero antes de que le acometiesen, un hombre cayó herido por la espalda, los restante se vieron acuchillados; y el rey, al conocer que le ayudaban, embistió por su parte: poco despues dos de los asesinos habian muerto, los otros dos huido, y un jóven gallardo y hermoso, estaba fatídico y sombrío delante de don Pedro, con la espada desnuda y sangrienta.

—¿Quién eres? le dijo el rey.

—Me llamo Adonias, contestó el jóven.

—¿Qué quieres?

—Quiero que os acordeis de mi nombre y de mi semblante.

—¡Me acordaré!

—Despues quiero que salgais.

—No saldré sin llevarme á este traidor, dijo el rey, señalando al judío, que estaba por tierra revolcándose sobre su sangre y dando horribles gritos: le he asegurado con una puñalada, pero no le he muerto, ese hombre vivirá

—Pero en el estado en que se encuentra, no puede seguiros.

—Pero puede ser llevado.

—No hay aquí nadie que le lleve.

—El alcázar no está distante; vos que me habeis salvado la vida, vos que, sin duda, teneis un interés cualquiera respecto á mí, puesto que me habeis pedido que no olvide vuestro nombre ni vuestro semblante, *don Adonias*, y el rey recargó el acento, me servireis segun creo.

—Mandad.

—¿Teneis menesteres de escribir?

—Los buscaré.

—Buscadlos.

Adonias salió: Thamar, que hasta entonces habia

estado aterrada y replegada en el divan, se levantó.

—¡Huid, huid! le dijo. Adonias me ama, lo ha oido, sin duda, todo; y os mira de una manera mortal.

—¿Y qué os importa, señora?...

—No sé, no sé... pero no quiero que murais...

—Volved, volved al lugar que habeis dejado, señora; que no pueda creer que hemos hablado... se sienten sus pasos... por lo demas descuidad.

Y el rey apoyó con fiereza su mano derecha en la empuñadura de su espada, que habia envainado.

Thamar volvió al divan y se fingió desmayada. Poco despues entró Adonias. Traia un tintero de piedra y un pergamino.

El rey se acercó á una mesa, y sin sentarse se dispuso á escribir.

—¿Me conoceis? dijo Adonias.

—Sí, os conozco.

—¿Por mi nombre?

—Por vuestro nombre.

—¿Por mi oficio?

—Por vuestro oficio.

—¿Estais seguro de no engañaros?

—¡Si no fuérais lo que sois!... dijo con fiereza Adonias.

—Basta; repuso el rey.

Y escribió, y enrolló el pergamino.

—Id á el alcázar, entregad estas letras al guarda mayor Gutier Fernandez de Toledo, y esperadme,

—Eso no; no os esperaré.

—¡Cómo!

—Os he pedido que recordeis mi nombre y mi rostro, y si esto he dicho es porque no pienso dejarme ver tan pronto.

—Os debo la vida y no quiero ser exigente con vos. Id.

Adonias salió, sin mirar siquiera á Thamar.

—¡Oh, me desprecia! dijo la jóven levantándose irritada: ¡y decia que me amaba! ¡oh, ese miserable no queria mas que mis riquezas!

—¿Vuestras riquezas?...

—Sí... mis tesoros y mi nobleza.

—¿Vuestros tesoros, vuestra nobleza?

—Sí; yo no soy judía, yo soy castellana como vos...

—¡Castellana!

—Y si no lo fuera, si ese hombre á quien habeis herido ó muerto fuese mi padre, ¿creeis que yo no pensaria en vengarle?

—Y entonces, ¿á qué habeis venido aquí?

—A salvar al rey don Pedro.

—¿A salvar al rey don Pedro?

—Sí... Saul era un traidor... Saul, que no era mi padre, habia pensado tender al rey un lazo con mi hermosura, fascinarle, y asesinarle descuidado... Pero Adonias, que conocia el secreto, me dijo: Thamar, es necesario que salvemos al rey; préstate á lo que Saul exija de tí... yo velaré en guarda, y el rey nada tendrá que temer.

—¡Oh! ¡oh! ese infame Saul se ha engañado... y el rey... el rey ha hecho muy bien en no venir, en enviarme en su lugar... á esto debo tambien el haberte conocido, luz de mis ójos...

—Pero ese hombre se desangra, dijo Thamar señalando á Saul, y le importa al rey que no muera.

—No, no; ese hombre vivirá: las gentes del rey no pueden tardar: con ellas vendrá una litera.

—¡Que vendrá una litera!...

—Sí, esa litera es para tí.

—¿Para mí?...

—¿Acaso, despreciándote, no te ha dejado sola conmigo Adonias?

—¡Oh, es verdad!

—Te ha dejado sola porque acaba de hacer un servicio al rey, que le producirá mas honores y dignidades, que podia haberle producido de riquezas su casamiento contigo.

—¡Seguiros!... ¿Seguir yo á un hombre á quien no conozco?...

—Mi nombre es noble entre los nobles... mi poder incontrastable... mis tesoros sin número.

—¿Cómo os llamais? dijo Thamar turbada por el acento del rey.

—Me llamo don Pedro de Castilla, dijo con acento altivo, posando una mirada dominadora en Thamar.

—¡El rey! esclamó esta cayendo de rodillas.

—Tu amante, respondió el rey levantándola entre sus brazos y besándola en la boca.

Thamar arrojó un grito de alegría: su amor hácia Adonias desapareció ante su soberbia. ¡La dama de un rey! ¡y aquel rey era don Pedro! estuvo á punto de volverse loca, y se arrojó ciega por la vanidad en los brazos del rey.

Ademas, don Pedro por su hermosura, por su altivez, por su magestad, la habia fascinado: Thamar se creyó en aquellos momentos la mas feliz de las mujeres.

Poco despues se oyeron pasos de muchos hombres en la calle.

—Cúbrete con este velo, adorada mia, dijo el rey á Thamar, y ven conmigo.

—¿A dónde me llevas? dijo Thamar, con la languidez de una mujer enamorada.

—A la torre del Oro, que será tu alcázar, y tú la reina de mi amor.

—Vamos, dijo Thamar, asiéndose al brazo del rey.

Don Pedro tomó la lámpara, bajó las escaleras y abrió la puerta.

—¡Hola! Gutier Ferrandez de Toledo, dijo el rey.

Del grupo de hombres que llenaba la calleja, adelantó uno.

—¿Qué me mandais, señor? dijo.

—¿Has traido contigo una litera?

—Si señor, dijo el hidalgo.

—Hazla acercar.

Poco despues una litera llegó á la puerta.

—Entrad, señora, entrad.

—¿Y vos? esclamó Thamar.

—Yo iré á veros esta misma noche.

—¿Y por qué no me acompañais?

—¿Pretendeis que no defienda mi corona?

—¡Oh! no, no señor; defendéos, pero no me olvideis.

Y Thamar entró en la litera.

—Gutier Ferrandez, haz que con las mayores consideraciones conduzcan á esa dama á la torre del Oro; que la aposenten en la cámara Dorada, que la traten como yo quiero que sea tratado todo aquel á quien distingo.

—Muy bien, señor.

—Luego sube: apodérate de un judío que encontra-

rás arriba herido, y llévale al momento al castillo de Triana: encontrarás tambien dos muertos, hazlos enterrar aquí mismo; registra despues la casa, prende á todo el que encuentres, y llévale al castillo. Despues deja una guarda de ballesteros dentro, pero con órden de que nadie pueda verlos, ni sentirlos desde afuera: que abran á todo el que llame, y prendan á todo el que entre. Adios.

Y el rey embozándose en su capa, salió del callejon y luego de la calle de las Doncellas, y se encaminó á gran paso á la iglesia de San Juan de la Palma.

CAPITULO V.

Aventuras.

Aunque no era muy tarde, el rey encontró desierta la plazuela y cerrada y y oscura la iglesia.

Esta circunstancia, con la cual el rey no habia contado, le contrarió. No encontraba medio hábil para ver á Deogracias: el monago sin duda estaba en los aposentos de la sacristia; pero ¿cómo llamarle sin causar sospechas á maese Longinos?

Esperar al dia siguiente era cosa que no la sufria la impaciencia del rey, que por otra parte, tenia interés en que Deogracias siguiera siendo su espía, sin que de nada pudiera apercibirse aquel

sacristan traidor, que de tal manera servia á los rebeldes.

Ocurriósele, sin embargo, al rey, que el monago, deseoso de ganar algunos florines mas, podia estar observando desde algun acechadero la casa que habia abandonado Salomith, y se dió á buscar un medio de hacerse notar y reconocer del acólito en el caso de que estuviere de atalaya. Púsose, pues, á pasear por la acera de enfrente de la iglesia, dando entretanto vueltas á su imaginacion para procurarse hablar cuanto antes con Deogracias.

No sabemos hasta qué punto hubiera sido ingenioso el medio de que se hubiera valido el rey, porque la casualidad hizo que el monago se presentase por sí mismo.

Y fué de esta manera.

Ya hacia algun tiempo que don Pedro se paseaba cuando sonaron pasos de muchas personas en la calle de Regina, y resplandor de luces: al fin muchas gentes desembocaron en la plazuela, entre las cuales algunas personas llevaban hachas encendidas, y se encaminaron á la iglesia. La mayor parte de aquellas personas llevaban túnicas de Nazarenos y capuces en las cabezas.

—¿Qué será esto? dijo el rey. ¿Para qué viene aquí toda esta gente? Veamos.

Y se retiró mas hácia el fondo oscuro de la plazuela.

—Entretánto los que habian llegado á la iglesia, llamaron con fuerza á la puerta del sacristan.

—¿Qué se os ofrece? dijo maese Longinos asomándose á la ventana mas baja de la torre.

—Alijerad, alijerad, hermano, dijo uno de aquellos hombres: ya es bien cerrada la noche, y la penitencia espera.

—Voy á abrir la iglesia, hermano, dijo Longinos quitándose de la ventana.

Poco despues se abrió la cancela de la Iglesia, y entraron aquellos hombres encapuchados: el rey contó hasta cincuenta.

La puerta volvió á cerrarse.

—¿Penitentes tenemos? dijo el rey: ¿si tendremos que ver algo nosotros con estos penitentes? Es necesario entrar en la iglesia, y sin embargo, esto no es fácil: no tenemos á Deogracias para que nos abra: pues bien, observemos qué hace ahí dentro esa gente.

El rey fué á una rejilla de la puerta, y miró al interior: en el fondo de la iglesia estaban aquellos hombres formados en dos filas, y recibian de maese Longinos largos cirios de cera verde: al frente, entre aquellas dos filas, uno de los encapuzados sostenia un estandarte verde tambien, y al fondo cuatro hombres levantaron sobre sus hombros, en unas andas de madera, una Vírgen de la Soledad: entre las

dos filas otros se desnudaban las espaldas, y mostraban en las manos fuertes y aceradas disciplinas.

—Pues son disciplinantes, dijo el rey: ¿lo serán de veras, ó bajo esta devocion se ocultará alguna hazaña de los rebeldes? Lo veremos: se dirigen hácia la puerta, y veo á Deogracias que adelanta con las llaves.

El rey se retiró precipitadamente: poco despues la puerta se abrió, y salió el estandarte; tras el estandarte las dos filas, cada una de doce hombres con los cirios verdes: entre ellos, veinte disciplinantes con los cuerpos desnudos hasta la cintura y las cabezas cubiertas: al fin, sobre los hombros de los otros cuatro, la severa imágen de la Vírgen de la Soledad, y á la derecha de ellos, con sobrepelliz y bonete y un largo rosario en la mano, maese Longinos que entonaba con voz estentórea un rezo, al que contestaban cantando los de la cofradía.

Porque aquella era una cofradía, ó lo parecia al menos. Hoy que la civilizacion ha abolido esas prácticas religiosas fuera de los templos, quedan, sin embargo, en Sevilla esos ostentosos *rosarios* de la Soledad, de la Aurora, de otras mil advocaciones: es comun ver deslizándose, ya entre las tortuosas calles de la ciudad moruna, ya á lo largo de los maleones de Triana, ya en el campo, á las márgenes del rio, dos largas hileras de devotos con faroles en las ma-

nos, llevando entre sí estandartes, imágenes y enormes faroles con vidrios de colores y multitud de luces, para sostener algunas de las cuales se necesitaban tres hombres; todas estas gentes entonaban el rosario á grito herido, corean trinos y villancicos, y se detienen á cantar ya delante de las casas de los cofrades, ya delante de otra de donde les han arrojado limosnas para que canten: por dos cuartos entonaban una avemaría coreada, y no hace mucho tiempo que un amigo nuestro tuvo durante cuatro horas un rosario de la Soledad delante de su casa, cantando avemarías á destajo á beneficio de una pieza de á cinco francos.

Al dia siguiente los vecinos dieron queja de mi amigo al celador del barrio, para que le previniese que en lo sucesivo no hiciese pesar su devocion sobre los oidos y el sueño del prójimo.

Estos rosarios son cosa usual y corriente hoy en Sevilla y en otras muchas ciudades de provincia: es verdad que de tiempo en tiempo la mano sacrílega de algun impío lanza una piedra contra las magníficas farolas, produciendo una ruidosa rotura; es cierto tambien que mas de dos veces se encuentran dos hermandades rivales, y por esto ó aquello se arma una zambra de garrotazos, y ruedan los faroles chicos y las farolas grandes, y hay mas de una cabeza rota, y mas de una puñalada; pero esto no importa:

los rosarios siguen, porque seria impolítico y antireligioso el oponerse á estas sencillas demostraciones dela piedad pública.

Pero si aun subsisten en mas de una ciudad española los rosarios, ha desaparecido por fortuna otra antigua costumbre: hablamos de las disciplinas en público, espectáculo repugnante opuesto á la decencia y á las buenas costumbres. Repugnaba, en efecto, ver dos largas hileras de hombres y mujeres con las espaldas desnudas y ensangrentadas por la flagelacion de disciplinas de alambre: imponian pavor los salmos penitenciales; era aquello, en fin, un auto sangriento, que hoy por fortuna ha relegado la civilizacion á las bóvedas de las iglesias. En nuestros tiempos, al par que se mira con respeto y veneracion las buenas prácticas religiosas, contenidas en los sagrados límites del rito, dentro de los templos y bajo la direccion de los sacerdotes, se reprueban esas prácticas esteriores, irreverentes, exageradas y fanáticas, á cuyo frente va por lo comun un bribon alquilado, y en las que se mezclan con los misterios mas sublimes, con las preces mas tiernas, chocarrerías de mal género, cuando no inconvenientes de todo punto: sin embargo, hay cierta clase de gentes que patrocinan estos abusos, que los elogian, que los alientan, porque lo que importa sobre todo á esta gente, no es que el pueblo sienta de una manera sublime

nuestra sublime religion, sino que se embrutezca para poder gobernarle y esplotarle á su antojo.

En la edad media estas prácticas absurdas, no podian tener el carácter que tendrian hoy: entonces todo el mundo veia con respeto una procesion de penitentes disciplinantes, porque el espíritu de la época era altamente religioso: entonces el disciplinante era un verdadero penitente, cuya espiacion corporal era una verdad, hasta el punto de morir muchos bajo el rigor de los castigos que se imponian.

Muchas veces, bajo aquel capuz morado, se ocultaba una cabeza ilustre, sobre la cual pesaba el remordimiento de un gran crímen: muchas veces aquellos piés desnudos, que se ensangrentaban sobre un terreno desigual, áspero, insoportable aun para el pié mejor calzado, muchas veces repetimos, aquellos piés eran de delicada dama ó de altivo infanzon, acostumbrados á hollar las muelles alfombras, ó los bruñidos pavimentos de mármol de los alcázares: en la edad media habia mas espíritu que en la edad presente, y por lo mismo, la devocion era un entusiasmo, el honor un culto, y salian con mas frecuencia de la sociedad los santos y los héroes.

Este era el carácter general: sin embargo en mas de una ocasion el lobo se disfrazaba con la piel del cordero, y el manto de la religion solia encubrir grandes crímenes: porque los abusos han nacido con el

hombre, diferenciándose solamente las civilizaciones, en que haya dominado en ellas la virtud á la corrupcion, ó la corrupcion á la virtud.

Esto se sabia entonces tambien como se sabe ahora, y por lo mismo el rey don Pedro, que tenia poderosos motivos para desconfiar de todo, miró con prevencion á los disciplinantes.

—¿Sí serán, sí no serán? se dijo; pues bien, ya lo sabré: pero antes necesito hablar con Deogracias, que por lo que veo, en ausencia de maese Longinos, se ha quedado de guardian de la Iglesia y está parado en el cancel, mirando como se alejan los de la disciplina.

El rey adelantó, llegando á punto que Deogrocias se volvia para entrar en el templo.

—¡Eh, mi buen amigo! le dijo, tocándole en un hombro; espera á que te dé las buenas noches bravo mozo.

—¡Ah! dijo Deogracias: el señor paje.

—Sí por cierto, yo soy, que he venido á verte, y á no ser por la disciplina me hubiera quedado con el deseo.

—Muchas mercedes, caballero, dijo el monago con el acento adulador y suave de todo el codicioso que espera una recompensa.

—¿Qué gente es esa? dijo el rey.

—Es la cofradía de la Soledad, señor.

—¿Y adónde van?

—A la ermita del Amparo.

—¿Y dónde está esa ermita? no conozco ninguna de tal nombre en Sevilla.

—Está en el campo, señor, á media legua de la ciudad, á la derecha del camino de Santiponce, entre las ruinas de un antiguo palacio moro.

—¡Ah! ¡y la cofradía va á disciplinarse al campo!

—Esa es la costumbre, señor.

—Vayan en paz y disciplínense en buen hora. Tratemos de otra cosa. Yo te hice un encargo.

—Me habeis hecho muchos encargos, señor.

—Entre ellos, uno era que vigilases la casa de enfrente.

—¡Ah! sí, es verdad, señor.

—¿Y has faltado á mi encargo?

—No tal, no tal, señor; si maese Longinos no me hubiera tenido ocupado todo el dia en vestir la iglesia, para una funcion de ánimas, hubiera ido á buscaros al alcazar.

—¿Ha ocurrido algo de nuevo?

—¡Y tanto como ha ocurrido, señor! Vos me dijisteis: si sale algun duende de la casa encantada, ya sea bajo la figura de hombre ó de mujer, le seguirás. Yo desde el momento en que volví del alcázar, me puse á acechar desde la torre de la iglesia.

—¿Y viste salir algun duende?

—Salieron dos.

—¡Dos!

—Sí señor; dos: uno en figura de dama, otro en figura de dueña.

—¿Viste á la dama?

—Iba muy encubierta. Lo que hice, fué bajar á saltos las escaleras, alcanzarlas y seguirlas recatadamente.

—¿Y dónde fueron.

—Salieron de Sevilla.

—¡Que han salido de Sevilla!

—Sí señor, pero entraron en el barrio de San Bernardo, en un viejo casaron de vecindad.

—¿Y por qué no fuisteis á avisarme al momento?

—Porque antes quise dar una vuelta por la iglesia, y encontré á maese Longinos que me esperaba colérico, y me mandó que le ayudase á componer la iglesia. Como me habeis dicho que evite el que maese Longinos sospeche nada, tuve que quedarme.

—¿Con que dices que los dos duendes entraron en el barrio de San Bernardo, en una casa de vecindad?

—Sí señor.

—¿Y en qué calle del barrio está esa casa?

—En la calle de Vargas Machuca: no tiene pérdida, á un lado del zaguan está la tienda de un odrero, al otro lado una tarbena, en el zaguan un zapatero de viejo.

—Bien, muy bien: Deogracias: toma y adios.

El rey dió un florin al monago, cuyo corazon latió violentamente, y cuando quiso dar las gracias á don Pedro, ya este habia desaparecido.

—¿Quién será este caballero que en tan ricas habitaciones vive, que tantos y tan buenos florines gasta, y que habla con la querida del rey, ni mas ni menos que si lo fuera suya?... Y bien nada me importa sígame pagando así, y dentro de poco seré rico... Si yo quisiera... han pregonado en diez mil castellanos de oro la cabeza del matador del señor Alvaro Gomez Santaella, y yo sé quien es el matador: se ha encontrado junto al muerto un birrete de broçado de oro, y el señor paje tenia puesta esta mañana la gorra del señor Alvaro Gomez, del mismo modo que anoche tenia un birrete de brocado... sin mas prueba que esta, el señor paje negaria, pero el tormento le haria hablar; declararia y yo seria rico... Pero no, no señor, no lo haré; ni siquiera he tenido la tentacion... seria una infamia acusar asi á quien de tal manera nos favorece. No, no señor: pero ¿quién será ese hombre? Ello dirá: y si no dice, ¿qué me importa?

Tras estas palabras el monago entró en la iglesia y cerró.

La plazuela quedó silenciosa, desierta y oscura.

CAPITULO VI.

De como el rey arrastraba de espadas al primer envíte.

Entretanto don Pedro marchaba, á buen paso, por las estrechas y oscuras callejas de Sevilla buscando la pista de los disciplinantes. Bien pronto, siguió la ruta que debian llevar, segun el lugar á donde se encaminaban, percibió sus salmos penitenciales cantados á voz en grito. Entonces contuvo el paso para sostenerse á una prudente distancia, y los siguió á lo lejos.

Al salir por la puerta del Arenal, notó que uno de los penitentes hablaba con el alferez de la guarda; vió que le daba algo, que el alférez lo guardaba, despues de lo cual el penitente siguió.

—¡Dinero para que le abran la puerta á la vuelta! dijo el rey: ¿qué significa esto? Si fueran verdaderos disciplinantes, no temerían al volver ser reconocidos: pues bien, adelante, es necesario impedir que ese hombre que se ha separado de los otros se reuna á ellos.

Y el rey apresuró el paso, incorporándose al disciplinante á tiempo que atravesaba el puente de Triana.

Habia por aquellos tiempos, al otro lado del puente, una torre cuadrada con un arco tenebroso y torcido, por el que era necesario pasar para entrar en Triana: el rey adelantó al penitente, pasó el arco y se aventuró en una calleja tan oscura y tortuosa como él: una vez alli, se ocultó en un soportal, tiró de la espada y esperó.

A poco se acercó el penitente, bien ageno de la emboscada: la calle estaba desierta, y el rey se puso delante del que venia.

—¡Alto allá! dijo: ¿quién sois?

—Un disciplinante que vá de romeria, dijo el preguntado: déjeme pasar, hermano.

—¡Ah! sois un disciplinante: pues bien: os juro que no habeis de pasar sin entregarme vuestra túnica, vuestro capuz y vuestras disciplinas.

—¿Y para qué las quereis? Si hubiérais querido ser de la romería, nadie os ha impedido acompañar

á la cofradía: todos saben los dias en que esta tiene ejercicios.

—Es que yo pienso en las cosas cuando las veo: y estoy tan acostumbrado á hacer lo que quiero, que no sufro bien réplicas ni contradicciones.

—¡Hacedme paso! esclamó con energía el penitente, ó habré de hacérmele yo.

—¡Hola! ¡fieros!

—El humillarse ante Dios, no es lo mismo que humillarse ante los hombres: ademas, vos me amenazais con una violencia.

—Y os voy á enviar á los infiernos á poco mas que resistais.

—Veámoslo, esclamó sombríamente el disciplinante, remangándose la túnica y desnudando una larga espada de combate.

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey acometiéndole: penitentes bien armados sois.

—Si lo somos ó no, vas á verlo, dijo el disciplinante acometiendo al rey.

Don Pedro, acostumbrado desde su primera juventud á este género de riñas, en medio de una calleja y de las sombras de la noche, no tardó en dar buena cuenta de su adversario, á pesar de que era fuerte y valiente: pero no queria matarle, y por lo tanto le causó algunas heridas cortas, le desarmó, cerró con él á cintarazos, dióle, en fin, lo que se llama en

nuestros dias una furiosa paliza, y cuando le tuvo, segun una espresion vulgar, blando como un guante, cerró con él, le desciñó el cordon penitente, le ató los brazos y le intimó que marchase hácia la guarda de la puerta del Arenal.

—¿Qué vais á hacer conmigo? dijo aquel hombre.

—¿Qué voy á hacer? ¡ira de Dios! entregaros preso á la guarda para que el señor rey tenga ocasion de ahorcaros: me pareceis traidor.

—¡Traidor yo!

—Se os reconocerá: si no lo sois, libre ireis, bastándoos la zurra que habeis llevado por vuestra impertinencia: pero si lo sois, la cuenta de vuestro castigo será del rey.

—Solo un caballero, y un caballero valiente, ha podido vencerme, dijo el disciplinante: y yo me entrego á vuestra merced como caballero: por lo mismo confio en que no me entregueis al rey.

—¡Ah!... con que al fin...

—Si me jurais guardar secreto... no decir á nadie...

—Os juro guardarlo.

—Pues bien, mi desdicha me ha hecho enemigo del rey.

—¿Hay algo que pueda disculpar la traicion?

—Sí, una afrenta.

—¿Y os ha afrentado el rey?

—Sí.

—¿Cómo?

—Deshonrando á una hija mia.

—¿Alguna mozuela loca y casquivana?

—Mi Elvira, era mujer al fin: el rey jóven y hermoso, disfrazaba su nombre, se vendia por un hidalgo pobre: vióla una noche de verano á la reja, habló-la, agradóla, siguieron las pláticas nocturnas, y un mes despues...

—¡La niña se rindió al galan!... ¡virtud demasiado blanda!

—Era inocente.

—Lo son todas.

—Mi hija...

—Vuestra hija es como otras tantas: engañan al padre, al tio ó al pariente, y cuando las pillan en el secreto, salen del paso con la inocencia y con el amor.

—Dicen que el rey es muy hermoso, y muy maestro en el engaño.

—¡Cómo! ¿no conoceis al rey?

—¡No, pardiez!

—¿Y cómo sabeis entonces que el rey sedujo á vuestra hija?

—Una noche... hace dos años... ya muy tarde sentí ruido en mi casa: levantéme creyendo fuesen ladrones, pero oí hablar en su aposento á mi hija: hablaba

de amor; contestaba enamorada, loca, á las caricias de un mancebo: no pude contenerme: intenté abrir la puerta, pero estaba fuertemente cerrada: entonces quise forzarla de un solo empuje, pero la puerta resistió, y avisado el amante tuvo lugar de escapar por la misma ventana por donde habia entrado, y en la cual encontré pendiente una escala: entonces amenacé á mi hija con la muerte si no me revelaba el nombre de su seductor, y me dijo: se llama Pedro Galan, está al servicio del rey, y si ha entrado en mi aposento, es porque es mi esposo: me ha dado palabra de casamiento.

—Pues es necesario que esa palabra se cumpla, la dije: y me retiré.

Pero Pedro Galan no pareció mas, temeroso sin duda de mi cólera. Entonces dije á mi Elvira, que lloraba desconsoladamente:

—Ese infame dice llamarse Pedro Galan, y está al servicio del rey... pues bien, el rey es justiciero: tú que has cometido la afrenta, vé á pedir justicia: no es justo que yo humille mis canas, que he guardado sin mancha, por los locos devaneos de una hija miserable; vé, suplica al rey, porque si el rey no te hace justicia, entrarás en un convento.

Elvira lloró, pero yo fuí inflexible: viéndose obligada á obedecerme, fué al alcázar, y sin decir su nombre, pidió ver al rey para que la hiciese justicia.

—De seguro si en nombre de la justicia lo pidió, el rey la daria audiencia.

—Nunca se la hubiera dado: apenas estuvo delante de él, la desdichada se desmayó: Pedro Galan no era ni mas ni menos que el mismo rey don Pedro.

—¿Y por qué vos no fuísteis á pedir al rey justicia contra el rey, sabiendo que don Pedro es tan justiciero?

—Tuve miedo.

—¿Tuvísteis miedo?

—Sí, pardiez, porque si le llaman el justiciero, tambien han dado en llamarle el cruel.

—Y decidme, si yo os afirmase que el rey ningun mal os haria, ¿le pediríais justicia?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el rey no puede hacérmela.

—El rey puede protejeros.

—Y mi honra... ¿con qué se paga la honra de un hidalgo?

—¿Hidalgo sois?

—Y de los buenos de las montañas de Leon.

—¿Cómo os nombrais?

—Juan de Ayala.

—¿Sois pariente de Pero Lopez de Ayala el mozo?

—Soy su tio.

—Pero Lopez priva con el rey.

—Yo he tenido muy en cuenta no revelarle nuestra desdicha.

—¿De modo que nadie sabe el devaneo de doña Elvira?

—Nadie sino Dios, el rey y yo.

—Pues bien: Juan de Ayala, donde no hay escándalo no hay deshonra: ademas, tu hija es un sol de hermosura, y nada tiene de estraño que el rey se enamorase de ella: le dieron tentaciones de hablarla, ella le escuchó: el rey enamorado la enamoró: el silencio de la noche, la ocasion; el amor... vamos, vamos, ni tu hija tuvo la culpa, ni el rey tampoco: tú eras muy descuidado, viudo, solo, y debiste poner á tu hija en un convento.

—¿Decís que nadie conoce mi deshonra, y vos pareceis enterado de cosas que no os he dicho?

—¡Vaya si lo estoy!

—¡El rey se ha alabado de su proeza! ¡ha consumado la deshonra de mi hija publicándola! ¿y quereis que no aborrezca al rey?

—El rey no ha dicho ese secreto á nadie mas que á mí: y yo soy Pedro Galan.

—¡Que vos... sois... Pedro Galan! esclamó todo trémulo Juan de Ayala.

—Sí, y don Pedro el justiciero.

—¡Y yo he medido mi espada con vuestra señoría!

—Eso te mostrará Juan, que si como Pedro Galan he vencido á tu hija, que era dura como un coselete de Milan, el rey don Pedro ha sabido vencerte tambien: y no eres cobarde, ni manco. Así, pues, y puesto que el negocio de tu hija está entre nosotros...

—¡Señor! ¡ah! ¡señor!

—Yo la buscaré marido, la daré hacienda. A mas de que á muchos conozco que se honran con que sus parientas sean mancebas del rey.

Juan de Ayala era como la mayor parte de los hidalgos de su tiempo, ambicioso y poco mirado en los medios de hacer fortuna: así es, que estropeado como estaba por las heridas y la paliza del rey, se arrojó á sus piés.

—¡Ah! señor, dijo: ¿y me perdonareis por amor de mi hija?

—Sí, sí te perdono, pero no basta el amor de doña Elvira: es necesario que me reveles el misterio de esa romeria.

—Es una conspiracion.

—¿Quiénes son ellos?

—Don Juan Alfonso, don Tello, don Fernando de Castro.

—¿Son los mismos que se reunieron anoche en la iglesia de San Juan de la Palma?

—Los mismos, señor.

—¿Y á qué se reunen?

—El judío Saul ha avisado que esta noche moririas, señor: lo aseguró tanto, que se han traido lanzas al bosque que rodea la ermita del Amparo, y solo se espera que el judío avise la muerte del rey, para entrar en la ciudad.

—¿Y por dónde entrarán?

—Por la puerta del Arenal.

—¡Pero la guarda!

—La guarda está comprada.

—¡Traidores! esclamó el rey.

—Pero, dijo Juan de Ayala, que se habia hecho de pronto celosísimo partidario del rey, desde que como quien dice, se contaba en la familia: pero, señor, en vuestra mano está apoderaros de esos rebeldes.

—¿Son muchas las lanzas?

—Unas doscientas.

—Pequeño ejército para vencer.

—Pero bastante para alentar.

—¡Ah¡ ¿se cuenta acaso con un motin?

—Sí, señor.

—Escucha, Juan de Ayala; te dejo libre; dijo el rey desatándole, pero si me engañas por salvarte...

—¿No teneis en rehenes mi hija, señor?

—¡Ah! ¡diablo! es verdad: pues bien, vete: dí á esos rebeldes, que has pagado al alferéz de la

guarda; pero que el alférez ha dicho que es necesario que aguarden para entrar á la media noche.

—Asi lo haré, señor.

—Pues cuenta contigo, Juan.

—Os serviré, como he servido á vuestro padre.

—Y yo te daré mas que mi padre te dió: vé, no sospechen.

—Guárdeos Dios, señor.

—Hasta mas tarde, Juan.

Y el rey se alejó, volviendo atrás, atravesó el puente de Triana, fuese por la márgen izquierda del Guadalquivir hasta la torre del Oro; y al acercarse á su rastrillo, una voz robusta gritó:

—¿Quién vá allá?

—¡Ah, mis bravos y vigilantes ballesteros! dijo el rey.

—¿Quién va allá? repitió con acento amenazador la voz.

—¡El rey! gritó don Pedro.

—Alto el rey, repuso la voz.

El rey, obediente á la consigna de sus ballesteros, en lo que se obedecia á sí mismo, se detuvo, admirando la disciplina de sus buenos ballesteros hidalgos de maza.

Poco despues se alzó el rastrillo, y un moceton fornido, armado hasta los dientes, salió con una

linterna : trás él quedaron otros cuatro ballesteros.

De una ojeada aquel hombre reconoció al rey.

—Guarde Dios á vuestra señoría, dijo.

—¡Ah, mi bravo Albarracin! hacienda de provecho tenemos hijo; ¿cuántos ballesteros hay en la torre?

—Doscientos, señor.

—Pues arriba, y á caballo.

—¿No entra vuestra señoría?

—No. Avisa por el muro del alcázar con un ballestero que mi escudero Alvar Diaz me lleve á la puerta de Triana mi arnés tranzado de Milan y mi corcel Balax encubertado de batalla.

—Muy bien, señor.

—Vé.

—Muy bien, señor.

—¡Eh! ¡Tú, Recio! dijo el rey: ¡ven acá!

Adelantó un ballestero de entre los cuatro que habian quedado á la puerta.

—Vé al momento al castillo de Triana, y dí al alcaide Gil Bustillos que entregue todos los ginetes y peones que tenga, menos cuarenta que quedarán para la guarda: añádele que prepare la cámara del tormento. Vé.

El ballestero partió.

—Y vosotros tres, añadió el rey dirigiéndose á los

que habian quedado: id á observar sin ser vistos la guarda de la puerta del Arenal.

Los tres ballesteros partieron tambien, y el rey quedó paseándose por delante de la torre.

CAPITULO VII.

El rey caza.

Entre los caprichos característicos del rey, era uno el de la caza nocturna.

Muchas veces, y cuando menos lo esperaban, sus ojeadores, sus halconeros y monteros eran despertados á media noche; los rondadores y los que á altas horas se entretenian con el amor pegados á una reja, en ese acto que de tiempo inmemorial se llama en Andalucía *pelar la pava* (cuya etimología, y sea dicho entre paréntesis, no hemos podido descubrir), veian de repente una larga y alegre partida de montería, alumbrándose con antorchas, sonando sus cornetas, ahullando sus perros, haciendo retumbar las calles

con sus ferrados piés los caballos: sucedia muchas veces que el rey, en vez del verde brocado de oro de la montería, llevaba el arnés redoblado de las batallas, y se hacia acompañar por mas hombres de armas que monteros.

Es cierto que siempre que el rey habia vestido de una manera tan luciente para sus monterías nocturnas, habia visto al amanecer Sevilla algo espantable, como por ejemplo, uno ó mas cuerpos humanos inertes, lívidos, suspendidos del cuello, por un dogal, de las almenas del castillo de Triana, ó alguna cabeza cortada, puesta en una pica en los adarves de la torre del Oro, ó algun cuerpo muerto á hierro y ensangrentado en la picota de la plaza del mercado: entonces el buen pueblo de Sevilla solia decir sin asombrarse ni estremecerse:

—¡Buena caza ha hecho el rey esta noche!

Si siempre hubiese sido este el resultado de las nocturnas monterías del rey, nada hubieran tenido de estrañas, puesto que para cazar rebeldes, la hora mas á propósito es aquella en que las tinieblas pesan sobre la tierra: los conspiradores, desde los tiempos mas remotos, siempre han elegido las horas del sueño y del silencio para sus conciliábulos, prefiriendo para ellos lugares tan tétricos como templos, cementerios y ruinas; pero es el caso que muchas veces, cuando aterrados por recientes y terribles castigos del

rey, no habia una sola conspiracion en Sevilla, ni en veinte leguas á la redonda, solia el rey salir de la misma manera armado, y rodeado de ballesteros y ginetes á sus estrañas monterías.

Esto acaso no era otra cosa que acostumbrar á las gentes á tales excentricidades, para que no se estrañasen y sirviesen de aviso á los conjurados en las ocasiones especiales: lo cierto del caso es que muchas veces solia volver el rey de estas espediciones ya muy entrado el dia, trayendo por única caza lechuzas, lobos y garduños; lo que no impedia que el rey se divirtiese, porque la caza de estas alimañas es tan buena y entretenida como la mejor.

Partiendo de estos principios, la guarda de la puerta del Arenal no estrañó el ver venir hácia la puerta, por la parte de adentro, muchos ballesteros y ginetes con antorchas.

—El rey va de caza, se dijeron.

Y sin meterse en mas consideraciones, se formaron para rendir su saludo de honor á don Pedro.

Pero este no aparecia entre sus soldados: solo se veia su magnífico corcel Balax encubertado como para entrar en batalla, llevado del diestro por un escudero hidalgo, y mostrando sobre su caparazon una armadura completa, una lanza y un acha de armas.

Cuando hubieron llegado á la guarda los de aden-

tro, el que parecia gefe dijo al alférez de la guarda:

—Abrid la puerta.

—¿De órden de quien? contestó el alférez.

—De órden del rey.

—¿Me respondeis de las consecuencias, señor Pero Lope de Padilla?

—Os juro que por abrir la puerta nada os sucederá, alférez Ruy Sancho.

Ruy Sancho entró dentro del aposento de la guarda, salió con un haz de llaves, y abrió uno por uno los candados, barras y cerrojos que aseguraban la puerta.

Apenas se abrió esta, cuando de la parte del campo entraron muchos hombres con las espadas desnudas por delante, y rodearon la guarda.

—¡Daos presos! gritó una voz robusta.

—¡Presos! ¿y á quién? contestó Ruy Sancho procurando, aunque inútilmente, defenderse.

—¡Presos al rey! esclamó don Pedro adelantando y dejándose ver del alcaide.

Ruy Sancho palideció, y entregó su espada á un ballestero de maza, mientras la guarda entera era desarmada.

—Oye, Pero Lope, mi buen ballestero mayor: llévate á ese bribon al castillo de Triana, donde todo está preparado para una buena confesion general, y si no confiesa, trátale bien: rómpele los huesos y esprí-

melo hasta que no le quede una palabra importante en el cuerpo.

—¡Señor, señor! esclamó el alférez todo trémulo. ¿En qué os he ofendido, señor?

Don Pedro no contestó: se habia vuelto de espaldas, y se ocupaba en hacer descargar sus armas del lomo de Balax: Pero Lope de Padilla entretanto se habia apoderado del alférez y de los soldados, y los conducia á Triana.

El rey entró en el aposento de la guarda, donde en un momento le armaron sus escuderos, dejó en la puerta una guarda de ballesteros de maza con instrucciones terminantes; mandó apagar las antorchas, y salió de la ciudad al frente de sus lanzas y de sus ballesteros.

La puerta se cerró.

Apenas habian marchado un corto espacio hácia el puente de Triana, cuando se oyeron relinchos y pisadas de caballos.

—Mi bueno y leal Gutier Ferrandez, vé á ver qué gente es esa.

Gutier Ferrandez de Toledo, guarda mayor del rey y alcaide de sus donceles, adelantó con algunas lanzas, y poco despues volvió y dijo:

—Es el capitan Pero Arcos con las gentes de la fuerza de Triana.

—Pues adelante, dijo el rey.

Poco despues habian atravesado el puente barcas, el barrio y el bosque de Triana, y caminaban sobre el camino de Santiponce.

La noche se habia hecho densamente oscura.

—¡Alto! dijo el rey.

Todos se detuvieron.

—¿Quién sabe el mejor camino para la hermita del Amparo? dijo el rey.

—¡Yo! ¡y yo! ¡y yo!.. respondieron algunas voces.

—¿Está ahí Garci-Diaz?

—Aquí estoy, señor, dijo una voz ruda.

—Una vez que hay quien sepa á la hermita del Amparo, vé, Garci-Diaz, con todos mis ballesteros y cércala á cierta distancia, de modo que no puedas tropezar con los escuchas de los que debe haber en la tal hermita.

—¿Cuántos hombres llevo conmigo? señor.

—Todos los ballesteros, dejándome uno de los que conocen el camino, para que me guie.

Poco despues, una larga hilera de sombras se perdió á lo largo del camino, y el rey guiado por un ballestero, que llevaba su caballo del diestro, adelantó seguido de sus lanzas.

Trascurrió media hora; al cabo de ella, el rey vió relumbrar algunas luces al costado derecho del camino, sobre una pequeña eminencia, y oyó salmos penitenciales.

—¡Ah! ¡vive Dios! ¡pues esa gente no cuida de ocultarse! esclamó el rey: ¡hola! valiente, añadió dirigiéndose al ballestero que llevaba su caballo, ¿son esas las ruinas donde está la hermita del Amparo?

—Sí señor, contestó respetuosamente el ballestero.

—¿Y dónde diablos están los nuestros?

—No deben estar lejos, señor, contestó el mismo.

—Pues vé y búscalos.

El rey hizo alto, hiciéronlo las lanzas, y el ballestero partió á cumplir el encargo del rey, y no tardó mucho tiempo en volver.

—Señor, dijo: Garci-Diaz de Albarracin está escondido entre los olivos, á un tiro de ballesta.

—Hazle venir.

A poco Garci-Diaz estaba delante del rey.

—¿Qué has visto? le preguntó don Pedro.

—Lo mismo que vé vuestra señoría, contestó el ballestero; luces y penitentes: he adelantado recatadamente hasta las ruinas, y solo he podido descubrir, que se disciplinan de lo lindo.

—¿Me habrá engañado Juan de Ayala, faltándome á su promesa? pensó el rey: pero no; no puede ser: en ese caso esa gente hubiera desaparecido... veremos, sin embargo. Escucha, Garci-Diaz; ¿hay algun medio para llegar hasta esa gente sin que nos sientan?

—Las ruinas son estensísimas, señor, y yo las conozco muy bien, porque he venido muchas veces á ellas á cazar zorras. Singularmente conozco una espécie de madriguera, que tal vez no la conozcan ellos.

—¡Ah, buen cazador de zorras! paréceme que esta noche cazamos lobos: llévame por esa madriguera, dijo... pero espera, espera un poco... oye Gutier, añadió el rey, cuando oigas mi corneta, carga á donde suene con mis hombres de armas.

—Muy bien, señor.

—Ahora, dijo el rey descabalgando, vamos, Garci-Diaz.

El ballestero partió y el rey le siguió: su armadura estaba forrada de tal modo, que no rechinaba ni crugia, y debia ser, aunque fuerte, ligera, puesto que el rey marchaba desembarazadamente con ella; era un arnés construido espresamente para esta clase de sorpresas: era ademas negro y con visera de barras en el casco, cosa que no se usaba aun en Castilla, como tampoco los arneses de punta en blanco, porque esta moda la introdujeron los aventureros de la *Compañía Blanca*, que vinieron mas tarde á España, á hacer la guerra á don Pedro, en favor de su hermano don Enrique, bajo el mando del famoso condestable de Francia, Beltran Duguesclin.

Así es, que con aquella armadura el rey no producia el estridente ruido que, por lo general causaban los arneses, ni se hacia visible entre la oscuridad por su negro color.

—¿Está muy lejos el rastro de las zorras? dijo el rey.

—Será necesario rodear algo, señor, dijo el ballestero: es una especie de camino cubierto, largo y profundo.

—Pues apresura y silencio, ya estamos cerca, y nuestra voz pudiera avisarles.

—¿Y vamos solos, señor?

—¿Y por qué no? en todo caso ¿crees que no serán bastante fuertes nuestros puños y nuestras armaduras, para resistir mientras acude mi gente? Adelante, adelante, Garci-Diaz.

No pasó mucho tiempo antes de que el ballestero se detuviese delante de un espeso y lóbrego matorral.

—Por aquí es, señor: dijo el ballestero.

—Pues entremos, contestó el rey.

—Por fortuna, viene vuestra señoría armado; de otra manera, seria cosa de dejarse las ropas y las carnes en las zarzas.

—Y tú, Garci-Diaz, dijo deteniéndose el rey.

—Mi vesta de ante es fuerte, y en cuanto al rostro, yo le sabré defender.

Y se lanzó adelante, rompiendo como un javalí entre la maleza: el rey le siguió.

Cuando hubieron roto aquel muro de espinos, á que no habia contribuido poco el puñal, con honores de machete, del ballestero, se encontraron en un lugar desembarazado, pero de ambiente húmedo, de terreno desigual y profundamente oscuro.

—Paréceme que por aquí no ha entrado nadie mas que nosotros, dijo el rey.

—De seguro, señor, las zarzas estaban tan tupidas que no habia mas que pedir; díganlo mi vesta y mi piel.

—Yo te daré una vesta de brocado, y quince dias de licencia para que te cures en la taberna los arañazos, valiente.

—No lo digo por tanto, señor: pero asíos á mí, este pasadizo es infernal: tenemos que subir una escalera medio arruinada, y es necesario que nada os acontezca, señor.

El ballestero buscó una mano del rey, la asió y siguió adelante en medio de la oscuridad.

Muy pronto se perdió el leve ruido de su pasos, que recataban de intento, y solo se escuchó el zumbido del viento nocturno sobre los zarzales, el grito del cárabo, y el canto penitente de los disciplinantes, que resonaba monótono, triste y medroso, entre el silencio y á muy corta distancia.

CAPITULO VIII.

La hermosa penitente de las ruínas.

Suponemos que nuestros lectores querrán conocer el lugar donde acontecian estos sucesos.

Eran, como habia dicho Juan de Ayala, las ruinas de un antiguo palacio moro, de una de esas alquerías que aquellos indolentes y sensuales señores construian para el placer y para el reposo. De su antiguo esplendor no le quedaban mas que algunos paredones y tres torres desmochadas, grieteadas, coronadas por una cabellera de jaramagos, y abiertas por boquerones; tres torres que debieron ser muy fuertes, y que con otras derruidas ya enteramente y de las

cuales solo quedaban ya los cimientos, debieron constituir el recinto de guerra de aquella casa de placer.

Y decimos recinto de guerra, porque en los tiempos en que hemos colocado la accion de nuestro drama, no habia lugar colocado en el campo que por resultado del espíritu guerreador de la época, no estuviese murado y torreado como una precaucion indispensable. De aquí resultaba que los conventos, las abadías, las alquerías, los caseríos eran castillos mas ó menos fuertes, con una guarnicion mas ó menos numerosa, y que se les construyese generalmente en las alturas.

Las ruinas de que nos ocupamos debieron ser en su tiempo, en cuanto á sus defensas, una fuerte fortaleza; parecia estraño que en el tiempo que habia trascurrido desde la conquista, esto es, desde 1248 hasta 1354; no se hubiese conservado aquel edificio; pero visto de dia, cesaba la estrañeza, porque quedaban en él marcadísimas señales de un incendio.

Veámosle con el efecto que presentaba de noche y en el momento de estar ocupado por los disciplinantes.

Dejando á la derecha el camino de Santiponce, se adelantaba por un terreno inculto, cubierto de brezos y zarzales, á través de un sendero áspero y pendiente: á poco que se caminaba por él, veíanse vestigios de cimientos, paredes arrasadas, piedras de

construccion, cubiertas de musgo: al fin se entraba en las ruinas, que eran eminentemente pintorescas: arcos, columnas, pórticos que conservaban aun ese bello, delicado y riquísimo ornato árabe; galerías abiertas por la intemperie: patios en cuyo centro, por cima de las yerbas silvestres se alzaban las tazas de las fuentes de alabastro, mutiladas, denegridas unas, amarillentas otras, ó cubiertas del moho verdinegro de las ruinas: pavimentos de primoroso alicatado y de ricos mármoles, apareciendo á trozos entre el musgo; capiteles derrumbados; esbeltos agimeces desguarnecidos de su rica celosía de alerce y cubiertos por la naturaleza con otra no menos bella celosía de yedra ó de jazmin silvestre: por todas partes los restos de la obra de los hombres invadidos por las yerbas parásitas, obra de Dios; y en medio del patio mayor de estas ruinas, á la sombra de un trozo de muralla que aun conservaba algunas almenas, y se apoyaba en dos torreones aportillados, una sencilla hermita construida por algun monje penitente con los despojos mortuorios, por decirlo así, del antiguo palacio; pero guardando en su construccion cristiana el severo trazado de la arquitectura gótica bizantina; alrededor de esta hermita un pequeño huerto, regado por un surtidor que emanaba de una antigua y magnífica fuente de alabastro; y sobre la puerta, bajo una monterilla de made-

ra, un cascado esquilon.

La noche en que penetramos en las ruinas en que estaba situada la hermita del Amparo, ofrecia aquel patio un aspecto eminentemente fantástico: supongamos aquella procesion de penitentes alumbrados por sus hachas verdes, con sus túnicas y sus capuces morados, las espaldas desnudas y sangrientas por el golpe de las disciplinas de ahlambre, una triste y severa imágen gótica de la Vírgen de la Soledad, puesta sobre sus andas delante de la puerta de la hermita, un estandarte de cofradía clavado junto á ella, maese Longinos con su sobrepelliz y bonete, leyendo con voz gangosa y en entonacion de salmodia, en un enorme libro de pergamino, con enormes letras encarnadas, salmos penitenciales á la luz de la ántorcha de un disciplinante: diez ó doce de estos, sin duda los mas tontos, flagelándose y ensangrentándose las espaldas, arrodillados delante de la Vírgen: en torno de ellos, otros penitentes inmóviles con sus hachas en las manos, contestando en coro á la salmodia de maese Longinos, y bajo las túnicas de muchos de ellos la luciente contera de una espada: ademas, en las avenidas del patio, que era estenso é irregular, como centinelas avanzados en los portillos, algunos penitentes sin antorchas; y estas voces sombrías y tétricas arrancando ecos de los cóncavos de las ruinas, estas luces proyectando sobras informes de hom-

bres, arcos y columnas sobre los aguzados muros: los dos torreones y su muro intermedio perdidos en una densa penumbra; la hermita iluminada vigorosamente por la parte de su ingreso, y envuelta en sombra por el estremo opuesto; el zumbido del viento sobre las zarzas y las yerbas parásitas, y sobre todo esto un celage densamente negro: hé aquí lo que se veía una vez penetrando en el centro de las ruinas.

Era de notar que la hermita no tenia una sola luz en el interior, y que su puerta estaba cerrada: lo que demostraba que los disciplinantes no pretendian entrar en ella.

Esto acontecia, en el momento en que don Pedro y Garci-Diaz de Albarracin entraban en las ruinas. Poco despues los salmos cesaron, los que se flagelaban cubrieron sus espaldas, y todos en procesion atravesaron el patio que era irregular y de una gran estension, y fueron á agruparse, lejos de la hermita, junto al muro entre los dos torreones.

Entonces pudo notarse, por un hombre que hubiera estado escuchando cerca de la hermita, un ligero rechinamiento en una ventana, de la cual solo se abrió una pequeña rendija; pero nadie notó esto, que pasó desapercibido, aunque era seguro que tras aquella ventana escuchaba ú observaba un ser humano, que ninguna participacion sin duda tenia en aquel conciliábulo.

Si se hubiera empujado aquella ventana, situada á poca altura del terreno, y se hubiera penetrado con una luz por ella, se hubiera visto un reducido aposento, con una tarima por lecho, una mesa con un crucifijo, una calavera, y una Biblia de pergamino escrita con tinta azul, en caracter gótico; un jarro con agua, algunos pedazos de pan y legúmbres secas: se hubiera visto en aquella estancia una mujer como de treinta y dos años, aunque representaba muchos menos, y se hubiera notado con asombro que el sayal penitente no se plegaba entonces sobre un cuerpo demacrado por el ascetismo y las privaciones, sino sobre una de las mujeres mas hermosas, frescas, puras é incitantes, que pudieran concebirse: se hubiera notado además, que en sus negros y rasgados ojos, habia abatimiento, cansancio en su actitud, pasion en su palidez mate, y desesperacion en la espresion contraida y severa de su pequeña y hermosa boca entreabierta, tras cuyos lábios de un puro color de rosa bajo, se veian los dientes mas blancos del mundo: en vano la severa plegadura del hábito pretendia ocultar lo alto y turgente de su seno, ni el cordon que le ceñia lo esbelto de su talle: sus manos, sus brazos, y sus piés, calzados con unas sencillas sandalias, deslumbraban por su blancura, incitaban por su forma, y todo en aquella mujer en fin, el abundante y sedoso cabello, lo puro y hermoso de las formas, el con-

tinente, la apostura estaba en contraposicion con su celda, con su hábito, y con la descarnada calavera que se veia sobre la mesa: aquella mujer, mas que una hermitaña, era una tentacion.

Y ella era la que habia entreabierto la ventana, y la que observaba oculta entre la oscuridad de su aposento, y si nosotros á pesar de esa oscuridad la hemos descrito á nuestros lectores, es porque los novelistas, como los gatos y otros individuos de la raza felina, tenemos la preciosa cualidad de ver en las tinieblas.

Por lo tanto seguirémos ocupándonos de aquella mujer á pesar de la oscuridad que la rodeaba, de la misma manera que si hubiese estado iluminada por la mas fuerte luz del sol, en un dia de primavera.

Inclinada sobre la ventana y estremecida de miedo, porque no era lo mas apropósito para tranquilizarla, la aparicion de aquellos encubiertos á tal hora, junto á su humilde albergue, los observaba con una atencion profunda; no podia escuchar lo que hablaban, porque, como hemos dicho, se habian colocado á larga distancia y se recataban, pero veia sus ademanes enérgicos, el calor de su conversacion y lo importante que debia ser, puesto que tomaban parte en ella de una manera acalorada, muchas personas.

—Ya han venido tres veces en poco tiempo esa gentes, dijo, y en verdad que mas que disciplinantes

parecen bandidos; qué vienen á hacer aquí? hasta que ellos han venido, ningun ser viviente ha turbado la soledad de mi retiro, mas que los que vienen de la cercana villa de Santiponce, á dejar sus limosnas en la puerta de la hermita: nadie me conoce, esas gentes saben sin duda que aquí se encierra una pobre mujer, cuando tan horrorosos cánticos entonan para aterrarme. Si aquí viviese un hombre, no se atreverian: ¿por qué no se van á otro lugar? Sin duda confian en la fama de santidad que tiene este lugar, para estar seguros. ¡La fama de santidad! los hombres son imbéciles ó locos: creen que solo una santa puede conservar en la penitencia esta hermosura que Dios parece aumentar como para castigo. ¿Y por qué el Señor me envia estos terrores?.. ¡Oh! ¡sí! terrores horribles: esas gentes me parecen fantasmas abortadas del infierno, con sus capuces morados, sus velas verdes, su aspecto sombrío! ¡Oh Señor, Señor, ten compasion de mi debilidad y de mi abandono!

Y la penitente iba á cerrar la ventana, cuando retumbó muy cerca, partiendo del muro á cuyo pié estaban los disciplinantes, el ronco y poderoso sonido de una corneta, al mismo tiempo que rompiéndose, bajo los golpes de una espada, la yedra que cubria una de las ventanas de aquel muro, se dejó ver en ella á la luz de las antorchas, una cabeza pálida y furiosa, que gritaba:

—¡Ah traidores! ¡así tratais la muerte de un rey tan bravo y tan caballero como el rey don Pedro! ¡así poneis precio á su cabeza! ¡ah! ¡ah! ¡pero el rey os tiene ojeados y cercados por sus lebreles!

Y la corneta, llevada por don Pedro, que era el que habia hablado, á sus lábios, volvió á retumbar con mas fuerza.

Instantáneamente las hachas se apagaron, y se oyó un tumulto de pasos y de juramentos, y de voces dificiles de describir: por un momento la penitente nada oyó, parecia que todo aquello habia concluido; pero de improviso oyóse áspero crugir de armas y poco despues la luz de muchas antorchas reflejaron en las ruinas, y los ballesteros del rey aparecieron acuchillando á algunos de los disciplinantes.

Una forma, mitad blanca, mitad negra, pasó corriendo por delante de la ventana de la ermitaña, como para ampararse de la sombra de la ermita; pero instantáneamente saltó sobre él un feroz ballestero del rey y la ermitaña oyó esclamar:

—¡No me mateis! ¡no me matéis! yo soy maese Longinos, el sacristan de la iglesia de San Juan de la Palma, y si me dejais la vida, contaré al rey grandes secretos.

—¿Y quién piensa en matarte, lechuza de altar? contestó el ballestero: lo que sí haré será atarte y po-

nerte con el haz de traidores á quienes hemos echado el lazo.

—¡Ah! ¡ah! ¿eres tú, mal sacristan? dijo una voz vibrante cerca de la ventana: ¿con que tú eres el que patrocinas en el templo de Dios á los enemigos del rey? ¿y no sabias, miserable, que el rey don Pedro está en todas partes, que todo lo oye, que todo lo sabe?

—¡Perdon, señor, piedad!... me sedujeron, me engañaron, contestó todo trémulo Longinos.

—¡Hola! ¡Garci-Diaz! ¡Garci-Diaz! apártame á este bribon, que no pueda hablar con nadie.

La penitente vió, porque todo esto pasaba á cuatro pasos de su ventana, que un fornido soldado asió del sacristan y se le llevó por delante á empellones.

En cuanto al rey, no podia verle porque estaba fuera de la visual de la rendija.

—¡Hola! ¡mi buen ballestero mayor! dijo el rey, á una persona que tampoco podia ver la penitente, pero cuyo arnés crugia al andar: ¿has echado el guante á todos esos bribones?

—Por mi parte señor, he cogido á cuantos he podido.

—¿Y dónde están?

—Tras mí vienen.

—Acércalos aquí, y vosotros alumbrad, alum-

brad bien: quiero ver á mi placer el rostro de esos villanos.

Entonces el rey se adelantó y la penitente pudo verle.

—¡Oh! esclamó esta con voz opaca y trémula: ¡este es el señor rey de Castilla!

Y posó en el rey don Pedro una mirada indescribible.

Poco despues empezaron á pasar los prisioneros, que serian doce. Todos estaban despojados de los capuces, y atadas las manos á la espalda.

El primero que pasó fué don Juan de Ayala: estaba muy pálido por efecto de la sangre que habia perdido, á causa de las heridas que le habia hecho el rey.

—¡Ah! ¡te han atado tambien, Juan de Ayala! ¿Cómo habeis encontrado á este viejo? añadió el rey volviéndose á los suyos.

—Se nos ha entregado sin resistencia, señor, dijo uno.

—¡Ah! ¡no resistió! ¡pero huia!

—No señor, se ha venido á nosotros.

—Pues si en vez de huir de nuestra justicia, se entrega á nuestra merced, desatadle, hijos, desatadle: él nos seguirá de buen grado.

—No podré seguiros aunque quisiera, señor, como no me lleven en hombros.

—¡Cómo! ¡no has hecho resistencia y te han herido mis ballesteros! ¿desde cuándo acá os ha dado vuestro rey ejemplo, bribones, de herir al rendido?

Los ballesteros callaron consternados.

—No, no me han herido vuestros soldados, señor, se apresuró á decir Juan de Ayala: quien me ha herido y destrozado, ha sido un valiente caballero, en buena lid, espada contra espada, y antes de venir á este sitio.

—¡Pues es estraño, Juan de Ayala! Dicen que eres valiente, sereno y diestro.

—Eralo mas quien me ha vencido.

—¿Y dices que no puedes sostenerte?

—No señor, me faltan las fuerzas, tengo fiebre, y con vuestra licencia...

Juan de Ayala se sentó sobre una piedra.

—Creo que afortunadamente tus heridas no son graves, dijo el rey.

—No, no señor, pero la pérdida de la sangre...

—Espera, espera un momento, á que yo reconozca á estos buenos amigos que me han asegurado mis ballesteros y mis ginetes, y despues atenderemos á tí.—¿Quién eres tú? dijo el rey á un hombre de treinta y cinco años, de semblante rudo y enérgico.

—Yo me llamo Juan Diego, contestó con acento brusco aquel hombre.

—¡Ah! dijo el rey: ¿tú eres el tratante en cerdos, que me odias por mi ordenanza que prohibe que los animales en que tratas, se tengan dentro de la ciudad? Llevadme de aqui á este motilon, y ahorcádmele, ó despeñádmele, ó haced con él lo que mejor os plazca, con tal de que él no pueda hacer nada en adelante.

Estremecióse al escuchar esta órden sangrienta la hermosa penitente, y tuvo impulsos de abrir la ventana y clamar perdon por el sentenciado; pero la contuvo contra su voluntad un terror invencible.

—¿Quiénes son entre vosotros los nobles? gritó el rey encarándose á los prisioneros.

Nadie contestó.

—¡Alumbradlos! ¡alumbradlos! gritó el rey.

Todas las antorchas de los ballesteros arrojaron su luz sobre el semblante de los prisioneros.

—¡Ira de Dios! esclamó el rey, viendo que entre aquellos solo habia redondas cabezas de pecheros: ¿dónde están don Juan Alfonso de Alburquerque, don Fernando de Castro y don Juan de la Cerda, todos los traidores, en fin, que estaban hace un momento congregados contra mí? ¡Los habeis dejado escapar, cobardes! ¿Y si yo ahora me cobrára en vuestras cabezas de las ilustres cabezas que me habeis robado con vuestro descuido ó vuestra cobardía?

Y el rey puso de una manera tan furiosa mano á

su espada, que temblaron los ballesteros y tembló la penitente tras la ventana.

Ni un solo vasallo de don Pedro, inclusos Gutier Ferrandez de Toledo y Pero Lopez de Padilla, contestaron á la irritada palabra del rey, ni se movieron de su puesto, ni se hubieran movido aunque el rey hubiese tirado de su espada y se hubiese ensangrentado en ellos.

Pero á falta de su contestacion habló uno de los presos.

—Esos nobles, señor, dijo un anciano pechero, han huido; porque siempre, antes de entrar en un lugar, buscan la salida y no la dan á conocer á aquellos de quienes se sirven, á fin de que en un caso no se agolpe demasiada gente.

Pronunció el anciano con tal desprecio y tal valentía estas palabras, que se hizo simpático á don Pedro,

—¿Cómo te llamas, viejo? le dijo.

—García del Campo, señor, contestó el anciano.

—¿Y qué eres?

—Tundidor de lanas.

—¿Y rebelde...?

—Se nos azota con tributos.

—El rey tiene guerras.

—¡Y favoritos?

—Eres audaz.

—He vivido muchos años, señor, y nunca he mentido ni ocultado la verdad: no he de mentir cuando ya estoy cerca del sepulcro.

—Yo te he oido otra vez, yo te he visto en alguna parte antes de ahora.

—Jamás he pasado las puertas del alcázar, ni me he puestó delante de vuestra señoría.

—Espera, espera, dijo el rey: me parece recordar... sí... sí... eso es... ¿tú estuvistes anoche en la iglesia de San Juan de la Palma?

—Sí, señor.

—¿Tú fuiste el que contestaste á una proposicion de asesinato cobarde contra mí, hecha por el judío Saul y apoyada por la nobleza, que no te rebelabas contra tu señor natural, sino que te levantabas contra un rey á quien creias tirano?

—Eso dije, y eso he dicho esta noche, contestó con firmeza el viejo.

—Lo sé; sé que noblemente preferias la guerra: pues bien, García del Campo yo acepto esa guerra: tú has rechazado los medios viles, y has sostenido con firmeza que si las Comunidades están quejosas, deben levantar sus estandartes, no sus puñales. Te has equivocado, sin embargo: si las Comunidades sienten agravios en los tributos ó en la justicia, que acudan al rey en queja, y solo despues que el rey no haya atendido está queja, siendo justa, podreis tener

derecho para levantaros.

—Vos, señor, estais rodeado de gentes que os hacen ver las cosas de distinta manera de lo que son.

—¿Quién piensa eso? gritó con voz de trueno el rey. ¡Qué! ¿no gobierno yo en Castilla? ¿Se cree acaso que porque soy mozo, no tengo fuerza para sostener mi corona? ¡poder de Dios! ¿Cuándo me he negado yo á dar audiencia á mis vasallos? ¿cuándo me han pedido justicia que no la haya hecho?

—Estamos, señor, azotados por los receptores, azotados por los alcaldes, azotados por vuestros capitanes de armas.

—Pues bien, voy á probaros que sé hacer justicia.

Temblaron la mayor parte de los pecheros presos, creyendo que el audaz lenguage de García del Campo iba á traer la muerte sobre sus cabezas.

—¿Todos vosotros, contestó el rey, plebeyos y vasallos, os habeis sublevado porque necesitais justicia, y no la encontrais en el rey?

Nadie contestó.

—¡Hablad! ¡hablad! esclamó con impaciencia el rey: ¿qué teneis que temer? ¿Acaso porque he mandado matar á ese porquero...

—Ese hombre, señor, se quejaba sin razon: era un asesino vendido á la nobleza, contestó García del Campo.

—Tu acusacion contra ese hombre demuestra que

todos vosotros queríais mejor una guerra abierta y leal que una asechanza.

—Sí, señor, contestaron los despavoridos pecheros.

—Pues bien, estais libres, dijo el rey. Desatad á esa gente: pero antes de marcharos, escuchad: os habeis quejado de que os azotan mis receptores, de que mis alcaldes os niegan justicia, de que mis capitanes os hacen fuerza... Gutier Ferrandez de Toledo, toma los nombres de todos esos y su domicilio... y escuchad: si antes de un mes cada uno de vosotros, á quienes dejo con vida, porque os habeis disculpado acusándome de agravios hechos á la ley, no me avisa de uno de esos agravios, y me lo prueba, para que pueda castigarlo... entendedlo bien: si antes de un mes no me habeis dicho cada uno: este oficial de vuestra casa, este ministro de vuestra justicia, este capitan de vuestras armas ha faltado á la ley, os busco á cada uno de vosotros, y os cuelgo para escarmiento de calumniadores; pero si en efecto me probais escesos, yo haré que mi justicia resplandezca sobre quien haya cometido esos escesos, y os pondré sobre mi cabeza, á vosotros que me habreis ayudado á gobernar bien mis reinos...

—¡Señor! ¡señor! esclamó García del Campo.

—¡Imbéciles y torpes! ¿Cómo quereis que el rey lo vea todo desde su altura, si no hay quien le avise

de los delitos? ¿ni qué vasallo puede llamarse bueno y leal, si cuando los oficiales de justicia la niegan, no vá valientemente con su queja al mismo rey? Vete con ellos, Gutier Ferrandez, toma sus nombres, y que se vayan libremente.

—¡Señor, señor! dijo uno de los donceles del rey, apareciendo con un hombre á quien traia sujeto entre otros dos.

—¿Qué es eso, Periañez?

—Algunos de vuestros escuderos hidalgos, señor, y yo con ellos, habíamos seguido á los rebeldes; pero se nos escaparon en la oscuridad: al volver, hemos encontrado con este hombre, y le hemos preso.

—Mostrad.

Los donceles presentaron al rey un hombre como de treinta y cinco años, pálido, cetrino, torvo y aterrado hasta el punto de no levantar la vista del suelo.

—¡Ah! ¡eres tú Garcés de Avila! ¡tú, á quien yo dí mi escudilla! tú, á quien hice comendador solo porque eras una buena lanza; tú, á quien dí la tenencia de mi castillo real de Carmona! ¡tú, miserable hidalgo un dia, hecho por mí noble y caballero, y te me has rebelado porque en tu insaciable codicia me pediste las tercias de Archidona y no te las otorgué, y te has pasado al bando de mis enemigos!

—¡Perdon, señor! esclamó Garcés de Avila cayendo de rodillas.

El sentenciado se asió con mas fuerza al manto de la Vírgen.

—Yo no perdono traidores ni ingratos, dijo el rey con acento ronco: ¡hola, Garci-Diaz! ¡Garci-Diaz!

—¡Señor! contestó con acento feroz el ballestero.

—Despacha á ese traidor.

Garci-Diaz desnudó su puñal, y adelantó hacia el noble: pero este se levantó aterrado, y aprovechando un descuido, fué á ampararse de la imágen de la Vírgen de la Soledad, que los disciplinantes habian dejado abandonada en las ruinas.

Al verle asido al manto de la Vírgen, Garçi-Diaz y los demás ballesteros se contuvieron.

—Apartadle de ahí, gritó el rey.

El sentenciado se asió con mas fuerza al manto de la Vírgen.

—Habremos de derribar la imágen, señor, dijo Garci-Diaz, antes que separarle de ella.

—¡No, no me matareis! esclamó el sentenciado, ¡la Vírgen me ampara! ¡estoy en sagrado asilo! ¡yo no soltaré el manto de la Vírgen sino cuando esté en un lugar de asilo!

—Pues bien, ¡matadle asido á la Vírgen! gritó fuera de sí el rey.

Los ballesteros dudaron aun.

—¡Matadle, vive Dios! esclámó el rey trasportado de furor.

Diez puñales cayeron á la vez sobre el pecho de Garcés de Avila, y su sangre, saltando á borbotones,

manchó el blanco manto de la Vírgen.

En aquel momento escuchóse un agudo grito de mujer.

La hermosa penitente habia caido desmayada detrás de la ventana.

CAPITULO IX.

Continuacion del anterior.—La mujer fuerte.

Al oir el grito, todos incluso el rey, volvieron el rostro hácia la ermita: la ventana, trás la cual habia estado observando la penitente, habia quedado entreabierta. Pero Lope de Padilla, que era hombre que no se asustaba, ni se sobrecogia, por la terrible y ejecutiva manera que tenia el rey don Pedro para hacer justicia, se encaminó á la ventana con visible intencion de penetrar por ella.

Pero el rey le detuvo.

—Espera, espera, mi buen Pero Lope, dijo el rey.

—Ahí dentro ha sonado un grito de mujer, dijo el ballestero mayor.

—Sí, pero esa mujer segun dicen es una santa, replicó el rey.

—Santos parecian los traidores, con sus salmos y sus azotes...

—¡Pero Lope! esclamó severamente el rey, á quien irritaba la mas leve contradiccion.

—Perdonad, señor, yo creí...

—No quiero que nadie crea nada, cuando yo no quiero que nada se crea contra mi voluntad: me he visto obligado á teñir con sangre el manto de la santa Vírgen... dejemos, pues, en su clausura á la penitente, respetemos la casa de Dios. Toca á recoger, y puesto que los rebeldes se nos han escapado, volvamos á Sevilla: afortunadamente tenemos en nuestras manos un cabo de la maraña y la desenredaremos; por el momento estamos avisados.

—¿Dejaré aquí alguna gente de guarda?

—No.

—¿Y la Vírgen y estandarte?

—Que carguen con ella algunos ballesteros, y la lleven á la ermita de la Cruz del Humilladero.

—Muy bien, señor.

—¡Hola! añadió el rey volviéndose á sus escuderos. ¡Mi caballo!

El valiente Balax fué presentado al rey, que montó en él, le apretó los acicates y partió.

Cuatro ballesteros cargaron con la Vírgen de la

Soledad, y otro con el estandarte, y salieron.

Las voces se alejaron, y al fin las ruinas quedaron silenciosas y oscuras.

Durante algun tiempo, ningun ruido turbó aquel silencio: al fin pasada una hora, se abrió la puerta de la ermita y apareció la penitente con su blanco hábito, y semblante pálido, pintada en él una espresion de horror: llevaba en la mano una lámpara de arcilla, y sobre los cabellos una toca de lino. Permaneció algun tiempo irresoluta en la puerta, escuchando con atencion, pero no oyó otro ruido que el grito del cárabo y el zumbido del viento en los matorrales.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! esclamó: ¡ha sido un sueño de sangre: un horrible sueño: parece que me persigue un espírutu funesto! ¡siempre el horror ante mis ojos! ¡siempre la ira haciendo víctimas! ¡y ese rey!... ¡ese terrible rey! pero no es suya la culpa, no... sus vasallos, sus vasallos altivos y ambiciosos que provocan su cólera... pero ya se ha ido, y aquí han quedado dos desgraciados que acaso no hayan muerto... ¡Oh! ¡qué horror! ¡aquella sangre manchando la purísima túnica de la Vírgen!... ¿cuánto tiempo habré estado sin sentido?... ¡oh! ¡yo no sé! tal vez se los han llevado, veamos.

La penitente salió, dió vuelta á la ermita, y entró al fin en el teatro de las escenas anteriores.

Lo primero que encontró, fué en un lado el cuer-

po de Juan Diego el tratante en cerdos: aquel cadáver estaba destrozado.

La penitente á pesar de su horror, se inclinó sobre él, y no se levantó sino cuando estuvo segura de que no habia en él ni un soplo de vida: entonces se adelantó hácia el sitio donde habia estado colocada la Vírgen.

Allí habia otro cadáver; el de Garcés de Avila: una horrorosa puñalada le partia el rostro, y en sus ojos abiertos aun, se veia la espresion del terror, de la rabia y el miserable sello de la agonia.

—¡Muerto tambien! esclamó con horror la ermitaña: ¡eran dos, no mas que dos! los demas se han ido: mi caridad, pues, es inútil.

Y la hermosa reclusa de las ruinas se volvió desalentada, y al encaminarse á la ermita, vió al pié de una piedra, entre las yerbas, un cuerpo humano.

Inclinóse sobre él y le reconoció; aquel hombre era Juan de Ayala: el rey le habia olvidado y habia quedado allí desmayado por la pérdida de la sangre.

—¡Es un anciano, un pobre anciano! esclamó la penitente, ¡uno de los que hablaron con el rey! no está mas que desmayado y acaso aun sea tiempo de salvarle: pues bien, lo probaré: Dios me dará fuerzas para llevarle á la ermita.

La penitente dejó la lámpara sobre la piedra en que habia estado Juan de Ayala, y volvió para cargar con él: en aquel momento, fuese que Juan de Ayala no hubiera perdido enteramente el sentido, fuese por otra razon cualquiera, abrió los ojos.

La penitente al ver de cerca su rostro, lanzó un grito de sorpresa.

—¡Ah! ¡Juan de Ayala! esclamó el escudero de...

Un nombre se estinguió en sus lábios y tembló.

—¡Yo creia muerto á este hombre! ¿me le presentará Dios para que me consuele?... él debe saber... sí, sí; pues bien, mi caridad con él tendrá un premio. Alzad, alzad si podeis, señor Juan de Ayala.

—¡El rey! ¡el rey! esclamó con espanto el noble.

—Pero el rey no está aquí, se ha ido.

—¿Qué no está aquí el rey? ¡y me ha dejado herido, abandonado!

—No, abandonado no, esclamó la penitente, estoy yo aquí, yo que os conozco y os aprecio, señor Juan de Ayala.

—¡Oh! ¡sois un ángel! ¡un ángel de luz! esclamó el herido viendo junto á sí el hermosísimo semblante de la penitente.

—¿No me conoceis!

—Nunca os he visto.

—¡Oh! vuestro estado os roba la memoria: pero

volvereis en vos y me conocereis: ¿no podeis levantaros?

—¡Ah! ¡no, no puedo! ¡el rey!... ¡mi hija!... ¡Dios mio!

La penitente probó á levantarle; pero Juan de Ayala aunque ya entrado en años, hasta el punto de tener los cabellos blancos, era robusto y corpulento, y no tuvo fuerzas la ermitaña para ello.

—Será necesario pedir socorro, dijo: ¡y es tan tarde! sabe Dios si oirán la campana... pero bien puede ser: ayer tarde á puestas del sol vi pasar algunos rebaños y deben haber puesto sus apriscos en las praderas cercanas: ¡si estuviera entre ellos Marquillos!

La penitente fué rápidamente á la ermita, entró, tiró de la cuerda del esquilon, y este produjo un sonido cascado, por decirlo así, pero agudo, la penitente tiró con precipitacion, como si hubiera estado en gran peligro, y poco despues sonó un cuerno de pastor.

Una purísima y dulce sonrisa de esperanza, dilató la hermosa boca de la penitente.

—¡Oh! ¡me han oido! esclamó, y vienen.

Entonces salió de la ermita y se encaminó al sitio donde estaba Juan de Ayala, que habia logrado incorporarse, con gran trabajo.

—¿Habeis pedido socorro para mí? dijo con un profundo acento de gratitud.

—Sí, ya vienen: son unos buenos pastores que apacentan sus rebaños en estas cercanías.

Y como para confirmar el dicho de la penitente, oyóse el rápido ruido de una carrera violenta entre los cardos silvestres y los jaramagos, y un hermoso y noble mastin vino á echarse á los piés de la penitente, á la que acariciaba saltando y volviendo á echarse, y lanzando ladridos de alegría.

—¡Silencio! ¡silencio, Leal! esclamó la penitente, acariciando la peluda y ancha cabeza del mastin; ¡silencio! tenemos un enfermo y tus ladridos le harán mal.

—¡Ah! no, no señora, dijo Juan de Ayala, la lealtad de los animales nos consuela de la mala fé de los hombres

—Teneis razon, buen amigo, dijo un viejo pastor, apareciendo á punto: los hombres diz que en todo tiempo han sido malos, pero ogaño son peores: llégate acá, Gil, llégate; veamos qué quiere de nosotros la santa mujer.

—Amigos mios, aunque yo no sea santa, soy caritativa: he encontrado junto á mi ermita á este caballero herido...

—¡Caballero! ¡caballero! ¡En Dios y en mi ánima que tal nos pescudan los maravedises, y tal nos zurran la pelleja los caballeros, que no deberiamos ayudarlos, salvo lo que tienen de prójimos!

—La caridad es hija de Dios.

—Sí, sí, es verdad, mucha verdad; pero que me emplumen, si esta gente sabe lo que es caridad: nosotros sí que lo sabemos, y nos ponemos en peligro por ellos: ¿dónde creeis, señora, que han estado salvos y horros de los soldados del rey mas de veinte señorones?

—¿En vuestras cabañas acaso?

—¡Quiá! no, señor; si hubieran estado en nuestras cabañas, los hubiesen pescudado los ballesteros, porque las avizoraron y las miraron hasta debajo de los atos: estaban escondidos en los apriscos, á cuatro piés entre las ovejas... ¿qué os parece los valientes caballeros? Así es que nadie creyó que estuviesen alli, y como nosotros dijimos que los habiamos visto escapar por el camino hácia San Juan de Aznalfarache, allá fueron tras ellos. Pero paréceme que esto trasciende á sangre fresca, añadió el viejo pastor.

—Sí, contestó con horror la penitente: aquí han quedado dos cadáveres y este hidalgo herido.

—Pero las heridas de este caballero, dijo el pastor que le habia estado examinando, son poca cosa: yo se las curaré en tres dias; con pasarle tres veces sobre ellas las barbas de una pluma untadas en cierto aceitillo que yo me sé, y que cura como con la mano la mordedura del lobo más rabioso. Arrima, Gilote, y echa una mano; es necesario llevar á este

buen hombre á la ermita y ponerle á cubierto.

El llamado Gilote, que era un zagal jóven, robusto y buen mozo, echó mano á los piés de Juan, mientras el mayoral Marquillos le sustentaba por bajo de los brazos; y alumbrándoles la penitente, se encaminaron á la ermita, esto es, á la habitacion de la ermitaña, y entraron en ella.

—¿Y hemos de posar aquí á un hombre herido y golpeado? dijo el mayoral, indicando la tarima.

—Yo no tengo lecho, hace ya muchos años, amigos mios.

—Pero os ayuda la gracia de Dios... mientras este pobre caballero... Vamos, vamos... ya procuraremos lecho... Leal... ¡eh, Leal! vamos al hato por pellejos para el enfermo: tú espérame aquí, Gilote.

El mayoral salió, y Juan de Ayala, reclinado en la tarima, dijo al zagal:

—¿Con que los nobles que han huido del rey?...

—Se han escondido como cerdos entre nuestras ovejas: grima dá: ¡mala roña para esos valentones que solo se atreven con los pobres y los desdichados!

—¡Cobardes! ¡villanos! ¿No les valiera mas haber muerto con honra con las espadas en la mano? esclamó Juan de Ayala.

—Diz que hoy no hay honra en Castilla, ni justicia, contestó el zagal; y en esto de que no hay justicia,

bien claro lo ví ayer en Sevilla.

Rechinó entonces un tanto la ventana de la celda.

—Parecióme que habia oido ruido de pasos, dijo el zagal, y crugir la ventana.

—Habrá sido el viento, dijo la ermitaña.

—Pues señor, dijo el zagal que se habia sentado sin ceremonia en un ángulo de la tarima, y conservaba sencillamente encasquetada su gorra de piel de liebre: lo que he visto esta mañana en Sevilla, y lo que esta noche en la ermita, me dicen claro que se burlan del rey sus nobles y ministros.

—¿De qué ministros quereis hablar? dijo la penitente.

—De qué ministros ha de ser, sino de los de justicia. ¿Querreis creer que anoche se encontró un hombre muerto á hierro en una calleja, y que no pudiendo dar con el matador, han pregonado su cabeza?

—Eso quiere decir que el rey es justo.

—Eso quiere decir que yo no soy corregidor de Sevilla.

—¡Cómo! ¡Gil! esclamó la penitente: ¡tú, corregidor!

—No lo digo por codicia, sino por justicia.

—¿Crees tú que siendo corregidor evitarias....

—Lo que creo es que si yo fuera corregidor, sabria sin necesidad de pregones quién era el mata-

dor... el pregonar es una vergüenza... ¡Qué! ¿la justicia no vé?... ¿la justicia no sabe?... ¿Y por qué han de llamar justiciero á un rey que tiene una tan torpe justicia?

Oyóse de nuevo rechinar la ventana, y un ronco ladrido al mismo tiempo que la voz de Marquillos, que gritaba:

—¡Aquí, Gilote, aquí! ¡al ladron!

Gil salió corriendo, y encontró á marquillos que lanzaba con su honda sendas pedradas á un bulto que habia cogido un sendero, y escapaba á caballo entre la oscuridad.

—Se nos fué, Gil, se nos fué: á enemigo que huye, puente de plata; pero creo que se nos va escarmentado. Coje esas pellejas que arrojé al suelo, y vamos.

—¿Pero quién era él?

—Sábelo el diablo: estaba escuchando por la ventana: paréceme que Leal ha de haberle mordido, porque se avalanzó y al mismo tiempo escapó el bulto.

—¿Y á qué viene esa gente aquí?

—Yo no lo sé; pero no hemos de permitir que nadie nos toque á nuestra buena ermitaña. No, por Dios, no lo consentirémos: nuestros zagales son valientes, y tienen buenas hondas y ballestas: voy á acomodar á este caballero en estas pieles, con las cuales le haré un lecho tan blando como el de un rey, y despues

remos á la majada: traerè conmigo bálsamo con que curar las heridas, y despues reconocerémos el campo. Vamos, Gilote, vamos.

Mientras esto decia el mayoral, habia puesto en aquel lecho improvisado á Juan de Ayala y le habia cubierto con pieles, despues de lo cual salieron.

Apenas se quedó sola la penitente con Juan de Ayala, se acercó á él, y se puso de manera que la luz de la lámpara daba de lleno en su semblante.

Entonces sucedió una cosa estraña: los ojos del herido se fijaron, primero vagos en la penitente; luego aquella mirada se hizo mas intensa, mas fija; al fin se pintó en ella una espresion de espanto; se incorporó violentamente á pesar de sus heridas, y exclamó.

—¡Doña Estrella!

—Al fin me habeis reconocido, señor Juan de Ayala: yo os reconocí desde el momento que os ví, y á fé, que no me ha causado poca maravilla el encontraros en este estado despues de tantos años como hace que no os veo.

—¡Vivís! esclamó con asombro Juan de Ayala.

—Sí, pero he muerto para el mundo; hace muchos años que estoy en estas ruinas, sin que me conozca nadie mas que esos sencillos pastores que me tienen por santa.

—Y en efecto debeis serlo, señora; tanta resigna-

cion, tanto sufrimiento, la paz que se vé en vuestro semblante, todo indica que vuestro esposo se engañó.

—¡Mi esposo! esclamó Estrella, á quien llamaremos así, puesto que Juan de Ayala nos ha revelado su nombre... mi esposo...

Y calló, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Vuestro esposo vive, señora, dijo Juan de Ayala.

—¿Que vive?

—Pero la melancolía le devora... acaso el remordimiento...

—¡El remordimiento!

—Sí, por cierto; han sucedido cosas estrañas: poco tiempo despues que se tuvo noticia de vuestra muerte, muerte que nadie dudó, porque vuestro esposo presentó bastantes pruebas, se casó...

—¡Que se casó! esclamó la penitente palideciendo..... ¿Y con quién?... no... no me lo digais... os lo adivino... se casó con doña Elvira de Herrera.

—¡Es verdad!

—¡Ah! esclamó de una manera profunda la penitente, y guardó por algun tiempo silencio.

Luego levantó la cabeza; miró fijamente á Juan de Ayala, y le dijo:

—¿Y mi hija?... y mi pobre hija... ¿qué ha sido de ella?

—Vuestra hija, señora... yo estaba aun en la casa, cuando una noche...

Juan de Ayala se detuvo irresoluto.

—Continuad, continuad, dijo doña Estrella: ¿Creeis que la infeliz que ha sufrido los insultos, los sonrojos y las calumnias mas crueles, no tendrá valor para escuchar cuanto la podais decir?... Mi hija ha muerto... sí, lo leo en vuestro semblante...

—Si hubiera muerto, señora, tendriamos una certidumbre.... pero vuestra hija... como os decia, una noche, cuando aun era yo escudero de vuestro esposo, sentí un ruido estraño en la casa... ruido de armas y de voces: levantéme despavorido, y como me encontraba, cogí mi espada y salí al sitio donde resonaba el tumulto; ví á vuestro esposo en el huerto con sus criados, lidiando con seis hombres; cuando llegué á él, aquellos hombres huyeron, ganaron un postigo, y desaparecieron en la oscuridad: vuestro esposo, yo y los criados los seguimos, ó por mejor decir, seguimos á vuestro esposo: perdóneme Dios, si creo que en vez de seguir á los fugitivos, tomó una direccion opuesta: recorrimos juntamente algunas calles, y al fin nos volvimos desatalendos. Pero vuestro esposo se esforzaba en vano por disimular un gozo cruel.—«¿Lo ves, Juan? me dijo cuando estuvimos solos en su cámara ¿puedes tener duda de que esa niña no era hija mia?»—¡Ah, señor! le contesté: vues-

tra esposa ha muerto; respetad su memoria: yo estoy seguro de que no os ha engañado, y que esa infeliz que nos han robado esta noche...

—¡Comó! ¿habian robado á mi hija?...

—Qué, ¿no os he dicho, señora, que el tumulto y las estocadas habian sido causadas por algunos hombres encubiertos que habian entrado por el jardin, y habian robado á su nodriza vuestra hija doña Leonor?

—¡Robada! ¡Dios mio!

—Sí, robada ó perdida. El señor Juan de Arévalo, vuestro esposo, me escuchó atentamente, y pareciendo como que cedia á mis palabras, que le aseguraban de vuestra virtud, me dijo:—«Será necesario buscar á esa niña: si es mi hija, cumpliré asistiéndola, criándola y dándola mi nombre, con mi deber de padre: si no lo es, habré hecho una obra de caridad: mañana será necesario que todos los ministros de justicia se pongan en su busca.»—Pero cuando el señor Juan de Arévalo decia estas palabras, habia algo de terrible en su semblante, y de lúgubre en su voz. Sin embargo, al dia siguiente el corregidor de Sevilla soltó todos sus corchetes, que revolvieron la ciudad durante tres dias, sin perdonar los pueblos de las inmediaciones; pero doña Leonor no parecia.

—¡Oh hija mia! ¡hija mia! esclamó con acento desesperado doña Estrella. ¡Mal haya la hora en que

ese hombre fatal me vió! ¡mal haya la hora en que nací hermosa!...

—Vuestra inflexibilidad, señora, lo cruel que fuísteis con él, fué la causa de vuestra desdicha.

—Decid que él es un malvado: si no lo hubiera sido, yo le hubiera perdonado al fin; acaso le hubiera amado, porque era el padre de mi hija, de mi pobre hija: pero él no me amaba; él no me consideraba mas que como una mujer hermosa que escitaba sus deseos, y como una rica heredera cuyo cuantioso dote halagaba su codicia... ¡amarme!... amarme él! si me hubiera amado; ¿hubiera sido tan miserable, tan infame, tan cruel como lo fué conmigo? ¿se hubiera casado?

—¡Oh! ¡si supiérais cuán terribles fueron la circunstancias de su casamiento!...

—Todo hay que creerlo en ese hombre.

—Pocos dias despues de la noticia de vuestra muerte amaneció muerto á estocadas en la parroquia de San Isidoro, en el mismo lugar donde hoy ha amanecido muerto otro hombre, el adelantado Lope Arias, esposo de doña Elvira de Herrera: en vano la justicia buscó al matador: en vano el buen rey don Alonso ofreció un considerable precio á quien le descubriese: aquel delito quedó envuelto en el misterio como lo habia quedado la desaparicion de vuestra hija. Doña Elvira afectó un dolor agudo, se

retiró con su hija doña Constanza, que entonces tenia cuatro años, á Archidona á llorar su viudez; pero yo sabia, porque acompañaba á vuestro esposo, que este iba á consolarla de una manera recatada y misteriosa: al fin, antes de los seis meses de la muerte de su marido, volvió á Sevilla y á su casa: hiciéronse menos recatadas las visitas del señor Juan de Arévalo, y al fin, al cumplirse el año de la muerte del esposo de doña Elvira de Herrera, se casó con ella.

—¡Se casó!

—Sí, y aun viven: vuestro esposo es corregidor de Sevilla, y como os he dicho, sufre profundas melancolías: doña Elvira, mas vieja por los pesares que por los años, se ha hecho devota, y su pobre hija doña Constanza parece sufrir el castigo de las culpas de su madre: la pobre niña es muy desgraciada.

—¿Y vos no seguís en el servicio de mi esposo?

—¡Oh! no, no pude dudar de sus crímenes: para mí él era vuestro asesino, él era el matador del adelantado Lope de Arias, esposo de la mujer que acababa de hacer con él su segundo casamiento: sufria al lado de aquellas dos personas, dejé el servicio del adelantado, y entré en el del rey: despues los tiempos han corrido: yo estoy pobre, viejo, herido, espuesto á los furores del rey, mas bien que esperanzado de sus favores, mientras el señor Juan de Arévalo es uno de los vasallos á quien mas aprecia el rey don

Pedro; es corregidor de Sevilla, medra y enriquece con el sudor del pobre...

—Pero tiene remordimientos.

—Y yo desgracias.

—Las desgracias purifican el alma... pero ¡Dios mio! estais mas pálido; os habeis fatigado demasiado... me habia olvidado de que estábais herido...

—¡Ah, señora! mis heridas son leves, y vuestra vista, vuestro caritativo socorro, el calor de estas pieles me han reanimado... sufro, sí; pero no por mis heridas, sino por vuestros dolores y por los mios.

En aquel momento llamaron á la puerta precipitadamente, y escuchóse la voz de Marquillos que pedia que le abriesen.

Doña Estrella fué á la puerta y la abrió.

Marquillos adelantó pálido y temblando.

—¿Qué teneis, amigo mio? le dijo doña Estrella.

—Callad, callad, señora, dijo en voz baja el mayoral: pudieran oirnos.

—¿Oirnos, quién?

Un caballero negro como la noche que espera en la puerta.

—¡Un caballero negro! esclamó la penitente: y recordó que cuando observaba por la ventana, habia reparado que era negra la armadura del rey: ¿y qué quiere ese caballero?

—Pretende hablar con la penitente de la ermita

del Amparo; y como esa penitente sois vos..

—Hablar conmigo... ¿acaso no le habeis dicho...

—Le he dicho que vos no acostumbrais á recibir sino con grandes motivos á nadie en vuestra celda: que si ahora habia un caballero...

—¿Le habeis dicho que hay aquí un caballero?

—Lo sabe, señora... y luego es un hombre terrible... ¡es un demonio!... ha zurrado á Gilote y á nuestros zagales, y me ha dicho con voz terrible: si no me procuras que vea á la penitente, puedes contarte sin orejas.

Doña Estrella meditó un momento, y luego dijo:

—Entrad á curar al herido.

—¡Pero ese caballero que espera, señora!...

—Dejadme hacer...

Marquillos entró, y doña Estrella salió fuera de la ermita, despues de haberse cubierto el semblante con su velo.

—¡Caballero! dijo á un bulto negro que habia en la sombra, y decimos en la sombra, porque algun tiempo antes habia salido la luna llena y resplandeciente.

—¡Doña Estrella! contestó el rey, que él era, saliéndola al encuentro.

—¿Quién os ha dicho mi nombre?

—Lo he oido todo.

—¡Que lo habeis oido todo!

—Sí, por cierto: es decir, he oido lo bastante desde vuestra ventana, para saber vuestro nombre y algunas de las particularidades misteriosas de vuestra vida; si no he oido mas, ha sido porque he ido en busca de esos pastores, para que me anuncien á vos.

—¡Pobres géntes á quienes habeis maltratado! ¡vos, el primer caballero de Castilla!

—¡Ah! ¡se os ha quejado ese vergante! ¡querian nada menos que hacerme cautivo, á mí, que segun decís, soy el primer caballero de estos reinos!

—¿Y qué nombre quereis que os dé?

—Retirémonos, señora, retirémonos, donde podamos hablar sin ser oidos.

—¿Y á dónde hemos de ir?

—Al centro de esas ruinas.

—¡De noche! ¡tan tarde! ¡sola!...

—¿No habeis dicho que soy el primer caballero de estos reinos?

—Sóislo por vuestra alcurnia, aunque por vuestros hechos...

—¡Señora!...

—Un caballero debe ser humano y caritativo: la crueldad empaña la justicia.

—¡Qué traidor os ha dicho mi nombre!

—Mis ojos y mis oidos, señor.

—¿Eso quiere decir que teneis conocimiento con los rebeldes?

—Hace mucho tiempo que mis desgracias me han separado del mundo, señor.

—Y sin embargo, ese mundo, ó por mejor decir, las gentes que os rodean, os dan el nombre de santa.

—Mejor dijeran llamándome mártir.

—Pero ese martirio, señora, es un martirio en el cual no ha empalidecido vuestra hermosura.

—¡Señor!

—Venid, venid, doña Estrella: me ha traido á vuestra ermita el recelo y me retiene en ella el interés.

—¡El interés, señor!

—Sí, el interés de vuestras desgracias.

—¿Habeis escuchado?...

—Ya os he dicho que he estado largo rato trás la ventana de vuestra celda. Vos y el señor Juan de Ayala, habeis acusado ó sospechado de grandes crímenes á uno de mis mas valientes y leales vasallos, á mi buen corregidor de Sevilla, Juan de Arévalo... habeis hablado de una niña perdida, que era vuestra hija.

—¡Ah! esclamó la penitente.

—Y bien, ¿no quereis, señora, que el rey os busque con todo su poder esa hija perdida?

—¡Señor, señor! ¡no me deis tan hermosas esperanzas, si no han de cumplirse!

—Os juro que si está en lo humano, vuestra hija parecerá; pero para ello, es necesario que me refirais vuestra historia.

—¡Ah! señor, mi historia es muy breve, una historia de lágrimas.

—¡Pero por breve que sea, será una acusacion á mi justicia, y os juro, señora, que os la haré!

—¡Pues bien, venid, señor, venid! la vasalla va á hablar al señor; la rica-hembra al rey; la desvalida á la justicia.

Y saliendo de la penumbra, adelantó hácia el centro de las ruinas, se sentó en una piedra y el rey se sentó en otra junto á ella.

La luna iluminaba la blanca figura de doña Estrella, enteramente cubierta, produciendo un estraño contraste, con la negra armadura del rey, que tenia cerradas sobre el semblante las barras de su celada de encaje.

Doña estrella se preparaba á hablar, cuando don Pedro la dijo:

—¿Y pensais permanecer encubierta?

—¡Ah! esclamó ella; dejadme que encubra la vergüenza que en alguna ocasion ha de salir á mi semblante durante mi relato.

—Pero advertid, señora, dijo el rey alzándose la visera, que en mí no hablais al hombre sino al rey.

—Pero tambien, señor, sois ese mancebo audaz,

cuya fama llega hasta las ermitas.

—Y bien: ya que habeis nombrado mi audacia, juzgad de ella y no os ofendais: quiero que la lumbre de vuestros ojos me aliente: ¿no creeis que la justicia no puede ser muy activa cuando tiene frio?

Y el rey con una mano vacilante, levantó el velo de doña Estrella.

Entonces, dominado por la severa y fija mirada de la dama, díjo con acento grave:

—¡Hablad, señora, el rey os escucha!

Doña Estrálla, sin cubrirse el rostro, empezó de esta manera el relato de su historia, á la que nosotros daremos por título el epígrafe siguiente.

CAPITULO X.

Empeños de la edad media.—Continuacion del anterior.

Me llamo Estrella de Molina, mi padre era un anciano y valiente rico-hombre leonés, llamado Gutier de Molina, y era señor de Brañalonga en la montaña: mi madre era una hidalga dueña asturiana, y llamada Beatriz de Ureña.

Mi padre contaba muy cerca de sesenta años, y mi madre pasaba de los cuarenta, cuando contrageron matrimonio, lo que no impidió que al término preciso, contra todas las esperanzas de mi padre, mi madre se encontrase en cinta. Habia sido su matrimonio, mas que del amor, efecto de la conveniencia, y

medio para cortar un antiguo litigio. Mi padre, pues, no contaba conmigo, y cuando mi madre me dió á luz, su júbilo no conoció límites: parecióle que el cielo no podia haberle concedido aquella prenda para arrebatársela, y me puso no solo bajo la proteccion de la Vírgen del Amparo, su patrona, sino que se creyó en el caso de consultar á las estrellas, acerca de mi porvenir.

Un astrólogo judío fué el intérprete de los astros: el fallo de estos fué misterioso: «si hombres ven á esta niña, cuando llegue á la edad del amor, podrán cruzarse densas nubes delante de su porvenir, si una constelacion favorable no las disipa.»—Esto en realidad era no decir nada, puesto que el fallo de las estrellas, solo decia que me veria como á los demas mortales, sujeta á los caprichos de la fortuna; pero bastó para que mi padre, apenas cumplí los diez años, se retirase conmigo de la córte, donde tenia un oficio de guarda mayor al lado del rey don Alonso, vuestro noble padre, y me llevase á su castillo de Brañalonga, en las montañas de Leon.

Algunos años despues, empecé á sentir esa pasion tierna, dulce, que empalidece las mejillas de una jóven y turba su sueño; pâsion cuyo nomlre era para mí desconocido, pasion sin objeto, intensa, germinada en el corazon, necesidad del alma. Habia pasado, en fin, de la adolescencia, era mujer, y me encon-

traba bajo la influencia de ese destino universal de los seres: el amor.

Pero mi padre, atento al vaticinio del astrólogo, me habia aisladó de tal manera de los hombres, que no tenia de ellos mas que un recuerdo confuso: pero en cambio habia en mi servício jóvenes doncellas, que conocian harto el amor, y que lentamente fueron rasgando con sus confidencias el velo de inocencia que cubria mi alma.

Bien pronto supe lo que significaba la palabra amor: mis doncellas me hablaron de hermosos mancebós de cabellos blondos, ojos ardientes, y palabras enamoradas, y acabé por soñar con un amante, con forjarle á medida de mi deseo y por no pensar mas que en aquel ser ideal, que yo creia que alguna vez habia de realizarse.

Entonces solo tenia quince años.

Un dia, una de mis doncellas mientras me peinaba me dijo:

—Gracias á Dios que despues de cinco años, vemos alguien que pueda llamarse hombre; que no esos záfios montañeses, que dan la guarda del castillo.

Es de advertir, que mi padre cumplia de tal manera la prescripcion del astrólogo, que ni aun me dejaba ver de sus hombres de armas; lo que no sucedia del mismo modo respecto á las doncellas, que tenian

libertad de entrar y salir en mis habitaciones y de vagar por el castillo.

—¿Y quién es ese? pregunté conmovida.

—Es un hermoso mancebo, amigo de vuestro padre, me contestó la doncella.

Al oir estas palabras, parecióme que Dios me enviaba el ser de mis sueños, el hombre en quien me habian hecho pensar las confidencias de mis doncellas, é inocente y cándida, dije sin conocer los inconvenientes de lo que decia:

—Yo quiero verle.

—Pues si quereis verle, señora, me contestó la doncella, es necesario que guardeis un profundo secreto acerca de lo que os he dicho: que nadie pueda sospechar, ni aun vuestra madre.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Vuestros padres quieren meteros en un convento.

Era verdad que este era el proyecto de mis padres.

—Y en el convento, continuó la doncella, no vereis hermosos caballeros, ni gozareis de alegres fiestas, ni nadie admirará vuestra hermosura: os agostareis como una planta á la que privan de los rayos del sol, porque vos no teneis vocacion de monja.

—¡Oh! ¡no! ¡no! contesté sin conocer el valor de las palabras que pronunciaba.

—Luego, añadió la doncella, ese caballero viene por vos.

Mi corazon latió violentamente, en esa primera impresion del amor.

Os hablo así, añadió la penitente, levantando sus hermosos ojos negros, que hasta entonces habia tenido inclinados, y posándolos en el rey, porque no sé mentir, porque tal era la situacion en que me encontraba, y porque mi corazon está ya frio é insensible, como la losa de un sepulcro, menos para el amor de mi pobre hija.

A pesar de esta propuesta, don Pedro notó que era de fuego la mirada de la penitente, intensa, profunda, dulce, enteramente en contraposicion en fin, con sus palabras.

Doña Estrella siguió.

—¿Y decís que viene por mí ese caballero? pregunté á la doncella.

—Sí, por cierto; me contestó, aunque solo teniais diez años cuando vinimos de la córte, y á pesar de vuestra poca edad habeis dejado en ella la fama de vuestra hermosura, y mas de un enamorado, que solo esperaba á que tuviéseis mas años, para pediros por esposa. Entre ellos está un doncel del señor rey: Juan de Arévalo.

—¿Se llama así?

—Ese es su nombre.

—¿Y es jóven?

—Solo cuenta veinte y cuatro años.

—¿Y hermoso?

—Muy hermoso, muy galan y muy valiente.

—¿Y cómo sabeis vos que viene por mí?

—Me lo ha dicho.

—¡Que os lo ha dicho!

—Sí, y aun ha hecho mas... me ha dado esta carta para vos.

La carta que me entregó la doncenlla, era una de esas cartas apasionadas, respetuosas, en que un hombre jura consagrarse á la felicidad de una mujer, vivir por ella y para ella, no tener otro objeto ni otra ambicion en el mundo.

Como podreis suponer, señor, esta carta causó en mí un efecto inesplicable, me puse sucesivamente encarnada y pálida, y tal fué mi turbacion, que la doncella se atrevió á decirme:

—¿Quereis verle?

—¡Pero cómo, Dios mio! ya sabeis que mis padres evitan que vea á ningun hombre, y cuando lo evitan, no debe ser bueno que le vea.

—Lo evitan porque quieren meteros monja.

—¡Oh! ¡no ¡no! esclamó con horror.

—Y el señor Juan de Arévalo morirá si no consentís en verle.

—¡Pero eso es imposible! dije: ningun hombre

puede entrar aquí, ni yo salir:

—Consentid, y ya encontraremos el medio.

—¿Pero cómo?

—¿Quereis bajar al jardin esta noche?

—Bajaré.

—¿Y estareis preparada para encontrarle?

—¡Oh! vos me acompañareis.

—Sí, os acompañaré: estad atenta á la media noche, que vendré por vos.

Hablamos muchas cosas mas, que nada importan: yo habia consentido en ver á un hombre estraño á quien no conocia, ciega con mi inocencia, sin conocer que una criada que de tal modo se interesaba por un hombre desconocido, debia estar vendida á él.

Pasé el dia en un estado de impaciencia cruel: llegó la noche, mi madre, mi buena madre se retiró á su aposento cuando me dejó acostada, y su beso su tierno beso de costumbre me sonrojó, no porque yo comprendiese lo aventurado del paso que iba á dar, sino porque la engañaba.

Al fin me quedé sola, mis dueñas dormian descuidadas en la habitacion inmediata, y á la media noche entró la doncella mediadora, me vistió en silencio, y por una puertecilla de mi cámara salimos á una galería; y de ella bajamos á un jardinito cerrado, que habia destinado mi padre para mí sola.

Hacia una luna clarísima, y á su blanco reflejo ví al fondo del jardin el bulto de un hombre inmóvil: un instinto poderoso me contuvo y temblé: pero la doncella, á quien importaba mucho arrastrarme á los proyectos de aquel hombre, me asió de la mano y me impulsó dulcemente.

No tembleis, me dijo: es muy galan, muy jóven, muy noble, muy rico y os adora.

Tenia para mí no sé qué mágia aquella voz tentadora, y me dejé conducir por la doncella que me llevó por una senda entre los árbolos, no en direccion á donde esperaba aquel hombre, sino á un pabellon situado en el fondo del jardin.

—¿Y á qué me traeis aquí? la dije, cuando ví que la doncella abria la puerta del pabellon.

—La noche está muy clara, y podrian veros desde las ventanas de los aposentos de vuestro padre.

Yo no podia desconfiar, porque no conocia el peligro, y si me causaba repugnancia entrar en el pabellon, era porque me parecia mas bello el jardin con sus flores, iluminado por la luz de la luna.

Al fin entramos, la doncella me llevó á la habitacion mas profunda del pabellon, encendió luces, que tenia preparadas, y salió dejándome sola y cerrando la puerta.

Entonces un terror frio, del que yo no podia dar-

me razon, se apoderó de mí: quise salir, pero apenas habia adelantado algunos pasos, cuando se abrió la puerta y entró un hombre.

Aquel hombre era Juan de Arévalo.

Mi ilusion se desvaneció: no era el hombre destinado á personificar el ser de mis sueños: por el contrario, aunque entonces era muy hermoso, la espresion de su semblante fria, reservada, astuta, malévola, la aguda mirada de sus ojos, un no sé qué, que jamás he podido esplicarme, y que le hizo odioso para mí desde el momento en que le ví, me separó de él con una repulsion invencible: hubo de notarlo esto, cuando me dijo:

—No he venido al çastillo de Brañalonga para volverme sin lograr mi objeto: habeis dejado una gran fama en la córte, porque cuando érais niña, prometíais ser una mujer hermosísina; sois la heredera mas rica del reino de Leon, vuestro padre os guarda para encerraros en un convento, y yo he jurado á mis amigos y he prometido al rey que no volveria de Brañalonga sin llevaros conmigo, ya esposa mia.

No podia ser mas cínico, mas descarado, mas grosero Juan de Arévalo; esto me le hizo mas odioso; y le contesté:

—He recibido vuestra carta, y por ella crei, no conociéndoos, que me convendriais para vivir siempre á vuestro lado, como viven juntos los esposos:

pero os juro que seré mil veces monja antes que teneros á mi lado un solo momento.

—¡Ah! ¡ah! dijo con acento contrariado y sarcástico Juan de Arévalo, pues vuestra resistencia me empeña mas, y os juro que no saldré de aquí sin que hayais sido mia.

Yo no comprendí todo el horror de esta espresion, pero no tardé en comprenderlo: el pabellon estaba distante y solitario; lejos la gente que podia haberme socorrido; la infame doncella me habia vendido sin condiciones, y Juan de Arévalo, á pesar de mis esfuerzos, de mis gritos, de mi resistencia, cumplió lo que habia afirmado que haria; fuí suya; pero contra mi voluntad, violentada de una manera horrorosa, dominada por las brutales fuerzas de un hombre.

Cuando salí de allí, mi inesperiencia produjo una situacion terrible: en cuanto llegué á mi cuarto, desperté á las dueñas y á las demas doncellas, é hice que llamáran á mis padres...

En vano la doncella cómplice de Juan de Arévalo, quiso impedirlo, y fué tal su terror al entrar mi buen padre en mi cámara, que se arrojó por una de sus ventanas, quedándose muerta en el acto.

Mis padres escucharon estremecidos el relato que yo en mi inesperiencia les hice del hecho: al saberlo mi padre, mandó á sus hombres de armas que bajo

ningun pretesto dejasen salir á nadie del castillo, y mi madre, llevándome consigo, me hizo conocer la gravedad del hecho, que me sentenciaba por mi honor á ser esposa de Juan de Arévalo.

—¡No, no! esclamé: ¡antes la muerte!

—Pero tu muerte no lavará la deshonra que mancha nuestras canas, esclamó mi madre llorando.

Al ver sus lágrimas, cedí. Al dia siguiente era esposa de Juan de Arévalo.

Mi padre me entregó á él con mi dote, y mi esposo, mi fatal esposo, me trajo á Sevilla.

Pero no era ya la niña inocente, era la mujer aleccionada por la desgracia: en vano Juan de Arévalo reclamó sus derechos de esposo: yo no los reconocia sino delante del mundo: él demandó mi perdon, hizo cuanto estuvo de su parte por reducirme á su amor; pero en vano: me causaba horror, y era demasiado firme para rendirme á la compasion hácia un hombre que de una manera tan infame me habia hecho su esposa, y demasiado valiente para no ceder á sus amenazas.

Habia además otro motivo que me haçia sentir un ódio irreconçiliable hácia aquel hombre: el dolor de mi pérdida, la preocupacion de no haber podido contrarrestar el fallo de las estrellas, y la rabia de haberme entregado contra su voluntad á mi esposo, atacaron la existencia de mi pobre padre viejo ya y enfer-

mo: pocos meses despues de mi casamiento murió, y mi madre le siguió con pocos dias de intérvalo: aquel hombre fatal habia asesinado á mis padres; habia agostado en flor mi corazon, me habia robado mi porvenir, y como si esto no bastase, me veia próxima á ser madre. La infamia de Juan de Arévalo habia producido su fruto, un fruto miserable que hizo acrecer mi ódio, y á quien en mi desesperacion maldije cuando estaba aun en mis entrañas.

¡Oh! ¡esto es horroroso, señor! Una madre que maldice á su hijo no puede, no debe quejarse si Dios la castiga, aunqne sea de una manera tan terrible como á mí me ha castigado.

La hermosísima penitente inclinó el rostro sobre sus manos, y lloró en silencio; don Pedro no pronunció una sola palabra, respetando aquel dolor tan intenso y tan justo.

Poco despues doña Estrella continuó su relato.

CAPITULO XI.

Segunda parte de la historia de la ermitaña.

Un empeño de aquel hombre funesto habia violentado mi voluntad, habia muerto á mis padres, y me habia hecho la mas infeliz de las mujeres; otro empeño suyo debia hacerme la mas infeliz de las madres.

Escuchadme, señor, con atencion, y juzgad si puede haber una criatura en quien mas se ensañe la suerte.

Muchas veces, leyendo el santo libro de Dios, he pensado si seré yo uno de esos desdichados de quienes dice: «Yo soy el Señor, tu Dios, que visito la ini-

quidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion.»

Acaso alguno de mis abuelos cometió iniquidad ante los ojos de Dios.

Juan de Arévalo irritado por mi resistencia á sus deseos, contrajo un ódio cruel hácia mí, y su ódio le hizo dudar de mi virtud.

¡Cuántas veces pálido, convulso, irritado me pidió cuenta acerca del estado en que me encontraba, como si él no hubiese sido la causa!

Llegó un dia en que me dijo:

—El hijo que nacerá no es mio. Si yo fuera su padre, él hablaria en mi favor á su madre. Pero no importa: yo sé lo que debo hacer.

Rechazado por mí, ansioso de amor, necesitó buscarlo en otra parte, y lo encontró; pero de una manera criminal: en una mujer casada.

Aquella mujer era doña Elvira de Herrera.

Aunque no ya jóven, puesto que entonces contaba la edad que yo cuento ahora...

El rey no pudo contenerse.

—¿Y no sois vos jóven, señora? la dijo. Lo que me referis debe de haber sucedido hace pocos años, porque vuestra juventud y vuestra hermosura son poderosas.

—Tengo ya treinta y dos años, señor, y esta juventud exagerada que represento es sin duda un cas-

tigo de Dios que me sostiene en una durísima prueba. Pero con la ayuda divina, como fuí valiente y fuerte para con mi esposo, lo seré con mi suerte en adelante, sea esta la que quiera.

Doña Elvira, pues, era una mujer, aunque no en la flor de la juventud, hermosísima: su carácter tenia mucho de semejante con el de Juan de Arévalo; se conocieron y se amaron: pero Lope de Arias era un caballero que no hubiera sufrido la menor mancha de su honor, y tan celoso de él, sin duda porque tenia indicios de la liviandad de su mujer, que hubiera sido en vano cuanto hubieran imaginado los dos adúlteros para mancharlos.

Ignoro de qué manera pudieron entenderse: de esto os informará mejor que yo Juan de Ayala, que entonces era escudero de Juan de Arévalo. Solo puedo deciros lo que pasó por mí.

Ofendido con mis desdenes, mi esposo no volvió á hablarme de amor; pareció que hasta olvidaba sus incomprensibles recelos; me trataba con dulzura, como si se hubiera tratado de una hermana, y cuando nació mi hija doña Leonor, la tomó en sus brazos, la llamó su hija, la bautizó dándola como debia su nombre, y por algun tiempo creí que Dios apiadado de mi desventura habia mejorado mi suerte.

Así pasó un año tranquilo, el mejor año de mi vida, puesto que me le embelleció el amor purísimo de

mi pobre hija. Al fin debia mostrárseme todo el horror de mi destino.

Un dia mi esposo, que se mostraba mas complaciente que de costumbre, me dijo:

—La peste negra se acerca, señora, y vuestra vida es harto preciosa para mí, para que no procure preservarla de tan terrible azote: las grandes ciudades son mas peligrosas que las aldeas, por razon del apiñamiento de sus casas y de su poblacion, mientras que en los lugares pequeños el aire es mas sano y se vive con mas holgura: tenemos ademas otra vida preciosa que guardar, la de nuestra hija: preparaos pues para marchar á Santiponce.

Yo nada recelé, no podia recelar nada: me preparé al viaje, y en efecto, nos trasladamos á Santiponce.

Nadie tenia noticias de que la peste negra hubiese entrado en Castillo: sin embargo, como de la córte, mi esposo podia tener muy bien noticias que se recataran para que no aterrasen á la multitud: por otra parte, yo no tenia motivos para desconfiar: Juan de Arévalo me trataba con mas intimidad, con mas cariño; se habia cubierto para conmigo de un hipócrita aspecto de dulzura; hablaba en su favor mi inocente hija, que al fin él era su padre, y si hubiera continuado en aquella noble conducta conmigo, acaso, andando el tiempo, le hubiera amado.

Pero otros eran los proyectos de Juan de Arévalo: desde que llegamos á Santiponce, noté que frecuentaba la casa un judío, y que pasaba largo tiempo encerrado con mi esposo: este para prevenir mi estrañeza me dijo que aquel judío era un sapientísimo médico, y que queria tenerle propicio para que uniese á su ciencia el estímulo de su amistad, en el caso desgraciado que nos acometiese la peste.

Yo lo creí, porque los corazones sencillos todo lo creen; pero no tardé mucho en saber cuál era el verdadero objeto de la intimidad de Juan de Arévalo con el judío.

Una tarde, despues de la comida, me sentí con dolores agudos en la cabeza: dominada por un sueño tenaz, me acosté y me dormí: no sé cuánto tiempo estuve durmiendo; solo sé que al despertar sentí frio, un frio cruel: estaba tendida sobre un lecho durísimo; quise levantarme y tropecé en una tabla; quise estender los brazos, y encontré atadas mis manos, y entre ellas un objeto de madera; me revolví, y me hallé en un lugar estrechísimo: por el momento, como si hubiese vuelto en mí de un profundo letargo, nada pude esplicarme, pero al fin conocí la horrible verdad: estaba encerrada en un ataud, me habian enterrado viva.

La penitente se detuvo aquí, y el rey don Pedro esclamó con horror:

—¡Os habian enterrado viva! ¡Habia llevado la crueldad vuestro esposo hasta el punto de sentenciaros á morir de hambre, de frio... de desesperacion!

—No, no señor; escuchadme hasta el fin: el terror de encontrarme en aquella situacion horrorosa, me privó de nuevo el sentido: cuando volví en mí, otra vez me encontré en un lecho cómodo, en una habitacion alegre, y creí que habia sido un horrible sueño aquel ataud, aquella cinta que ligaba mis manos, aquella cruz puesta entre ellas; pero reparé al mismo tiempo que estaba en una habitacion que no conocia, y de formas enteramente distintas á las que yo estaba acostumbrada á ver: era una cámara resplandeciente; la bóveda, que parecia un cielo estrellado, estaba sostenida por arcos calados, labrados, matizados de oro y de colores, y aquellos arcos descansaban en delgadas columnas de alabastro: el suelo estaba cubierto por una hermosa alfombra; en un braserillo dorado se quemaban perfumes, y la luz del sol de la mañana penetraba por grandes y hermosas ventanas, á través de tapices de sedas; el lecho en que me encontraba, era muy bajo y estaba cubierto por una ancha plegadura de pabellones de púrpura; algunos pájaros encerrados en jaulas doradas, pendientes de la bóveda, exhalaban su alegre canto, y escuchábase el grato murmullo de una fuente que

brotaba en medio de la estancia en una taza de alabastro.

—¡Ah! ¡ah! ¡Doña Estrella! ¡estábais en un alcázar árabe! dijo el rey.

—Yo nunca habia visto tanta magnificencia, y aunque aquello era muy hermoso, me aterraba porque me daba á conocer que no estaba en mi casa; una mujer jóven y bastante bella, pero negra, negrísima, de piel reluciente y enormes y chispeantes ojos, estaba sentada junto á mí, observándome: el aspecto de aquella mujer me aterró, la hablé, y me contestó en una lengua estranjera que no comprendí, luego lanzó tres gritos agudos, y poco despues entró en la habitacion un hombre que me era conocido.

Aquel hombre era el médico con quien habia pasado tantas horas encerrado mi esposo.

—¡El hebreo Saul! esclamó el rey. Sí será... ¿qué edad tenia entonces aquel hombre señora?

—Aun era jóven.

—¿Supísteis dónde estaba situada la casa donde os encontrásteis?

—Sí, sí por cierto, señor; aquella casa estaba en la judería de Sevilla.

—¿Pero ese hombre no tenia otro nombre? Porque Saul es un nombre hebreo que se puede usar indistintamente por todos los judíos.

—Sí señor, aquel hombre se llamaba Saul el Julani.

—¡Ah! esclamó profundamente el rey.

—¿Le conoceis? dijo la penitente.

—Continuad, señora, continuad, repuso don Pedro sin contestar á aquella pregunta.

—Como era preciso, pretendí saber de Saul la razon de encontrarme en aquel sitio : entonces el judío hizo una seña á la negra de que se retirase, y quedamos solos.

—¿No habeis despertado hasta ahora, señora? me dijo con un profundo interés.

—He creido despertar antes, pero debo haberme engañado; debe haber sido aquello un sueño horroroso.

—¿Qué habeis soñado?

—He soñado que estaba encerrada en un atahud: enterrada viva.

—No ha sido un sueño, señora, díjo el hebreo: habeis estado una noche entera sepultada en el panteon de la iglesia de San Juan de la Palma de Sevilla: ademas habeis estado durmiendo y con todas las apariencias de muerta durante tres dias. Estando vos de cuerpo presente en la iglesia, se os han cantado solemnes funerales: todos los que os conocen os creen muerta: vuestro mismo esposo se cree viudo.

—Pero ¿cómo puede ser eso? ¿cómo he pedido parecer muerta y estar viva?

—¿Me jurareis, señora, ser prudente? me dijo Saul

—Os lo juro, contesté.

—¿Jurais guardar profundamente el secreto de lo que voy á revelaros?

—Sí.

—¿Por la fé de vuestros padres?

—Por Dios uno y trino.

—Pues bien, señora: vuestro esposo os aborrecia; creia que vuestra hija era hija de otro; ademas estaba enamorado de otra mujer.

—¿De doña Elvira de Herrera? le pregunté alentando apenas.

—Sí, me contestó.

—Pero esa mujer es casada.

—Vuestro esposo tambien lo era, y sin embargo...

Quedeme mirando asombrada á Saul.

—Vuestro esposo es hombre que se para poco en los medios: del mismo modo que se resolvió á envenenaros, encontrará un tósigo ó una espada para el marido de doña Elvira.

—¿Con qué mi esposo ha querido envenenarme? esclamé con horror.

—Sí, y para eso os llevó á Santiponce: afortunadamente se valió de mí, que tengo ciencia bastante para que un ser viviente parezca un cadáver: diéronme compasion vuestra hermosura, vuestra juventud y vuestras desgracias, me resolví á engañar á vuestro esposo, y le engañé; díle un filtro que echó en vues-

tro vino, y poco despues todos os creyeron muerta; vuestro esposo hizo los mayores estremos de dolor, os mandó conducir á Sevilla, y enterrar despues de un magnífico funeral en la capilla que sirve de panteon á su familia. Yo sabia á punto fijo la hora en que debiais volver en vos: conociendo las costumbres y los ritos de los cristianos, compuse de modo mi filtro que no pudiérais volver en vos sino cuando ya estuviéseis en el panteon: despues á fuerza de oro logré que el sacristan de San Juan de la Palma consintiese en entregarme, en venderme vuestro cuerpo: bajé á la bóveda solo, abrí el nicho, y os encontré vuelta del letargo, pero desmayada; lo comprendí todo: me apresuré á sacaros de allí, os metí en una litera que me esperaba fuera de la iglesia, y os traje á mi casa: así pues, señora, estais muerta, enteramente muerta para el mundo: si volviérais á presentaros ante los que os conocen, creerian que habiais resucitado.

—¡Muerta! ¡muerta! esclamé; pero yo no quiero morir así; tengo una hija, y esa hija...

—Desengañaos, señora: si volveis al mundo...

—Me presentaré al rey, acusaré á Juan de Arévalo...

—Recordad, señora, que me habeis jurado por Dios trino y uno guardar secreto acerca de lo que os he dicho.

—Pero mi hija...

—Yo os daré vuestra hija.

—¿Que me la dareis?

—Os lo juro.

La promesa de aquel hombre que me habia salvado la vida, me tranquilizó: teniendo yo á mi hija, no queria volver al lado de mi infame esposo: es mas, me creia feliz por verme separada, libre enteramente de él, como si en realidad hubiera muerto y viviese en otro mundo distinto. Al dia siguiente Saul vino de nuevo á verme, y se sentó junto á mi lecho.

—He meditado mucho en vuestro deseo, señora, me dijo, y le encuentro perjudicial á vuestra hija.

—¿Perjudicial á mi hija? Pues qué, ¿estará mejor con ese infame asesino que con su madre?

—Meditad, señora, que habeis muerto, que no teneis bienes, que aunque yo os ofrezco un asilo en mi casa, no debeis privar á vuestra hija de vuestra herencia y de los cuidados de un padre.

—Pero su padre la aborrece, esclamé con ansiedad, su padre la cree hija de otros amores... su padre, que me ha querido asesinar, que ha creido asesinarme, será capaz de asesinar á mi hija.

—Pero como yo os he protegido, señora, la protejeré á ella, me dijo el judío: si llega un caso estremo, la salvaré como os he salvado.

Por mas que mi amor hácia mi hija, me inpulsase á desear ardientemente tenerla á mi lado, ese mismo

amor me dijo, que junto á mí se veria condenada á la pobreza, á la miseria, ó á lo que era infinitamente peor, á vivir entre judíos, á adquirir sus costumbres, sus errores, á perder en fin, su alma por salvar su cuerpo. Resignéme, pues, á dejar á mi hija en poder de Juan de Arévalo, contando siempre con los buenos oficios de Saul.

Así pasó algun tiempo: Saul, á quien el servicio que habia hecho á mi esposo le habia procurado su amistad, valiéndose de pretestos ingeniosos, hizo de modo que algunas veces la nodriza de mi hija doña Leonor, la llevaba á su casa en la Judería, y yo podia verla oculta: algunas veces tambien con pretesto de que viesen á la niña las mujeres de su familia que no podian ser vistas de nadie, la tomaba entre mis brazos y yo podia abrazar y besar á mi hija y bañar en lágrimas su pequeño semblante, que me sonreia.

Pero esto, que era mi última ventura, pasó porque yo habia nacido para ser desventurada: llegó un dia en que las visitas de Saul se hicieron mas frecuentes, sus miradas mas intencionadas, sus palabras mas graves: no tardé en conocer con horror, que aquel hombre sentia por mí una pasion profunda. Al fin, aquel amor habló. Propúsome que consintiese en ser su esposa.

—Habeis muerto para el mundo, me dijo: realmenne doña Estrella de Molina no existe, solo queda una

mujer, demasiado desgraciada y demasiado hermosa para que yo no la ame.

—¿Pero no comprendeis, le dije, que por mas que se me tenga por muerta, puede llegar un dia en que se descubra mi existencia?

—Nuestras mujeres jamás salen de nuestra casa: yo puedo decir á mis compatriotas, que sois una castellana convertida...

—¡Y he de apostatar yo de Jesucristo!

—Considerad que nada teneis, que me lo debeis todo, que me he espuesto por vos á la cólera de vuestro esposo.

—Os habeis espuesto de una manera interesada, y nada tengo que agradeceros despues de lo que me habeis dicho: ademas, no pienso estar un momento mas en vuestra casa.

—¡Oh! ¿pensais acaso?...

—¡Sí, quiero pedir justicia contra mi esposo! contesté inprudentemente.

—Pues os juro que no saldreis de aquí: vos lo habeis dicho: os he salvado de la muerte engañando á vuestro esposo, porque os amaba, porque necesitaba teneros en mi poder obligada, sola, abandonada á mí: me enamorais, señora, y sereis mia: os lo juro.

En aquel momento comprendí que Saul pretendia conseguir por la violencia lo que no le otorgaba mi

voluntad: la desesperacion me dió fuerzas en el momento en que Saul se encaminaba á mí; así un taburete, única arma que encontré á mano, y le lancé con toda mi fuerza sobre su cabeza.

Saul cayó sin exhalar un gemido.

Yo creí haberle muerto y aun ignoro lo que fué de él, y salí desatentada de la cámara: sin saber cómo me encontré en una galería, luego en unas escaleras: despues en un jardin: aquel jardin tenia un postigo cerrado con un cerrojo, asegurado por un candado: era la caida de la tarde, nadie habia en el jardin; y los cultivadores habian dejado allí sus herramientas: cojí una de ellas, la introduje entre la madera y el cerrojo y estimuladas mis tuerzas por el terror y el peligro, logré forzar la puerta: me encontré en una estrecha y oscura calleja: á poco que anduve en ella, encontré un hombre que al verme se detuvo, maravillado de ver una mujer sola, en tal sitio y á tales horas.

Hablóme algunas palabras en hebreo, que yo no comprendí, pero dominándome le dije:

—He entrado esta tarde en la Judería y me he estraviado en ella: hacedme la merced de guiarme para que pueda silir.

—¡Ah! es una castellana, dijo aquel hombre: á propósito, yo voy fuera de de la Judería, venid y os acompañaré.

Asíme temblando del brazo de aquel hombre, y muy pronto me vi en las calles de la ciudad.

—¿Adónde quereis que os lleve? me dijo el judío.

—Gracias, le contesté: necesito ir sola á mi casa: dejadme, pues.

—Paréceme, señora, que acabais de salir de un peligro, me dijo aquel hombre.

Yo me turbé.

—Vuestro traje, vuestra palidez, vuestro temblor, todo lo indican: no sé por qué me intereso por vos: os dejo libre, sin embargo, puesto que vos sabreis sin duda mejor que nadie lo que debeis hacer; pero tomad: en esta bolsa hay algunos castellanos de oro... aceptadla, y no lloreis, y si alguna vez me necesitais para algo, sabed que me llamo Simuel Leví y que estoy al servicio del señor rey don Alonso.

—¡Ah! ¡el bueno de mi tesorero! dijo el rey: pues paréceme que esta es la única obra meritoria que su codicia le ha hecho hacer en toda su vida.

—Yo tomé llorando aquel dinero, y besé la mano que me lo daba: despues de lo cual se alejó dejándome sola.

—Esto es muy de don Simuel, que cree que la mejor ayuda y compaña que puede tener una persona, es dinero en la escarcela, y á fé que para pensar asi no le falta razon, dijo el rey interrumpiendo á doña Estrella.

—Yo, continuó esta, tardé muy poco en decidirme acerca del partido que debia tomar; era demasiado conocida en Sevilla, para que no temiese tropezar con algunos de los amigos de mi esposo: por un momento tuve pensamiento de ir á pedir justicia á vuestro padre; pero preferí tomarme algun tiempo, buscar primero un asilo en alguua de las abadias de mujeres, situadas en el campo, y desde alli pedir proteccion al rey en nombre de su justicia. ¡Ojalá que asi lo hubiese hecho!

—¿Os decidísteis por el convento?

—Sí, yo sabia que habia uno de benedictinas mas allá de Santiponce, y sin perder tiempo tomé el camino de la villa. Pero yo contaba demasiado con mis fuerzas: á la mitad de la marcha me sentí cansada, doloridos los piés hasta el punto de no poder dar un paso. Entonces, obligada á detenerme, consideré que estaba muy espuesta al lado de un camino: miré en derredor mio, buscando un albergue y ví... estas ruinas donde nos encontramos.

—¡Dios os trajo la puerto de salvacion! dijo el rey.

—No, no señor; Dios me trajo á un nuevo lugar de prueba.

—¡A un lugar de prueba!

—Sí por cierto, y de una prueba horrorósa.

—Seguid, seguid.

—Creyendo lo mas prudente ocultarme para descansar en las ruinas, me encaminé á ellas; á nadie encontré: las ruinas estaban silenciosas y solitarias como ahora; una luna tan clara como la que nos alumbra las iluminaba, y tenian este mismo aspecto misterioso y solemne.

Aquel misterio, aquella soledad estaban en armonía con el estado de mi espíritu: por algun tiempo vagué distraida sobre los escombros cubiertos de musgo, y al fin me senté en el mismo lugar en que estamos sentados.

Mi distraccion era profunda; pero de repente me sacó de ella una sombra oscura que vino á interceptarme la luz de la luna. Levanté la vista, y ví delante de mí un monje.

La vista de otro hombre me hubiera aterrado; pero me infundió confianza el hábito del desconocido, de cuya edad y semblante no podia juzgar, porque tenia cubierta la cabeza con un capuz. Pero muy pronto su voz me demostró que era jóven.

—¿Qué buscais, señora, me dijo, sola, triste y desamparada en esta soledad?

El acento de aquel hombre era dulce y lleno de uncion.

—¿Sois sacerdote? le pregunté.

—Sóilo, aunque indigno, me contestó.

—Pues bien, amparadme, padre mio, y dadme

consejo, le dije.

—¿Os persiguen? repuso.

—Me persigue mi desdicha, le respondí.

—¡Tan jóven y ya desdichada! esclamó con un profundo acento de conmiseracion aquel hombre.

—Sí, sí, muy desdichada, padre mio, esclamé llorando y llena al mismo tiempo de esperanza, porque esperaba encontrar un noble protector en el monje.

—¿No teneis familia?

—La tenia, pero la he perdido: amparadme, amparadme, señor.

—Seais ó no digna de amparo, un ministro del Señor no debe negároslo: ¿qué quereis?

—Escuchadme en confesion, padre mio.

—Sí, os escucharé; pero puesto que quereis confesaros, venid á la ermita; cualquier lugar puede consagrarse á la penitencia; pero teniendo cerca la casa de Dios, debemos recurrir á ella.

Yo no tenia motivos para desconfiar, y seguí á aquel hombre: abrió una puerta, entró, volvió á cerrar, y ví con terror que no era en la capilla de la ermita donde me habia introducido, sino en su propia habitacion.

—Paréceme que el tal, dijo el rey, era uno de esos bribones que encubren bajo un sayal sus crímenes.

—¡Ah! ¡sí, señor! ¡aquel hombre era un infame!

—¡Que os impuso su voluntad!...

—No por cierto: Dios me amparó.

—Vos sois siempre la mujer fuerte á quien Dios ampara, dijo el rey: yo creo que todo ha consistido en que no habeis amado todavía.

—No, no, señor, esclamó ruborizándose y bajando los ojos doña Estrella, dominada por la ardiente mirada del rey: nunca he amado, pero aunque hubiera adorado á un hombre, jamás hubiera faltado á mi recato: podré ser desdichada, pero no impura.

—Una gota de agua horada una piedra; los suspiros y las lágrimas del amor ablandan el corazon mas duro.

—No sé lo que podrá acontecerme, contestó doña Estrella manteniendo fija la vista en el suelo; pero hasta ahora he sabido luchar y vencer.

—¿Luego habeis estado á punto de amar?

—No, pero no es solo el amor el que rinde á una mujer: la rinden á veces la compasion, á veces el terror, á veces la necesidad: por estas pasiones me he visto combatida... por el amor nunca.

—¡Ay, si el amor de un hombre que os enamore os combate!

—Venceré, esclamó doña Estrella levantando sus rasgados ojos negros y fijándolos en el rey.

—Lo veremos, señora.

—Lo vereis, dijo doña Estrella.

—¿Qué lo veré?... eso quiere decir que yo...

—Vos, señor, sois un hombre fatal: no podeis estar al lado de una mujer que valga algo sin decirla amores... me estais enamorando...

—¿Yo?...

—Sí, vos: ¿á qué venia si no esta conversacion y los elogios que habeis hecho á mi hermosura?

—¡Oh! sí, es verdad; sois hermosa, pura, sublime como un serafin.

—Permitidme, señor, que os recuerde que estoy hablando con el rey, no con el hombre.

—Pues bien, señora, para que pueda oiros el rey, os suplica que del mismo modo que él os ha oido, vos escucheis al hombre. Ahora bien, sepamos cómo Dios os libró de las asechanzas de aquel buen ermitaño.

—Si yo hubiera resistido de una manera imprudente á sus deseos, acaso abandonada, sola, débil, me hubiera visto ultrajada; pero le entretuve con esperanzas: le prometí que seria suya en el momento que me diese noticias de mi hija, y aquel hombre prefirió esperar á provocar un lance funesto, porque mi firmeza le demostró bien claro hasta qué punto seria capaz de llegar. Yo esperaba que ganando tiempo podria verme libre de él, huyendo de la ermita; pero me engañé: al dia siguiente, cuando aquel hom-

bre salió para ir á Sevilla, me dejó encerrada.

—¡Ah! dijo el rey, desconfiaba.

—Pero la mano de Dios me libró de él: algunas noches despues, al volvor, noté que estaba muy pálido, que su paso era vacilante: cuando entró, se dejó caer en su tarima, y me dijo:

—Me han muerto por vos.

—¡Por mí! esclamé.

—Sí: contando con la promesa que me hicisteis de que seriais mia cuando os entregase vuestra hija, pretendí robarla: habia buscado algunos amigos en Sevilla, gente á propósito para el caso, y cuando habiamos ya robado á la niña, fuimos perseguidos: yo he tenido la desgracia de recibir una grave herida...

—Pero mi hija...

—¡Vuestra hija!... no sé lo que ha sido de ella.

Aquel hombre no pudo hablar mas: su herida se empeoró, y al fin murió de ella á los tres dias: pero antes de morir declaró que, queriendo yo consagrarme á la penitencia, me dejaba aquella ermita que él mismo con sus manos habia construido.

Algunos villanos de las inmediaciones que tenian por santo al ermitaño le enterraron en la misma ermita, y yo desde entonces habito en ella.

—¿Y cómo no fuísteis á pedir justicia al rey? dijo don Pedro.

—Si mi hija hubiera vivido en poder de Juan de Arévalo, yo no hubiera descansado hasta ponerla á salvo de su ódio. Pero por informe de algunas buenas gentes que consintieron en ir á Sevilla, supe que el mismo Juan de Arévalo la habia buscado con un grande interés y no la habia encontrado. Entonces me dije: ¿dónde estaré mas á cubierto de la desdicha que me persigue que en este apartado retiro consagrado por la veneracion de la comarca?

—¿Y sin embargo, decís que en él habeis sufrido persecuciones?

—Sí, muchas veces el caminante, el peregrino, el bandido, el caballero han pretendido abusar de mi debilidad; pero entonces ha sonado esa campana, y las gentes de los alrededores han acudido á mi socorro.

—¿Y de qué habeis vivido, señora?

—De la caridad agena.

—¡Ah! ¿y érais rica?

—Mi esposo debe haber heredado á mi hija.

—Pues bien, os juro, señora, que yo llegaré al oscuro fondo de los crímenes de Juan de Arévalo; que los descubriré, que descubriré el paradero de vuestra hija si no ha muerto; que castigaré duramente las infamias y los crímenes que con vos se han cometido: el rey os ha oido, y os promete justicia: escuchad ahora al hombre.

—Perdonad, señor, dijo doña Estrella levantándose con dignidad y echándose el velo sobre el rostro: yo no puedo ni debo oiros: además, tenedlo presente: aunque fuérais libre, aunque me ofreciérais vuestra corona y vuestros tesoros, no podría amaros.

—¡Me amareis! dijo el rey.

—Dios me defenderá de vuestro amor.

—Yo haré tanto que consintais en mi felicidad.

—Vuestra felicidad está en el cumplimiento de vuestros deberes, señor.

—¿Os vais, doña Estrella? dijo el rey, viendo que la penitente se encaminaba á la ermita.

—Sí, sí, ya es muy tarde, señor; volvedos á vuestra córte, y dejadme que yo me acoja á mi retiro.

—Hasta mañana, pues, doña Estrella: os juro traeros noticias de vuestra hija.

—¡Ah! señor, si no puedo daros el amor que quereis, os daré el del agradecimiento.

—Adios, doña Estrella, adios, dijo el rey.

Y apoderándose por sorpresa, de una de las manos de la hermosa penitente, la retuvo y la cubrió de ardientes besos.

Doña Estrella lanzó un grito, pugnó por desasirse, lo logró y escapó hácia la ermita, cuya puerta se cerró tras ella.

El rey quedó por algun tiempo inmóvil y murmurando:

—¡Hé aquí lo que son los caprichos de la suerte! hace algun tiempo que me fastidiaba, no encontrando una mujer bastante hermosa para calmar la sed de mis deseos, y ahora me salen al encuentro mujeres, cada una de las cuales es capaz de ablandar un corazon de mármol: doña María de Hinestrosa, Thamar, la hermosa hija del corregidor, la viuda del muerto, doña Estrella... y ¡cuán hermosa es doña Estrella!... sus costumbres, su candor, su dulzura, la dan un encanto irresistible: y su voz temblaba al rechazar mi amor, y sus ojos se encendian en mi mirada y se agitaba su hermosísimo seno... esa mujer enloquecerá por mí antes de mucho... si su hija no ha muerto se la devolveré... castigaré á ese infame Juan de Arévalo, á esa miserable doña Elvira de Herrera y en cuanto á su hija la hermosa doña Constanza, yo me encargaré de consolarla... vamos: dominemos por ahora el amor y pensemos en nuestros rebeldes: ¡ah! es necesario no olvidarse tampoco de ese buen Gilote, que dice que si él fuese corregidor, no se quedaria sin castigo el matador de Alvaro Gomez de Santaella... lo veremos, señor patan... lo veremos... entre tanto pienso divertirme á mi manera, por algunos dias.

Dicho esto, el rey salió de las ruinas y se encaminó á un sendero, donde le esperaba un hombre, teniendo dos caballos del diestro.

—Cabalga, cabalga, Rodrigo Perez, dijo el rey, montando; cabalga y sígueme: á Triana.

Los dos ginetes partieron al galope; poco despues el rey hacia sonar su corneta delante de la poterna del castillo de Triana, en el que entró despues de ser reconocido.

—¿Está en disposicion el hebreo Saul de ser puesto á la cuestion de tormento? preguntó el rey al médico del castillo.

—Su herida es leve, señor, contestó el médico.

—Pues bien, Pero Lopez de Padilla, dijo el rey: haz conducir á nuestro judío á la cámara del tormento.

El rey estuvo encerrado con el judio, con un escribano y dos atormentadores durante largo tiempo; al fin, antes de amanecer, á la débil luz del alba, pudo verse el semblante del rey, pálido, sombrio, torvo.

Montó á caballo y seguido de sus ballesteros entró en Sevilla.

Poco despues se vieron salir dos ataudes del castillo en direccion al cementerio de Triana: un escribano pequeño y flaco y cuatro arqueros acompañaban los dos ataudes: cuando hubieron llegado al cementerio los descubrieron.

—Estamos al corriente, dijo el escribano: ellos son; el llamado Saul, judío, muerto en el tormento, y el

alférez de la puerta de Triana, Ruy Sancho, ahorcado de órden del señor rey.

Y el escribano firmó al pié de un testimonio, que llevaba estendido, despues de lo cual se encaminó paso tras paso á Sevilla.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

CAPITULO PRIMERO.

De cómo Deogracias, de un tropezon en otro, vino á encontrarse de repente, y cuando menos lo pensaba, enamorado.

Nunca Juan Diente se habia visto mas desesperado, que cumpliendo el encargo del rey, de buscar á Salomith.

Revolvió á Sevilla, indagó, buscó, recorrió las tabernas, puso en práctica cuantos medios y cuantas astucias estuvieron á su alcance, pero en vano. Presentóse al rey al dia siguiente y le dijo:

—Señor, todo cuanto he hecho por encontrar á doña Salomith, ha sido inútil: será preciso si quereis dar con ella, que la pregoneis como habeis pregonado la cabeza del matador de Alvaro Gomez de Santaella.

—No es necesario tanto: yo he averiguado mas que tú: vé al barrio de San Bernardo, á la calle de Vargas Machuca, introdúcete en una casa de vecindad que hay en ella, entre la casa de un odrero y la de un tabernero; para mas señas: en el zaguan de la casa de vecinos, hay un zapatero de viejo.

—Pues ha sido vuestra señoria mas afortunado que yo, dijo el bravío ballestero: desde que me disteis ayer la órden para buscar á doña Salomith, no he descansado ni dormido: y en vano... parece que la tierra se la ha tragado... ¿quién encuentra asi tan de repente á una persona que se pierde en Sevilla?

—Yo, Juan; yo, que lo veo todo, que lo oigo todo. Vé á esa casa pero lleva contigo á Rodrigo Perez, que conoce á doña Salomith, para que con algunos ballesteros, rodée la casa, pero de una manera recatada y que no se pueda escapar. Entra tú, procura verla, convencerla: si no bastasen tus razones, préndela, métela en una litera que llevarás contigo, y llévala á su casa, en la cual no la perdereis de vista tú ni Rodrigo Perez: y eso al momento.

Juan Diente salió del alcázar, en compañía de Rodrigo Perez de Castro y de algunos ballesteros: al pasar por la plaza de armas, vió que algunos soldados, con los cuales iba el ballestero mayor Pero Lope de Padilla, llevaban preso á un zagal jóven.

Aquel zagal era Gilote, que marchaba de una manera desembarazada y dándosele al parecer muy poco por su prision.

—¿Que diablos irá á hacer su señoría con ese rústico? dijo Juan Diente á Rodrigo Perez de Castro.

—Cosa debe ser de monta, contestó el otro ballestero, porque no es el guardian de ese mozo, punto menos que nuestro buen capitan, el ballestero mayor.

—Dígote, Rodrigo, que maldito lo que entiendo de estas cosas: pero calle: ¿quién es aquel hidalgo que viene tan hinchado? Ciego me vea, si no es maese Deogracias, el acólito del sacristan de la iglesia de San Juan de la Palma.

En efecto, Deogracias, vestido de una manera noble y flamante, aunque chillona, adelantaba dando aire á sus largas piernas, en direccion al alcázar.

Se habia lavado y recortado, ó por mejor decir, redondeado su larga y voluminosa cabellera, que domesticada por un peine, no se mostraba tan revuelta como de ordinario: llevaba una gorra de velludo rojo, tachonado de rosetas de plata, y prendida á la izquierda una pluma de águila parda: veíase sobre su largo cuello, una limpia y fina camisa; ceñíale una especie de gaban de ante, bajo el cual se veia un justillo del mismo velludo rojo, tachonado con iguales rosetas de plata, y que parecia venirle un po-

co ancho: sus calzas eran de grana y sus borceguies de ante: ceñia espada y puñal, y de este último pendia una limosnera bastante bella: últimamente, sus piés se encerraban en unos borceguies de ante bordado con seda de colores, que parecian venirle estrechos, porque su paso era semejante al de una persona á quien aprieta demasiado el calzado, y de tiempo en tiempo, al tropezar con alguna desigualdad de terreno, cojeaba y hacia un ademan de dolor, enderezándose al momento y siguiendo con buen talante su camino.

Cuando estuvo ya tan cerca de los ballesteros, que estos pudieron juzgar detalladamente del traje, Juan Diente lanzó una esclamacion:

—¡Oyes, Rodrigo! dijo á su compañero, yo conozco esas ropas.

—¡Y yo, vive Dios! esclamó Rodrigo Perez, es un vestido completo del rey: como que hace ocho dias se lo vi puesto.

—Y yo, dijo Juan Diente.

—¿Y le viene grande?

—Y chico.

—Ya lo creo; como que el rey tiene mas hombros que ese avestruz, y menos cintura y menos piés. ¡Hola, amigo mio! añadió dirigiéndose á Deogracias, que habia reparado á su vez en Juan Diente; paréceme que el paje Perruche se interesa tanto por vos,

que os viste con sus ropas.

—Sí, sí por cierto, señor ballestero, dijo el monago, el señor Pedro de Espinosa es un gentil y buen hidalgo, muy rico y muy caritativo, que me ha tomado bajo su proteccion, como que me ha prometido, que hará con su merced reverendísima el señor arzobispo que me haga sacristan de San Juan de la Palma.

—¿Sacristan, hidalgo y armado?

—Y qué ¿no ha habido hidalgos sacristanes?

—Y tanto. Ahí está el sacristan de la capilla real que es un noble señor.

—¿Y sabeis si el señor Pedro está en el alcázar?

—Preguntad á quien hayais de preguntar, y os darán razon; yo creo que sí está, á no ser que haya salido despues de salir nosotros, porque yo acabo de hablar con él.

—Pues adios, señor ballestero: y escuchad: como me pareceis muy buen hombre...

—Mil mercedes, noble sacristan, dijo Juan Diente.

—Y lo mismo vuestro compañero...

—Muchas gradias, hidalgo, dijo Rodrigo Perez.

—Y como tengo monedas buenas, limpias y sonantes en el bolsillo...

Y movia su escarcela que lanzaba de sí un sonido aurífero.

—¡Ah! ¡ah! dijo Juan Diente: mucho os favorece el señor Pedro de Espinosa...

—En verdad que ese señor me demuestra mucho cariño, repuso Deogracias: por lo mismo, señores mios, y como yo sé que el señor Pedro os estima tambien mucho, quisiera ser vuestro amigo.

—Con mil amores, dijeron los ballesteros.

—Pues bien, para entablar dignamente nuestra amistad, espero que hoy comeremos juntos.

—Sí por cierto, si Dios y el rey quieren.

—¡Ah! por supuesto. Por lo tanto yo os esperaré al medio dia en la taberna del Gato Blanco.

—Nos place, dijo Juan Diente: pero entendámonos, á escote: ¿no es verdad, Rodrigo?

—Sea como vosotros querais, señores hidalgos: id, pues, á vuestra obligacion, mientras yo voy á la mia, y hasta las doce en la taberna del Gato Blanco.

—En el Gato Blanco estaremos, si nos es posible á las doce. Adios.

—Adios.

Y Deogracias, despues de haber estendido las manos á los dos ballesteros, siguió hacia la poterna del alcázar, mientras Juan Diente y Rodrigo Perez, seguidos de los otros ballesteros, continuaron su camino.

—¿Sabes Rodrigo, que el tal acólito, me parece un

tunante de siete suelas? dijo Juan Diente.

—Cuando el rey le proteje, Juan, debe te ner algo de bueno.

—Sí, sí; parece de buena masa: pero debe de haber sospechado algo acerca del rey cuando quiere trabar conocimiento con nosotros.

—¡Ya! pues me parece que el tal monago viene á buscar mendrugos á cama de galgos: si el rey no se le da á conocer, yo le juro que no le ha de conocer por nosotros; pero vamos aprisa, Juan: nos hemos entretenido demasiado, y ya sabes que el rey es impaciente.

Los ballesteros salieron de la plaza de armas, y entretanto Deogracias se encontraba cerca de la poterna: pero de repente chocó el tacon de uno de sus borceguíes violentamente contra una piedra, sintió un dolor agudo en el pié, lanzó un grito de dolor, y se puso pálido.

En aquel momento una jóven que adelantaba acompañada de una dueña se detuvo delante de Deogracias que estaba con el pié izquierdo levantado, los puños cerrados y el semblante pálido y alzado al cielo con una profunda espresion de dolor.

—¿Os habeis hecho mucho mal, caballero? dijo la caritativa dama.

Al escuchar su voz de ángel, Deogracias volvió de su síncope, miró á la jóven, apoyó su pié en el

suelo, y se echó á temblar: habia llegado el momento en que el amor se le entrase de rondon por los ojos, y habia sido tal y tan violento el flechazo, que apenas tuvo aliento para contestar balbuceando:

—No, no, señora, un tropezon... una maldita piedra... pero ya ha pasado: gracias, muchas gracias, señora.

Y sin decir mas, como si aquella mujer le diese miedo, se encaminó á la cercana poterna.

Bien hubiera querido Deogracias marchar de una manera desembarazada y gallarda; pero habia tropezado de una manera doble: primero en la piedra, y despues en los ojos de la dama, y por lo tanto cojeaba, é iba visiblemente descuadernado.

En otra ocasion la damita se hubiera reido; pero en su semblante habia dolor y ansiedad, y se limitó á esclamar con acento indolente:

—¡Pobre hombre!

Entretanto Deogracias habia llegado al alcázar, y habia preguntado al alférez de la guarda:

—¿Sabeis si está en el alcázar el señor Pedro de Espinosa, paje de su señoría?

—No le conozco, respondió ágriamente el alférez.

—¡Ba! decís bien: no teneis vos cara de conocer á tan noble persona.

Y quiso seguir adelante.

—¡Eh! ¿á dónde vais? dijo el alferez deteniéndole:

¡qué! se entra así sin mas ni mas en el alcázar del rey de Castilla?

—¡He sido llamado!

—¿Y quién os ha llamado?

—El señor Pedro de Espinosa.

—En el alcázar no se conoce á tal sugeto.

—Podrán en buen hora no conocerle los soldadotes como vos; pero yo como no es la primera vez que entro en el alcázar, sé que le conocen ilustres damas y nobles caballeros, y no solo que le conocen, sino que le distinguen; y en fin, si no me dejais pasar, podrá pesaros, y ya nos veremos, señor mastin.

Predispuesto el alférez por la dominacion de soldadote, puesta en el colmo su irritacion por el apodo de mastin, echó mano á su tizona, y no sabemos qué hubiera acontecido al monago, si en aquel momento no hubiera aparecido el ballestero mayor Pero Lope de Padilla.

En el mismo punto la dama de que hemos hablado, acompañada de la dueña y causando la admiracion de los soldados de la guarda y sus no muy reverentes miradas, estaba detrás de Deogracias, y esclamaba, interponiéndose, al ver que el alférez desenvainaba lívido de cólera, mientras el monago se hacia atrás en su ademan eminentemente dramático.

—¡Ah! ¡señor alférez! caballero... envainad!

¡dejad vuestras espadas! ¡mirad el lugar en que estais!

Por mas que la voz y la súplica de la dama influyesen de una manera estraordinaria sobre el alma y sobre el cuerpo de Deogracias, no acontecia del mismo modo con el alférez, que no se hubiera contenido ciertamente, si Pero Lope de Padilla, á quien se veia obligado á respetar bajo su triple aspecto de ricohombre de Castilla, ballestero mayor y pariente próximo de la Padilla, no le hubiese dicho con acento altivo y dominador:

—¡Eh, alférez Castro! ¿qué significa esto? ¿mano á la espada en el alcázar contra un hombre que no os acomete?

—Me ha llamado soldadote y mastin, dijo el alférez dejando la espada, pero con la voz temblorosa.

—¡Ah! ¿os ha llamado mastin y soldadote? pues mirad, debe conoceros cuando tan bien os ha nombrado.

—Pues no le he visto en toda mi vida, dijo Deogracias.

—Y vos, señor mio, ¿cómo, no teniendo confianza con el alférez Castro, os entremeteis á decirle verdades?

—El señor alférez no ha sabido contestarme cuando le he preguntado por una persona que debe ser muy conocida en el alcázar, y cuando iba á

pasar para buscar noticias de otros menos torpes que él.....

Palideció de nuevo el alférez.

—Al asunto, señor mio: ¿á quién buscábais?

—Al señor Pedro de Espinosa, paje de su señoría.

—¡Ah, sí, en efecto! ¿y vos no conoceis al señor Pedro de Espinosa, alférez? Tiene razon este mancebo. Sois un torpe.

—¡Señor!

—Idos, vive Dios.

El alférez se entró murmurando en el aposento de la guarda.

—Venid, venid, dijo Pero Lope de Padilla: y vos, señora, ¿buscais tambien al señor Pedro de Espinosa? añadió dirigiéndose á la dama.

—No, no, señor: yo pretendo una audiencia del rey.

—¡Una audiencia del rey! dificil me parece en este momento.

—Vengo á pedirle amparo y justicia.

—¡Oh! pues entonces siempre tendrá el rey algunos momentos para vos. Venid.

Pero Lope de Padilla, la dama, Deogracias y la dueña atravesaron el patio que hoy se llama de las Muñecas, y el ballestero mayor les condujo á través de largos corredores á una antecámara solitaria en que solo se veia un maestresala.

—Esperad aquí. dijo el ballestero mayor. Anunciadme á su señoría, añadió dirigiéndose al maestresala.

—¡El señor ballestero mayor! gritó este abriendo la puerta.

Y volviéndose á Pero Lope, le dijo:

—Su señoría el rey os manda entrar.

Quedóse Deogracias frente á frente de la dama: era esta una jóven como de diez y ocho años, de hermosura delicada, de hermosos ojos negros, de hermosos cabellos tambien negros, de frente pálida y lábios rojos. Deogracias, vírgen hasta entonces de tales impresiones, la miraba de una manera tal y tan inconveniente, que la pobre niña contrariada, fastidiada, ruborosa, fijaba tenazmente la vista en la alfombra.

La pronta vuelta de Pero Lope vino á sacarla de esta posicion forzada.

—Señora, la dijo, el rey siente no poder absolutamente recibiros; mañana tal vez... En cuanto á vos, hidalgo, el rey os manda esperar.

Y dicho esto, Pero Lope salió de la antecámara.

—¡Que el rey se niega á recibirme! dijo la jóven con dolor: ¡ah! ¡en otro tiempo yo...

—No os aflijais, señora, la dijo oficiosamente y temblando de emocion Deogracias: yo tengo que ver

á una persona que puede mucho con el rey, y os prometo que le vereis.

—¡Oh! gracias, gracias, caballero.

Y ya dulcificada la situacion, se entabló una conversacion indiferente, que nada importa á nuestros lectores; una de esas conversaciones que entretienen una espera.

Veamos en qué se ocupaba el rey entretanto.

CAPITULO II.

Un corregidor como no ha tenido dos Sevilla.

El zagal Gilote nunca habia visto habitaciones mas lujosas que las del cura de su aldea, y cuando Pero Lope de Padilla le introdujo en la cámara del rey, quedóse asombrado de una manera tal como el que entra en un mundo desconocido para él.

Todo allí le maravillaba: las tapicerías, las alfombras, los muebles, el riquísimo artesonado de alerce, embutido de nácar, ébano y granate; las paredes labradas, doradas y pintadas; las lámparas, las alhajas, las bujerias.

Gilote que, alentado por lo tranquilo de su conciencia, se habia dejado conducir á Sevilla, cuando se encontró en la cámara del rey, se creyó en la gloria, y con una sencillez lógica, pensó que no podian haberle llevado para hacerle daño á tan hermoso lugar.

El jóven pastor se devanó los sesos procurando encontrar la causa de que le hubieran llevado allí, y tuvo tiempo para pensar y volver á pensar y retornar á sus pensamientos, porque estuvo absolutamente solo durante un largo espacio: al fin se abrió una puerta y entró un gallardo mancebo, vestido de una manera deslumbrante por los brocados que le cubrian.

Era el rey.

Adelantó hácia Gilote mirándole con una atencion marcada, y despues de haberle examinado de piés á cabeza, le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Gil Pando, señor, contestó el zagal sin turbarse; pero en la majada me llaman los compañeros Gilote.

—¡Eres pastor!

—Pastor soy de cabras, señor, para servir á Dios y á vuesamercé.

—¿Habrás corrido muchas tierras?

—Casi, casi, señor: quiero decir; he andado to-

das las dehesas á la redonda, sé que en Prado-llano hay muy buenos pastos de invierno, que la otoñada es bueno pasarla en la Fuente del Sauco, y el estío en los Madroñales; sé...

—Bien, bien, dijo el rey; no tengo ganados que darte á guardar y me importa muy poco que seas un pastor inteligente ó no: pero me parece que no estás muy contento con tu suerte.

—¡Quia! sí señor: pastor fué mi padre, pastor mi abuelo, pastor fué asimesmo mi bisabuelo, y tengo para mí que toda nuestra alcuña viene de rabadanés.

—Sin embargo, yo creo que mejor gobernarias tú un rebaño mas noble.

—No me gustan las vacadas, señor, ni las yeguas; familia de cuernos y coces...

—¿Y si yo te diese un rebaño de hombres?

—Antoadia seria peor porque los hombres suelen tener peores vueltas que los animales bravos: y dígame su mercé: ¿se usa ahora hacer rebaños de hombres como de cabras? El diablo que los guarde entonces y que los meta en paz,

—¡Hola! ¿Con que te parece dificil ser pastor de hombres?

—Por mi santiguada, que solo se me alcanza que pueda haber un buen pastor para tal ganado.

—¿Y qué pastor es ese?

—El rey.

—¿El rey?

—Pues ya se vé: como que segun lo canta el licenciado de mi aldea, los reyes son imágenes de Dios sobre la tierra, y Dios los guia, y Dios los enseña; y les da fuerza y poder para gobernar y hacerse respetar de sus vasallos.

—Sí, pero si el rey es la imágen de Dios, no puede, como Dios, verlo, oirlo y saberlo todo.

—Sí que puede, dijo el pastor, porque como dice el licenciado de mi lugar, la justicia tiene cien ojos y cien oidos, y sus manos llegan á todas partes.

—¿Pero no ha dicho tambien ese buen licenciado que el rey se vé en la necesidad de entregar á los hombres la vara de la justicia, y que por muy recta que se la entregue, siempre hay algun ministro traidor que la tuerza ó la quiebre?

—Sí que lo ha dicho, pero tambien ha dicho que si entrega la vara que mide, se queda con la espada que corta.

—¡Hola, hola! pues no decia mal el bueno del licenciado.

—Y antoadia afirmaba que si las varas de justicia se torcian en las manos de los ministros, era porque el rey andaba remiso en cortar con su espada, y olvidadizo y apartado de lo justo y de lo honesto.

—¡Villano! esclamó el rey.

—Villano soy, dijo Gilote, pero honra tengo, y Dios vive que si yo fuese...

—Si tú fueras corregidor de Sevilla... ¿no es verdad?

—¡Quiá! su mercé bien conoce quo yo no tengo letras, y que no puedo ser corregidor, pero si las tuviera...

—¿Y qué harias?

—No se torceria en mis manos la vara de la justicia, que antes bien mediria por un rasero al noble y al villano, al alto y al bajo, al rico y al pobre, y con mas rigor á los poderosos, porque cuanto mas altos están, deben dar mejor ejemplo; y no como los vemos hoy, que cuando mas altos son, mas roban al pueblo y mas desafueros cometen, y mas vicios muestran... No, si yo fuera corregidor y el rey me oyera y me ayudara, que Dios vive, que si el mismo rey se desmandara y cometiera delitos, que yo tenderia mi vara sobre el rey, porque no hay rey mas alto que la justicia, y rey que no obra justicia, no debia de ser rey; y si no, ved si lo canta el romance:

Non debiera de ser rey
bien temido y bien armado,
quien fallesce en la justicia
y esfuerza los desacatos.

El rey gozaba visiblemente con la charla del pastor, y le empeñaba en ella.

Gilote, con esa franqueza del campesino que dice lo que siente, hablaba sin reparar si sus palabras le comprometian ó no.

—¿Y por quién dices tú que tiene en la mano la espada de la justicia y no corta con ella?

—Dígolo, contestó el rústico dando vueltas á su caperuza, dígolo por el rey de Castilla.

—¡Ah! ¿Y qué encuentras tú de reprensible en el rey don Pedro?

—Que deje que sus vasallos ricos desuellen á sus vasallos pobres.

—Llaman al rey el cruel por sus justicias.

—Pero la justicia cruel espanta y no escarmienta.

—¡Ah!

—Sí pardiez: ademas el rey tiene justicia para sus enemigos, pero no para sus amigos.

—¿De modo que el rey deja los delitos impunes?

—Y deja que se ensoberbezcan los malos.

—Bien, muy bien.

—Y que se maten los unos y los otros.

—¿De modo que no hay justicia ni gobierno en Castilla?

—¿Y puede llamarse justicia á la que no sabe dónde paran los malhechores?

—Sigue, sigue.

—Es que vuesamercé debe saber...

—Pues no sé nada.

—¿Con que vuesamercé no sabe que anoche cometieron un homicidio en Sevilla, y que la justicia no ha podido dar con el malhechor y le han pregonado?

—Pasan muchas cosas en la córte, que no sabemos en el alcázar.

—Pues yo tengo para mí, que aqui debia saberse todo.

—Pues mira, Gilote; yo no sé qué tienen los alcázares, que no entra en ellos mas que lo que los arrimados del rey quieren que entre.

—La culpa la tiene el rey.

—¿Tambien tiene el rey la culpa de que le engañen?

—¿Pues no? Diera audiencia á todos, y á todos amparára, para que el chico no tuviese que temer al grande, y lo sabria todo, porque no faltaria quien se lo dijese.

—Vamos, tú eres sin duda uno esos que desde su choza y á su manera quieren gobernar al mundo.

—Yo soy uno que desde mi choza sé que el reino está mal gobernado; que se desuella al pobre; que el que no medra en la córte, se muere de hambre; y que los grandes señores se matan los unos á los otros, sin que nadie se lo estorbe ni se meta en ello; y si se

Al verle este lanzó un agudo grito y se retiró dos pasos.

matáran ellos solos... cuantos menos lobos, menos cuidados... pero los pobres... la sangre de los pobres...

—Me están dando ganas, Gilote, de decir al rey lo que me estás diciendo, á ver si el rey te pone en lugar donde puedas probar por tí mismo si es ó no fácil regir á un reino.

—De modo que yo he nacido pastor, y con saber guardar mis ovejas sé lo bastante; y aun asi, yo creo que quien tiene valor para salir al lobo, le tendria para ahorcar al que se desmandase.

—Pues bien, yo te juro que dentro de muy poco se van á cumplir tus deseos.

—¡Mis deseos!

—Si por cierto: tú dijiste anoche en la ermita del Amparo, que si fueras corregidor de Sevilla no habria necesidad de que el rey pregonase á los delincuentes para encarcelarlos.

—Es verdad que lo dije, contestó Gilote, poniéndose un tanto pálido, pero....

—¡Ah! ¿Empiezas á tener miedo?

—Vuesamercé sin duda se chancea; yo lo dije, pero el rey no pensará en hacer asi de un golpe, como quien dice de repente, corregidor de su córte á un rústico como yo.

—El rey, segun me ha dicho, quiere que quien murmura de su justicia se ponga en el caso de cum-

plir mejor que ella, y si así no lo hiciere, que se le ahorque.

Púsose un tanto mas pálido Gilote, y el rey, á quien sin duda esperaban otros negocios, le dijo:

—Espera aquí mientras yo entro á ver al rey.

—¿Pero vais á decirle al rey...

—¡Qué! ¿No te atreverias tú á decir á don Pedro el Cruel lo que me has dicho á mí que soy paje? Pues mira, has debido saber que ciertas cosas no pueden decirse en los alcázares sin que el rey las oiga, porque aquí, aunque no se oigan las cosas de fuera, para las de adentro tienen las paredes ojos y oidos.

Y dicho esto, el rey salió de su cámara, dejando al zagal espantado.

—¿Y quién me mete á mí, dijo despues de algunos minutos de silencio, en cosas que no me atañen? Con hablar no puedo remediar el mal, y hablando me le hago á mí mismo: vamos, soy un mastin, mas mastin que Leal el del aprisco: pues bien, suframos la pena: ¡y que no conociera yo, imbécil de mí que aquel caballero que fué á buscarme á la majada no podia quererme para nada bueno! Pues no, como de esta escápe, juro á Dios y á mi ánima, que el que haya de traerme á la córte ha de tener mas piernas que yo.

Aun no habia acabado Gilote de decir estas pa-

labras, cuando se abrió la puerta y apareció en ella el rey, á quien seguian cuatro camareros que traian ropas y una vara de justicia. El rey mostraba en su mano un pergamino enrollado.

—Vestid al corregidor de Sevilla Gil Pando, dijo el rey á los camareros.

Estos, disimulando su admiracion y su risa, por temor al rey, que habia dicho con seriedad las palabras anteriores, se acercaron al pastor, le hicieron una cumplida reverencia, y se disponian á vestirle las ropas que traian.

—¿Pero esto vá de veras? dijo Gilote mas muerto que vivo.

—Tan de veras, dijo el rey, que si no consientes en ser corregidor, mueres sin remedio ahorcado.

—Pues entre ser ahorcado ó ahorcar, ahorquemos, dijo Gilote, y se entregó á los camareros.

Desnudáronle estos, y le vistieron de piés á cabeza: cuando la operacion estuvo concluida, encontróse Gilote dentro de un sayo largo hasta los piés, azul, ancho y flotante, con un birrete encarnado en la cabeza, y con una ancha espada al lado: en sus puños y en su cuello se veian vueltas de encaje.

Cuando Gilote se vió ataviado de esta manera, comprendió que no era burla lo que con él se hacia, y si lo era, era harto pesada. Cuando el zagal estuvo en el estado que hemos dicho, el rey to-

mó la vara de justicia de manos de uno de los escuderos, y dijo al rústico:

—Señor Gil Pando, seguidme.

Gilote le siguió, el rey fué á la capilla del alcázar, y tomando de sobre el altar los Evangelios, le dijo:

—Arrodilláos, y poned las manos sobre estas sagradas letras.

Gilote se arrodilló y estendió la mano como se lo ordenaba el rey.

—¿Jurais por estos santos Evangelios, le dijo, no torcer la justicia, amparar á los menesterosos, castigar á los malos, y ser fiel á Dios y al rey?

—Lo juro, contestó maquinalmente Gilote.

—¿Jurais no recibir cohechos, ni doblegaros al temor, ni escuchar al amor, al ódio, ni al interés para administrar la justicia?

—Lo juro.

—Pues si así lo hiciéreis, continuó el rey, Dios os lo premie, y si no, os lo demande. Alzad.

Alzóse Gilote, y don Pedro le entregó la vara de justicia.

—Corregidor de Sevilla os hace el rey, continuó; y para que así podais acreditarlo, hé aquí la real cédula en que su señoría os confiere este oficio. Ahora bien, lo que hayais de hacer desde el momento, os lo dirá uno de vuestros tenientes que el rey ha pues-

Lo juro, contestó maquinalmente Gilete

to junto á vos y que no os perderá nunca de vista. Adelantad, señor Pero Lope de Padilla.

—¡Cómo! Este es el caballero que me ha preso y traido aquí, dijo el pastor; por lo que veo, el rey quiere tenerme preso y acechado, pues juro al rey, que ya que ha puesto esta vara en mi mano, que sabré ser corregidor y no han bastar conmigo temores ni amenazas...

—Eso quiere su señoría, y si este caballero os sigue, es únicamente, porque no entendeis de letras, para que os sirva de secretario.

—En ese caso, si el rey no lo tiene á mal, dejadme que vaya á empezar los cargos de mi oficio.

—Id, pues, pero tened en cuenta para hacer justicia, que el rey os mira.

—Mírame antes Dios, que es rey de reyes, y en él confio.

—Bien, bien, marchad y ved lo que haceis; porque quien os ha hecho corregidor puede quitaros la vida, y el rey me encarga deciros que si antes de quince dias no habeis ahorcado al matador de Alvaro Gomez de Santaella, os ahorcará á vos.

Y dicho esto, el rey salió dejando al asombrado y novísimo corregidor en compañía y resguardo de Pero Lope de Padilla.

CAPITULO III.

De cómo el rey conoció que se habia transformado enteramente el acólito Deogracias.

En otra ocasion nuestro monago, que era impaciente, se hubiera desesperado con la larga antecámara que le habia hecho sufrir el rey: pero entonces, merced á los negros ojos, á la blanca tez y al mórvido seno de la jóven dama, de quien ya hemos hecho mencion, pareciéronle brevísimos los instantes que trascurrieron, hasta que un camarero abrió la puerta, y acercándose á él, le dijo:

—¿Sois vos el que busca al señor Pedro de Espinosa?

—Yo soy, contestó Deogracias.

—Pues venid conmigo.

—Adios, señora, adios, dijo con voz trémula Deogracias, dirigiéndose á la damita; ya me llaman.

—No olvideis mi encargo, caballero, dijo esta, y ved que me va en ello acaso la vida de un padre.

—No lo olvidaré, señora; y os juro que si el rey está en el alcázar, le vereis: y adios.

—Id con él.

El monago lanzó una última y avarienta mirada á la jóven y siguió al camarero.

Decididamente la vanidad, al verse cubierto de un rico plumage, habia desvanecido á Deogracias, que se creia un águila poderosa, autorizada para mirar frente á frente el sol de la hermosura de las damas de la córte, que le deslumbraba, porque en realidad no era otra cosa que una lechuza de iglesia.

Estos pensamientos, si se quiere, soberbios y vanos, habian sido bastantes, sin embargo, para causar una transformacion completa en nuestro hombre: su cabeza antes abatida y humilde bajo el peso moral de su mugriento bonete, se habia erguido, y aparecian en su semblante ciertos rasgos de hermosura y audacia; su espalda antes encorvada, habia abandonado su curva: habia en fin, en todo su ser cierto aplomo, cierta gravedad, cierta fuerza, cierto aspec-

to de confianza de sí mismo, que habia hecho de Deogracias otro ser enteramente distinto. El monago habia desaparecido, y en su lugar habia quedado una cosa indeterminada, indefinible, una transicion viviente, un objeto que se encontraba en la época de su traslacion de un carácter dado á otro aun no conocido.

Cuando el rey le vió delante de sí, se maravilló.

—¿Sabes, Deogracias, le dijo cuando se hubieron quedado solos, que no te reconozco?

—Nada tiene de estraño que no me reconozcais, señor Pedro, dijo el monago con una gravedad, que rayaba en la impertinencia; nada tiene de estraño que no me reconozcais, porque yo mismo no me reconozco.

Y tras estas palabras, nuestro acólito arrancó un suspiro de lo mas profundo de sus entrañas, y le echó fuera, sin cuidarse ni un tantico de recatarlo.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! esclamó el rey, comprendiendo por la calidad del suspiro de Deogracias, la causa de su trasmutacion: ¡pues ya sé, ya sé en qué consiste todo! Vamos, tienes suerte, hijo: el rey sabe lo bien que sirviéndome le has servido, y he aquí que se ha procurado del reverendísimo padre en Cristo arzobispo de Sevilla, la provision en tí, de la sacristanía de la iglesia de San Juan de la Palma.

Púsose pálido Deogracias.

—¿Pues qué ha sido de maese Longinos, señor Pedro? dijo.

—Maese Longinos se encuentra haciendo un viaje muy largo, tan largo, que antes de que vuelva de él, habrá tenido tiempo su mujer, la señora Genoveva de morirse de vieja.

—¡Diablo! esclamó Deogracias, soplándose los dedos.

—¿Qué quieres? continuó el rey; maese Longinos era un traidor, y su señoría acostumbra á despachar buenamente sin ruido y con brevedad á los traidores. Como la señora Genoveva es una buena moza, y está acostumbrada á la sacristía, y tú has reparado acaso en demasía en sus buenos ojos y en otras buenas particularidades, puedes sin recelo contar con ella: eres jóven, ella no es vieja; sacristana era, y querrá seguir en su oficio: cásate con la señora Genoveva, Deogracias.

—¿Con qué es viuda?

—Viuda por la gracia del señor Pero de Chiclana, atormentador y ejecutor jurado de alta y baja justicia del muy poderoso y temido rey don Pedro.

—¡Qué desgracia! esclamó el monago.

—¿Desgracia llamas á la muerte de ese sacristan traidor y vergante?

—Desgracia para su mujer.

—Consuélala tú.

—Es que yo no quiero consolarla.

—¡Cómo! ¿pues por quién son esos suspiros tan profundos y vigorosos que pudieran mover un molino de viento?

—¡Ah, señor Pedro! la sacristana viuda es demasiado gorda.

—No, algo matrona y nada mas.

—Conócese que la habeis visto de lejos: todo consiste en que se aprieta demasiado el talle: antes de casarse con maese Longinos, fué mujer de un mayordomo de la cofradía de las ánimas, á quien hizo padre de quince chiquillos.

—¡Pues cómo! parece jóven.

—Se adoba y se compone la infame vieja de modo, que vista á quince pasos, parece una moza garrida, señor: pero de cerca... ¡Dios me libre...! ademas, yo nada tengo que agradecerla; por lo tanto, y puesto que su reverencia el señor arzobispo de Sevilla, me ha hecho sacristan de San Juan de la Palma, voy á echar á la calle á la señora Genoveva, para que busque libremente su tercer marido. Ya era tiempo de que yo me vengase de tanto ayuno forzado, y de tanto cruel pellizco; porque la bruja me pellizcaba, señor.

—Pues véngate en buen hora: pero no olvides por eso servirme.

—¿Y cómo olvidarlo, señor? ¿á quién debo yo lo que soy?

—Es necesario que oigas, que veas, que estés siempre atento en servicio del rey. Entre los clérigos muéstrate su amigo para que confien en tí, porque has de saber que no hay un clérigo en Castilla que no aborrezca al rey.

—Harto lo sé, señor.

—La corregidora y su hija van mucho á la iglesia... ténme muy en cuenta á esas dos damas.

—No lo olvidaré, señor.

—Será posible que tengas que dar algun billete á doña Constanza...

—¡Billete! ¿de quién?

—Billete mio.

—Se le daré, y no solamente uno, sino diez, ciento, mil: cuantos fuere necesario darla. Pero en cambio, señor Pedro, y ya que tan dispuesto estoy á serviros, quisiera que vos me hiciéseis otra merced.

—¿De qué se trata?

—Segun lo que ayer oí, vos sois un poderoso señor en la córte.

—Ya lo creo.

—¿Privais con el rey?

—Mucho que privo.

—¿El rey no os negará una gracia que le pidais?

—¿Y qué gracia es esa?

—Hace una hora pidió una dama audiencia á su señoría.

—¿Una dama que habia entrado en el alcázar acompañada de una dueña?

—Sí señor.

—El rey no quiere ver á esa dama.

—¿La conoce su señoría?

—Sí por cierto.

—¿Y ella, conoce al rey? dijo poniéndose muy pálido Deogracias.

Don Pedro conoció que el monago, ó por mejor decir, el sacristan de San Juan de la Palma, estaba enamorado de la dama, y contestó:

—No, ella no conoce al rey, pero es hija de uno de los traidores.

—¿Y el rey se niega á recibirla?...

—El rey no quiere quejas ni lágrimas.

—Pero es necerio que la reciba su señoría: he dado mi palabra á esa dama...

—¿Y que té importa cumplírsela ó no?

Púsose mas pálido Deogracias.

—Ven acá, ven, le dijo el rey, llevándole á una ventana; vas á contestarme con verdad: ¿tú estás enamorado de esa dama?...

—Señor...

—Contéstame.

—Yo... sí... verdaderamente...

—Doña Elvira es muy hermosa.

—¿Se llama doña Elvira?

—Sí, doña Elvira de Ayala. Su padre, que ayer era mi enemigo, hoy es mí mas leal vasallo: su padre es un caballero de los nobles de Castilla.

—Y ella me despreciará si sabe que soy...

—Pero ¿qué eres tú en fin?

—Yo, señor, era como sabeis acólito, y ahora sacristan: oficios menudos y cicateros, los menos apropósito para que una noble dama se interese por mí.

—¿Pero tu nombre, tus padres?...

—¡Ah señor! sábelo eso la señora Genoveva.

—¡Cómo!

—Una mañana, hace veinte y dos años, me dejaron dentro de una cesta y encerrado en la puerta de la iglesia de San Miguel: el señor Marcos, mayordomo de ánimas y marido de la señora Genoveva, me encontró; díle compasion, me llevó á su casa y la señora Genoveva, á quién acababa de morírsele un chiquillo, me crió á sus pechos.

—¡Ingrato! ¿y piensas ponerla en la calle? Eres málo, Deogracias.

—Es que la tal bruja ha sido para mí una madrastra: si me crió, fué porque la obligó á ello su marido: cuando este murió, me conservó á su lado como un esclavo, dándome de comer por alquitará, vistiéndome de andrajos, pellizcándome continuamente y zur-

rándome tres veces al dia. La tengo un ódio cruel y viniéndoseme á las manos la venganza, no la he de dejar pasar.

—Te aconsejo que por el momento nada digas á la señora Genoveva: ella sin duda sabe algo acerca de tu nacimiento: no la irrites y deja lo demas de mi cuenta... casi, casi, me atrevo á asegurarte que doña Elvira será tuya.

—¡Ah señor!

—Y por lo que te enamora (y ciertamente que la tal doña Elvira es una perla digna de un rey), consiento en hacer que el rey la reçiba.

—Dios os colme de felicidades, señor.

—Ahora, vé: dila al paso que espere un momento á que la avisen de parte del rey: y vete á la iglesia, componte como puedas con la señora Genoveva, y toma posesion de la sacristía. Ella se domesticará contigo, al ver que ya no eres el que eras, y lo demas déjalo de mi cuenta. Vete.

Deogracias salió, dejando solo al rey.

—Doña Elvira viene á verme, dijo este: hace mucho tiempo que no la veo, pero debe de estar hermosa, porque según las apariencias ha herido de muerte al bueno de Deogracias. Y bien: ennoblezcamos á ese pobre diablo, aunque averiguada su alcurnia, no se encuentre en ella una sola gota de sangre noble; le casaremos con ella... y... sí, sí... ella me ama... po-

bre niña... debo salvarla de la deshonra. . ¡Hola! id en busca de una dama que espera en la antecámara, y traedla... pero á ella sola.

El camarero á quien se habia dirigido el rey, desapareció, y poco despues volvió con la jóven dama, que tal revolucion habia causado en el alma de Deogracias.

Doña Elvira, pues ya sabemos que tal era su nombre, estuvo algun tiempo inmóvil á poca distancia de la puerta, pálida, cavizbaja, y temblando.

El rey, en quien toda mujer hermosa causaba una sensacion profunda, la miraba de una manera avarienta.

Ella permaneció algun tiempo inmóvil, luego alzó los ojos y los fijó en el rey, que tenia fijos en ella los suyos; cruzóse entre los dos una mirada intensa, enamoradora, y ella adelantando y arrojándose en sus brazos, esclamó:

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Salva á mi padre!

CAPITULO IV.

De cómo se arregló el casamiento de Deogracias.

Por algun tiempo el rey estrechó dulcemente contra su seno á la pobre niña, porque es de advertir, que doña Elvira de Ayala apenas contaria diez y siete años.

Estaba anegada en llanto y con su dolor mas hermosa; el rey, arrastrado de un instinto sensual, se sentia transportado: el amor filial divinizaba á Elvira.

—¡Mi padre! esclamó con la voz ardiente y llena de ansiedad: ¿qué has hecho de mi padre, Pedro?

—Tu padre vive, respondió el rey.

—¡Vive! ¿pero dónde está? ¿preso acaso? ¡sentenciado!

—Tu padre volverá á tu lado, apenas se cure de algunas ligeras heridas, que recibió anoche.

—¡Herido, Dios mio!

—Sí, pero levemente. Dentro de pocos dias le verás. Entretanto Elvira, y ya que tienes la certidumbre de que tu padre vive y ha vuelto á mi gracia...

—A tu gracia, Pedro... á vuestra gracia, señor, añadió la jóven volviendo en sí y separándose de los brazos del rey.

—¿A qué ese forzado respeto, Elvira mia? dijo don Pedro.

—Sí, sí; es verdad: ¡por mas que hago, por mas que veo la horrible crueldad, yo no puedo ver en tí mas que á Pedro Galan, al hermoso mancebo de mi amor, no al rey don Pedro, el tirano y el cruel!

—¡El cruel! ¡el tirano!

—¿Acaso no has sido cruel y tirano conmigo? ¿Acaso no me has engañado? Eras rey, y te fingiste un simple caballero. Eras casado y me prometiste casamiento. ¡Oh! ¡has sido conmigo cruel, muy cruel! yo al aparecer el rey, no he podido olvidar al amante... y he perdido por tí mi honor, me he visto castigada por mi padre, he visto á ese noble anciano, lanzado á la rebeldía por vengarse, y todo eso es obra tuya! ¿Quieres que no te llame cruel y tirano?

—¡Elvira, tu hermosura me disculpa!...

—¡Mi hermosura!

—¡Sí, Elvira mia! si yo despues de haberte visto tan hermosa, tan pura: si despues de haberse inflamado mi corazon en el ardiente amor que inspiras á cuantos te ven, te hubiera dicho: yo soy el rey de Castilla, ámame, sé mi manceba, tú...

—¡Te hubiera despreciado! esclamó con altivez doña Elvira.

—¡Oh! demasiado lo sábia. Por eso me disfracé, oculté mi nombre, te dije amores, quise que me amases... me amaste, y la desdicha reveló mi secreto... pero tú me amas todavía, ¿no es verdad?

—¡Qué si te amo! ¡te amo como el ciego ama la luz, y el preso la libertad: pero nuestro amor es imposible!

—¡Imposible! ¿y por qué?

—Escucha, Pedro: si yo fuera dueña de mí misma, me importaria muy poco lo que el mundo dijese; seria tu manceba... ¿que digo tu manceba? tu esclava... pero mi padre... mi padre jamás consentiria.

—Tu padre me debe la vida... y luego, Elvira, no es el leon tan bravo como le pintan... no hay hombre que no ceda á alguna pasion.

Coloreóse con un generoso rubor la noble frente de Elvira.

—¡Jamás, jamás me deshonraré volutariamente

ante los ojos de mi padre! he podido ser seducida, engañada, arrastrada á la deshonra por falaces promesas... podria siendo libre deshonrarme á mí misma; pero consentir en que las gentes pudieran decir de mi padre: ¡es un miserable, que vende á vil precio su honra, consintiendo los amores del rey con su hija!... ¡oh! ¡eso no: nunca!

—Escucha, Elvira, dijo el rey obedeciendo á una inspiracion súbita: hay un medio. Cásate.

—¡Que me case!

—Sí, una vez casada...

—Deshonraré á mi marido...

—Yo te daré marido tal, que te importe poco deshonrarle.

—¿Y qué marido puedes darme, que sea digno de mí y consienta?... ¡Oh! no, no... imposible.

—Escucha, Elvira, escucha: tú has conocido hoy á un hombre que al verte se ha enamorado ciegamente de tí.

—¡Un hombre que me ha visto por primera vez y que se ha enamorado de mí!... ¡ah! ¡aquel hombre!... ¡el del tropezon!... ¡ah!

Y Elvira se echó á reir.

—Pues bien, ese hombre será tu marido.

—¡Ah! ¡pobre hombre! temblaba delante de mí... apenas acertaba con las palabras... ese hombre, Pedro, si se casara conmigo, no me venderia...

—Ya encontrariamos medio.

—Y luego ¿quién es ese hombre? si he de juzgar por las apariencias... ¡Dios mio! si creo que aquel hombre no tiene de noble mas que el vestido, y aun ese le viene holgado.

—¡Dame una esperanza, Elvira!

—¡Una esperanza! ¿y de qué?

—De que consentirás en hacer lo que yo te aconseje.

—¡Ah! ¡Pedro, Pedro! quiera Dios que no me obligues á que me avergüence de mí misma.

—Esta noche, ese hombre que está enamorado de tí, rondará tu calle.

—¡Dios mio!

—Oye.... tu padre no puede ir esta noche á tu casa... deja abierto el postigo de antaño, y yo iré á aconsejarte lo que debes hacer cuando llegue tu enamorado.

—¡Ah! ¡Pedro, Pedro!

—No me repliques mas: has venido ansiosa por tu padre: sabes que vive, que no le amenaza ningun peligro y que le he vuelto á mi gracia... ahora no me niegues una felicidad que merece mi amor... espero encontrar abierto el postigo.

—Elvira vaciló un momento, luego fijó su mirada infiltrada de amor y de emocion en el rey, y esclamó con la voz trémula:

—¡Os esperaré, señor!

—¡Adios, ángel mio, adios! justo es ya que salgas: no acostumbro á dar tan largas audiencias á los hombres, y siendo tú mujer, y tan hermosa, pudieran murmurar de tí.

—Y llevándola galantemente á la puerta, la despidió.

Por la escena anterior, habrán comprendido nuestros lectores, que el rey, á aquella edad y en tales circunstancias, acostumbraba á dejar á un lado su corona, y no ser otra cosa que un mancebo enamorado.

CAPITULO V.

De como empezó sus tareas de corregidorl Gilote el zagal.

Entretanto y para darle cierta indispensable instruccion, llevaba el señor Pero Lope de Padilla á una habitacion retirada del alcázar, al corregidor incipiente, al cual, despues de haberse quedado solo con él, habló de esta manera:

—Ciertamente, amigo mio, que anoche anduvísteis muy poco cauto en vuestras palabras.

—Si me hubiera á mí pasado por el magin, que podian haber llegado á los oidos del rey, cosídome hubiera los lábios, y reventado antes que pronunciarlas.

—Sin embargo, no es tan grande el daño como creeis: vos no teneis letras, téngolas yo: vos no çonoceis la córte, yo la conozco: el rey me ha puesto junto á vos, en lo que no ha hecho poco, y yo os ayudaré.

Quedóse pensativo el pastor, á quien sobraba de malicia lo que faltaba de ciencia, y dijo:

—Paréceme que si el rey me pone á vuesa mercé por arrimo, es mas por asegurarse que por ayuda.

—¿Y qué tiene el rey que asegurarse de vos?

—En mi ánima que sí tiene: como que al salir del alçázar habia yo pensado en escurrirme muy lindamente hácia los montes; que sabiendo yo tan bien sus escondrijos y tan poco la justicia del rey en encontrar los nidos, no hubieran dado conmigo, ni aunque hubieran llevado sabuesos.

—Mal habeis hecho en decírmelo, porque yo sé que el rey os quiere bien y confia mucho en vos, y sentiria que os perdiéseis así sin mas ni mas.

—¿Que confia el rey en mí y no me conoce?

—¡Y vaya si os conoce! como os conozco yo. El rey lo vé, lo oye y lo siente todo en sus reinos.

—¡Bah! pues no decia lo mismo el mancebo hidalgo que ha estado hablando conmigo.

—¡El señor Pedro de Espinosa! ¡y qué sabe el señor Pedro de Espinosa! con cumplir las órdenes del rey, cumple y no está obligado á saber mas.

—Y si el rey lo vé, lo oye y lo siente todo como decís, ¿por qué ha pregonado al matador del hombre de anoche?

—Por probar el celo de su justicia: pero el rey sabe quién es el matador.

—¿Y si lo sabe, por qué no me dice: se llama tal, en tal parte mora, préndelo?

—¿No dijísteis vos, que si fuérais corregidor de Sevilla, darías con el matador?

—Pues bien, sí, lo he dicho y daré con él, siempre que se haga lo que yo mande.

—¡Os juro que se hará! Por de pronto, voy á daros ocasion de lucir en vuestro oficio.

—¿Y cómo?

—Se trata de prender á un hombre que asesinó á su mujer, que se casó con otra, matando á su marido, y que hizo perdidiza á una hija suya.

—¿Y cuándo sucedió eso?

—Bien hará diez y siete años.

—¿Y no han ahorcado á ese hombre?

—¡Cómo habíamos de prenderle si se le hubiera ahorcado?

—Teneis razon, caballero: y á propósito; ¿cómo es vuestro nombre para que yo pueda llamaros por él?

—Me llamo Pero Lope de Padilla, ballestero mayor del rey, de su cámara y consejo y ahora vuestro teniente.

—Pues bien; señor Pero Lope de Padilla, vos acabais de decir á la justicia, que hay en Sevilla un hombre que...

—¿Quién os ha dicho que está en Sevilla?

—Habeis dicho que ibais á darme ocasion de lucirme: luego ese hombre está en mis términos.

—En vuestra jurisdiccion, querreis decir.

—Pues; en mi jurisdiccion.

—Ciertamente que lo está.

—¿Y cómo se llama?

—Juan de Arévalo.

—¿Y qué es él?

—Juan de Arévalo es corregidor de Sevilla.

—¡Corregidor de Sevilla! esclamó con asombro Gilote: pues entonces, ¿qué soy yo?

—Mientras vos no os presenteis á él, y le mostreis la cédula en que el rey os nombra corregidor y destituye á Juan de Arévalo, corregidor es.

—¡Ah! ¿con que es corregidor un hombre criminal y malo? ¿y á tales entrega el rey su justicia, y la vida y la salud de sus vasallos? ¡ah! ¿con qué se pone al lobo por pastor del rebaño? ¡pues juro que no en valde ha puesto el rey en mi mano esta vara!

Y Gilote se levantó y dió un furioso golpe en el pavimento con su vara de justicia.

Pero Lope no pudo contener una estrepitosa carcajada; pero rióse en mal hora, puesto que Gilote que

en sus sueños de ambicion, sueños que todos tenemos por humildes que seamos, se habia, por decirlo así, preparado y probado, aunque en teoría, quiso hacer la prueba de su poder, y encarándose con el ballestero mayor, le dijo:

—¿No es esta la vara de justicia?

—Cierto que sí, contestó Pero Lope, sin aflojar en su risa, mas y mas escitada por la ridícula gravedad del rústico.

—¿No soy yo el corregidor de Sevilla, segun debe contarlo este pergamino?

—Cierto que sí, contestó Pero Lope, con el mismo acento ligero y burlon.

—¿Y hay alguien que sea mas en Castilla que el rey?

—No.

—Entonces, pues, ¿por qué os reis vos de su justicia?

Quedóse un tanto parado Pero Lope, al notar la firmeza de Gilote, y contestó:

—Es que yo no me rio del rey; ¡diablo! ¡ni por asomo! no es el rey don Pedro persona de quien pueda uno reirse asi como se quiera.

—¡Ah! ¿el rey os causa miedo, y no os le causo yo? pues yo os haré ver que donde está la justicia está el rey. ¡Hola! señor Pero Lope, sopena de traicion y desacato, como mi secretario que sois, seguidme.

—¡Hola! ¡hola! dijo Pero Lope ofendido en su orgullo, y tomando á burla todo aquello: paréceme que os formalizais, señor patan.

—¡Que si me formalizo! ya lo veremos. ¡Hola! ¡favor al rey!

—¡Diablo! este hombre es capaz de mover un alboroto, dijo el ballestero mayor: y es el caso que no sé cuáles son las intenciones del rey. Andemos despacio. ¡Eh! venid acá, señor corregidor, y no griteis de ese modo: ¿quién quiere aquí atropellaros? ¿Acaso no os puede tratar con confianza un amigo?

—Como amigo, bien: pero os advierto que no sufriré burlas á la justicia: bien me sé yo que vos sois un señor poderoso, y yo un patan rústico: no era menester que me lo dijérais; pero cuando tengo empuñada esta vara, soy mas que vos y tanto como el rey, y en algunas ocasiones mas que el rey: y tratándose de esta vara, no he de aflojar ni un tantico, y aunque sea Gil Pando humilde, llano, zagal de cabras y rústico, quédese para otra ocasion la llaneza y por ahora cumplamos con lo que conviene; y ya que como decís hay un malhechor tal, que ha matado á su mujer y á su hija, vamos en su busca, que las dilaciones ofenden á la justicia, y en tiempos estamos que han menester escarmientos, y en ninguna parte está mejor el malo que entre prisiones: y no digo mas y vamos y guie.

Levantóse Pero Lope, apretóse el talabarte, fué á la puerta y llamó.

—¡Hola, Garcí-Diaz! dijo.

Por el corredor adelante apareció un ballestero.

—Diez hombres contigo al momento en la puerta del alcázar, le dijo Pero Lope, despues de lo cual se volvió al corregidor.

—Podemos marchar, señor Gil Pando, cuando vuesamerced quiera.

—Pues marchemos, señor secretario, y vamos derechamente á casa de ese señor Juan de Arévalo.

Gilote, que no conocia el alcázar, siguió al ballestero mayor, que le sacó fuera de él, y en la plaza de armas encontraron á Garci-Diaz de Albarracin con otros doce ballesteros.

—Seguidnos, les dijo Pero Lope de Padilla.

Y dando la derecha á Gilote, que enteramente estraño á ropas nobles, se embarazaba con su vestidura talar, tomó, seguido de los ballesteros, por las calles que ahora se llaman de Rodrigo y de los Abades; salió al Corral del Rey, y rodeando por la iglesia de San Isidoro, llegó á la plazuela de este nombre; siguió por la calle del Velador, torció una esquina y se detuvo frente á una casa de noble apariencia.

Veíase sobre su puerta un ancho blason, esculpido en mármol pardo, sosteniendo un balcon de colo-

sales dimensiones: enormes rejas voladas, anchos aleros, fuertes muros, todo demostraba que aquella casa era de un poderoso señor.

Ademas, para que no quedase duda, veíanse en un ancho zaguan pajes, escuderos, y palafreneros á vuelta de algunos alguaciles, y una enorme litera blasonada, estaba al pié de las escaleras, como esperando á su dueño.

—Esta es la casa del señor Juan de Arévalo, dijo antes de llegar Pero Lope.

—Pues miren si el bribon está gordo y ahito: ¡ya se ve! la sangre del pobre.

—Ea, pues, manos á la obra, señor Gil Pando: ¡hola! Garci-Diaz; hijo, se trata de una prision importante; toma con ocho hombres las avenidas de esta casa, y déjame cuatro.

Cumplió el ballestero las órdenes de su capitan, que acto continuo se entró con Gilote y con los cuatro ballesteros en el zaguan de Juan de Arévalo, á punto que este, con un traje igual al de Gilote, iba á entrar en la litera, para encaminarse á las casas de la ciudad.

Al ver aquella especie de disfraz, en un hombre á todas luces, segun su esterior, soez y rústico, brilló una llamarada de cólera en el semblante del noble corregidor, llamarada que se apagó, convirtiéndose en terror, cuando reparó en Pero Lope de Padilla y

en sus cuatro ballesteros.

Adelantó entonces, y saludando cortesmente al ballestero mayor, le dijo:

—¿Qué es esto? ¡qué significa el dizfraz de este hombre!...

Gilote no le dejó concluir, sino que avalanzándose á él y asiéndole y metiéndole la vara por los ojos, gritó:

—¡Aquí de la justicia de Dios y del rey! ¡ayudadme todos á prender á este malhechor, asesino de su mujer y de su hija!

Al oir estas palabras, una palidez mas profunda cubrió el semblante del corregidor: volvió los ojos á sus pajes, á sus criados y á sus alguaciles, y vió que todos estaban contenidos por temor á los cuatro ballesteros y al tremendo Pero Lope de Padilla, que habia desnudado la espada al grito de Gilote, y echado mano al corregidor al mismo tiempo.

—¡Pero qué significa esto! esclamó todo acongojado Juan de Arévalo.

—Esto significa, que la caña de la justicia es muy larga y pesca desde muy lejos, dijo Gilote, y entrégate y date preso y obedece á Dios y al rey que te lo mandan por mi boca.

En este momento algunos de los soldados y de los alguaciles se acercaron, como queriendo tomar parte en defensa de su amo y de su superior.

—¡Ténganse al rey! esclamó Gilote, que con su recelo de rústico estaba atento á todo: ¡ténganse digo! ¡favor al rey! ayudadme, ó de lo contrario ¡vive Dios!...

Y agitaba la vara con una mano, sin dejar de asir con la otra al asustado corregidor.

—¿Pero quién sois? ¿qué quereis?... esclamó este todo trémulo.

—El rey acaba de quitaros vuestro oficio, señor Juan de Arévalo, dijo Pero Lope sin soltarle, poniéndose bajo el brazo la espada desnuda y sacando de su escarcela un pergamino enrollado, que Juan de Arévalo abrió y leyó.

—El rey obra conmigo como puede, esclamó con acento ininteligible, y me manda entregar mi oficio al señor Gil Pando.

—Ese soy yo, dijo Gilote.

—¡Vos! ¡vos! ¡corregidor de Sevilla! esclamó con asombro y desesperacion Juan de Arévalo.

—Pues ahí vereis: los reyes, como decia el licenciado de mi aldea, á ejemplo de Dios, levantan á los humildes y soterran á los poderosos. Pero no es ahora tiempo de andarnos con disputas, vuesamercé, señor Juan de Arévalo, se entregue á la justicia, y vaya preparando su conciencia para una larga confesion que yo le tomaré, que para estos casos me creo tan buen confesor come el licenciado de mi aldea.

—Pero dejadme al menos despedirme de mi esposa.

—En la cárcel la vereis cuando fuere justo, y vamos que ya me enfadais, y dadme vos ayuda, señor Pero Lope y vosotros ministros, que ya sabeis que corregidor soy, y nadie me pruebe, que podrá ser amargado, y obedezcan todos si no quieren pasarlo mal.

Entró cierto pavor en aquella gente, al ver que los ballesteros del rey auxiliaban al corregidor nuevo, y con ellos no menos que el señor ballestero mayor, á quien todo el mundo conocia en Sevilla; notaron que andaban pergaminos en el negocio, y con esa flexibilidad de los seres bajos, que se ponen siempre de parte del mas fuerte, se volvieron contra el antiguo corregidor, y al grito repetido por el nuevo, de ¡favor al rey! rodearon al preso con las varas de justicia en alto.

—Metédmele en esa litera, y llevádmele á la cárcel, dijo Gilote.

Los alguaciles y los ballesteros arremetieron á Juan de Arévalo.

—No me toqueis, que yo iré, dijo todo desconcertado: el rey lo manda y obedezco.

Y entregando la vara de la justicia á Pero Lope de Padilla, y su birrete y su sayo talar de que se despojó, juntamente con su espada, á uno de los alguaciles, entró en la litera.

A Triana, dijo el ballestero mayor á los jayanes que habian levantado la litera, rodeándola de sus ballesteros.

—¡Cómo á Triana! dijo Gilote; ¿no es la cárcel buena?

—Pero el señor Juan de Arévalo es caballero, y el castillo de Triana es mucho mejor que la cárcel.

—Vamos en buen hora á Triana.

—Corregidor nóvicio sois: ¿para qué se quieren los ministros y los ballesteros sino para asegurar presos? quedáos aquí, que á fé que os queda que hacer:

—¡Otro malhechor!

—Una malhechora.

—¡Cómo?

—Sí, la mujer de ese hombre.

—Pues á la cárcel con ella.

—Prendedor estais.

—Gústame tener seguros á los malos.

—El rey quiere que doña Elvira de Herrera, la mujer del corregidor, sea presa en su casa. Ahora bien, ministros, añadió Pero Lope, volviéndose á los alguaciles que estaban en el zaguan, acompañad á esos buenos ballesteros y resguardad con ellos al preso: á Triana: vosotros, prosiguió volviéndose á los criados que estaban consternados, avisad á vuestra señora, que necesita verla el ballestero mayor del rey y otro caballero.

Algunos criados subieron en paso tardo las escaleras.

Poco despues, uno de ellos bájó y dijo:

—Mi señora os espera, venid y os guiaré.

Asió Pero Lope del brazo á Gilote y le dijo:

—Ahora será necesario que no hableis una palabra: para estos casos me tiene á vuestro lado el rey: vos no sabríais hablar con damas.

—Caso podrá llegar en que hable, si con efecto esa dama está culpada.

—Pues hasta entonces, os recomiendo la discrecion: pero ved aquí, que hemos llegado: el maestresala acaba de anunciarnos.

En efecto, el maestresala abrió la mampara forrada de cuero y tachonada de clavos dorados, y dijo:

—Mi señora os espera: podeis pasar.

El ballestero mayor y Gilote entraron, y la mampara volvió á cerrarse.

CAPITULO VI.

Doña Elvira de Herrera.

Preparado con el recuerdo de la magnificencia de la cámara del rey, Gilote no se admiró á la vista de la de la ex-corregidora, por mas que Juan de Arévalo, como caballero rico y principal, ostentase en su casa una magnificencia estremada; pero el rey don Pedro era magnífico entre los magníficos, poseía inmensos tesoros, gustaba sobremanera de la ostentacion, y era cosa poco menos que imposible igualarle, ni aun imitarle.

Gracias á la reciente impresion que habia causado en Gilote, lo maravilloso del alcázar moro del rey, pudo conservar su gravedad y como encubrir bajo

ella, parte de su rudez.

Sentada en el estrado habia una dama, como de cincuenta años, á pesar de los cuales conservaba marcados restos de una hermosura que debió ser estremada en su juventud: sus cabellos se conservaban negros y abundantes, aunque mezclados con algunas canas; sus ojos negros tambien, conservaban su brillo; y las arrugas, esos guarismos inflexibles con que marca el tiempo los años en el semblante, no habian invadido el suyo enteramente: era blanca y pálida, y aumentaba el efecto de su palidez la sombría gravedad de su semblante, en que se notaba un disgusto sombrío, que habia pasado á ser, por la continuidad, como una espresion característica de su semblante: su boca habia tambien adquirido cierta dureza, y si alguna vez se sonrie, su sonrisa era punzante, fria, agresiva, si se nos permiten estas calificaciones. Vestía de negro con una severa sencillez, y en su actitud, en su mirada, en lo tieso, por decirlo así, de su posicion, se dejaba notar una altivez, que podia calificarse de tiesura.

Al ver entrar al ballestero mayor, y á Gilote, su semblante conservó su inmovilidad, por mas que interiormente la afectase de una manera profunda el traje, por decirlo así, oficial de Gilote, traje que segun los usos y ordenanzas de aquel tiempo, no podia usar otra persona que el corregidor de Sevilla.

Sin embargo, sonrió levemente y tendió su mano al ballestero mayor, que la besó, despues de lo cual, dijo á entrambos:

—Sentáos, caballeros, sentáos, y vos, señor Pero Lope, decidme á qué debo el placer de veros en mi casa, cuando á pesar de que sabeis el gusto con que se os recibe, hace mucho tiempo que no os dignais poner los piés en ella.

—Duéleme mucho, hermosa señora, contestó Pero Lope, el ser un visitante infausto, despues de tanto tiempo, como por mis ocupaciones, no tengo la honra de visitaros: pero el rey...

—¡Ah! ¡os envia el rey!

—Sí, sí señora; ya sabeis que su señoría cumple exactamente con estos, que se llaman empeños de justicia...

—¿Y por un empeño de justicia venís á mi casa? dijo sin alterarse en lo mas leve doña Elvira.

—Ya os he dicho que me pesa... pero el rey...

—Y... ¿qué me manda el rey?

—El rey ha depuesto á vuestro esposo del oficio de corregidor.

—¿Y le ha proveido en este caballero? dijo doña Elvira, volviendo su fria y acerada mirada á Gilote, que se estremeció bajo ella: pues mirad, me alegro de que hayan descargado ese peso de los hombros de mi esposo: el oficio de corregidor en estos tiem-

pos en que todos conspiran, en que todos cometen desmanes, es muy espinoso.

—Paréceme que lo espinoso, y lo amargo y lo crudo, dijo Gilote, cuando todos se revuelven y se conjuran contra el rey, será para los traidores, porque con ahorcarlos á todos...

Doña Elvira hizo tanto aprecio como si no las hubiera oido de las palabras de Gilote, y dirigiéndose siempre á Pero Lope continuó:

—Así, pues, para estar en contínuos sobresaltos, viendo los crímenes, sin conocer la mano que los comete... como anoche... cerca, muy cerca de nuestra casa, mataron al señor Alvaro Gomez de Santaella, y, aunque los alguaciles acudieron al ruido de las espadas, solo encontraron al difunto, porque el matador habia desaparecido.

—¿Dicen que el muerto enamoraba á doña Constanza? dijo Pero Lope.

—¡A mi hija! esclamó con un describible acento de orgullo ofendido doña Elvira... ¡á mi hija un hombre casado!

—No era culpa vuestra, ni de doña Constanza, ni de nadie, el que el señor Alvaro Gomez de Santaella, estuviese dado á los galanteos, como el mancebo mas disoluto, á pesar de ser casado y de tener hijos. Además, la hermosura de doña Constanza...

—Todo el mundo sabe que doña Constanza está destinada á Dios.

—Lo que no impide que por su hermosura, haya contínuas riñas y estocadas.

—¡Culpad á la audacia y á la vanidad de los hombres!

—Yo creo que ha de tener tambien mucha culpa, el sitio en que está situada vuestra casa: ya sabeis que hay lugares malditos: recordad si no: en el mismo sitio donde se ha encontrado muerto á estocadas al señor Alvaro Gomez de Santaella, se encontró muerto asimismo á estocadas á vuestro primer esposo, Lope de Arias, sin que hasta ahora se sepa quién le mató, como acontece con el matador del señor Alvaro Gomez.

—¡Y se le buscó, caballero, se le buscó! esclamó suspirando doña Elvira, y se ofreció oro, y se pagó á la justicia...

—¡Pagar á la justicia!... esclamó escandalizado, sin poderse contener Gilote.

—Y no se le encontró, bien lo habreis oido decir.

—Pues el rey dice, esclamó Gilote rudamente, que lo que no se encuentra, es porque no se busca bien: y que justicia que no sabe buscar, no es justicia: y por lo mismo ha quitado la vara al otro corregidor, y me la ha dado á mí, que encontraré, no solo á este matador sino al otro, y á todos los matadores del

mundo, sin que me paguen, y sin que me alienten, y sin que valgan cohechos, lloricos, ni amenazas.

—¡Ah! dijo doña Elvira, dirigiendo por la primera vez la palabra á Giloté; pues si tal os habeis empeñado, trabajo os mando... señor corregidor.

—Y no hay que andarse conmigo en burlas, esclamó Gilote ofendido por el acento sarcástico de doña Elvira, que Dios vive, que yo no conozco á nadie alto ni bajo, y que descargaré la vara que me ha dado el señor rey, sobre el rico y sobre el pobre, y meteré en la cárcel á mi abuela y...

—El señor Gil Pando, es un hombre muy hombre de bien, señora, dijo Pero Lope de Padilla, y aunque habla así, tiene muy buen corazon.

—Y sí que le tengo: y porque le tengo, quiero que los pícaros purguen sus picardias, y que el temor de la horca defienda al apocado y pobre del fuerte y del poderoso; y acabemos, en fin, que yo no sé á qué viene tanto y tanto hablar, y yo tengo para mí, que quien gobierna no debe perder el tiempo y...

—Sí, sí, dijo doña Elvira, que estaba duramente contrariada, concluyamos, porque hay cosas que debe procurarse sean lo mas breve que puedan ser. ¿A qué habeis venido, señores?

—Vuestro esposo está preso de órden del rey.

—¿Y sabeis por qué? dijo sin desconcertarse aun doña Elvira.

—Lo ignoro, pero debe ser una mera precaucion para evitar que ofendido...

—Bien, bien, caballero: ¿y qué quereis de mí?

—El rey os manda prender tambien, señora.

—¡Cómo! ¿el rey teme que yo promueva alguna rebeldía?

—Ignoro las intenciones del rey.

—¿Y el rey manda que yo salga de mi casa?

—No, no señora; en ella estareis presa, pero sin comunicacion con nadie.

—¡Con nadie! ¿ni aun con mi hija?

—¡Ni aun con vuestra hija!

—Pues entonces ya sé las intenciones del rey: pero no importa. Señor corregidor, vos habeis dicho que tendereis vuestra vara sobre todos los que ofendan á la justicia.

—Lo he dicho y lo sostendré.

—Pues bien: voy á poneros en ocasion de probar vuestra fuerza: os confio mi hija.

—Mejor fuera que la entregárais á alguna honrada dueña, si es que hay dueñas honradas en el mundo, ó que la metiérais en un convento.

—Ni dueñas, ni conventos la valdrán faltando su madre, si no la ampara una justicia tal, como la de que vos blasonais: así pues, en vuestro poder la pongo; pero tened en cuenta, de que algun dia os pediré cuenta de ella.

—Pues bien, yo os juro que guardaré vuestra hija, sin que salga de vuestra casa, como si fuera mi hermana, y á fé á fé que una hermana mia estaria bien guardada.

—¿Doña Berenguela? dijo doña Elvira levantándose y llamando.

No tardó en aparecer una dueña vieja, viejísima y de aspecto formidable en cuanto á lo guardador y severo.

—Haced que venga doña Constanza, la dijo doña Elvira.

La dueña salió, y poco despues entró con una jóven hermosísima.

Ya hemos hecho parte de su descripcion al presentarla al principio de nuestro libro, orando en la iglesia de San Juan de la Palma.

Su magnífica hermosura, su continente magestuoso, lo puro y brillante de sus hermosos ojos negros, la poderosa mágia, en fin, que emanaba de ellos, produjeron en Gilote un efecto idéntico al que habia producido poco antes en Deogracias la no menor hermosura de doña Elvira de Ayala. Se puso sucesivamente rojo y pálido, miró á la jóven, bajó los ojos, los tornó á alzar hácia ella, y los bajó de nuevo confundido.

Doña Elvira de Herrera notó todo esto y comprendió que la justicia tenia un poderoso enemigo en la

hermosura de su hija.

La esperimentada dama, que á pesar de su serenidad se habia aterrado al saber la prision de su marido, al notificarle la suya, y al oir en estas circunstancias el nombre de su primer esposo, pronunciado por un servidor tan allegado al rey como Pero Lope de Padilla, apreció en lo que debia la conmocion que habia agitado á aquel rudo y estraño corregidor á la vista de su hija.

Habia comprendido que en ella tenia un poderoso auxiliar, y dijo:

—Hija mia, la desgracia pesa sobre nosotros: mi esposo...

—¿Qué ha sucedido á vuestro esposo, madre mia?

—Está preso.

—¡Preso! ¿y por qué? esclamó palideciendo doña Constanza.

—Lo ignoramos, lo ignora tambien el señor Pero Lope de Padilla, que ha venido con este caballero que ha sustituido en el cargo de corregidor á mi esposo, á notificarme que yo tambien estoy presa por órden del rey.

—¡Presa vos!

—Sí, hija mia: pero mi prision será en mi casa.

—¡Ah! ¡os podré ver al menos!

—No, hija mia, no; estaré enteramente apartada, puesto que así lo quiere el rey...

—¡Apartada de mí!

—Pero este caballero (y señaló á Gilote) me ha dado su palabra de guardarte como si fuera su hermana.

—¡Ah caballero! esclamó doña Constanza juntando las manos en una actitud tal qué acabó de trastornar á Gilote.

—Confiad, confiad en mí, señora, la dijo, que yo os juro... sí, Dios vive, que... en fin, yo haré que os guarden tan bien...

—¡Pero esto es un sueño! dijo doña Constanza, prestando poca atencion á las protestas de Gilote.

—¡No hija mia, no es sueño! pero esto pasará y pasará muy pronto: sin duda, alguno de nuestros enemigos ha sorprendido al rey, que, al fin, en su justicia nos devolverá la libertad, y con ella su confianza. Adios.

Y besando en la frente á su hija, la hizo salir.

Doña Constanza se retiró llorando, y doña Elvira notó que Gilote se enjugaba una lágrima.

—Ahora, pues, caballero, acabad de cumplir las órdenes del rey, dijo doña Elvira.

Pero Lope de Padilla, de la manera mas dulce que le fué posible, constituyó en prision, en una de las habitaciones de su casa, á doña Elvira de Herrera, puso á la puerta de aquellas habitaciones una guarda de cuatro ballesteros, y salió de la casa con Gilote

para encaminarse á la casa de la ciudad, donde ya por órden del rey, estaba constituido en cabildo el ayuntamiento.

—¡Ah! ¡ah! decia por el camino Gilote, pensando en doña Constanza, sin duda que se necesita un corazon muy duro para ser corregidor; pero no importa, primero es la justicia, y seré mas duro que un pedernal.

Y siguiendo adelante, no habló mas palabra, hasta llegar al ayuntamiento, en donde le presentó Pero Lope de Padilla á nombre del rey.

CAPITULO VII.

De cómo el nuevo corregidor daba palos de ciego.

Al ver los nobilísimos veinticuatros, regidores perpétuos de Sevilla, la estraña catadura del hombre que habia de presidirlos y mandarlos, alzóse un murmullo nada reverente, á pesar de que Pero Lope de Padilla habia hecho leer por un secretario, la cédula en que el rey hacia merced del oficio de corregidor á Gilote. No faltó quien se levantase de su asiento, ni quien aventurase una protesta; y á tanto llegó el desacato, que amostazado ya Gilote, y perdido el primer respeto que le habia causado aquella respetabilísima corporacion, dijo dando un formidable golpe

con su vara de justicia sobre las tablas de la tarima del estrado, en el cual, detrás de una mesa, se encontraba sentado en un sillon de terciopelo carmesí.

—¡Ténganse todos! dijo, y callen, y siéntense y guarden miramiento, si no quieren que les ponga de claro en claro, que el rey ha dado su vara á quien sabrá tenerla, y aun castigar con ella de modo que no se olvide, aunque sea mas noble que el rey que rabió. Ténganse, digo, ó Dios vive que los meto á todos en la cárcel y hago un escarmiento.

—¡El rey no puede permitir esto!

—¡Esto es indigno!

—¡Nos dan un patan por presidente!

—¡Se rebelará Castilla! gritaron á acá y allá.

—¡Ténganse, digo, y obedezcan! esclamó Gilote con voz potente; y de no, señor Pero Lope, haced entrar vuestros ballesteros para que pongan en paz á estos señores.

Al oir la palabra *ballesteros*, y á un ademan de Pero Lope, los concejales se sentaron, dominados por el terror que sabía causar á sus vasallos el rey don Pedro.

Entonces Gilote revolvió una mirada gravísima, por los veinticuatros del concurso, y dijo dirigiéndose á uno de los mas próximos:

—¿Por qué estais vos aquí, empuñando vuestra vara de regidor?

—¡La he heredado de mi padre, que la heredó de mi abuelo, y este del suyo! dijo con altanería el preguntado.

—¿Pero por qué causa está esa vara en vuestra familia?

—¡Somos nobles, tan nobles como el rey!

—¡Mentís como un bellaco! dijo Gilote: el rey dá y quita la nobleza, y vosotros no podeis quitar al rey; con que así, no sois ni con mucho tan nobles, como su señoría, y al fin, vamos al propósito de mi pregunta: estais aquí porque sois nobles, ¿y quién os ha hecho nobles?

—Nuestras hazañas.

—Os ha hecho nobles un rey. ¿Y creeis ahora que como otros reyes hicieron nobles á los vuestros, no ha podido el señor rey don Pedro hacerme noble á mí? es verdad que direis: ¿qué has hecho tú? y yo responderé: guardar cabras: todo esto es verdad: pero cuando guardaba cabras, las he guardado bien, y con peligro muchas veces, y ahora que guardo esta vara, que es como la persona del rey, la guardaré derecha, mal que os pese, y lo que es mas, os haré andar derechos á vosotros y á todos desde el rey abajo, y aun al mismo rey si se desmandase, mientras esta vara no me quite. Y mirad cómo haceis y obrais,

porque si llego á entender en vosotros amaño ó desobediencia, Dios vive, que con esta vara en la mano os mandaré cortar las cabezas.

Calláronse todos aterrados y maravillados del caso, sin saber cómo esplicarse el estraño capricho del rey, en haber hecho á aquel hombre corregidor, y Gilote volviéndose á uno de los secretarios le dijo:

—¡Oh! ¡he! vos que teneis la péñola en la mano, ved cómo escribís el pregon que voy á deciros.

El secretario se puso en posicion y enderezó la pluma para escribir.

«Buenos y leales ciudadanos de Sevilla, dijo Gi»lote, dictando: á nuestros oidos ha llegado un rui»do que trae atemorizados á todos, y con la mosca »sobre la oreja: rúgese que de noche no puede an»dar ningun hombre honrado por las calles, sin espo»sicion de recibir heridas ó insultos, de estos que con »el achaque de eso que llaman *pelar la pava*, están »arrimados á una reja ó á un postigo, no sabemos si »acechando á la honra de una doncella ó al bolsillo y »la vida del prójimo: por ello, y para poner remedio »á tanta muerte, robo y mal hecho como con escán»dalo se ejecuta, mando yo, Gil Pando, corregidor »de Sevilla, que el que quisiera *pelar la pava*, la pele »de dia, y que al toque de la queda no me ande ningun »cristiano, ni judío, ni moro por las calles, salvo que

»no vayan en demanda de médico ó sacramento para »enfermos, sin escetar de este mi pregon, á noble ni »clérigo, señor ó vasallo, rico ni pobre: y al que con»traviniere, sacaránsele diez escudos de plata de »multa, y otro sí, se le llevará á la cárcel donde se »le tendrá tres dias, y por la segunda vez, se le pon»drá en la jaula, y si volviera se le azotará en la pi»cota: todo lo cual se avisa á los vecinos de Sevilla »para que no aleguen ignorancia, que pueda librar»los de la pena.»

—Ya está, dijo el secretario, poco despues que hubo acabado de dictar Gilote: puede vuesamerced firmar.

—Bien quisiera, y firmára si supiera, contestó el zugal; pero á bien que el señor ballestero mayor del rey es mi letrado, y firmará por mí: firmad, pues, señor Pero Lope, y vos, señor secretario, decid por bajo, que este caballero firma por mí y por mi mandado.

Llenáronse estas formalidades, y cuando el pregon estuvo corriente, Gilote dijo:

—Ahora que se publique: yo me acuerdo de haber visto otras veces que delante del pregonero iban trompeteros, y detrás de los trompeteros atabaleros montados en sendas mulas empenachadas, y luego unos hombres con sayos colorados y porras doradas: ¡ah! sí, como aquellos que están á la puerta de la sa-

la, dijo el corregidor lego, señalando los reyes de armas, que por estar la ciudad en cabildo, asistian en su lugar, con sus dalmáticas, sus birretes y sus mazas al hombro.

—¿Quereis que este pregon se haga á son de clarin, y que se fije á las puertas de las parroquias? dijo Pero Lope.

—Eso quiero, y hágase y pronto, porque interesa y tengo grandes deseos de que Sevilla sepa que aunque soy corregidor, tengo el alma en el cuerpo, y no han de suceder en la ciudad los encándalos que en otro tiempo pasaban.

—Pero si vuesamerced empieza así, dijo Per Afan de Rivera, uno de los veinticuatros, mozo fisgon, que no habia quitado ojo de Gilote, desde que habia entrado, y que mas de una vez habia contenido la risa ante la rudeza del pastor, si vuesamerced empieza así, se va á levantar un torbellino de faldas en la ciudad que nos va á poner en aprieto: porque esto de pelar la pava...

—Esto de pelar la pava, dijo otro de los regidores acordándose en mal hora de un estrivillo popular, tiene mucho que entender: y no hay que tomarlo á broma; las buenas mozas de Sevilla creerán que no queremos que se casen, y tendremos un motin de mujeres.

—Una conspiracion, dijo otro.

—Un conflicto.

-Del cual tal vez no sabremos cómo salir.

—Saldremos de ello, como yo saldré de vosotros, señores regidores: los meteremos en estrecho, como yo os meteré á vosotros, nobles caballeros: ¡hola! ¡á mí! ¡á mí, alguaciles! ¡llevadme á la cárcel á esos cuatro!

Y señaló á Per Afan de Rivera y á los otros tres que habian levantado su voz burlándose del corregidor.

Movióse un tumulto dificil de describir: protestaron los unos, gritaron los otros, y si no hubieran dejado fuera las armas, como se acostumbraba en los cabildos de entonces, no sabemos hasta qué punto hubiera llegado el esceso.

Pero las habian con un corregidor á prueba de bomba, como diríamos en nuestros tiempos: Gilote se lanzó de su silla con la vara empuñada, y como era récio y forzudo, sacó del escaño á Per Afan de Rivera y hasta otros seis, y gritando ¡favor al rey! y escitando á los alguaciles y con la ayuda de algunos ballesteros que Pero Lope de Padilla hizo entrar, obedeciendo las órdenes del rey que habia previsto este caso, lleváronse presos á los alborotadores; con lo cual, y viendo los restantes que el rey amparaba abiertamente á aquel corregidor anómalo, restablecióse el órden, cada cual de los que quedaron ocupó

sus asientos, y Gilote ocupando de nuevo su poltrona y enorgullecido con el buen éxito de su golpe de autoridad, dijo con voz entera y campanuda:

—Esto he hecho, y esto haré de hoy en adelante mientras el rey no me quite la vara que me ha dado: y tengan esto presente y entendido, y pregónese lo que he mandado pregonar á son de trompeta, y váyanse todos, que por hoy no se ocurre otra cosa, y Dios les guarde y nos guarde á todos, que bien lo habemos menester.

Levantáronse los nobilísimos veinticuatros, que no habian sido presos, saludaron profundamente al tremendo corregidor, y salieron cabizbajos y mohinos.

Quedaron solos Pero Lope de Padilla y Gilote, espetado y tieso, en la actitud en que habia recibido el medroso saludo de los regidores.

—¡Ah! ¡ah! esclamó Gilote: ¡yo os compondré, mala ralea! ¡estábais acostumbrados á hacer lo que mejor os venia en miente, á tiranizar al pueblo, á recibir cohechos, á vender la justicia! ¿qué os parece, señor ballestero mayor, no es cierto que salian esos poderosos señores temblando como las liebres que sienten ladrar á los perros?

—¡Sí pardiez! pero andaos con pulso, señor Gil Pando, porque si seguís así, me parece que vais á dar que hacer á mis ballesteros.

—¡Dar que hacer á vuestros ballesteros! ¿y qué importa? Paréceme que no es tan gran trabajo llevar algunos nobles á la cárcel.

—En llevarlos á la cárcel habeis obrado contra los fueros de la nobleza, y eso los irrita mas, mucho mas, que si los hubiérais mandado encerrar en el mas profundo calabozo de la fortaleza de Triana ó de las Atarazanas, ó de la torre del Oro. Reclamarán al rey su derecho, y el rey por sostener vuestra autoridad, los retendrá en la cárcel: esto les hará levantar el grito, y el rey que no quiere que nadie mas que él levante el grito en Castilla, arrojará algunas cabezas á mis buenos ballesteros: hé ahí por qué os he dicho que estais dando que hacer á mi gente.

—Pues mejor, mucho mejor; si el rey mata á rebeldes, no hará mas que lo mismo que yo haria: pero no hablemos mas de eso: creo que para lo que llevo de corregidor he hecho bastante, y que será bueno que piense en mí mismo: ¿sabeis que tengo una hambre de los diablos, señor Pero Lope?

—Pues alégrome de que tengais apetito; téngolo yo tambien, y por cierto que no nos ha de faltar con que satisfacerlo.

—¿Y dónde?

—¿Dónde? aquí mismo en las casas de la ciudad, donde morareis y donde teneis habitaciones y servidumbre dispuesta. Venid, venid conmigo y vereis

que el rey no se ha olvidado de nada de cuanto habreis menester.

Y precediendo á Gilote, salió con él de la sala del cabildo, atravesaron algunas habitaciones, y le introdujo al fin en el departamento que el rey le habia destinado y que se cerró tras ellos.

CAPITULO VIII.

Del poco fruto que sacaron de sus pesquisas Juan Diente y Rodrigo Perez de Castro.

Entretanto pasaban estas cosas, los dos buenos y leales ballesteros se encaminaban, seguidos de su acompañamiento, á la calle de Vargas Machuca, y despues de haber rodeado el cuartel en que estaba la casa de vecindad, Juan Diente se entró en la taberna á la disimulada, mientras Rodrigo Perez se metia en la tienda del odrero.

La taberna del Gato blanco era un lugar muy concurrido por cierta clase de gentes de no muy buen vivir. Juan Diente, mozo de vida alegre, cuando estaba libre de las faenas de su oficio, frecuenta-

ba mucho la taberna, y segun decian malas lenguas, no frecuentaba menos el trato particular de la tabernera, hermosa garzona de veinte y dos años, corpulenta, ancha de hombros, alta de pecho, encajada de talle, con unos ojos negros que hablaban en pícaro, y una sonrosada boca que siempre tenia una sonrisa alegre: esta moza era morisca por su padre, judía por su madre, y cristiana por el bautismo; lo que no impedia el que todos los mozos del barrio y aun algunos hidalgos de la ciudad anduviesen trás ella, escitados por las bellezas enérgicas de la Paloma, que así se llamaba esta perla de las tabernas de estramuros.

Solo Juan Diente habia logrado ciertos favores de la desdeñosa tabernera, tales como hablar horas tiradas con ella, apoyado en la mesa del despacho, y como pelar la pava desde despues de la queda, en que se cerraba la taberna, hasta las once de la noche, en que se cerraba el postigo de la puerta de Adohar (1).

Algunas noches en que nuestro ballestero estaba libre de servicio, solia pasar la noche entera enamorando á Paloma, pero no ya fuera y por la reja, sino dentro de la casa: nadie sabia si habia algo de re-

(1) Hoy de la Carne.

prensible en estas entrevistas interiores, pero lo cierto del caso es que Juan Diente era tratado por Paloma con mucha lisura, que nunca pagaba el vino aunque era del mejor el que bebia, y mas de una vez algun ojo perspicaz habia visto que Paloma daba aunque recatadamente al ballestero, algo que sonaba como plata de buena ley.

Esto habia producido muchas envidias y asechanzas á Juan Diente, pero el formidable ballestero hidalgo del rey, habia salido de estos pequeños tropiezos á cintarazos, á costa de las costillas y de las cabezas de los envidiosos.

Asi es que Juan Diente era una potencia en la taberna del Gato blanco.

Cuando entró en ella, estaba por acaso solitaria, y Paloma comia con muy buen apetito, ayudándose con repetidos tragos de un jarro, sendas magras de jamon.

—Bien huele, dijo adelantando Juan Diente.

—Mejor sabe, contestó Paloma, mirando al ballestero con el semblante un tanto hosco.

—¿Hay para todos? dijo el ballestero.

—Váyase á que le sirvan y regalen donde ha estado tres dias, contestó con acento breve y áspero Paloma: aquí ya han ocupado su puesto.

—¡Cómo! ¿quién es quien se atreve....

—Cuando las cosas se dejan...

—¿Y quién ha dejado...

—El hijo de vuestro padre.

—Vamos, fuera de chanzas, Paloma, que no vienen á cuento, y tengámoslas en paz.

—¿Y quién te pide guerra? ¿quién te llama? ¿quién te busca?

—¿Pero no ves, pecador de mí, que vengo armado hasta los dientes y con la maza al hombro, Paoma? ¿No sabes que la que tiene amante soldado no le tiene sino cuando el rey se le deja?

—¡Ah! ¿te ha tenido desde hace tres dias ocupado el rey?

—¡Y tanto como me ha tenido y aun me tiene!

—A pesar de lo cual has tenido tiempo para venir hoy.

Es porque viniendo aquí, sirvo al rey.

—¡Ah!

—Y cuento contigo para servirle mas pronto.

—¿Conmigo?

—Sí por cierto: tú lo ves todo, tú lo sabes todo.

—Como si yo fuera Dios.

—Quiero decir que tú sabes todo lo que pasa en la casa de vecindad.

—Como en la casa de vecindad saben todo lo que pasa en la mia.

—Pero...

—Pues: deshónrese vuesa mercé por un hombre,

cuando los hay asi (y Paloma apilaba los dedos de su linda mano) que suspiran por una ricos y jóvenes y nobles y poderos señores, pues: que sepa toda la vecindad que el tal entra y sale cuando quiere y en donde quiere; y que le canten á una coplas desvergonzadas, para que luego el hombre por quien se hace todo esto, se esté tres dias por allá; sin saber una si es muerto ó vivo ó si quiere á otra. Señor Juan Diente, esto no es justo, y si sigue así, me quejaré al rey; que ya sabeis que le conozco, y que su señoría no me negaria nada con tal de que yo nada le negara.

—¡Paloma!

—Ya sabes qué tú eres mi dueño, y que nadie lo ha sido mas que tú ni lo será, ni el mismo rey; porque yo aprecio mas media suela de tus zapatos, que todos los reyes del mundo; pero págame, Juan, y no seas cruel conmigo.

—Vamos, dejémonos de niñerias, Paloma, y de celos necios que no vienen á qué, y contéstame: ¿no ha entrado ninguna persona nueva en la casa últimamente?

—Sí, dijo Paloma: esa bruja vieja doña Berenguela trajo ayer por la mañana en una litera á una dama muy hermosa.

—¿Blanca?

—Sí.

—¿Ojos negros?

—Sí.

—¿Pálida y disgustada?

—Sí.

—¿Como de diez y ocho años?

—Sí: pero ¿de qué conoces tú á esa dama? dijo con acento celoso Paloma.

—Esa dama es una querida del rey, que se le ha escapado.

—¡Oh! ¿con que tambien se le escapan al rey las queridas?

—Sí; pero no quieras tú estar en su pellejo: buscándola ando de parte del rey.

—Pues has llegado tarde, Juan.

—¿Que he llegado tarde?

—Sí por cierto; porque esa dama está ya acomodada con otro.

—¡Con otro!

—Si por cierto; con un hermoso caballero que gasta una vesta de ante, bordado de seda negra: ayer vino y esta mañana salió con ella.

—¿Que salió con ella?

—Sí por cierto; ella era, aunque iba disfrazada de hombre.

—¿Y doña Berenguela?

—Doña Berenguela tiene un aposento en los corredores altos, que casi siempre está solo, menos cuan-

do ella viene á ocuparlo: nadie sabe lo que pasa en ese aposento: lo cierto es que doña Berenguela ha salido tambien.

—¿Con que será inútil registrar la casa?

—Inútil de todo punto, y ademas imprudente, si interesa el encontrar á esa dama.

—¡Imprudente! ¿y por qué?

—Porque creo que aqui tiene el nido; y si sabe que el rey anda sobre su pista, volará tal vez sin que sepamos á dónde.

—Se me ocurre un medio.

—¿Cuál?

—Quedarme esta noche en tu casa.

—¡Ah desarrapado! esclamó sonriendo Paloma; hé aqui un medio cómodo de servir al rey.

—¿Quedamos convenidos?

—¡Pues no! ¿cuándo ha sido mas que lo que tú has querido que sea?

—En ese caso voy á llamar á Rodrigo Perez, que está en la tienda del odrero.

—Y yo á acabar de aviar cierta comida, que me tiene pedida un hidalgo para las doce.

—¡Ah dijo el ballestero! ¡es verdad! con estas cosas me habia olvidado: ¿el tal hidalgo es un mozangon zanquilargo, un tanto feo...

—No me ha parecido muy feo, Juan: otros hay peores: y el pobre está tan triste... debe de andar

enamorado, porque de cuando en cuando soltaba unos suspiros...

—Dime, ¿ha mandado poner comida para tres personas?

—Sí por cierto: ¿quién te lo ha dicho?

—Es que Rodrigo y yo estamos convidados por ese hombre: es menester que nada sospeche de que venimos aquí en servicio del rey: voy á llamar á Rodrigo, y en seguida á enviar los ballesteros á la torre del Oro.

Y sin decir mas, Juan Diente salió.

Apenas habia entrado en la casa del odrero, cuando apareció un hombre en la taberna, y Paloma levantó la vista de los guisados.

—¡Ah! ¿sois vos? dijo: pues no habeis tardado; venís de tomar el sol, ¿no es verdad? hace un hermoso dia.

—¡No sé de donde vengo, señora! dijo Deogracias, que él era, sentándose desalentado en un banco, y estendiendo sus largas piernas.

—¿Que no sabeis de dónde venís?

—No por cierto: he andado por esos campos y por esas veredas hecho un palomino atontado, sin pensar mas que en una cosa, ni ver mas que una cosa.

—¡Vaya! pues ya sé qué os sucede, señor, dijo Paloma.

—¡Que sabeis vos!.. dijo poniéndose notablemen-

te encarnado Deogracias.

—¡Y tanto como lo sé! estais enamorado y enamorado por la primera vez.

—Pues si estais enamorado, amigo mio, dijo á la puerta una voz que hizo estremecer á Deogracias, no hay como decirlo á quien tenga la culpa.

Aquella voz era la voz de Juan Diente, al que acompañaba Rodrigo Perez.

—¡Ah! sois vos: pues venís á tiempo: no sabeis cuántas cosas me han sucedido desde que nos vimos en la plaza de Armas.

—Nos las contareis y os aconsejaremos: ya sabeis que somos buenos amigos. Traednos vino del bueno, para remojar la palabra y que no se nos pegue el cielo de la boca, señora Paloma, dijo Juan Diente, que en público hablaba con cierto recato á su querida.

Puso la sevillana un enorme jarro y tres cubiletes de estaño sobre la mesa, y Juan Diente despues de haber hecho la razon al vino, dijo:

—¿Y qué os ha acontecido, amigo mio?

—En primer lugar, tropecé y caí.

—¡Diablo!

—Sí por cierto, tropecé en una mujer.

—¡Iríais ciego!

—Quiero decir que tropecé en su hermosura.

—¿Tan hermosa era?

—¡Era doña Elvira de Ayala!... ya sabeis tiene fama en Sevilla.

—¡Diablo! ¡Diablo! ¡alto rayais, vive Dios! ¿y ella os ha dicho de buenas á primeras su nombre?

—No por cierto, pero dejadme seguir que ya llegaré á eso. Como os decia, despues de tropezar en la hermosura de doña Elvira, tropecé en la brutalidad del alférez de la guarda del alcázar.

—Cierto que es un tanto salvaje el tal alférez, dijo Rodrigo Perez, y os aconsejo, amigo mio, que no os metais con él.

—Pues metíme y nada me aconteció.

—Tenedlo á milagro.

—Es cierto que sobrevino el señor Pero Lope de Padilla, que me dió razon de lo que no habia sabido dármela el alférez, y le mandó que me dejase el paso franco. ¿Querreis creer que aquel animal no conocia al señor Pedro de Espinosa?

—Os diré: eso nada tiene de estraño, porque al paje Pedro de Espinosa le conocen pocos en el alcázar.

—Conócele, sin embargo, el señor Pero Lope de Padilla: conocéisle vos: conócele, sin duda, el señor Rodrigo Perez de Castro.

—¡Y tanto como le conocemos! dijo este último.

—Y decidme, señores, ¿quién es el señor Pedro de Espinosa?

—¡Oh! el señor Pedro de Espinosa es un señor muy poderoso, y muy valiente; y muy fiero, y muy rico.

—¡Y ese hombre es paje!

—Paje del rey: á nadie sirve mas que á él.

—Pues mirad: tengo deseos de conocer á un rey que se hace servir de tales pajes.

—Ya le conocereis. Pero proseguid con vuestras aventuras. Despues de tropezar con doña Elvira de Ayala, tropezásteis con el alférez de la guarda, del cual tropiezo salísteis afortunadamente con la mediacion del señor ballestero mayor. ¿Con quién tropezásteis despues?

—Despues no tropecé, sino que estuve puesto en un potro.

—¿Pues cómo?

—En las antecámaras de su señoría, donde estaba esperando que me dejasen entrar á ver al señor Pedro de Espinosa, estuve al lado de doña Elvira.

—¡Ah! ¡ya! comprendo: y la hermosura de doña Elvira os atormentó?

—¡Me enloqueció, me puso fuera de mí! ¿Y cómo no? ¿La conoceis vos, señor Juan?

—¡Vaya si la conozco! ¡como que conozco mucho á su padre Juan de Ayala el viejo! ¡es una perla! ¡Qué ojos!

—¡Sí, qué ojos! esclamó Deogracias embocándose un cubilete de vino.

—¡Y qué cuello! ¡y qué hombros! ¡y qué todo! y tan jóven. Vamos, conócese que sois delicado de gusto, señor acólito.

—Poco á poco: sacristan de la iglesia de San Juan de la Palma.

—Pues subís como la espuma, dijo Juan Diente.

—¿Qué quereis? el señor Pedro de Espinosa se ha empeñado en favorecerme: cuando entré á verle, me dijo que el rey sabia mis servicios, que los apreciaba, y que en premio, y habiendo muerto maese Longinos, me hacia sacristan.

—Pues estais de enhorabuena, dijo Paloma, terciando en la conversacion. Ya decia yo, despues que vinisteis á mandarme guisar algunas aves y algunos conejos: este hombre no es como los demas hombres, huele á algo... sí, indudablemente, oleis á algo.

¿Y á qué huelo, hermosa tabernera?

—Pues: oleis á incienso y á pávilo, y á muerto, y á qué sé yo que mas... en fin, yo no podia dar en qué era á lo que olíais, y solo he podido dar con ello, cuando me habeis dicho que sois sacristan.

—Pues pienso serlo muy poco tiempo, prenda.

—Pues cuando seais cura, avisadme: tal vez os necesite.

—¿Para casaros?

—Pudiera ser.

—Pues si no habeis de casaros hasta que yo os case, doncellez teneis para tiempo.

—¡Cómo!

—Porque yo tambien pienso en casarme.

—¿Con doña Elvira? dijo Juan Diente.

—O perezco, ó me caso con ella.

—¡Brava determinacion! repuso el ballestero; y mirad: no me parece muy dificil: ¿á qué iba doña Elvira al alcázar?

—A pedir una audiencia al rey.

—¿Y se la ha concedido?

—Pedísela yo al señor Pedro de Espinosa.

—Pues entonces vió al rey.

—Sí que lo vió.

—¿Y sabe el señor Pedro de Espinosa, que estais enamorado de doña Elvira?

—Lo sabe y me ha dado esperanzas.

—Pues si el señor Pedro os ha dado esperanzas, contáos por casado con ella.

—¡Contarme por casado con doña Elvira!

—Os lo aseguro á fé de hombre honrado. Vamos, señora Paloma: estended vuestros manteles, traed vuestros guisos: como quien dice, esta comida es una comida de espera-boda.

—Eso es señal de que la comida de bodas se hará en mi casa, dijo Paloma estendiendo los manteles.

—¡Os lo prometo! esclamó fuera de sí Deogracias.

—¡Pero cómo sabeis que esa dama se llama doña Elvira de Ayala! dijo Rodrigo Perez: ¿os ha dicho ella su nombre?

—Díjomelo, cuando despues de esperarla en la plaza de Armas, la acompañé á su casa; y aun pidiéndole yo que bajara á la noche á la reja, me contestó: bajaré si no tengo sueño despues del toque de queda.

—¿No os lo decia yo? esclamó Juan Diente: contáos por marido de doña Elvira de Ayala.

En aquel momento se oyó una ruidosa trompetería.

—¿Qué diablos es eso? dijo Diente.

—¿Qué ha de ser sino un pregon de la ciudad? dijo Paloma: mirad, mirad los trompeteros, los atabaleros, los reyes de armas, el pregonero, un secretario y ballesteros del comun.

—Pues es verdad, dijo Juan Diente asomándose á la puerta con sus dos comensales.

—Y nos van á echar el pregon delante de nuestra casa, dijo alegremente Paloma.

—Oid, oid, dijeron algunos de los que habian formado corro alrededor de la comitiva del pregon.

Entonces el pregonero con el acento peculiar á todos los pregoneros, charló palabra por palabra el pregon que habia dictado Gil Pando en las casas de la ciudad, despues de lo cual pasó la comitiva.

¿Habeis oido? dijo Juan Diente á Deogracias, que se habia quedado estático al oir el pregon: ya no podeis pelar esta noche la pava con doña Elvira, sino esponiéndoos á pagar diez escudos de multa y á estar en la cárcel tres dias.

—Pues aun cuando hubiera de pagar ciento y de estar diez años en la cárcel, no dejaria de acudir á la cita de doña Elvira.

—Que me place, dijo Paloma: así deben ser los enamorados, y no como otros que yo conozco, que todo se les vuelve achaques para faltar á su obligacion. Pero á la mesa, señores, que el conejo se enfria.

Entráronse y se sentaron alrededor de la mesa, pero estaba escrito que Deogracias no tuviese un punto de tranquilidad: cuando iba á engullir el primer bocado, Paloma vino de la puerta á donde estaba asomada, y le dijo:

—Señor sacristan, una dueña pregunta por vos.

—¡Una dueña! esclamó todo azorado Deogracias, saliendo.

En efecto una vieja encubierta se acercó á él y le dijo algunas palabras al oido: despues de las cuales entró azorado, pagó la cuenta del gasto, y sin recibir la vuelta, y despidiéndose y disculpándose con medias palabras, escapó.

CAPITULO IX.

De cómo no era fácil jugar con el corregidor.

A pesar del pregon del corregidor, que prohibia severamente á los enamorados de Sevilla *pelar la pava*, Deogracias, apenas sonó el toque de queda, cuando apareció estirando sus largas zancas por uno de los estremos de la calle en que estaba situada la casa de Juan de Ayala el viejo.

Iba nuestro acólito terriblemente preocupado, y se notaba en su andar, en la actitud de su cabeza, en todos sus ademanes, en fin, cierta altivez, que hasta entonces no se habia notado en él; altivez que hubiera maravillado á todos los que antes le habian cono-

cido humillado y astroso monago de la iglesia de San Juan de la Palma.

Deogracias adelantó hasta ponerse bajo los miradores de doña Elvira y cuando estuvo allí, permaneció por un momento irresoluto y como dominado por la emocion: luego dió tres palmadas tímidas y esperó.

Al poco tiempo se abrió recatadamente una celosía del mirador, y una voz dulce y juvenil, dijo desde ella:

—¿Sois vos, caballero?

Ardió en las venas de Deogracias el sonido de aquella voz y contestó todo trémulo:

—Yo soy, hermosa señora.

—Esperad, dijo doña Elvira, que ella era, y retirándose del mirador, cerró la celosía.

Deogracias quedó esperando impaciente: pasáronse algunos minutos, y al fin se oyó rechinar una puerta en una reja.

Deogracias se acercó, y pronunció un tímido Dios os guarde, al que contestó la voz de doña Elvira, con un acento hechicero.

—Está visto, dijo para sí el ex-monago: he encontrado en buena hora doña Elvira: Dios me lo dá todo en un dia. Para que yo hiciera caso del pregon de ese patan corregidor.

—¿Qué quereis de mí, caballero? dijo doña Elvira,

viendo que Deogracias guardaba silencio.

—Queria hablaros, hermosa señora, contestó Deogracias.

—Ya me habeis hablado harto esta mañana en el alcázar y desde el alcázar á mi casa.

—Sin embargo, señora...

—Que...

—Aun no os he dicho...

—Sí: sí que me habeis dicho...

—Pues creo que no os he dicho todo lo que tenia que deciros.

—Pues me lo habeis dicho todo.

—¡Todo!

—Sí por cierto: me habeis dicho que me amais.

—¡Ah señora! creo que no me he atrevido á tanto.

—¡Que no os habeis atrevido! ¿tan terrible es eso?

—¡Ah señora! vos sois hermosa... muy hermosa: hombres que sin duda valen mas que yo...

—¿Y quién os ha dicho eso?

—¡Cómo! ¿para vos valgo lo que cualquiera otro?

—Valeis mas, mucho mas, caballero: me habeis obligado á que os esté agradecida.

—¡Agradecida! ¿y de qué?

—Vos me procurásteis esta mañana ver al rey...

y si supiérais cuánto bien me habeis hecho con que vea al rey...

—¿El rey os ha oido?

—¡Oh sí!

—¿Y os ha atendido?

—¡Oh sí! y me ha hecho feliz.

—¡Feliz!

—Sí por cierto: yo ignoraba lo que habia sido de mi padre, y el rey me ha vuelto mi alegría y mi esperanza... todo eso os lo debo: ¿cómo quereis que no os lo agradezca?

—Pues mirad, no creia haber hecho tanto por vos.

—¿Creeis que á no ser así, hubiera yo consentido en hablar con vos por la reja?

—¿Es decir, que consentís solo por agradecida?

—¿Y qué mas quereis?

—Yo quisiera, y esto es lo que no me atrevia á deciros, porque conozco mis pocos merecimientos, yo quisiera que vos me amáseis como yo os amo.

—¿Como vos me amais, y hoy me habeis visto por primera vez?

—¡Sí! esclamó Deogracias lanzando un vigoroso y profundísimo suspiro: si es amor no pensar en otra cosa que en vos, no esperar felicidad que no venga de vos... en fin: señora, yo no sé lo que me sucede, yo nunca, nunca...

Deogracias se detuvo, doña Elvira soltó una de esas hechiceras carcajadas, que en vez de ofender alientan á un enamorado tímido.

—¡Sí, sí, dijo Deogracias, reíos cuanto querais, pero no por eso será menos cierto que por vos soy capaz de todo... de todo... y en fin, señora, (y Deogracias hizo un esfuerzo) si pierdo la esperanza de que seais mia...

—¿Qué hariais?

—No tendria que hacer nada, por que el dolor me mataria.

—Pues esperad.

—¡Que espere!... ¿y qué puedo esperar de vos? esclamó con ansia el ex-monago.

—Esperadlo todo.

—¡Ah! señora!

—¡Pero si tanto valgo para vos, será preciso que me merezcais!

—¡Que os merezca! ¿y cómo?

—Ya sabeis que ha ido el rey en busca de mi padre.

—Sí.

—Mi padre debe estar preso.

—¡Preso!

—Sí, por las palabras que he oido al rey. lo sospecho.

—¿Y qué quereis que yo haga?

—Es necesario que averigüeis donde está preso mi padre.

Acordóse Deogracias del señor Pedro de Espinosa, y de Juan Diente, y contando con que por uno ú otro conducto averiguaria lo que hubiese de cierto, en cuanto al padre de doña Elvira, contestó:

—Muy pronto os diré, señora, lo que es de vuestro padre.

—En ese caso, os repito que lo espereis todo, pero entretanto...

—¿Os vais?

—Sí por cierto.

—¡Tan pronto!

—¿Creeís que sea bien visto que una doncella permanezca hablando mucho tiempo á solas con un hombre á quien no conoce bien? Ademas, que he oido que el corregidor ha mandado hacer un pregon, y le han hecho, en que se prohibe que nadie hable con mujeres despues de la queda.

—Aunque lo mandasen seis corregidores, os juro que no me moveria de aquí en toda la noche, á no ser porque vos me obligáseis á ello: y aun así permaneceria en la calle guardándoos el sueño.

—La casa seria, contestó doña Elvira.

—Pero como vos estais dentro de la casa...

—No me parece prudente: creedme, retiráos, y volved mañana: yo he burlado á la dueña, pero la

burla no puede durar mucho tiempo; y el corregidor por vuestra parte... me han dicho que es un hombre terrible: que ha preso al corregidor pasado y á algunos regidores.

—Pues á mí no me prenderia...

—¿Y por qué no habia de prenderos?

—Tengo buenos arrimos en la córte.

—Dios os libre de un corregidor nuevo.

—Pues mirad: creo que vais á tener pronto una prueba.

—¡Cómo!

—Por lo profundo de la calle asoman linternas.

—¿Y os esperais?

—¡Tanto como espero!

—¿Y si es el corregidor?

—¡Que sea en buen hora!

—¡Qué! ¿Vais á comprometerme?

—¡Que voy á comprometeros!

—Sí por cierto... ¡qué dirán, Dios mio!

—¿Y qué pueden decir?

—Ninguna doncella noble y honrada habla por las rejas: eso se queda para las villanas.

—Entonces, señora, y solo por vos, me retiro.

—Adios, dijo doña Elvira, hasta mañana: pero venid de dia.

—Adios doña Elvira... adios...

Pero doña Elvira ya no le escuchaba, habia cer-

rado las maderas de la reja.

Para desdicha de Deogracias, se le echó encima la ronda, que ronda era la que venia, y con el corregidor á la cabeza, cuando aun podia decirse de él por su actitud, aquellos conocidísimos versos:

A los hierros de una reja
la turbada mano asida...

Y en efecto, Deogracias turbado, trémulo, preocupado por el recuerdo de doña Elvira, á la que creia tener delante aun, y por otros sucesos que habian pasado por él, desde que la dueña incógnita le sacó como vimos al final del capítulo anterior.

Echósele, pues, encima la ronda, con el corregidor Gil Pando á la cabeza, que le cogió como quien dice *in fraganti*.

—¡Hola! ¡eh! dijo echándole mano: ¿con que asi se obedecen las órdenes de la justicia? amarrad á este hombre.

—¡Mirad lo que haceis! esclamó con energía Deogracias, que en aquel punto, al lado de la reja de doña Elvira, se sentia valiente como un leon y capaz de acometer á todos los corregidores y rondas del mundo: mirad lo que haceis con prenderme, que os pudiera pesar.

—¿A la justicia amenazais? dijo Gilote, escandalizado y lloroso: ved aqui á qué tiempo nos han traido los flojos ministros de justicia. Todos se atreven á

ella: pues no, no lo hemos de sufrir, es necesario que se sepa que han pasado aquellos tiempos; ¡hola! ¡á ver ¡amarradme á ese hombre y pronto, y con él á la cárcel!

Se puede tener mucho corazon, mucha rabia, mucho valor y no tener al mismo tiempo fuerza: esto fué lo que aconteció á Deogracias: por mas que procuró evitarlo, vióse cercado, sujeto y amarrado en menos tiempo que hemos tardado en escribirlo.

Esto era verdaderamente una desgracia, que no pudo resistir pacientemente nuestro ex-monago, y como lo único que le habian dejado suelto era la lengua, la desató en denuestos y amenazas, jurando y perjurando, que á no haber sido tantos los prendedores, no le hubieran puesto tan abina en aquel estado.

Pero este esceso de valor empeoró la situacion de Deogracias: el corregidor mandó ponerle una mordaza, que en el momento le fué puesta, en cuya última operacion quedó nuestro hombre sujeto y mudo y sin otros órganos libres que la vista y los oidos.

Y afortunado hubiese sido Dogracias en que le hubiesen imposibilitado de ver y oir, porque lo que vió y oyó poco despues, fueron cosas mas para no sabidas que para sufridas con paciencia, como verán nuestros lectores.

En vez de seguir el corregidor adelante, hizo lla-

mar á la puerta de la casa de Elvira, porque segun él decia con su inflexible lógica *parda*, en aquel pelalamiento de pava ejecutado contra los pregones y en desprecio de su autoridad habia dos culpados: primero él que habia ido; segundo ella que habia bajado: la responsabilidad de la ella no la hacia recaer Gilote en ella, sino en el padre, madre, tutor ó hermano, porque era cosa clara y demostrada, que cuándo los jefes de la familia son rígidos y duros, los dependientes de ellos son obedientes y sumisos.

Bien hubiera querido Deogracias oponerse á aquella que él creia una enormidad del corregidor, pero estaba amarrado y mordazado, y al verse impotente lanzó un rugido inarticulado, que le valió un golpe de partesana de uno de los hombres de la ronda, que vió en aquel rugido una amenaza.

Entretanto los golpes se repitian, uno tras ó otro, á la puerta de la casa de doña Elvira, sin que por esto nadie contestase: entonces Gil Pando perdida la paciencia adelantó hácia la puerta, dió en ella un terrible golpe con su vara, y gritó:

—Abrid á la justicia del rey, ó hecho la puerta abajo.

—A aquella voz se abrió una ventana junto al tejado, y una vieja dijo desde ella:

—¿Quién llama de una manera tan brutal?

—Abra á la justicia, dijo con energía Gilote.

—Perdone la justicia, pero mi señor no está en casa y no abriré.

—¡Cómo que no abrireis!

—Estamos solas mi señora y yo.

—Eso es menester verlo.

—Pues no lo vereis.

—¿Cómo que no lo veré? esclamó enteramente amostazado Gil Pando: ¡hola, ministros! ¡echad la puerta abajo.

Los ministros se acercaron á la puerta y empezaron á descargar en ella furiosos golpes.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre en ella, con una lámpara en la mano, sereno, altivo, frio y amenazador.

Aquel hombre era el rey, pero debemos recordar á nuestro lectores que ni Gil Pando, ni Deogracias le conocian mas que como un paje del rey.

—¿Os ha dado el rey esa vara, dijo severamente don Pedro, para que turbeis la paz de una casa honrada?

Gilote miró de alto abajo al rey y contestó sin turbarse:

—No sois vos persona á quien yo diga para lo que el rey me ha dado esta vara, ni vos os podreis alabar de haberos atrevido de tal modo á la justicia.

—¿Sabeis quién os ha hecho corregidor?

—El rey.

—Pero el rey no se hubiera acordado de vos si yo no le hubiera hablado en vuestro favor.

—¿Y qué quereis decir con eso?

—Que de la misma manera que os he hecho corregidor, puedo enviaros á galeras.

Púsose un tanto pálido Gilote, pero con una palidez colérica, y dijo al rey:

—¿Os acordais de lo que me hicísteis jurar esta mañana sobre los santos Evangelios?

—Concluyamos; idos, y no volvais á parecer por estos sitios.

—Sí que me iré, pero será para llevaros á la cárcel, cumpliendo con el juramento que hice de no torcer la vara de la justicia, por interés, temor ni ódio. ¿Podeis quitarme de corregidor? ¡quitadme! pero yo puedo decir: faltó al respeto que se debe á la justicia, y prendiéndole cumplí con mi obligacion.

—¿Es decir que os habeis empeñado absolutamente en llevarme á la cárcel?

—Es mi obligacion.

—Pues vamos.

—Entregadme vuestra espada.

—Eso no haré ¡vive Dios! esclamó el rey.

—¡Cómo! ¿que no entregareis vuestra espada á la justicia?

El rey se iba ya amostazando de veras; comprendió que si no resistia, Gil Pando era muy hombre

de llevarle á la cárcel, y en aquel momento arrojó la lámpara que tenia en la mano, y desnudando la espada cerró á cintarazos con el corregidor y su ronda.

—¡Favor á la justicia del rey! esclamó Gilote con voz dolorida, en razon á haber recibido un furioso planazo del rey en la cabeza, planazo que le hizo ver un millon de estrellas.

—¡Favor al rey contra el rey! esclamaba á media voz y riendo don Pedro; pues allá veremos.

Y con su feroz valentía, arrojándose como un vendabal sobre el corregidor, y sacudiendo al uno, amagando al otro, dando á este un cintarazo, á aquel un puntapié, se llevó al corregidor y su ronda por delante; y tanto apretó los puños, y sacudió tan deprisa, que al fin se pronunció la justicia en desordenada fuga.

—¡Pues no hubiera estado del todo mal el que ese guarda cabras me hubiese llevado á la cárcel! ¡diablo! pero hay que confesar que el tal Gilote es hombre duro, y que á haber sido tan diestro y tan valiente como es de severo y rígido, en la cárcel me emboca ó me obliga á descubrirme: no ha sido mala suerte el que no me conozca ninguno de esos alguaciles. ¡Pero calla! ¿qué bulto es aquel que se revuelve en aquel rincon?

Y el rey se acercó y reconoció, á la escasa clari-

dad de la noche, á Deogracias.

—¡Ah! ¿eres tú, señor sacristan de San Juan de la Palma? mala aventura ha estado esta, y no has tenido mala suerte de que yo tercie en el lance. ¿Has tenido mucho miedo, eh?

Deogracias contestó con un sonido inarticulado.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo el rey riendo: pues te han tratado como carne de perro; te han atado como á un ladron, y te han puesto una mordaza como á un blasfemo. Vamos, ven aquí y te soltaré, pobre amigo mio.

Y el rey quitó la mordaza á Deogracias que apenas tuvo la lengua libre, soltó un turbillon de juramentos.

—¿Cómo es eso? dijo el rey desatándole.

—Esto es que me habeis muerto, señor Pedro de Espinosa, dijo entre llanto y cólera Deogracias.

—¡Yo! esclamó riendo y con estrañeza el rey.

—Sí, vos: ¿qué hacias encerrado á estas horas en casa de doña Elvira de Ayala?

—¡Ta, ta, ta! esclamó el rey, cuya risa crecia. ¡Tienes celos!

—No son celos, sino evidencias: vos habeis jugado conmigo, en lo que habeis tenido muy poca caridad, porque doña Elvira... doña Elvira es mi vida.

Y el ex-monago se echó á llorar.

—Vamos, dijo el rey, paniéndose sério; dejémonos

de disparates. Yo he venido aquí porque soy amigo pel padre de doña Elvira, que en estos momentos está herido fuera de su casa. He venido para llevarla con su padre.

—Doña Elvira no me ha dicho nada de eso.

—Es la primera vez que te habla como amante, y las mujeres deben tener cierta reserva cuando son honradas: no hablemos mas: la misma doña Elvira te convencerá; espera aquí.

—¿Qué espere aquí? ¿y para qué?

—Nada te importa, obedece y calla.

Tenia tal influencia don Pedro sobre Deogracias, que calló y esperó, no sin ver con sobresalto y celos, que el rey se metia como por su casa en la de doña Elvira.

Sigamos al rey.

Subió á oscuras unas escaleras, atravesó unos corredores y entró en una cámara: á la puerta habia una vicja temblando; doña Elvira oraba arrodillada delante de un reclinatorio.

—¡Qué ha sucedido, señor! dijo la vieja.

—Nada: buscad el manto de vuestra señora, y pronto, porque importa: preparáos vos á acompañarla.

Y adelantó hácia doña Elvira, que al sentir pasos se volvió asustada, y al reconocer al rey, se levantó, y se arrojó entre sus brazos.

—¡Sálvame, Pedro, sálvame! esclamó.

—Nada temas, vida mia, dijo don Pedro: ¿no soy yo absoluto señor de Castilla? ¿qué puedes temer estando á mi lado?

—Tú no puedes librarme de la deshonra, Pedro: si los vecinos han visto...

—Dentro de poco te verán casada con tu novio.

—¡Ese hombre, Dios mio... y luego... habrá visto!...

—Le he dicho que soy amigo de tu padre, y que estando herido fuera de tu casa, habia yo venido á conducirte al lugar donde se encuentra.

—¿Con que ese hombre no sabe que eres el rey de Castilla?

—No.

—Te llamas para él tambien Pedro Galan?

—No, me llamo Pedro de Espinosa.

—¡Pedro de Espinosa! ¡siempre misterios! ¡siempre engaños!

—¿Y qué seria si no de mi corona, Elvira?

—Bien, bien, todo lo que tú haces, está bien hecho. No sé por qué no puedo resistir á tu voluntad. Vamos.

Y yendo á la puerta donde estaba la dueña, tomó su manto y se envolvió en él.

—No olvides lo que te he dicho, yo soy amigo de tu padre, he venido á conducirte á donde

está, me llamo Pedro de Espinosa y soy paje del rey. Vamos.

—¿Me acompañarás tú, Pedro?

—Sí, hasta la puerta de Triana; desde allí, te acompañará Deogracias.

—¡Oh Dios mio! ¡sola con él en el campo!

—No: te acompaña doña Ursula.

—Es verdad, dijo resignándose doña Elvira. Vamos.

—Vos, dijo el rey á la dueña, seguidnos. cerrad la puerta de la casa y llevad la llave.

Bajaron los tres: durante el descenso, don Pedro dijo á doña Elvira:

—En el momento que salgamos, será necesario que te agarres del brazo de tu futuro esposo; yo debo ir delante por lo que pueda ocurrir.

Salieron poco despues, y Deogracias se acercó anhelante.

—Amigo mio, dijo el rey, dad vuestro brazo á esta dama y seguidme, yo voy delante á descubrir terreno.

Deogracias no contestó: la emocion le habia cortado la palabra, se acercó á doña Elvira y la presentó su brazo: aquel brazo como todo el cuerpo del exmonago, temblaba de una manera violenta.

Emprendióse la marcha en silencio: don Pedro rebozado en su manto, con la espada desnuda, marcha-

ba delante: á alguna distancia le seguian doña Elvira y Deogracias, y un tanto mas atrás la dueña.

Ni una sola palabra se dijo, ni una sola persona encontraron durante el interminable tránsito, que hicieron por calles oscuras y tortuosas, hasta llegar á la puerta de Triana.

Un poco antes de llegar á ella, don Pedro se detuvo, y dijo á los que le seguian:

—Esperad.

Luego adelantó hácia la guarda, hizo llamar al jefe de ella, habló con él algunas breves palabras, desapareció el alférez, y poco despues volvió con cuatro ballesteros.

El rey habló con ellos algunas palabras, despues de las cuales, dijo á los que esperaban:

—Adelantad.

Doña Elvira, Deogracias y la dueña adelantaron.

—Estos cuatro valientes, dijo el rey, os conducirán á donde debais ir: señor alférez, mandad abrir la puerta: tú, Gaspar de Arévalo, añadió volviéndose á uno de los ballesteros, no olvides lo que te he encargado.

—Descuidad, señor, dijo el ballestero.

—Ahora, amigos mios, salid é id en paz, dijo el rey

Los cuatro ballesteros, dos delante y dos detrás, salieron llevando en medio á doña Elvira, la dueña y Deogracias.

Inmediatamente se cerró la puerta.

. . . . . .

En aquel momento el corregidor Gil Pando, con la cabeza entrapajada, y acompañado de una numerosa ronda, hacia forzar la puerta de la casa de Juan de Ayala, despues de haber llamado á ella inútilmente por largo tiempo.

Una vez abierta la puerta, entró dentro, recorrió la casa, pero á nadie halló: estaba abandonada.

—Tomad inventario de cuanto aquí hay, dijo Pero Lope de Padilla, que acompañaba á Gilote, dirigiéndose á un escribano: despues sellad la puerta y poned sobre ella un cartel que diga: «Nadie toque á esta puerta ni la abra, so pena de traicion al rey.

Trás esto, Gilote, Pero Lope y su gente salieron.

—Seguidme, seguidme, señor teniente: necesito ver al rey, pedirle justicia, en nombre de la justicia, para que me entregue la persona del señor Pedro de Espinosa, dijo Gilote.

—Dificilillo me parece eso, señor corregidor, dijo con cierto acento fisgon Pero Lope.

—¡Cómo! ¡despues de haberme maltratado, y no solo á mí, sino tambien á los mios!

—¿Con que tal os ha puesto el señor Pedro?

—Hecho un santo Cristo... era un demonio.

—El señor Pedro es muy valiente.

—Pero es mas valiente la justicia.

—Cuando no corre.

—Traia gente floja.

—Si la hubiérais tenido fuerte, hubiese sido peor.

—Os juro que he de ahorcar á ese hombre.

—No jureis.

—¿Creeis que yo no sea capaz?...

—Vos sereis capaz de mucho, pero el señor Pedro es capaz de mas. El mismo rey no os le podrá entregar.

—¡Cómo!

—Pedid á Dios que no volvais á verle.

—Pues al alcázar, señor Pero Lope, al alcázar.

—¿Y qué quereis en el alcázar?

—Ver al rey.

—No le vereis.

—Le veré, porque...

—No le vereis, porque...

—El rey es justiciero, segun dicen.

—Mucho que sí; pero yo sé que el rey no se dejará ver de vos hasta...

—¿Hasta que?...

—Hasta que hayaís descubrierto quién fué quien dió muerte al señor Alvaro Gomez de Santaella.

—Al alcárar, al alcázar, señor Pero Lope, y si no

podemos ver al rey, veremos si podemos prender al señor Pedro de Espinosa.

—¿Olvidais que el alcázar es un lugar inmune?

—¿Y qué quiere decir inmune?

—Eso quiere decir que dentro del alcázar no puede prenderse ningun criminal, como no le prenda el mismo rey...

—¿Y su señoría se negaria á prender al señor Pedro de Espinosa... á un criminal? Eso no seria justo.

—Pues mucho me temo que el rey cometa esa injusticia.

– Al alcazár, señor Pero Lope, al alcázar.

—Pues vamos al alcázar, ya que vos no quereis convenceros, sino por vos mismo.

En efecto, cuando llegaron al alcázar, despues de haber recibido bruscamente al señor corregidor, se negaron redondamente á pasar recado al rey.

Gilote en vista de esto, se retiró de la poterna murmurando:

—Yo sé lo que tengo que hacer: pero á pesar de todo, bueno seria pedir consejo al tio Marquillos: mañana iré: esta noche á rondar.

Y Gilote enrabiado con las desventuras que le habian sucedido, se echó por la ciudad á bulto, en busca de alguno en quien desfogar su cólera de corregidor aporreado.

CAPITULO X.

De cómo el rey encontró la venganza de Salomih, sobre su camino.

El rey estaba contento: se habia divertido á su manera, como hacia mucho tiempo que no se divertia. Habia encontrado á una antigua y hermosísima querida, habia asistido, divirtiéndose mucho con la conversacion de Deogracias con ella por la reja, y por último habia aporreado á un corregidor lego y á unos cuantos alguaciles.

Estas calaveradas de don Pedro, eran ciertamente muy reprensibles; pero es necesario tener presente: primero, su juventud y despues su carácter de déspota, que le hacia cometer sin repugnancia, y gozan-

do en ellos, actos, muchos de los cuales castigaba severísimamente en sus vasallos, cuando se los permitian.

—¿Y dónde acabo yo de pasar la noche? se dijo el rey, separándose lentamente de la puerta de Triana: es temprano: Salomith, mi hermosa Salomith se me ha escapado, pero me quedan dos mujeres, hasta las cuales puedo llegar, mediante á dos llaves que tengo en el bolsillo: doña María de Hinestrosa y doña Constanza de Arias.

El rey se puso á meditar acerca de cuál partido deberia elegir.

—Las dos, las dos, se dijo: ¿pero á dónde iré primero? decididamente á casa de doña María: esa mujer me encanta: tiene para mí el aliciente de su carácter, de su pureza... y cayó anoche enloquecida entre mis brazos... ¡oh! doña María es mi mejor joya... siempre despues de su sobrina la Padilla: aquel amor tan impetuoso apenas nacido, aquel rubor tan intenso por una debilidad de que no há podido librarse... aquella pureza... y sobre todo chasquear al buen Juan Fernandez de Hinestrosa, mi sagaz favorito... vamos, vamos á casa de doña María.

Y sin dudar mas, don Pedro se encaminó á la calle de las Culebras.

Antes de dirigirse al postigo, don Pedro observó la casa: estaba silenciosa y oscura: solo se veia luz

por las rendijas de las maderas de los miradores de doña María.

Don Pedro miró si alguien podia observarle, y viendo que la calle estaba desierta, buscó la llave del postigo, se acercó á él, abrió, entró y cerró de nuevo.

Don Pedro subió á tientas, y encontró abiertas todas las puertas hasta la cámara de doña María.

Al abrir la puerta doña María salió al encuentro del rey, ruborosa, confusa, pero dejando ver una alegría infinita, tras su confusion y su rubor.

—¡Ah señora! la dijo el rey, estrechándola entre sus brazos.

Doña María se retiró.

—Apartad, caballero, apartad, dijo con una dignidad que empeñó mas á don Pedro, porque no esperaba dificultades.

—¡Ah señora! dijo con acento apasionado ¿así me rechazais?

—No, no os rechazo, os amo, os amo con toda mi alma... pero lo que ha acontecido entre nosotros.... cuando recuerdo... ¡ah! ¡caballero! ¡anoche me volvisteis loca! no me conozco, me parece un sueño...

—Pero un sueño de gloria, un sueño de felicidad, luz de mis ojos, adorada mia: ¿no es verdad que ese que os parece un sueño debe convertirse en una rea-

lidad contínua, interminable?

—¡Ah! sí: ved á mi hermano, vedle: ya que sois noble, rico, poderoso, protegido por el rey, decidle: yo amo á vuestra hermana doña María... y ella, ella que nunca ha amado, que nunca creia amar, me ama tambien, me ama con toda su alma: decídselo así, yo os autorizo á ello: decidle tambíen, si se niega, vuestra hermana está resuelta á ser mi esposa, y si os pide licencia, es solamente porque sois su hermano mayor; pero si se la negais, se casará conmigo.

—¿Y entre tanto?... dijo el rey con acento apasionado.

—¡Entretanto! ¿y cuanto tiempo puede eso tardar? si mi hermano consiente, seremos esposos antes de una semana; si no consiente, lo seremos mañana mismo: os he dejado la llave de ese postigo, podeis entrar por él con un sacerdote y con dos testigos amigos vuestros y en mi oratorio...

—Sí, sí es verdad, pero rechazarme hasta tanto que... ¡y decís que me amais!

—Si no os amara, ¿me encontraria en la vergonzosa posicion en que me encuentro?

—¡Cómo! ¿teneis vergüenza de ser mi amante?

Coloróse de una manera intensa el semblante de doña María.

—¡Vuestra amante! ¡decís vuestra amante! ¡no, no,

os engañais! ¡yo no soy vuestra amante, ni lo he sido, ni he podido serlo! ¡he sido vuestra!... ¡no sé por qué! ¡me fascinásteis, me enloquecísteis!...

—¿Y no temeis que os enloquezca otra vez?

—No, porque ahora conozco el peligro.

—Y si yo me obstinase en que antes de ser mi esposa fuéseis mi amante...

Levantóse inmensa y altiva doña María.

—¡Eso os pudiera pesar! dijo con acento reconcentrado.

—¡María, María! dijo don Pedro: es tan hermoso este misterio, esta ansiedad... pasar el dia esperando la noche y cuando la noche llega venir, palpitando el corazon de deseo, á buscar los brazos de una mujer adorada: apurar una felicidad intensa, misteriosa; no tener alrededor gentes que digan: ese hombre y esa mujer se pertenecen...

—Seguid, dijo letalmente pálida doña María.

—¡Oh! sí, no matemos lo bello de nuestro amor, no le matemos sino cnando sea absolutamente necesario.

—¡Es decir, cuando nos salga á la cara la deshonra! esclamó doña María, con la voz trémula de vergüenza y de cólera.

Don Pedro comprendió que luchaba con un carácter enérgico, firme, terrible, y se rehizo.

—Pues bien, nos casaremos, señora; hablaré á

vuestro hermano:

—Sí, nos casaremos, dijo doña María, sin perder su severidad: nos casaremos aunque vos no querais, porque no se burla así á una mujer como yo... nos casaremos, y mi hermosura, esta hermosura que, segun decís, tanto os enamora, será vuestra, únicamente vuestra; pero habeis herido mi corazon, tendreis en mí una esclava y nada mas.

—¡María! esclamó don Pedro, pretendiendo forzar la situacion, en voz insinuante y conmovida.

—¡Ah! esclamó doña María: la desgracia os ha traido junto á mí, loco mancebo: la desgracia me ha deslumbrado, me ha cegado: pero vos habeis querido que despierte, y he despertado: y yo os esperaba con ansia, con una ansia mortal... deseaba, sabedlo, encontrar en vos el mismo hombre que anoche, sumiso, amante... esperaba que me dijeseis: os he pedido á vuestro hermano, soy vuestro, enteramente vuestro: yo hubiera caido en vuestros brazos, loca, enamorada, feliz... hubiérais podido engañarme... pero no habeis sabido hacerlo, y me habeis herido en medio del corazon: me habeis herido de muerte.

—Escuchadme, doña María, escuchadme.

—¡Yo vuestra amante!... ¡yo!... ¡entre un vergonzoso misterio!... ¿y habeis podido creer?... ¿tan pervertido estais, que no habeis comprendido que una mujer honrada, cuando es libre puede... no sé

porqué... pero puede deshonrarse como yo me he deshonrado?... ¿habeis creido que yo olvidaria mi linage, mi honor?... habeis blasfemado... idos... idos... obrad como mejor querais,.. ya estoy deshonrada á mis ojos... quiera Dios que mi desgracia no haga que los resultados de mi locura me deshonren ante el mundo... pero de cualquier manera que sea, si no me volveis la honra que me habeis arrebatado... temedlo todo... todo... seria capaz de asesinaros yo misma, si el rey se negase á hacerme justicia.

—Escuchadme por piedad...

—Nada tengo que oiros, mas que un sí ante el altar.

—¿Y cuando llegue á ese caso, no me perdonareis?...

—Yo no puedo perdonaros jamás el que me hayais confundido por un solo instante con esas mujeres que se deshonran sin pudor y siguen deshonrándose sin remordimiento.

—¡Pero esto es horrible!...

—¡Sí, horrible y desesperado y cruel para mí!... pero no importa; tendré valor para sufrir mi suerte. Ahora salid y no volvais sino con mi hermano y un sacerdote.

—Os juro, señora, dijo el rey, apelando á un recurso muy usado por los amantes infelices, que no me volvereis á ver mas.

—Me debeis la honra, y os buscaré para que me la pagueis.

—¡Ah, señora! ¡tendreis que buscarme en la eternidad!

Don Pedro alentó una esperanza, al ver que doña María se estremecia.

—¡Que os maldiga Dios, si sois tan cobarde que que tal haceis! esclamó.

—¡No me maldigais, señora, porque vos sois la causa de mi desesperacion!

—¡Yo! esclamó con un altanero asombro doña María.

—¡Sí; ¿no me habeis dicho, que sereis mi esposa, mi esclava, pero que no me amareis?

—¡Yo no puedo amaros! esclamó tenazmente doña María.

—Y yo, contestó el rey, no puedo vivir sin vuestro amor.

Doña María calló: don Pedro cobró alientos con aquella muestra de debilidad, y forzó su papel.

—Os pagaré vuestra honra, señora, seré vuestro esposo... pero despues...

—Despues...

—Os dejaré libre.

—¡Libre!

—¡Viuda!

—¡Viuda!

—¡Ah! esclamó el rey, ¡tanta desgracia por una palabra impremeditada!... perder la felicidad... el cielo en la tierra!... ¡amar con todo el corazon, con toda el alma, y tener el corazon desgarrado, y el alma desesperada! ¡Ah! ¡Dios mio!

Y don Pedro, tuvo la suerte de conseguir ponerse en la situacion que fingia: las lágrimas se agolparon á sus ojos, y rompió á llorar, pero un llanto en el cual parecia salir envuelta su alma.

Doña María lo olvidó todo: el rey la habia causado una impresion demasiado profunda, estaba enamorada de él, le amaba, y al verle llorar, lloró tambien, se arrojó á sus brazos, le colmó de caricias y murmuró en sus lábios con voz trémula y opaca:

—Sí, sí, yo te amo, te amo con toda mi alma, tú eres mi felicidad... mi ambicion: yo soy tuya, tuya para siempre.

Don Pedro habia vencido, pero con unas armas que no habia usado hasta entonces.

Convirtióse doña María en una amante dócil, enamorada, enloquecida, y el rey sonreia para sus adentros, y daba gracias al diablo que le habia concedido tan á tiempo aquellas salvadoras lágrimas, á él, que no habia llorado nunca.

Pasaban las horas para los dos enamorados como instantes: pero cuando mas abstraidos estaban del mundo, y de lo que no era ellos mismos, resonaron

grandes golpes en el postigo.

Don Pedro se levantó sobresaltado, y doña María corrió trémula á los miradores.

—¡Mi hermano! ¡es la voz de mi hermano, que llama! esclamó trémula doña María.

—¡De tu hermano!

—Sí.

—¡Oh! ¡Dios mio!... ¿y van á abrirle? será necesario que os escondais: sí, por mi honor: ya han abierto.

Doña María empujó á don Pedro hácia los tapices de su alcoba, y se quedó pálida y muda en medio de la estancia.

Poco despues sonaron violentos pasos en el corredor, que correspondia á la salida del postigo; se abrió de golpe la puerta, y apareció un hombre con la espada desnuda y ensangrentada: aquel hombre era alto, robusto, de fisonomía severa, pálido y grave, y en aquel momento sus ojos arrojaban relámpagos de ira: era Juan Fernandez de Hinestrosa, hermano mayor de doña María.

Al verle esta lanzó un agudo grito, y se retiró dos pasos.

—¿Por qué gritais? ¿por qué os estremeceis, hermana mia? dijo Juan Fernandez.

—¡Qué sangre es esa que tiene vuestra espada, hermano! esclamó ella.

—¡La sangre vil de un encubridor de mi deshonra! gritó furioso Hinestrosa.

—¡Estais loco, hermano! dijo sobreponiéndose á su terror doña María: ¿de qué deshonra hablais? ¿quién es ese que la ha encubierto?

—¡Vuestro infame escudero García de Coca!

—¡Le habeis muerto!

—¡Sin darle lugar á hablar, como debia haberos muerto á vos!

—¡A mí! esclamó con una altivez indescribible doña María, siempre sobreponiéndose á la situacion. ¡Qué! ¿habeis llegado á pensar que yo os deshonro tambien?

Era tan seguro, tan enérgico, habia tal indignacion en el acento de doña María, tal asombro en sus miradas, tal grandeza en su actitud, que Juan Fernandez de Hinestrosa vaciló.

—¿Me habrán engañado? dijo.

—Pero acabad, acabad: ¿qué hablais de engaños, ni de deshonra? ¿qué sierpe venenosa os ha mordido, hermano? Acabad, esplicaos, á fin de que sepamos hasta qué punto llega vuestra locura.

Juan Fernandez de Hinestrosa se puso la espada debajo del brazo, sacó una carta de su escarcela y la entregó á su hermana.

Esta la leyó, y Juan Fernandez notó que su hermana palidecia y temblaba.

La carta estaba concebida en estos términos.

«Señor Juan Fernandez de Hinestrosa: no parece »sino que vuestra familia está sentenciada á la des»honra: vuestra hermosa sobrina es manceba del rey, »y como si esto no bastase, vuestra santa, vuestra »virtuosa hermana, ha olvidado en un momento lo »que debe á sí misma y á su nombre. Si quereis com»prender mejor lo que os digo, id esta misma noche »á los doce, á casa de vuettra hermosísima hermana. »Allí vereis que, si vuestra sobrina goza los amores »del rey, no los goza menos vuestra hermana. Esto »bien mirado, no importa; un rey que ademas que »con doña Blanca de Borbon, se ha casado con doña »Juana de Castro, siendo ambas vivas, bien puede ca»sarse con doña María de Padilla y con doña María »de Hinestrosa: de este modo sereis á un tiempo tio »y cuñado del señor rey don Pedro.—Una mujer que »se venga.»

—¡Qué os parece de esa carta, hermana! dijo Hinestrosa mirando profundamente á doña María.

—Digo, que dándola crédito, me habeis gravemente insultado.

—¡Paréceme que despues de haber leido esa carta, no es vuestra voz tan segura, señora! ¡estais pálida, temblais!

—¡De indignacion!

—¡Ah! y decidme, ¿qué haceis levantada á estas horas?

—¿Aun dudais de mí?

—¡Decidme! repitió Hinestrosa con voz de trueno, asiéndola con fuerza de un brazo: ¡qué haceis tan tarde fuera de vuestro lecho!

—¡Ved, hermano, que me lastimais, que me atropellais! esclamó con altivez doña María.

—¡Y si no me contestais decididamente, si no me probais que este escrito es una calumnia, os mato, como acabo de matar á vuestro escudero!

—Tú no harás eso, Juan, mi buen amigo, dijo una voz fria é incisiva, entre los tapices de la alcoba.

Juan Fernandez de Hinestrosa, con la espada aun en la mano, se volvió hácia donde habia sonado la voz y vió delante de sí al rey don Pedro, que le miraba severamente.

—Tienes en la mano una espada desnuda y ensangrentada, dijo el rey.

Juan Fernandez de Hinestrosa permaneció pálido, mudo por la sorpresa, inmóvil como una estátua, dominado por cien encontradas pasiones: al mismo tiempo doña María mas pálida que su hermano, mas trémula que él, fijaba en don Pedro una mirada indefinible.

—¡Con que era verdad! esclamó Hinestrosa con voz cobarde.

—¡Era el rey! esclamó doña María con acento grave.

—Sí, sí, es verdad, Juan Fernandez: tu hermana es mi amante: sí, es verdad, doña María; el rey es quien os ama.

La situacion era altamente dificil para los dos hermanos: Juan Fernandez aterrado, apenas alcanzaba á pronunciar algunas palabras ininteligibles: doña María, sobrepuesta á la situacion, miraba al rey frente á frente y con confianza, casi con amor. Aquella era una transformacion incomprensible: Hinestrosa pasaba alternativamente su mirada de doña María al rey, y del rey á doña María.

—Lo hecho hecho está, y no me pesa de ello, Juan Fernandez, dijo el rey; si tú hubieras presentado á tu hermana francamente en la córte, yo la hubiera mirado de seguro con indiferencia, á pesar de su hermosura: pero me la has recatado, me la has escondido, como que me la has disputado. Ya sabes que las provocaciones me irritan: el primer paso fué un empeño: la ví, y puedo asegurártelo, Juan, en este momento amo mas, mucho mas, á tu hermana que á tu sobrina. Concluyamos, pues, amigablemente, ya que tú con tus misterios acerca de tu hermana has sido la causa de todo. Envaina tu espada, abraza á tu hermana que es inocente, puesto que ha sido engañada, y no hablemos mas del negocio; porque te advierto,

que si la molestas con una sola palabra, si te permites el mas leve escándalo, te destierro, doy de lado á tu sobrina, me caso con tu hermana á pesar de todas mis esposas, y la pongo sobre el trono de Castilla.

—Señor, vuestras palabras...

—Son las palabras de un tirano... concedido: pero te advierto, Juan, y no necesito advertírtelo, porque lo sabes, que mi voluntad es antes que todo, y que mi justicia...

—Cuando se trata de vos, don Pedro, vuestra justicia es larga, ancha, profunda, cabe en ella todo.

—Culpa á tu hermana, cúlpate á tí mismo: te lo confieso, Juan: al verla tan hermosa, tan noble, tan pura, no pude contenerme y... la he engañado: tu hermana, no lo dudes, está enamorada de mí, ha cedido á mi amor, á mis promesas: mi amor es cierto: mis promesas se cumplirán.

—Vuestras promesas no pueden cumplirse, porque estais casado con doña María de Padilla, mi sobrina, porque teneis en ella sucesion.

—¿Y quién te asegura de que no la tenga yo de tu hermana?

—¡Señor! ¡señor!

—Basta: tu venganza es imposible: para vengarte seria necesario hacerme traicion; te aconsejo que no me la hagas: para herir al hombre era necesario que hirieras al rey. No te atrevas á ello. Tenias gran de-

seo de los molinos del Guadalquivir que son de mi corona; yo los doy en dote á tu hermana, y la fundo en ellos mayorazgos: yo la daré noble marido...

—Mi hermana, señor...

—Sí, vuestra hermana no acepta las mercedes del señor rey, pero acepta su amor; vuestra hermana no quiere recibir nada del rey, pero el rey es mio, dijo doña María asiendo una mano de don Pedro y estrechándola contra su hermoso seno.

Y la voz de doña María era entonces una voz dulce, enamorada, en la que rebosaba felicidad.

Sin embargo, Juan Fernandez de Hinestrosa se estremeció al sonido de aquella voz: profundo conocedor del carácter de su hermana, encontró en ella algo de lúgubre y amenazador: por el contrario, el rey estraviado por su amor propio, dijo para sí:

—¡Oh! no hay virtud posible cuando se sujeta á ciertas pruebas: para hecerme amar, aunque yo no fuese el rey don Pedro, me bastaria con ser rey.

—Ya, señor, que lo hecho no tiene remedio, dijo Hinestrosa, ya que mi hermana, escudada por vos, se obstina en vuestros amores, nada tengo yo que hacer aquí; os suplico únicamente, señor, por los servicios que os he hecho, por mi lealtad, que pasa por cima de la deshonra; por mi sobrina, por mi hermana, por vuestros hijos, que vuestros amores con esta desdichada sean un misterio. Os juro, que aunque

me habeis herido gravemente en lo mas sensible de mi alma, en la honra de mi hermana, que es lo que mas amo en el mundo, no os faltaré á la lealtad que os he jurado: pero os afirmo tambien que jamás, jamás olvidaré que habeis seducido y hecho desgraciada á mi pobre hermana.

Y dejando caer su espada el buen caballero, se arrojó en los brazos de doña María que, mientras su hermano lloraba en silencio sobre su seno, murmuró con voz dulce y conmovida:

—No llores, hermano; soy muy feliz: le amo con toda mi alma, y él me ama tambien.

Y doña María lloraba.

—¡En qué parará esto! murmuró el rey.

Esta pregunta, que se hacia á sí mismo y en aquella situacion don Pedro, revelaba lo duro, lo cruel de su alma.

—Adios, hermana, dijo Juan Fernandez separándose de los brazos de doña María, y recogiendo su espada que envainó despues de haber limpiado friamente con su tabardo la sangre que la manchaba: adios, señor.

—Espera, dijo el rey: ¿no has dicho que has muerto al pobre García de Coca?

—Sí, contestó lúgubremente Juan Fernandez.

—Es necesario sacar el cuerpo á la calle para evitar escándalos: yo te ayudaré: vamos.

Juan Fernandez y don Pedro salieron del dormitorio de doña María: el primero llevaba una lámpara: atravesaron un corredor, bajaron una escalera, y al pié de ella encontraron al desventurado García de Coca, muerto, herido en el corazon de una estocada.

—Apaga la luz y abre el postigo, díjo el rey.

Juan Fernandez obedeció.

—Ahora carguemos con el muerto.

Cargaron á tientas con él, le sacaron á la calle, doblaron dos esquinas y le dejaron en un callejon sin salida.

Despues se volvieron hácia el postigo.

—Con la muerte de García de Coca, dijo el rey, nadie sabe que soy amante de tu hermana: evitemos, pues, que nadie lo sepa: para eso es necesario que no viva tan retraida: es necesario ademas que se case, y que se case bien: preséntala en la córte, que viva en el alcázar con tu sobrina... ¿lo entiendes?

—Será lo que vos querais, dijo sombríamente Hinestrosa.

Y deseando abreviar aquella escena, que le heria á un tiempo en su corazon y en su orgullo, se despidió del rey y se perdió en paso apresurado por las oscuras callejas.

El rey se volvió hácia el postigo, pero le llamó la atencion el reflejo de una luz. Miró por la cerradu-

ra y vió á doña María, llorando, inclinada sobre el charco de sangre que habia dejado García de Coca sobre el pavimento, al pié de la escalera, y lavando apresuradamente la sangre con un paño que sumergia de tiempo en tiempo en una cubeta de madera.

El rey hizo ruido en la cerradura con la llave, como avisando á doña María que se retirase; pero cuando abrió vió que doña María seguia con la misma precipitacion en su faena.

—¿Qué haceis, señora? la dijo el rey.

Doña María levantó sus hermosos ojos hácia don Pedro, y le contestó sonriendo de una manera lánguida y llena de encanto y de amor:

—Borro las huellas de mi deshonra: vuestro amor me ha sentenciado ya dos veces, y en muy corto intérvalo, á ser lavandera.

El rey la alzó entre sus brazos.

—Dejad, dejad, vida mia: yo he causado esa sangre... yo la lavaré... yo la borraré y procuraré haceros tan feliz como puede serlo una mujer sobre la tierra.

Y don Pedro, que sabia ser muy galante con sus queridas, continuó la faena empezada por doña María.

Afortunadamente el pavimento era de enormes losas de mármol, y la sangre no habia caido mas que

sobre una de ellas: en un momento quedó lavada: despues el rey arrojó el lienzo y el agua á una cloaca que habia en un patinillo cercano; despues tomó la lámpara y subió las escaleras con doña María, llevándola rodeada con un brazo trémulo la cintura.

La situacion se habia aclarado para el rey, y estaba contento: doña María parecia satisfecha: su mirada devoraba la ansiosa mirada de amor del rey.

—¡Oh qué feliz soy! dijo ella dejándose caer indolentemente sobre el divan.

—¿Es verdad que eres feliz, vida de mi vida? dijo el rey.

—Sí, contestó doña María: ¿sabes acaso cuanto te amo? si hubieras sido un simple caballero, si mi hermano, que es valiente y feroz, te hubiera muerto... ¡oh! ese era mi terror; tu muerte hubiera causado la mia: pero ahora tu poder proteje nuestros amores, tú serás discerto y no comprometerás mi honra: viviremos el uno para el otro en medio de un dilicioso misterio: ese postigo será el único confidente de nuestra felicidad.

—Mañana morarás en el alcázar, vida mia... en mi alcázar, donde hay pasadizos secretos, puertas ocultas: antes de ocho dias serás esposa de uno de esos hombres que venden su nombre para cubrir el honor de una dama....

Coloróse de una manera enérgica el semblante de doña María.

—¡Pertenecer yo á otro hombre que no seas tú: tú, el único hombre á quien he amado, á quien amo, á quien amaré! ¡yo adúltera!...

—Ese hombre será para tí tan estraño como si no fuese tu esposo; pero mientras te dará un nombre legítimo.

—¿Y hay nobles que así se venden?

—Siempre se encuentra lo que se necesita, si se paga bien: tú serás la querida de mi alma: la córte no verá en tí mas que la noble, la honrada, la pura doña María de Hinestrosa.

—¡Ah! yo seré lo que tú quieras que sea: si no te place el misterio, si quieres que te envidien mis amadores, dí á todo el mundo: doña María de Hinestrosa, la mujer sin mancha hasta que me conoció, la mujer á quien atribuian un corazon de roca, es mi amante, es mi manceba... ¿qué me importa si te tengo á tí, rey mio, tan hermoso, tan valiente y tan enamorado?

Y doña María rodeó sus frescos brazos al cuello de su amante.

En aquel momento dos sombras entraban en el callejon sin salida donde el rey é Hinestrosa habian dejado á García de Coca.

—De aquí salieron, dijo una voz de mujer.

—Sí, de aquí fué; contestó una voz de hombre.

—Abre tu linterna, Adonias; dijo la mujer.

Sacó entonces el hombre una linterna sorda de debajo de su manto, y un rayo de luz iluminó el callejon: vióse entonces que la mujer era Salomith, y el hombre el judío Adonias.

Inclinóse Salomith con ansia sobre el cadáver y le reconoció.

—No es el rey, dijo con desaliento.

—¿Tanto aborreces á don Pedro? dijo Adonias.

—Con toda mi alma, repuso Salomith.

—¡Oh! pues alégrate de que el rey viva.

—Silencio: yo te lo esplicaré despues: gente viene.

En efecto, se escuchaba un tropel de gente que adelantaba por la calle á la cual daba la embocadura del callejon.

Adonias y Salomith guardaron un profundo silencio, y se arrimaron cuanto pudieron á la pared.

Pero al llegar el tropel á la embocadura del callejon, detúvose un hombre que venia delante, y al que acompañaba otro con una linterna y dijo:

—Detengámonos aquí.

—Este es un callejon sin salida, señor corregidor, dijo otro hombre.

—Pues cabalmente los callejones sin salida son los que mejor amparan á los peladores de pava. Necesi-

to hacer un escarmiento, Dios vive; adelante y tras mí la ronda.

A poco que Gil Pando adelantó en el callejon, tropezó con el cadáver de García de Coca. Adonias y Salomith se habian retirado al fondo del callejon.

—¡Un muerto! esclamó severamente y con voz estentórea Gilote.

—Y en el fondo del callejon dos bultos, dijo uno de los alguaciles.

Apenas pronunciadas estas palabras, la ronda en masa se precipitó al fondo del callejon y se apoderaron de Salomith y Adonias.

—¡Ah! ¡ah! dijo Gilote: hé aquí, hé aquí como anda el reino: las mujeres para huir con sus amantes, matan á sus parientes ó tutores: tomad, tomad testimonio de ello, escribano: llevad á estos dos á la cárcel y el muerto á una iglesia.

Las órdenes del corregidor fueron cumplidas: poco despues el callejon estaba abandonado.

. . . . . .

Antes del amanecer se abrió el postigo de la casa de doña María de Hinestrosa y salió don Pedro.

Doña Maria le vió alejarse desde sus miradores, á la dudosa luz del crepúsculo; y cuando desapareció, se apartó de los miradores: la luz de la lámpara dejó ver su semblante: habia en él cansancio, languidez,

alegría, felicidad, dolor, desesperacion: un conjunto inesplicable de encontrados afectos.

—¡Oh! esclamó: estoy deshonrada, y sin embargo le amo: soy feliz con su amor... ¡oh! ¡sí! él me ama, le encanto: le embriago con mi hermosura: á pesar de esto, la rabia me devora el corazon; la vergüenza me quema el rostro: ¡yo manceba de un rey! ¡yo que he dejado de tratarme enteramente con mi sobrina, porque aparece públicamente como su manceba! ¡yo, olvidada de las costumbres de toda mi vida, ardiendo en un amor impuro! ¡loca, frenética cuando le tengo entre mis brazos! ¡oh! ¡qué vergüenza! ¡y tengo celos! ¡ese hombre... ese hombre no ama en mí mas que la hermosura! ¡me habla de sus pasados amores con otras mujeres; de sus triunfos! ¡ah rey don Pedro! ¡sé solamente mio! ¡no ames, no desées á otra mujer que á mí, y me importa poco la deshonra! pero si los celos que me devoran continuan... ¡oh! ¡entonces, rey don Pedro, me vengaré de tí!

Doña María se dirigió lentamente hácia los tapices de su alcoba, los abrió y desapareció trás ellos.

Un momento despues, rendida por el sueño, soñaba con don Pedro.

CAPITULO XI.

De cómo Gil Pando empezó á conocer las amarguras y compromisos del cargo de corregidor.

Volvamos á doña Elvira de Ayala, á Deogracias y á la dueña que acompañados de un ballestero del rey, como saben nuestros lectores, se encaminaban á la ermita de Nuestra Señora del Amparo.

El ballestero debia conocer el camino, puesto que antes de llegar á Santiponce, torció por una trocha y á poco rato entró en las ruinas y llamó á la puerta de la ermita.

Debia tambien el ballestero haber recibido instrucciones, puesto que cuando Marquillos el pastor preguntó desde dentro qué querian, respondió:

—Decid al señor Juan de Ayala el viejo, que aquí está su hija doña Elvira.

Retiróse Marquillos de la puerta, y poco despues volvió abriéndola de par en par.

—Entrad, dijo.

Doña Elvira que no sabia que allí estaba su padre, al saberlo, se precipitó dentro de la ermita esclamando:

—¿Dónde está mi padre?

—Aquí, Elvira mia, hija de mis entrañas, dijo Juan de Ayala desde una habitacion inmediata.

Doña Elvira se lanzó desalada dentro, y se arrojó en los brazos de su padre, que estaba en el mismo lecho de pieles que le habia procurado Marquillos.

A los piés de aquel lecho estaba Marquillos; á la cabecera la hermosa penitente de las ruinas; á la puerta Deogracias; detrás de él la dueña, y detrás de la dueña el ballestero.

Padre é hija permanecieron durante mucho tiempo abrazados, y al fin cuando se separaron, las preguntas se cruzaron.

—¿Con qué estais fuera de peligro, padre mio, dijo la jóven?

—Sí, contestó Juan de Ayala: pero ¿quién te ha dicho que yo estaba aquí?

—Ese hidalgo que me acompaña: acercaos, señor Deogracias, acercaos.

—Y al decirle esto la jóven, le indicó con una espresiva mirada que debia ser prudente.

—Yo os he visto en alguna parte, dijo Juan de Ayala, mirando fijamente al ex-monago.

—Bien podrá ser, caballero, dijo Deogracias: en cambio yo no recuerdo haberos visto hasta ahora.

—¿Quién os ha dicho que yo me encontraba herido en este lugar?

—Es una historia.

—¡Una historia!

—Sí por cierto: sabed que yo tengo un amigo en el alcázar.

—¡Que teneis un amigo! y ¿qué amigo es ese?

—Es un paje del rey; y por cierto que priva mucho con su señoría.

—¿Y cómo se llama?

—El señor Pedro de Espinosa.

—¡Pedro de Espinosa! No conozco á ningun paje de ese nombre.

—Es raro, dijo para sí Deogracias, que nadie conozca al señor Pedro de Espinosa mas que el ballestero mayor del rey. Pues vuestra hija le conoce, añadió alto y con una amarga espresion Deogracias.

—¡Que le conoce mi hija!

—Sí, padre mio; solo que nosotros le conociamos sin duda por su segundo apellido: el señor Pedro de

Espinosa, es el mismo que nosotros conociamos por Pedro Galan.

—Y doña Elvira se ruborizó al pronunciar aquel nombre delante de su padre.

—¡Ah! dijo profundamente Juan de Ayala. ¡Con que tan privado sois del señor Pedro Galan, quiero decir del señor Pedro de Espinosa!

—Le debo lo que soy, caballero.

—¡Y qué... sois!

—Soy de la casa del señor Pedro de Espinosa, contestó Deogracias, no atreviéndose á decir delante de un caballero que era padre de su amante, que habia sido monago y que entonces era sacristan.

—Pues si sois de la casa debeis saber quiénes son los padres del señor Pedro de Espinosa.

—Os diré: le he encontrado en la córte, hace poco tiempo que le sirvo, ni me ha preguntado, ni le he preguntado; bástame con saber que en el alcázar le respetan, que entra en lo mas vedado, que vive por fuero propio: me ha hecho grandes beneficios, me paga y le sirvo.

Juan de Ayala no se atrevió á preguntar mas, temiendo cometer una imprudencia; ademas llamaron en aquel momento á la puerta y sobrevino un incidente que cortó la conversacion.

El que habia llamado era el ballestero mayor del rey.

Apenas entró el buen Pero Lope de Padilla, que venia armado hasta los dientes, cuando pidió quedar á solas con doña Estrella y con Juan de Ayala.

Salieron doña Elvira, Deogracias y la dueña, y quedó solo el ballestero mayor con el herido y la penitente.

—Acercaos al lecho, señora, dijo Pero Lope á doña Elvira, puesto que necesitamos hablar tan bajo que no podamos ser escuchados.

Y diciendo esto se quitó el casco y se sentó sin ceremonia en el lecho del herido.

Doña estrella acercó un taburete y se sentó, formando las tres personas un apretado grupo.

—Ha llegado el dia de la justicia, señora, dijo Pero Lope.

—¡El dia de la justicia!....

—Os relato palabra por palabra un razonamiento que me ha hecho aprender el rey de memoria, y del cual, maldito yo si entiendo una palabra.—Dejadme pues continuar mi mensaje.—Ha llegado, pues, el dia de la justicia, y mañana el corregidor de Sevilla vendrá á preguntaros acerca de ciertos crímenes.

—¡A mí!

—Eso me ha dicho el rey.

—¡Pero yo!...

—El rey quiere que contesteis como debeis con-

testar á la justicia, hablando en verdad. Ademas, que el corregidor que vendrá á preguntaros, os es muy conocido.

—¡Es mi esposo!

—No por cierto, es el pastor Gil Pando

—¡Gilote! esclamó con asombro doña Estrella.

—El rey, señora, obra á veces de una manera estraña, pero nunca sin razon y sin justicia. Gilote, pues, vendrá; al encontrar aquí á vuestra hija, á su dueña y al hombre que las acompaña, querrá prenderlos.

—¡Prenderlos! ¿Y por qué?

Pero Lope refirió brevemente á Juan de Ayala, cómo Gilote habia hecho pregonar un bando en que se prohibia á los vecinos de Sevilla hablar con sus novias por las rejas despues del toque de la queda, cómo habia encontrado á Deogracias, con notoria infraccion del dicho bando, en amante conversacion por la reja con doña Elvira de Ayala, y cómo el rey, por un acaso, habia logrado salvar de la severidad del flamante corregidor á Deogracias y á doña Elvira.

Por decontado Pero Lope de Padilla se abstuvo de decir que el rey se encontraba dentro de la casa de doña Elvira, lo que hubiera sido una vergüenza para Juan de Ayala y un escándalo para doña Estrella, motivando solo la presencia del rey en aquel lan-

ce por un encuentro casual durante una ronda nocturna.

Sin embargo, Juan de Ayala se alarmó cuando supo que su hija tenia amores, y amores de reja con un hombre que se llamaba lisa y llanamente Deogracias.

—¿Y qué hombre es ese? dijo el hidalgo.

—Mucho debe valer, contestó el ballestero mayor, puesto que el rey le distingue.

—¡Ha distinguido el rey á tantas gentecillas! dijo profundamente Juan de Ayala.

Sin embargo, amigo mio, dijo Pero Lope; bien sabeis que el rey no acostumbra á honrar mas que á los que merecen ser honrados, sea cualquiera su condicion; en fin, el intervenir en los amores de vuestra hija es asunto que os compete esclusivamente: lugar tendreis de ello: por ahora vamos á lo que importa, que me urge partir: Gilote vendrá y querrá prender á vuestra hija, á Deogracias que juntamente con la dueña se le escaparon anoche: ademas de que esta casa, como ermita, tiene privilegio de inmunidad y asilo por las leyes, aquí teneis un resguardo firmado por el rey, y refrendado por uno de sus secretarios.

Y uniendo la accion á la palabra, Pero Lope entregó un pergamino enrollado á Juan de Ayala, se puso de pié, se cubrió con el yelmo y dijo al noble y á

doña Estrella:

—Quedad, pues, con Dios, amigos mios.

—¡Cómo! ¿Ya os vais... sin esplicarnos?...

—Os he esplicado ya cuanto sé; por lo demas estoy harto deprisa, como que antes de una hora tengo que estar en las casas de la ciudad.

—Id, pues, con Dios; pero esperamos que en otra ocasion...

—En otra ocasion, señor Juan de Ayala, podré ser mas largo.

—Una palabra no mas: ¿qué se han hecho los rebeldes que prendió el rey en estas ruinas?

—Lo que ha sido de esa gente sábenlo el castillo de Triana, las Atarazanas, y la torre del Oro. Con que adios, mis buenos amigos.

—Id en paz, señor Pero Lope de Padilla, dijo Juan de Ayala.

—Que el Señor os bendiga, dijo doña Estrella.

Pero Lope salió tras esto, dijo algunas palabras al paso á Deogracias y á doña Elvira, salió de la ermita y montó en un hermoso caballo que le tenia del diestro un escudero.

Señor y escudero partieron un momento despues al galope hácia Sevilla, y en menos de una hora llegaron á ella, y se apearon delante de la casa de la ciudad.

Notó Pero Lope que habia delante de ella, y en

el zaguan, y en el patio, gran número de corchetes y gente de justicia, preparados como para una espedicion, puesto que entre ellos habia algunas mulas. Tomó el ballestero mayor las escaleras arriba, y se detuvo en la antecámara del corregidor, delante de uno de los criados que habia puesto á su alrededor.

—¡Hola Periañez! le dijo; ¿sabeis á dónde vá nuestro hombre?

—El diablo que lo sepa, dijo Periañez; lo que si sé por mi parte es que me hallo muy mal con semejante amo, y es necesario que esto concluya: no se puede resistir á ese hombre: manda de un modo insoportable, y mas de una vez he estado á punto de emprender con él á golpes. Un rabadan... ¿qué digo rabadan? un villano insufrible...

—Tened en cuenta que el rey lo manda.

—¡Oh! ¡Pues si el rey no lo mandara!...

—¿Y qué se hace nuestro hombre?

—Está comiendo.

—¡Cómo! ¡aun no es el medio dia!

—Todo demuestra que se prepara á una espedicion larga.

—No puede ser mas larga que hasta donde alcanza la jurisdiccion de la ciudad. En fin, sea como sea, señor Periañez, tened en cuenta que el rey quiere que se le sirva bien, y puesto que sirviendo á ese hombre servís á su señoría, ved lo que haceis, por-

que sentiria mucho que os aconteciera un fracaso. Ya sabeis que os estimo.

Y tras esto Pero Lope se entró en la cámara y encontró á Gilote con la servilleta puesta á manera de babador de niño, delante de una mesa servida, y atracándose de salpicon, al que ayudaba de tiempo en tiempo con sendas embestidas á una enorme copa llena de vino.

—Un maestre-sala y un paje servian la mesa, servidumbre puesta por el rey, y que eran, sin saberlo, otros tantos fiscales del corregidor.

Pero Lope hizo una seña á los dos servidores, que instantáneamente se retiraron.

Al notarlo Gilote miró fijamente al ballestero mayor, y díjole con un marcado é hinchadísimo acento de autoridad.

—¿Quién manda en mi casa, caballero, ó esta no es mi casa?

—En vuestra casa, en vos, en mí, en todos sus reinos, en todos sus vasallos, manda el rey.

—¡Ah! ¿y el rey se entromete en que esos dos criados?...

—Esos dos criados no deben oir las órdenes del rey que tengo que daros urgentemente por mandado de su señoría.

—¿Ordenes urgentes de su señoría? dijo un tanto contrariado Gilote.

—Sí, por cierto.

—¿Muy urgentes?

—Del momento.

—¡Y yo que pensaba emplear el tiempo desde ahora hasta la tarde en ciertos quehaceres mios!

—Un corregidor no tiene dos momentos suyos.

—¿Sabeis, señor Pero Lope, que el oficio de corregidor es un muy mal oficio, y que no sé cómo hay gentes á quienes les pase por el pensamiento el codiciarlo?

—¡Cómo! ¡pesaroso estais!

—Pesaroso desde el punto y hora en que el señor Pedro de Espinosa, á quien Dios libre de mis manos, me mandó que lo fuese de órden del rey. Y ahora que hablamos del señor Pedro de Espinosa, ¿habeis dicho á su señoría que ese desalmado se ha atrevido á zurrar al corregidor, en prueba de lo cual, yo pecador pudiera mostrar como señal mas de un verdugon negro y sangriento?

—Sí que se lo he dicho.

—¿Y qué os ha contestado el rey?

—El rey se ha encogido de hombros.

—¿Que el rey se ha encogido de hombros?

—Ciertamente: y luego añadió: ¡justicia á quien aporrea un solo hombre, bien merece ser aporreada! El rey es muy recto y debeis saber que le gustan los valientes, porque su señoría lo es y mucho.

—Pues bien, dijo con cierto despecho Gilote: yo os prometo, señor Pero Lope, que si llego á coger á ese paje del diablo, que le cogeré, y le ahorco, que le ahorcaré, veremos si el rey se encoge de hombros.

—¡Diablo! no sé yo si el rey podria encogerse de hombros si vos ahorcárais al señor Pedro de Espinosa, dijo con acento fisgon el ballestero mayor.

—Pero, en fin, ¿el rey se ha negado á entregar á la justicia al señor Pedro de Espinosa?

—El rey al hacerle yo esta peticion de vuestra parte me ha respondido: Decid á mi buen corregidor de Sevilla que no soy yo su corchete para entrometerme en prendimientos, ni es justo que cuando tan bravo se nos ha mostrado le allanemos nosotros el camino: que busque él con los suyos á ese hombre, que le prenda si puede, y se concluyó. No me hableis mas de esto.

Movióse impaciente en su sillon Gilote, y como hubiese acabado de comer, se quitó la servilleta, apuró la copa, se limpió la boca con el envés de la mano, y dijo con acento decidido:

—Es necesario ir á pedir consejo á Marquillos, que sabe mas que yo.

—Antes de pedir consejos á nadie, será necesario que en el momento obedezcais las órdenes del rey.

—¿Y qué órdenes son esas?

—Hace muchos años, en el mismo sitio donde se se ha encontrado muerto á estocadas al señor Alvaro Gomez de Santaella, se encontró asimismo muerto á hierro al señor Iñigo de Arias: del mismo modo que se ignora quién fué el matador de Santaella, quedó encubierto en el misterio, por mas que hizo la justicia, el nombre del matador de Arias. Ahora bien; el rey quiere que, siendo vos tan dado á hacer justicia, la hagais sobre aquel primer homicidio.

—Es que yo no he ofrecido mas que averiguar quién fué el matador de Santaella.

—Es verdad; por lo mismo el rey quiere abriros camino para que sepais quién fué el matador de Arias.

—¿Luego lo sabe el rey?

—El rey tiene indicios desde hace muy poco tiempo.

—¿Y dónde ha encontrado esos indicios?

—En la ermita de Nuestra Señora del Amparo, y en una mujer á quien vos conoceis mucho.

—¡Cómo! ¿será acaso?...

—La hermosa penitente.

—¿Y es allí donde tenemos que ir?

—Allí.

—Pues es mi camino, dijo alegremente Gilote. Vamos, pues, señor Pero Lope, vamos. ¿Y quién me

servirá de secretario?

—Yo.

—¿Llevais menesteres?

—Lo llevo todo.

—Entonces no perdamos un momento.

Al saber que iba á la ermita de Nuestra Señora del Amparo, como si dijéramos, á su pais natal, la resistencia pasiva de Gilote se transformó como por encanto en actividad, y en una actividad tal, que cinco minutos despues, el corregidor cabalgando en su mula, Pero Lope en su corcel, los lacayos y los escuderos en sus respectivas cabalgaduras, y los ministros de justicia á pié y jadeando trás los ginetes, se encontraban en el camino de Santiponce.

Dos horas despues, aquella negra nube rodeaba la ermita del Amparo.

La puerta de las habitaciones de doña Estrella estaba cerrada: Pero Lope echó pié á tierra, dejó su caballo á su escudero, y asentó un fuerte golpe en la puerta con su manopla.

—¿Quién llama? contestó desde adentro la voz de doña Estrella.

—Abrid á la justicia del rey, señora, contestó Pero Lope.

Inmediatamente se abrió la puerta, y apareció radiante con su hermosura doña Estrella.

—¡Ah, Gil Pando, dijo doña Estrella, ¿qué disfraz es ese, amigo mio?

—Qué, ¿no sabeis, señora, dijo con afecto Gilote, que el rey me ha nombrado corregidor de Sevilla?

—¡Vos corregidor! esclamó doña Estrella. ¿Y qué letras habeis leido? ¿qué escuelas habeis cursado? Pero no importa: entrad; entrad vos tambien, caballero.

Gil Pando y Pero Lope de Padilla entraron. Este último cerró la puerta.

—Lo que va á decirese aquí, dijo el ballestero mayor, no debe oirlo nadie mas que Dios y la justicia del rey. ¿Qué personas teneis en vuestra casa?

—Tengo un caballero herido que se llama Juan de Ayala, y su hija doña Elvira, y su novio, y su dueña, y un ballestero del rey.

—¡Cómo! ¡aquí están doña Elvira de Ayala y su novio! ¿aquellos por quienes me zurraron anoche de lo lindo?

—¡Cómo! ¿os zurraron anoche, pobre Gil?

—Esas son ganancias del oficio de corregidor; pero ya que tengo aquí á los delincuentes, apodérome de ellos.

—No hareis tal, dijo doña Estrella.

—¿Cómo que no lo haré? vaya si lo haré.

—No lo hareis, en primer lugar, porque no son delincuentes.

—Yo sé que lo son, y mucho.

—Aunque lo sean, esta casa es lugar inmune.

—¿Y qué quiere decir lugar inmune?

—Lugar de asilo; como que es la casa de Dios.

—¿De modo que en logrando un delincuente meterse en un lugar de asilo está sano y salvo?

—Así lo mandan Dios y el rey.

—¡Ah! si Dios y el rey lo mandan...

—Ademas tiene una cédula de seguro del rey.

—Y si el rey da carta de seguro á los delincuentes, ¿para qué quiere en sus reinos á la justicia?

—Esas son cosas que no entendeis vos, señor corregidor, dijo con cierto descaro, asomando la cabeza á la puerta de la otra habitacion interior Deogracias: ahora bien, ¿cómo os va de la paliza, señor amordazador?

Púsose rojo de cólera Gilote.

—¿Con que es decir, esclamó, que se dan reales cartas de seguro á los malhechores para que insulten á la justicia?

—Señor mio, esclamó Deogracias: vos teneis la culpa de que yo esté desesperado, porque si vos no os hubiérais metido en camisas de once varas, yo no hubiese visto lo que ninguna gracia me ha hecho ver. De alguna manera me he de vengar.

—Tomaréme yo la justicia por mi mano, dijo Gilote, que tenia poco aguante, levantándose furioso y

enhiestando su vara contra Deogracias, que adoptó una heróica y amenazadora actitud de resistencia.

Pero Lope, que se divertia con aquella escena, intervino en el momento preciso para evitar una colision en que la justicia, por mucha fuerza material que hubiese desplomado sobre la insolencia, hubiera siempre perdido su decoro.

Inútil es decir que á doña Estrella no le habia divertido nada aquel incidente, y que interpuso su mediacion antes que Pero Lope.

Deogracias fué relegado al interior, y Gilote obligado á sentarse.

—Ahora bien, dijo Pero Lope, la venida del corregidor á vuestra casa se refiere á ciertos crímenes cometidos por vuestro esposo, el señor Juan de Arévalo, anterior corregidor de Sevilla, preso por órden del rey.

—¡Cómo! dijo Gilote: ¿vuestro esposo era el corregidor?

—Sí, sí por cierto: no puedo negarlo, dijo ruborosa doña Estrella.

—¿Y desde cuándo acá pueden tener los hombres dos mujeres en tierra de cristianos? dijo escandalizado Gilote.

—Desde que el atrevimiento de los nobles y de los poderosos ha roto por todo sin temor á Dios ni al rey, dijo Pero Lope.

—Con que es decir que el señor Juan de Arévalo sin ser viudo, se casó con la otra mujer que tiene, y la cual está asímismo presa?

—Juan de Arévalo me creia muerta.

—Pero vuestra muerte, señora, segun las noticias que el rey tuvo, debió cometerse por un crímen meditado y pagado por Juan de Arévalo, dijo Pero Lope.

—No creia yo que el rey, abusando de una confianza mia, me obligase á ser acusadora de ese hombre, cuando me he retirado del mundo y le he perdonado de todo corazon.

—¡Os habeis olvidado de vuestra hija! dijo Pero Lope.

—¡Ah! ¡mi hija! ¡mi pobre hija!

—¿Con que tan criminal es el señor Juan de Arévalo? esclamó Gilote.

—¡Sí, sí, muy criminal! dijo preocupada con el recuerdo de su hija doña Estrella.

—Pues si es criminal, señora, dijo Gilote, os juro que pagará sus delitos: ¡en buenas manos está el pandero para que no suene! Ahora bien, señor Pero Lope de Padilla, preparáos á escribir.

Pero Lope sacó de su escarcela, un rollo de pergamino y un tintero.

—Ahora, señora, dijo Gilote con toda la autoridad que pudiera haber demostrado el mas rígido corre-

gidor, seguidme.

—¿Que os siga? ¿y á dónde?

—¿Dónde mejor podreis responder á la justicia, que en el templo de Dios?

—¡En el templo!

—Sí, en la capilla de la ermita: ademas, allí no nos escuchará nadie y aquí podemos ser escuchados, Vamos.

Y uniendo Gilote la accion á la palabra, salió seguido de la penitente y de Pero Lope de Padilla, y entró en el pequeño santuario de la ermita.

Cuando estuvieron allí, Gilote cerró con gran misterio la puerta, y empuñando la vara, se acercó al altar é hizo poner sobre él las manos á doña Estrella.

—¿Jurais á Dios y al rey, la dijo, decir verdad en cuanto os preguntaren?

—¡Lo juro! contestó la penitente.

—Ahora sentáos, señora, y responded á lo que os preguntare el señor Pero Lope de Padilla.

Sentóse en un escaño doña Estrella, y en él se sentaron tambien Pero Lope y Gilote.

—¡Cómo os llamais, señora? dijo el ballestero mayor.

—Doña Estrella de Molina, contestó la penitente.

—¿Sois doncella, casada, ó viuda?

—Soy casada.

—¿Con quién?

—Con Juan de Arévalo.

—¿Sabeis lo que ha sido de él?

—Le creia muerto.

—Declarad lo que sabeis acerca de los crímenes obrados contra vos y vuestra hija por ese hombre.

Doña Estrella vaciló: sin embargo, el temor de faltar al juramento que habia prestado, la decidió.

Entonces relató á Gilote y á Pero Lope, cuanto habia contado al rey y que ya conocen nuestros lectores.

Pero Lope escribia impasible, pero Gilote escuchaba horrorizado.

—¡Os juro que sereis viuda, señora! dijo el corregidor.

—¡Que seré viuda! esclamó doña Estrella.

—Sí por cierto, porque ahorcaré al señor Juan de Arévalo.

—¡Ah Dios mio!

—No era menester tanto para que yo ahorcase á un bribon... y no lo sabemos todo: recordemos: ¿en vuestra declaracion habeis dicho, señora, que el señor Juan de Ayala era escudero de vuestro esposo?

—Sí, sí señor, dijo doña Estrella.

—Bien: en seguida interrogaremos al señor Juan de Ayala. ¿Habeis dicho ademas, señora, que tuvis-

teis una hija llamada doña Leonor y que esa hija fué separada de vos?

—Sí por cierto.

—¿Y creeis que vuestro esposo?...

—Le acusó de ello.

—¿Ademas, vuestro esposo os envenenó ó creyó envenenaros, y si no lo hizo fué porque el judio Saul le engañó, dándoos un brebaje en vez de un tósigo!

—Asi es.

—¿Y ese judío sabia lo que habia sido de vuestra hija?

—Lo sabia.

—Entonces lo averiguaremos.

—Tened en cuenta, dijo Pero Lope, que el judió Saul ha muerto en Triana de órden del rey.

—Pero Saul habrá dejado parientes y papeles, y rastro tras de sí... tenga yo su rastro, y yo probaré al señor rey, que para ser un buen corregidor, no se necesita otra cosa sino querer serlo. En cuanto á vos, señora, estad segura de que se os hará justicia y de que si vuestra hija vive, tendreis á vuestra hija.

—¡Oh! ¡si me devolviérais mi hija, Gil!

—¡Oh! ¡si vuestra hija fuese la que yo sé!

—¡La que vos sabeis!

—El corregidor Juan de Arévalo tenia en su casa y tiene una doncella...

—Esa doncella, señor Gil Pando que segun me parece os agrada mas de lo justo, dijo Pero Lope, es doña Constanza de Arias, hija del buen hidalgo marido de doña Elvira de Herrera, á quien se encontró hace muchos años muerto en el mimo sitio en que se ha encontrado recientemente al señor Alvaro Gomez de Santaella.

—¡Y yo que habia concebido una esperanza! dijo la penitente.

—Alentad, señora, alentad, dijo Pero Lope: vuestra hija vive, sin duda, y vuestra hija os será devuelta.

—¡Quiéralo Dios! esclamó la penitente, levantando los ojos y las manos al cielo.

—Pero para eso es necesario que averigüemos, que indaguemos, dijo Gilote: vamos á interrogar al señor Juan de Ayala.

—Dicho esto, salieron de la capilla, se trasladaron al aposento donde estaba Juan de Ayala, y se encerraron con él, permaneciendo durante tres horas.

Cuando Gilote salió, iba terriblemente preocupado.

—Ahora bien, dijo Gilote á Pero Lope, ¿podré ya ir á verme con Marquillos?

—Id en buen hora, amigo mio: por mi parte os dejo, voy á llevar al rey este interrogatorio y vos

entretanto podeis hacer lo que mejor os plazca,

Pero Lope montó á caballo y se alejó con su escudero hácia Sevilla. Gilote salió de las ruinas, y sin ningun acompañamiento se encaminó á la majada de los pastores.

CAPITULO XII.

De los consejos sanos y provechosos que dió el mayoral Marquillos á su antiguo zagal Gilote.

Antes de llegar á la majada, encontró Gilote á Marquillos sentado en un ribazo, acabando de construir con un cuchillo una flauta de caña, cuyos tonos probaba de cuando en cuando.

—¡Eh, Marquillos, tio Marcos! esclamó Gilote, dejaos de músicas, y ved que viene á visitaros todo un corregidor.

Levantó los ojos Marquillos y dijo reposadamente mirando á Gilote:

—Si no lo viera no lo creyera.

—¿Y qué es lo que vos no creyérais, tio Marquillos?

—Que fueras tan tonto y tan imprudente, Gilote.

—Pues dígoos que estamos medrados: ¿cuál es mi imprudencia?

—El rey juega contigo, Gil; pero el juego es muy peligroso.

—¡Bah! pues yo os digo que sabré defenderme.

—¿Del rey don Pedro?

—El rey sobre todo es justiciero.

—Tan justiciero es, que cada dia hecha abajo alguna cabeza.

—¡Cabezas rebeldes!

—No siempre. Alguna veces caen tambien gentes que han tenido la desgracia de enojarle; el rey es cruel, Gilote.

—Pues hay otra cosa mas cruel que el rey.

—¿Y qué cosa es esa?

—Las damas de la córte.

—¡Las damas! ¿estás loco, Gil?

—¿Qué si estoy loco? No sé lo que me pasa: no vivo, no como, no duermo.

—¿Te has enamorado?

—No sé si me he enamorado ó no; lo que sé es que no puedo olvidar á cierta dama.

—¿Y crees tú que esa dama te hará su esposo, ni mas ni menos que como el rey te ha hecho corregidor?

—¡Quién sabe, tio Márcos, quién sabe!... porque al fin...

—Al fin y al cabo, si una dama se casara contigo, seria por interés; y tú, casándote con ella, serias tan tonto como lo has sido tomando la vara de corregidor. ¿Quién te ha metido á tí en esas honduras, Gilote? para pastor de cabras, muy santo y muy bueno; y caso de casarte, ahí está Mari-Nuñez, la tuerta, que salvo el ojo que la falta, es una garzona que no hay mas que pedir.

—¡Ay, tio Marcos, si viérais los dos ojos de doña Constanza!... esclamó suspirando Gilote.

—No se ha hecho la miel para la boca del asno, dijo reposadamente el tio Marcos.

—No es eso lo malo: hay otra cosa peor, por la que vengo á pediros consejo.

—¿Y qué cosa es esa?

—¡Qué ha de ser sino que tengo presa á la madre de doña Constanza de órden del rey! y la cosa por que la tengo presa, como asimismo á su esposo, el antiguo corregidor, es cosa honda, cosa grande, que Dios quiera que no dé en el tajo con su madre y con el marido de su madre. ¡Cuando os digo, tio Marcos, que yo voy á volverme loco! Si sentencio á la madre, ¿cómo ha de quererme la hija? y si salvo á la madre, que bien pudiera...

—Pues si puedes y estás tan enemorado, salva á la madre.

—En primer lugar que yo no torceria la vara de la

justicia que el rey me ha dado, por todas las mujeres del mundo; y en segundo, que si yo la torciera, el rey me quebraria á mí: no hay suerte mas endiablada que la mia: estoy metido en un atolladero, tio Marquillos, y vengo á que me saqueis de él.

El tio Marcos se puso á tocar unos villancicos en su flauta, y no contestó á Gilote ni mas ni menos que si no le hubiese oido.

—¿Con que es decir que no quereis sacarme de mi apuro? dijo Gilote.

—Allá, allá tú; tú te has metido en el atolladero, mira pues cómo sales: no me gusta entrometerme en cosas en que anda el rey.

—Pero si yo solo os pido un consejo, dijo con voz agonizante Gilote.

—¿Me lo pedistes para ser corregidor?

—Es que no me dejaron escojer, que si tal hicieran, yo me quedara de zagal; soy corregidor á la fuerza, tio Marquillos: ó tomar la vara ó perder la cabeza.

—Vamos, eso es distinto, dijo el tio Marcos; pues que no eres corregidor por tu gusto, quiero ayudarte en lo que me pides; pero para que yo te aconseje, menester será que me cuentes cuanto te ha sucedido desde que salistes de la majada.

Reconcentróse un tanto Gilote como quien quiere recordar hasta los mas mínimos sucesos, y luego á su

manera, con una gran pesadez, contó punto por punto al tio Marquillos cuanto le habia acontecido desde que el rey le llamó á la córte, hasta el momento en que lo relataba al mayoral Marquillos, y este le escuchó con gran atençion y gravedad, sin dejar de tañer de tiempo en tiempo su flauta.

Cuando hubo concluido Gilote, el tio Marquillos dejó su flauta, la puso cuidadosamente en su cinto, y miró por un gran espacio y con una profunda meditacion á Gilote.

—Verdaderamente, le dijo, estás en un atolladero del diablo, y atollado hasta el pescuezo, Gilote.

—Eso bien me lo sé yo, dijo con semblante compungido el corregidor.

—De lo que me has contado, resulta que no conoces al rey.

—Eso es.

—Que solo conoces á ese tal paje Pedro de Espinosa.

—Eso es.

—Dices ademas que á ese tal paje no te le han dejado prender, á pesar de haberte zurrado la badana.

—Eso es.

—Que al tal paje no le conoce nadie en el alcázar mas que el señor Pero Lope de Padilla.

—Eso es.

—Pues mira, guárdate de ese paje.

—A Dios juro que he de prenderle y hacerle que se acuerde de mí si le entrecojo.

—Guárdate de ese paje, Gil.

—¿Y por qué, tio Marcos?

—Porque ese paje no es paje.

—Ya me lo habia sospechado yo. ¿Le conoceis, tio Marcos?

—No le conozco, pero le barrunto?

—¿Será por dicha?...

—Sea quien fuese...

—No, que si es el rey...

—Yo no te he dicho eso.

—Pero lo que vos me habeis dicho y lo que yo he pensado... ¡Cómo sea el rey, le prendo con mejor voluntad que si fuera el paje!

—Mira lo que haces, Gil.

—¿Que mire lo que haga? La justicia es antes que todo.

—Antes que todos somos nosotros mismos.

—Es que el rey me ha puesto á prueba.

—Pues bien, procura no encontrarte con el paje: pero una vez que el señor Pero Lope de Padilla te trata como de burlas, al primer desacato, préndele, empózale en un calabozo, y trátale duro: por el hilo se saca el ovillo, y el ballestero mayor del rey es uno de los mejores hilos que puedes asir.

—Pues mirad, ya lo habia pensado yo; pero si prendo al señor Pero Lope de Padilla, ¿quién será mi secretario? Ya sabeis que yo no sé leer ni escribir.

—Por eso no paso pena. Ahí está el señor Alvar Yañez escribano del tribunal de la Mesta, el que nos hace todas nuestras escrituras, y que corta un pelo en el aire. Quedamos, pues, en que prenderás al señor Pero Lope de Padilla en el momento que se desvergüence contigo, lo que no es muy fácil.

—¡Y vaya si lo es! ¡si tal, señor!...

—Bien: una vez preso, te encierras con él en la cámara del tormento y le haces cantar de plano todo lo que sepa acerca de tu negocio: mucho será que él no te diga, si le aprietas bien, quién es el matador del señor Alvaro Gomez de Santaella, y aun del otro que mataron hace veinte años: quiero decir del padre de doña Constanza, tu bien amada.

—¡Ay, tio Marcos! Si las cosas viniesen de modo...

—No pienses en eso, ya te he dicho que no es la miel para la boca del asno. Procura salvar tu pellejo, por el cual no daria yo dos ochavos y date por satisfecho si le salvas. Porque el rey es cruel, muy cruel, Gilote.

—Demasiado lo sé, cuando por una palabra imprudente mia, me ha puesto en tal aprieto.

—¿Y quién te mandaba decir que la justicia del rey no cumplia con su obligacion?

—Yo creia que nadie me oia.

—La palabra que no se dice, Gilote, es la que no se oye.

—Luego, dije la verdad: ¿no es una vergüenza que se haga una muerte en la ciudad y la justicia no dé con el asesino?

—Muchas veces la verdad no puede decirse.

—Pero ya está hecho, tio Marcos, y no puedo volverme atrás.

—Ya lo veo: por lo tanto, si el señor Pero Lope canta y dice el nombre de alguno, prende tambien al que haya nombrado y hazle cantar: en fin, Gilote, aprieta y atormenta á todos los que tengas presos, prende á todos los que los atormentados nombrasen en sus declaraciones, y haz con ellos otro tanto: mucho será que no descubras tales cosas, que el rey se dé por satisfecho de tí, y te suelte, y te dé por libre del corregimiento malhadado que tan asustado te tiene.

—Es que yo quisiera que nadie se enterase de esto, y siempre tendrá que enterarse ese tal escribano Alvar Yañez.

—No le sueltes.

—¿Cómo que no le suelte?

—¿Cómo? Le llamas á la casa de la ciudad, y

cuando haya comparecido, le dices: señor Alvar Yañez, la justicia del rey os necesita: pero como son asuntos muy importantes y muy secretos, no os separareis de mí, ni hablareis con nadie, ni desaparecereis de mi presencia hasta que yo os suelte.

—Pues me parece bien, dijo restregándose las manos alegremente Gilote, y voy á empezar desde el momento mis prisiones.

—Prende, hijo mio, prende: buen corregidor, buen prendedor. Y adios, que ya es tarde y me voy á la majada.

—Id con Dios, tio Marcos, y hasta mas ver.

Y Gilote, pensativo por los consejos que habia recibido, y pensativo el tio Marcos por los que habia dado, se separaron; el uno en direccion á la majada, y el otro en direccion á la ermita de las ruinas.

Al llegar Gilote, reunió sus corchetes y su gente, y les dijo:

—Es necesario prender á dos personas que están en la ermita.

—¿Y cómo, señor? esclamó el que hacia punta de los alguaciles; la ermita es un lugar de asilo.

—Bien: pero si salen fuera de ella...

—Si salen fuera de ella, repuso el corchete, es ya distinto, puede prendérseles.

—En ese caso, escuchad vos, dijo el corregidor,

apartándose á un lado con el corchete que habia tomado la palabra: cuando un conejo se mete en el asilo de su madriguera, se le hecha el huron.

—Así es, señor.

—Resulta de aquí que esas dos personas á quienes hay que prender están como si dijéramos en su madriguera.

—Así es, señor.

—Pues bien: echémosles el huron de la mentira.

—¡Ah! ¡Sí, señor! esclamó el corchete.

—Cuando la justicia necesita haber á las manos personas, que aunque no sean criminales, pueden servir para descubrir crímenes, puede hacer lo que en otro ocasion seria mal hecho.

—Indudablemente, señor.

—Pues bien: vos os quedareis, con algunos ministros, emboscado en las cercanias: pero nada hareis hasta que yo os envie algunos hombres de las milicias de la ciudad.

—Muy bien, señor.

—Con ellos os enviaré una litera.

—Muy bien, señor.

—Cuando tengais ésos hombres y esa litera, ireis vos solo á la ermita y pedireis hablar de mi parte á doña Estrella de Molina y al señor Juan de Ayala.

—Muy bien, señor.

—Cuando entráreis direis á doña Estrella: el corregidor que sabe que el rey vá á venir á prenderos, á pesar del asilo, me envia para salvaros; venid conmigo y con ese caballero, y entrad en la litera que traigo para el caso.

—Muy bien, señor.

—Si pusiesen alguna dificultad, ponderad el peligro que corren.

—Ponderaré, y tanto ponderaré que caerán en el garlito.

—Si no cayesen, rodeareis la ermita y no dejareis entrar mantenimientos ningunos, hasta que se entreguen por hambre.

—Así lo haré, señor.

—Y cuando se hubiesen entregado, llevaréislos presos, el uno, doña Estrella, á la alcaidía de la cárcel, donde mandareis de mi órden que se la dé el mejor aposento, sin que por esto se la deje hablar con nadie; en cuanto al señor Juan de Ayala, le metereis en un calabozo.

—Muy bien, señor.

—Nada mas tengo que deciros: ved cómo cumplis, si no quereis ir á galeras.

—Descuidad, descuidad, señor.

—Ahora apartaos con cuatro ministros; emboscaos á la entrada de las ruinas y esperad á los hombres que yo enviaré y á la litera.

Dadas estas órdenes, Gilote montó en su mula, y seguido del resto de la gente de justicia, se encaminó á Sevilla.

CAPITULO XIII.

De cómo el corregidor Gil Pando conoció que el ovillo que buscaba era una maraña que tenia muchos hilos.

Apenas llegó Gilote á las casas de la ciudad, cuando empezó á poner en práctica los consejos de Marquillos.

Dicen, y es la verdad, que hay cargos públicos que imprimen carácter; y nosotros añadimos que los hay que al poco tiempo de practicados por un hombre, le transforman.

Esto aconteció cabalmente con Gilote, humilde pastor, aunque astuto y valiente: al poco tiempo de ser corregidor transformóse de tal modo, que nadie le hubiera conocido: echó soberbia, y con la sober-

bia aspecto aseñorado: avivósele la imaginacion con el miedo de los compromisos en que se encontraba metido, y el amor intenso que le inspiraba doña Constanza de Arias animó y ennobleció su mirada, y aun le civilizó, si así puede decirse. Gilote, en fin, cambió enteramente, y al cambiar, empezó á causar respeto á la canalla curial que le rodeaba. Comprendieron que el tal corregidor no era un corregidor de burlas, sino entero, indomable, prendedor como él solo y dispuesto á hacer cualquier atrocidad gubernamental por quíteme allá esas pajas, y el mismo Periañez, puesto en su servidumbre por el rey, le cobró miedo.

Así es que cuando entró en su cámara y preguntó con voz tonante por Pero Lope de Padilla, todos le miraron sin saber qué contestarle.

Periañez, en fin, tomó la palabra y dijo:

—El señor ballestero mayor del rey se ha ido á sus negocios.

—¡Cómo que se ha ido á sus negocios el señor ballestero mayor! ¿qué quiere decir eso de ballestero mayor tan huecamente hablado? Pues véngansemé á las barbas, y verán si salen bien parados: el señor Pero Lope de Padilla es mi secretario por órden del rey, y nada tiene que hacer mas que estar atento á su obligacion. A ver, vayanme á buscar al señor Pero Lope de Padilla, que le he menester, y traigánmele,

si es necesario, atado.

Nadie replicó: una docena de alguaciles salieron al momento á buscar al ballestero mayor, que no tardó en comparecer.

—¿Dónde habeis estado, caballero? dijo con acento provocador por lo imperativo Gilote.

—¿Cómo que dónde he estado? Pues qué, ¿soy yo acaso vuestro esclavo? contestó con arrogancia Pero Lope, sin conocer el lazo que Gilote le tendia, y contrariado por la presencia de algunos alguaciles en la antecámara, adonde con intencion, para hacerse testigos de un desacato, que estaba seguro de provocar, habia salido Gilote.

—Paréceme, señor secretario, que hablais mas alto de lo que debíais.

—En cambio vos, ensoberbecido sin razon, os subís adonde no debiérais subiros, sino es ya que nada os importe el romperos la cabeza.

—¿Sabeis que estais hablando con el corregidor de Sevilla?

—Solo sé que soy rico-hombre de Castilla, caballero, ballestero mayor del rey, de su consejo y cámara, y que ni á vos ni á nadie aguantaré insolencias.

—Y á mí, señor caballero, rico-hombre y demas que habeis dicho, me basta saber que puedo prenderos, y os prendo por desacato á la justicia.

—¡A mí! gritó Pero Lope poniendo irreflexivamente mano á su espada, arrastrado por la cólera.

—¡Hola! ¡resistencia á la justicia! gritó Gilote: ¡favor al rey! ¡al corregidor, valientes, al corregidor!

Una nube de corchetes y otra nube de soldados de las milicias de la ciudad que tenia preparados Gilote, rodearon á Pero Lope como otros tantos perros de presa, le desarmaron y le sujetaron.

—A la cárcel con él, dijo Gilote, y al calabozo mas fuerte.

Pero Lope rugió, forcejeó, procuró desasirse; pero estaba tan bien asido, que aunque era forzudo como un toro, fué conducido á la cárcel.

Periañez miraba todo esto asombrado.

—¡Ah! ¿estais ahí, señor mio? dijo Gilote: pues me alegro de encontraros tan á mano: ¿vos sabreis ó podreis informaros dónde vive un tal Alvar Yañez, escribano de la real cofradía de la Mesta?

—Vive en la calle del Comendador.

—Pues id á buscarle y traedle al momento.

Media hora despues el escribano Alvar Yañez, que era un hombrecillo con todas las trazas de una ave de rapiña, estaba delante del corregidor, que se encerró con él en su cámara.

—Sois preso, le dijo Gilote, desplomando sobre él

una mirada digna por todos conceptos de un corregidor de la edad media.

Estremecióse el golilla, que sin duda tenia mucho por que temer á la justicia á pesar de ser miembro de ella; palideció y dijo con voz sumisa y servil:

—¿Preso, señor? ¿Y tendreis la dignacion de decirme cuál es mi culpa?

—No se os prende por culpa alguna; que aunque muchas tengais, yo no tengo noticia de ellas; sino porque conviene al servicio del rey y de la justicia que esteis preso.

—Y si me permitís, señor, ¿en qué puede convenir á su señoría el rey ni á su nobilísima justicia la prision de una tan humilde persona como la mia?

—Vuestra prision conviene, porque hay que hacer ciertos procesos secretos, y tan secretos, que no fiándome yo de nadie, quiero tener perennemente junto á mí, sin perderle de vista hasta que se concluya, al secretario que haga estos procesos; así es que andareis conmigo, comereis conmigo, dormireis en mi misma cámara, no os apartareis pues, un punto de mí.

—¡Ah! en ese caso, dijo el escribano, mi prision, señor, es una insigne honra.

—Pláceme que por honra lo tomeis, señor Alvar Yañez; pero os anuncio que si pretendeis evadiros de

la tal honra, os cazo, os encalabozo, y con cuatro letras que haré escribir, y bajo las cuales pondré una cruz, os envio á galeras.

—Descuidad, descuidad, señor; por interés propio estaré pegado á vos como la sombra al cuerpo.

—Pues preparaos, porque vamos á empezar muy pronto. ¡Hola! ¡Periañez! ¡Periañez!

Acudió incontinente el llamado.

—Id á la cárcel, le dijo, y mandad al alcaide que tenga preparados los menesteres del tormento para cuando yo vaya, que va á ser al instante.

Periañez partió.

—Ahora bien, señor secretario, dijo Gilote: tomad de mi mesa papel, el que sea suficiente, y marchemos.

Tomó Alvar Yañez algunos pliegos de bastísimo, moreno y áspero papel, tosco producto de aquellos tiempos, le arrolló cuidadosamente y le guardó entre su ropilla.

—Creo que estamos al corriente, dijo Gilote.

—Si señor.

—Pues á la cárcel; ¡hola! seis ministros y diez soldados y mi litera, dijo el corregidor, saliendo de la cámara.

Cuando llegó al pié de las escaleras todo estaba dispuesto. Gilote abrió la litera y dijo á Alvar Yañez:

—Entrad.

—¡Cómo! ¡señor! dijo servilmente el escribano: ¿en esta litera juntamente con vos?

—Ya os he dicho que no os apartareis de mí.

—¡Cuántas mercedes, señor!

—Dejaos de agradecimientos y entrad.

Entró el escribano, empinó tras él el corregidor en la litera, y mandó que guiasen á la cárcel.

Cuando se pusieron en marcha, era ya bien entrada la noche.

Llegaron, salieron de la litera el corregidor y su secretario, y el alcaide que habia salido hasta la calle, gorra en mano, les franqueó rastrillos y puertas, les hizo subir y bajar escaleras y atravesar callejones lóbregos, y al fin los dejó en la cámara del tormento.

Gilote, que nunca habia visto esta habitacion admirable y altamente desconsoladora, aunque habia oido hablar mucho de ella, se estremeció.

Era un espacio tenebroso de bóveda chata, sostenida en robustos pilares; al fondo habia un hornillo, en el cual dos hombres de horrible catadura estimulaban con un enorme fuelle, un fuego vivísimo, cuyo resplandor saliendo por la boca del horno, alumbraba de una manera rojiza y fuerte el lugar de la escena. Al aquel resplandor, contra el cual luchaban de una manera débil las luces de dos bugías

puestas sobre una enorme mesa de pino, se veian colgados de las paredes hierros de formas espantosas, argollas, cadenas, barras, todo un horrible arsenal destinado á arrancar por medio del tormento una declaracion forzada á los reos inconfesos; pendian de la bóveda cuerdas y cadenas, algunas de las cuales tenian en sus estremos enormes garfios: veíanse acá y allá sobre el pavimento, máquinas espantosas: la rueda, el potro, el torno, el aparato del borceguí: últimamente, arrojados por el suelo, se veian instrumentos tan espantosos como los que pendian de las paredes.

Gilote no estaba acostumbrado á este espectáculo, y al entrar en la cámara, á la primera ojeada, se le abrieron, como suele decirse, las carnes: á mas de los dos hombres que alentaban el fuego en el hornillo, habia otros dos que nivelaban la enorme máquina de la rueda, metiéndola cuñas sobre las cuales golpeaban con enormes mazos: alguna vez al andar aquellos hombres, tropezaban con algunos de los hierros arrojados en el suelo, que producian un ruido estridente. Gilote se encontraba allí mal, y podia decir que una de las amarguras por que habia pasado desde que era corregidor, era su entrada en aquella cámara.

—¿Para qué avivan ese fuego esos hombres? dijo pálido como la muerte, ¿para qué golpean esas rue-

Venid acá, señor; ¿veis este lecho de cuero?

das? ¿para qué arrojan esos hierros al suelo, y los reunen en un solo lugar? y sobre todo, ¿para qué entran aquellos dos con tan enormes cántaros?

—No habeis mandado preparar la cámara del tormento, señor, dijo con una sutil y sesgada sonrisa el escribano, saboreando el terror que causaban á Gilote aquellos aprestos.

—Si que la he mandado preparar, contestó el corregidor.

—Pues bien, como no habeis hablado de ninguna clase de tormento en particular, los están preparando todos: el del fuego, el del agua, el de la suspension, el de la compresion, el del estiramiento, el de la rueda, todo cuanto se practica en esta parte á gusto del juez, señor.

—¿Y cuál os parece el tormento mas benigno y que al mismo tiempo sirva para que declaren los reos?

—El del borceguí.

—¿Y qué es el tormento del borceguí?

—Venid acá, señor: ¿veis este lecho de cuero?

—Le veo.

—¿Veis esta caja formada por cuatro barras de hierro con su emplanchadura?

—Sí.

—Bien; figuraos que se tiende en ese lecho un hombre, se le sujeta con esas correas, y se le meten

los piés entre las planchas de esas barras.

—Me lo figuro.

—Si luego meteis una cuña entre las dos planchas del centro, claro está que esas dos planchas, que no están fijas se correrán hácia los costados.

—Claro está.

Al correrse oprimirán los piés que están metidos cada uno entre dos planchas, una de las cuales se mueve, y la otra fuertemente clavada resiste.

—Sí, sí.

—Si al primer apreton el reo no canta, se mete otra cuña: las planchas del centro se estrechan más, producen en los piés y los tobillos del paciente un dolor mas agudo, y con tres cuñas puede suceder que se rompa enteramente el hueso y pierda los piés el atormentado.

—¿Y á esto llamais el tormento mas benigno?

—Si por cierto; rara vez un reo resiste á la primera cuña, porque el dolor es agudísimo, pero no estropea el pié; despues del tormento, no habiendo habido por medio mas que una cuña, se anda mal durante algunos dias, pero despues ni señal queda; por el contrario si aplicais el tormento del fuego, sobre tener generalmente malas consecuencias, queda la cicatriz de la quemadura; si poneis á un hombre en el potro, ó en el torno, le dislocais; si en la rueda, al mas leve descuido de los atormentadores, que

es gente ruda, le desriñonais y hombre muerto; si le suspendeis, os esponeis á desnucarle; si le aplicais el tormento del agua, podeis ahogarle; os digo, pues, que el tormento mas suave, el que generalmente se da á las mujeres y á los jóvenes, es el del borceguí.

—¿Y está preparado el borceguí?

—Mirad sus cinco cuñas de encina, la una mas delgada que la otra, ensebadas perfectamente las dos planchas del centro para que corran; las correas de seguridad puestas sobre el lecho: ya no faltan mas que los reos.

—Pues si no hemos de usar mas que del borceguí, que dejen de avivar ese fuego.

—Por el contrario, señor, debeis mandar enrojecer algunos hierros.

—¿Y para qué si no han de usarse?

—¿Para qué? para asustar al reo: algunas veces basta solo el aparato del tormento para que declaren todo lo que se quiera ¿qué digo algunas veces? por lo general hay muy pocos reos que resistan al terror que les causan todas estas cosas, y que no declaren sin necesidad de mas procedimientos.

—Pues dejemos lo espantable y principiemos; ¡hola, alcaide!

—Señor, dijo el alcaide presentándose.

—¿No trajeron anoche un hombre y una mujer?

—Si señor, trajeron muchos hombres y muchas mujeres, porque como los tiempos están tan malos, hay muchos robos y muchos asesinatos.

—Hablo de un soldado jóven y hermoso, que vino con una mujer hermosa tambien y jóven, ya á la madrugada.

—¡Ah! ya sé quienes son los que decís, señor.

—Pues bien, traed á la mujer.

Poco despues entró el alcaide trayendo consigo una mujer vestida á la oriental.

Aquella mujer era Salomith.

—Acercaos, niña, dijo Gilote, que habia tomado asiento á un lado de la mesa en un sillon de baqueta, mientras Alvar Yañez, sentado en otro apoyaba sobre la mesa los brazos, y tenia la pluma sobre el papel, dispuesto á escribir.

Salomith adelantó.

—¿Cómo os llamais? la dijo Gilote.

—Salomith, contestó la jóven.

—¡Salomith! ¿y qué santa es el santo de vuestro nombre? nunca le he oido.

—Nada tiene de estraño, dijo Salomith, vos sois cristiano y yo soy judía.

—¡Judía! esclamó con repugnancia Gilote: escribid, señor secretario: la acusada se llama Salomith, y es judía.

Alvar Yañez escribió.

—¿Qué edad teneis? dijo Gilote.

—Diez y siete años, contestó ella.

—Temprano, pues, habeis empezado á cometer delitos.

—Yo no he cometido ningun delito

—¡Ya empieza á negar! pero no importa. ¿Qué hacíais anoche en la calle á la madrugada?

—Seguia á un hombre.

—Decid, mas bien, que ibais acompañada de un hombre.

—Aquel hombre me acompañaba, para celar á otro, á un hombre á quien amo.

—Y sin duda celando á aquel hombre le encontrásteis, y vuestro compañero le dió muerte.

—Aquel hombre le mataron en una casa de la calle de las Culebras.

—¿Quién le mató?

—Un hombre que entró en aquella casa, y que al abrirle el muerto le dió una estocada.

—¿Sabeis quién vive en aquella casa?

—Una dama.

—¿Y cómo se llama esa dama?

—Doña María de Hinestrosa.

Dió un salto en la silla el escribano.

—Alcaide, dijo Gilote.

El alcaide entró.

—Haced que pase uno de mis ministros, el que se llama Mochuelo.

Poco despues entró el llamado Mochuelo

—Alguacil, dijo Gilote.

—Señor, repuso Mochuelo.

—Ahora mismo ireis á prender á doña María de Hinestrosa, que vive en la calle de las Culebras.

Movióse impaciente el escribano de su asiento.

—¿Y á dónde la conduciré, señor?

—A las prisiones de la alcaldía; en el momento que esté aquí, avisadme. Id sin perder tiempo.

Mochuelo salió.

—¿Vá á venir esa mujer? dijo con ánsia Salomith.

—Sí, contestó Gilote.

—Pues quiero verla, para que no niegue, para que no pueda negar, para que sepa todo el mundo que el rey es un miserable.

—¡Mirad lo que decís del rey!

—¿Y qué me importa ni vos, ni el rey, ni el cielo, ni el infierno! dijo con energia Salomith; ¿no habeis tenido nunca celos?

—¡Celos yo! esclamó asustado Gilote, acordándose de doña Constanza.

—Si habeis tenido celos, y celos como los mios, si habeis sido villanamente engañado como yo, comprendereis que todo lo aventuramos, para vengarnos, para vengarnos de la persona que nos ha engañado

villanamente, que nos ha destrozado el corazon.

—Pero vos íbais con un hombre, dijo Gilote: ¿y qué hacíais vos, señora, tan tarde, de noche, sola y á tal hora en la calle, en una calle sin salida, acompañada de un hombre jóven?

—Iba en seguimiento del hombre que me habia engañado, del hombre á quien aborrezco y que me injuria por doña María de Hinestrosa. ¿Vos no conoceis á doña María de Hinestrosa? pues es hermana de Juan Fernandez de Hinestrosa, y tia de doña María de Padilla, la querida del rey.

—¡Diablo! dijo para sí Gilote, á quien no agradaba mucho el giro que iba tomando el asunto. Pero, añadió alto, de lo que aquí se trata es de saber quién era el hombre que os acompañaba.

—Aquel hombre es mi hermano.

—¡Vuestro hermano!

—Le llamo mi hermano porque es judio como yo, y nos hemos criado juntos.

Gilote se volvió á Alvar Yañez, y le dijo, mas que por otra cosa, por dominar la confusion que se iba apoderando de su cerebro, á causa de hallarse practicando un oficio dificilísimo para él:

—¿Habeis escrito todo lo que ha dicho la acusada?

—Sí, señor, contestó flemáticamente el escribano.

—¿Acusada? dijo Salomith: ¿pues de qué estoy yo acusada?

—Se os ha encontrado ya muy tarde en la calle, acompañada de un hombre: ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Ese hombre no es vuestro marido?

—No, señor, dijo con precipitacion Salomith.

—¿Es, pues, vuestro amante?

—No, no, señor, insistió con doble precipitacion la jóven.

—No basta que vos lo digais: contra lo que decís está lo que se ha visto: estais, pues acusada de mancibía y de escándalo contra los buenos usos y costumbres de estos reinos.

Salomith hizo un mohin harto significativo y guardó un silencio de desprecio.

—Ademas se os ha encontrado en un callejon sin-salida, en el que habia un hombre muerto á hierro. Estais acusada de ese asesinato.

—¿De asesinato yo? esclamó Salomith con indignacion.

—O al menos de haber tenido parte en el tal asesinato.

—Os juro, dijo Salomith asustada por las consecuencias que podia tener aquella acusacion; os juro que ni Adonias ni yo tenemos parte en esa muerte.

—¿Y quién es Adonias?

—El hombre que me acompañaba.

—¿De modo que cuando entrásteis en el callejon ya estaba allí el muerto?

—No; no, señor: al muerto le mataron dentro de la casa de doña María de Hinestrosa.

—¡Ah! ¿le mataron dentro de la casa de doña María?

—Si señor.

—¿Y quién le mató?

—El señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—¡Alcaide! esclamó Gilote empuñando fuertemente su vara y levantándose.

Presentóse el alcaide.

—Que vayan á prender al momento al señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—¡Al señor Juan Fernandez de Hinestrosa! esclamó aterrado el alcaide: ved, señor, que ese caballero es gran privado del rey.

—¿Y porque sea gran privado del rey ha de estar fuera del alcance de la vara de la justicia? Id, don bellaco, y mandad de mi órden á uno de los alguaciles que con la gente necesaria de las milicias de la ciudad, vaya á prender á ese caballero. Id, ó por Dios vivo que lo pasais mal. Volved en seguida por si he menester llamaros.

—Muy bien, señor, dijo el alcaide saliendo mas que á paso.

Alvar Yañez entretanto se mostraba inquieto y disgustado.

—Escribid, señor secretario, dijo Gilote, y nada os importe de lo que suceda. Decíais vos que quien mató al muerto fué el señor Juan Fernandez de Hinestrosa.

—¿Y cómo sabeis eso?

—¿Que cómo lo sé? ¿no os he dicho que estoy enamorada de un hombre que me engaña, y que tengo celos?

—¿Y qué tienen que ver con el homicidio vuestro amor ni vuestros celos?

—Nada, ciertamente; pero si yo no hubiese tenido celos, no hubiera ido á rondar la casa de doña María de Hinestrosa, ni hubiera visto la muerte de ese hombre.

—¡Ah! dijo Gilote: ¿con que doña María de Hinestrosa es la dama por quien os han abandonado?

—¡Sí! dijo sombríamente Salomith.

—¿En esa casa entró el hombre á quien amais?

—Sí.

—¿Y sobreviniendo el hermano de la tal dama, y encontrando sin duda dentro al amante, le mató? En ese caso, hizo bien, porque la primera ley con que debemos cumplir es la ley de la honra, solo que hubiera debido matar tambien á la hermana.

—El amante de la mujer es demasiado gran-

de, demasiado fuerte, para que nadie se atreva á matarle.

—¡Ah! ¡es demasiado fuerte!... ¿de modo que el señor Juan Fernandez de Hinestrosa le teme por grande y por fuerte?

—Sí; por fuerte y por grande, repitió con sarcasmo Salomith.

—¿Pues si el muerto no fué el amante, quién fué?

—Un criado de doña María.

—¡Ah! ¡mató al encubridor! hizo bien: los encubridores son una mala peste, y en asuntos de honra...

—Pues: cuando nos hieren en la honra tenemos derecho á matar.

—Sí, indudablemente; pero tambien tiene la justicia derecho á ahorcar al que mata, por mas que el muerto le haya herido en la honra.

—¿Y qué importa la muerte si nos hemos vengado?

—Con que ello, en fin, es el caso que vos vísteis que el señor Juan Fernandez de Hinestrosa mató al criado de su hermana. ¿Y cómo le mató?

—Al abrirle la puerta. Entonces, Adonias, que conoce al señor Juan Fernandez de Hinestrosa, le reconoció en la voz con que pronunció algunas palabras irritadas. Cerróse la puerta, y Adonias y yo queda-

mos esperando. Oyóse arriba un fuerte altercado: aunque las voces llegaban á nosotros de una manera confusa, creí reconocer en una de las de los dos hombres que hablaban la voz de mi amante.

—¿Y quién es vuestro amante, señora?

—Un hombre, dijo secamente Salomith

—Bien creo que será un hombre, y un buen hombre, segun lo que vos le amais, siendo tan hermosa. ¿Pero quién es ese hombre?

—Un paje del rey, dijo Salomith no atreviéndose á descubrir demasiado.

—¡Un paje del rey! ¡apostamos á que es ese paje endemoniado que me trae de cabeza! ¿cómo se llama ese paje?

—Se llama Pedro de Espinosa.

—¡Cuando decia yo que por aquí debia de andar el señor Pedro de Espinosa! ¿Y decidme, señora, no tiene ese paje otro nombre? Vos habeis dicho que era una persona alta y fuerte, y ahora entiendo bien lo que quisísteis decir con esas palabras: que era una persona poderosa, muy poderosa.

—Todo el que es noble, rico y valiente es fuerte y alto.

—Bien: dejemos esta cuestion para luego: resulta que el señor Juan Fernandez de Hinestrosa mató á un hombre, criado de su hermana, dentro de la casa de esta, que encontró dentro á otro hombre que es paje

del rey, y se llama Pedro de Espinosa, y que este Pedro de Espinosa es vuestro amante, y amante asimismo de doña María de Hinestrosa.

—Eso es.

—Ahora bien; esto no esplica cómo el muerto se encontró en la calle sin salida.

—Le sacaron de la casa de doña María el señor Juan Fernandez y el señor Pedro de Espinosa.

—¿Cómo vuestro acompañante y vos os encontrásteis en la calleja junto al muerto?

—Cuando vimos luz por las rendijas de la puerta, temimos, como la noche era tan oscura, que saliesen alumbrándose y nos viesen; nos importaba no ser conocidos, y huimos. Poco conocedores de la ciudad nos metimos en la calle sin salida; poco despues el señor Juan Fernandez y Pedro de Espinosa llegaron con el muerto.

—¿Llevaban luz?

—No, señor.

—¿Hablaron?

—No, señor.

—¿Entonces, siendo la noche tan oscura y no llevando ellos luz, cómo los reconocísteis?

—Conocí á Pedro de Espinosa en el andar, y supuse que importando demasiado al señor Juan Fernandez el que nadie se enterase de la muerte del criado, él seria quien acompañase al señor Pedro.

—¡El diablo son las mujeres! murmuró Gilote.

—Poco despues, cuando íbamos á salir de la calleja, llegó la justicia y nos prendió.

—¿Es eso todo lo que sabeis?

—Sí, señor.

—Ahora bien, decidme, ¿el señor Pedro de Espinósa os ha engañado?

—De una manera infame.

—¿Y podeis vos probar el engaño?

—Sí puedo.

—¡Cómo!

—Por medio de testigos.

—¿Testigos de vuestra deshonra?

—Gentes que saben que el señor Pedro de Espinosa era mi amante.

—¿Y qué personas son esas?

—Juan Diente y Garci Diaz de Albarracin, ballesteros del rey, y mi dueña doña Berenguela.

—Apuntad, señor secretario, esos nombres en un papel aparte. Decidnos vos donde encontraremos á vuestra dueña.

—En el barrio de San Bernardo, en la calle de Vargas Machuca, en una casa de vecindad.

—Apuntad.

—Ya está, dijo Alvar Yañez.

—Ahora seguid con el proceso.

—Ya sigo.

—¿Teneis que acusar á alguna persona de haberos aconsejado y seducido para que, olvidando vuestra honra de doncella, si la teniais, siguiéseis al señor Pedro de Espinosa?

—Sí, señor; hay una persona que tiene la culpa de mi desdicha, y la acuso.

—¿Y qué persona es esa?

—Don Simuel Leví, tesorero mayor del rey, que me hizo conocer á don Pedro de Espinosa.

—Apuntad, señor secretario, en ese papel que habeis puesto aparte el nombre del tesorero del rey.

Alvar Yañez apuntó.

—Las culpas de los que os han seducido no os disculpan de vuestras faltas: vos habeis usado mal de vuestro cuerpo.

—Yo he amado.

—¿Habeis abandonado á vuestros padres?

—No tengo padres.

—¡Cómo!

—El que pasaba por mi padre no lo era.

—¿Cómo se llamaba ese que pasaba por vuestro padre?

—Era hebreo: su nombre Saul.

—Apuntad ese nombre en el papel consabido, señor Alvar Yañez.

—Es inútil, dijo Salomith, porque el rey ha ahorcado á Saul.

—No importa; apuntad, apuntad, señor secretario.

Alvar Yañez apuntó.

—¿Teneis algo mas que declarar, señora?

—Nada mas.

—Pues yo creo que sí, dijo Gilote.

—Preguntad.

—¿Ese vuestro amante no es paje del rey? dijo el terrible corregidor, posando una intensa mirada en el semblante de Salomith.

—¿Quién os ha dicho eso? esclamó asustada la jóven, que amaba aun con toda su alma á don Pedro, y no queria pronunciar su nombre.

—¿Vos habeis dicho que es alto y fuerte?

—Lo he dicho porque es noble, rico y valiente

—No: ni es paje, ni se llama Pedro de Espinosa.

—En ese caso sabeis mas que yo, señor.

—¿Es decir que no quereis declarar?

—Digo lo que sé.

—Ved que estoy dispuesto á esclarecer la verdad.

—Yo, señor, no os engaño.

—Yo sé que engañais, pero afortunadamente tenemos aquí muchos medios de haceros hablar: por el pronto os pondremos un par de borceguíes.

—¡Un par de borceguíes! ¿qué quereis decir?

—Eso quiere decir, niña, le contestó Alvar Yañez, cediendo acaso por la primera vez de su vida, á un

sentimiento de humanidad, que os pondremos en cuestion de tormento hasta que declareis.

—Eso es, os pondremos en cuestion de tormento hasta que declareis, repitió gravemente Gilote.

—Y os advierto, dijo el escribano, que son tan ajustados, aprietan tanto los tales borceguíes, que podrá suceder muy bien que perdais esos bonitos piés.

—Lo que seria una lástima, añadió Gilote, que al fin era un buen alma, y que por falta de costumbre no sabia sostener su dignidad de corregidor.

—Pero... ¿quereis asesinarme? esclamó aterrada Salomith.

—Solo queremos que digais la verdad.

—He dicho todo lo que sé.

—Mirad de lo que se trata, dijo Alvar Yañez levantándose y mostrándola el aparato de los borceguíes; si os obstinais en callar, os tenderán sobre ese lecho, os sujetarán con esas correas, os meterán los piés entre estos hierros, y apretarán, apretarán hasta que salte la sangre, y apretarán si callais hasta que se os rompan los huesos.

—¡Oh! ¡qué horror! esclamó la pobre niña cubriéndose el rostro con las manos.

—Declarad, la dijo rápidamente Alvar Yañez al oido: nada importa, esto acabará bien.

—¿Qué decís á la acusada, señor secretario? escla-

mó Gilote, que era malicioso y desconfiado como buen rústico.

—La convenzo, señor corregidor.

—¿Y os habeis convencido, niña? añadió Gilote.

—Sí; sí, señor: dijo con terror Salomith: ¡ponerme ahí! ¡atarme! ¡despedazarme! ¡y todo por él! ¡por el que ya me ha despedazado el corazon! ¿y luego qué importa? ¿qué podeis hacer vosotros contra él?

—Su verdadero nombre, dijo con impaciencia Gilote.

—Pues bien: el hombre que me ha engañado, el hombre que me ha ocultado su grandeza, que me ha hecho amarle, que me ha ofrecido ser mi esposo, cuando no podia serlo, porque es casado, es su señoría el rey don Pedro de Castilla.

—¡Ah, bien lo sabia yo! ¿Con que el señor Pedro de Espinosa, es el señor rey de Castilla: y el señor rey de Castilla aporrea á la justicia y se burla de ella. y seduce doncellas, anda en homicidios y otras torpezas? Apuntad, apuntad en el papelito de marras, señor escribano.

Alvar Yañez escribió debajo de los nombres anteriores el nombre del rey.

—Por ahora, dijo Gilote, hemos concluido con vos, señora. ¡Hola alcaide!

—Señor, dijo el funcionario apareciendo en la puerta.

—Conducid esta dama á su prision, y que no hable con nadie.

—¿A mi prision, señor? ¡tened compasion de mí! es una prision fria, húmeda, oscura; tengo miedo en ella, un miedo terrible.

—¿Es verdad esto? dijo Gilote volviéndose al alcaide.

—Es uno de los calabozos subterráneos, señor; y naturalmente las infiltraciones de los fosos....

—¿Y no teneis una prision mas cómoda?

—Sí, señor; una torre alta en la alcaidía, pero se acostumbra á que los presos paguen...

—¡Cómo! ¡bergante! ¿Con que tambien en la cárcel ha de haber pobres y ricos? ¿con que al pobre se le ha de empozar solo porque es pobre? Será necesario visitar la cárcel y condenar, soterrar los calabozos perjudiciales á la salud. ¿Cómo es esto? ¿vivimos entre herejes? ¡hola, don pícaro! Llevadme á esta dama á un calabozo seco y ventilado: si no os pongo en la rueda y os desriñono.

—Perdonad, señor, pero los alcaides no tenemos mas sueldo que nuestros derechos de carcelaje.

—Si me replicas una palabra mas, yo veré el medio de hacerte obedecer. Lleva á esa dama donde te he dicho, y vuelve. Mira: tráete de camino al hombre que vino anoche con ella.

—Muy bien, señor, dijo el alcaide todo mohino,

saliendo con Salomith.

—Resulta, pues, de esta declaracion, que arroja de sí mas de lo que yo creia, dijo Gilote; que están revueltos en la muerte del hombre de anoche...

—El señor don Juan Fernandez de Hinestrosa, doña María su hermana, y su señoría el rey, á mas de esa dama y del otro judío.

—Resulta ademas que esta judía ha sido engañada por el rey.

—Así resulta de su dicho.

—Para probarlo tenemos...

—Al tesorero don Simuel Leví, acusado de tercería, á los ballesteros Juan Diente, y Garci Diaz de Albarracin, y segun la dueña doña Berenguela acusados de encubridores.

—Si eso se prueba, el rey es reo...

—De estupro á una doncella, de seduccion, de engaño.

—¿Y qué pena tienen esos delitos?

—O casarse con ella, ó dotarla, ó ir á galera... solo puede sentenciarse al rey á dotarla.

—Y á algo mas: ¿pues qué el rey ha de cometer delitos sin recibir castigo? y decidme, qué pena tiene el que hace armas contra la justicia, y llevando adelante su insolencia la maltrata con obras?

—Mutilacion de la mano derecha, horca y perdimiento de bienes.

—Apuntad: el rey está acusado de haber insultado y maltratado á la justicia, y de haber perdido y seducido á una doncella. Apuntad, apuntad.

—Ya apunto, señor corregidor.

—Ahora, bien: paréceme que nos traen al otro reo.

—En efecto, ahí está.

El alcaide introdujo á Adonias, y le dejó solo con Gilote y el escribano. El jóven adelantó con desembarazo.

—¿Sabeis por qué estais preso? le dijo Gilote.

—Sí, señor; es decir, creo que se me ha preso creyéndome autor de la muerte de un hombre que encontró anoche difunto la justicia.

—¿Yqué descargo podeis dar de esa acusacion?

Adonias reveló, de la misma manera que Salomith lo habia hecho antes, todo lo que sabia acerca de la muerte de García de Coca.

Despues de esto, Gilote le preguntó.

—¿Sois, segun parece, judío?

—Por judío me he tenido y me tienen, contestó Adonias: pero ademas de que hace algun tiempo me he bautizado, hace poco descubrí que hay misterios en mi nacimiento, y que debo pertenecer á una noble familia castellana.

—¿Cuál es vuestro nombre cristiano?

—Juan.

—¿Y cómo habeis descubierto ó traslucido que no venis de judíos?

Adonias contó su llegada á Sevilla, su entrevista con Tamar, su traslacion á la sinagoga, y las misteriosas revelaciones de la nodriza del rey, en presencia de Daniel: su juramento de servir lealmente al rey, su presencia entre los conjurados de San Juan de la Palma, y sus nombres.

Todos estos nombres fueron apuntados por Alvar Yañez, por órden de Gilote.

—Ahora, bien: dijo, ¿sois amante de la judia Salomith?

—Soy su hermano, es decir me he criado con ella, y la amo como á una hermana; algun tiempo estuve enamorado de Salomith, pero ella me desdeñó: su desden me irritó: despues ví un dia una dama castellana, hermosa como un arcángel, y olvidé á Salomith, como amante, pero yo era judío y pobre: entonces pensé que un hombre puede todo lo que quiere: yo era pobre, pero podia con el trabajo y la industria ser rico: entonces emprendí el oficio de joyero, y logré ser el mejor joyero de Sevilla, adquirí algun oro, huí de casa de Saul, me hice cristiano, y anduve oculto algun tiempo en Sevilla: solo me dejaba ver en una calle.

—¿Vivia en ella la dama que os enamora? dijo Gilote, alentando una celosa sorpresa.

—Sí.

—¿Cómo se llama esa dama?

—¿Por qué he de callar su nombre, si es noble, y ella es pura como el sol? La dama es hija de la corregidora doña Elvira de Herrera, hijastra del corregidor Juan de Arévalo, y se llama Constanza de Arias.

—¿Y esa dama os ama? esclamó respirando apenas Gilote.

—Así lo creo, puesto que mil veces me lo ha dicho.

—¿Y sabe ella que sois judío?

—No... á una mujer que ama, ¿qué le importa el linaje de donde venga el hombre amado? jamás me ha preguntado por mi familia.

—¿Y vos habeis tenido la desvergüenza de engañarla? ¿acaso de corromperla?

—He respetado la virtud de doña Constanza, porque la quiero para mi esposa.

—¡Esposa doña Constanza de un judío que no tiene padres conocidos!

—Por lo mismo que no tengo padres conocidos no podeis llamarme judío: yo, es verdad, hasta hace muy poco tiempo ignoraba el misterio de mi nacimiento; pero me dije: un hombre que ama y tiene valor y audacia, puede llegar á serlo todo; y salí de España, y serví como aventurero en Francia, y he

vuelto caballero, honrado y rico... ya sé lo que debo hacer para encontrar mis padres, y cuando los encuentre, y tenga un nombre, iré á ponerle á los piés de doña Constanza.

—¿Y qué teneis que hacer para llegar á ese punto?

—Servir lealmente al rey don Pedro.

—¿Y le servís andando de noche á trasmamo con una judía jóven y hermosa?

—Es que esa judía está injuriada por el rey, le persigue, y es capaz de asesinarle, ó por su propia mano, ó conspirando contra él.

—¿De modo que vos?...

—Me finjo enemigo del rey, para confiar á Salomith y servir mejor á su señoría.

—¿Y don Pedro es el hombre que estaba en casa de doña María de Hinestrosa cuando entró su hermano?

—Sí, señor.

—¿En qué le conocísteis?

—En que le sonaban las canillas.

—Bien, bien. ¿Habeis dicho todo lo que teneis que decir?

—Sí, señor.

—¿Teneis que quejaros del lugar que ocupais en la cárcel?

—Es frio y húmedo.

—Bien. ¡Alcaide!

—¡Señor!

—Conducid este preso á las habitaciones de la alcaidía.

—Pero, señor...

—¡Dios vive que os ahorcaré, bribon, esclamó todo iracundo Gilote.

El alcaide partió con Adonias.

Apenas hubo desaparecido, Gilote, que habia quedado sumamente pensativo en su sillon, se levantó y se puso á pasear á lo largo de la cámara del tormento, tropezando acá y allá en hierros, sin reparar en ello: el escribano Alvar Yañez se levantó tambien, y se fué á la boca del hornillo, donde permaneció calentándose, porque hacia frio, y meditando, porque el proceso de que se ocupaba era el mas grande que habia tenido entre sus manos, y suponia que de él iban á salir terribles consecuencias.

Aquel corregidor ignorante de todo derecho escrito, y guiándose solamente en sus actuaciones por lo que le dictaba su conciencia, derecho natural de los hombres constituido en sociedad, le espantaba mas que un corregidor letrado por terrible que hubiese sido: tan colosales dimensiones iba tomando el proceso, que temió, porque su conciencia no estaba muy tranquila, verse comprometido por algun raro é imprevisto incidente.

Mientras esto meditaba el escribano, Gilote mur-

muraba, siguiendo su monótono paseo.

—¿Con que es decir que solo encuentro amarguras por mi imprudencia de haberme querido meter á redimir el mundo?... y sobre todas las amarguras, esa dama tan hermosa, sí... esa doña Constanza... ama á ese hombre, le ama... y el bellaco lo dice con una confianza, y con una vanidad que es necesario creerle... ¡Válgame Dios, y quien me mandaba á mí zaherir á la justicia, para que á ese rey infernal se le ocurriera hacerme corregidor, y divertirse conmigo!... ¡Divertirse! cosas van saliendo en el proceso que mas son para que yo me divierta que para que se divierta el rey... y le ahorco... sí, señor, le ahorco... ¡vaya si ahorco á su señoría! dejaria yo de ser Gil Pando si no lo hiciese: ¿pues qué no hay mas que porque un hombre es rey, deshonre doncellas, mate vasallos y apalee corregidores? ¿qué es la justicia si no juzga lo mismo al rico que al pobre, al rey que al vasallo? cuando se trata de hacer justicia todos son iguales: no sino Dios se detendrá mucho en mirar si un alma perversa y mala ha sido acá abajo de rey ó de vasallo para conducirla... sí; sí, señor: yo ahorcaré al rey... pero tambien el rey puede ahorcarme á mí si no descubro al matador de Alvaro Gomez de Santaella... y bien, que me ahorque; ¿para qué quiero yo vivir si no tengo la mas mínima esperanza de que ella sea mi mujer?... ¿y quién me manda á mí querer-

la? Bien dice el tio Marcos: no se ha hecho la miel para la boca del asno... pero si yo ahorcara á ese Adonias del diablo, y diera carpetazo á ese proceso, y entregase al rey sus enemigos... el rey me recompesaria... me haria rico... ademas, podia librar á doña Elvira, á la madre de doña Constanza, á condicion de que ella fuera mi mujer... pero eso no: afuera, afuera tentaciones... la justicia es lo primero: derecha me ha dado el rey su vara, y derecha se la he de entregar; que al buen juez no deben apartarle de la justicia, ni amistades, ni dinero, ni amor, ni miedo. Yo me tengo la culpa de la desgracia que me sucede... pues bien, yo solo me la sufriré sin condenar inocentes ni perdonar malvados.

En aquel momento se abrió la puerta, y el alcaide dijo desde ella:

—Acaban de traer presos á doña Estrella de Molina y al señor Juan de Ayala.

—Que entre doña Estrella, dijo reponiéndose Gilote, y ocupando de nuevo su sillon.

Ocupó asímismo su puesto, junto á la mesa, Alvar Yañez, y poco despues entró doña Estrella de Molina.

CAPITULO XIV.

De cómo la madeja se enmarañó mas y mas, sin que Gilote dé con el cabo mas importante.

Al entrar doña Estrella, miró con espanto en torno suyo.

—¿Por qué me han preso, sacándome engañada de mi ermita, dijo sin conocer por el momento á Gilote; pero acercándose mas, le reconoció y añadió con estrañeza: ¡cómo! ¿sois vos, Gil Pando, vos que debeis tantos beneficios, quien ha mandado prenderme?

—Yo no soy ahora, doña Estrella, dijo con gravedad Gilote, el Gil Pando que conoceis, sino el corregidor de Sevilla. Vuestra prision importaba.

—¿Y en qué he delinquido yo?

—¿En qué? Voy á decíroslo. Vos sois casada.

—Lo soy.

—¿Cómo habeis desaparecido de junto á vuestro marido?

—Ya os lo he dicho esta mañana: mi marido tenia necesidad de deshacerse de mí: me dió un brevaje, creyendo que era un tósigo, y el judío Saul me salvó. Ya os lo he referido.

—¿Vos teníais una hija?

—¡Ay! sí.

—¿Qué me habeis hecho de esa hija?

—La perdí.

—¿Y por qué la perdísteis, señora?

—Me la arrebataron.

—¿Por qué no habeis acusado ante la justicia á los que creíais causantes de entrambos delitos?

—No lo sé, esclamó aturdida doña Estrella.

—¿Y creeis que se puede decir no lo sé á la justicia?

—He obrado sin duda mal.

—Pues porque habeis obrado mal se os prende. ¿Sabe acaso nadie si vuestro esposo os dió el brevaje, ó si lo tomásteis vos para apartaros de él y vivir á vuestras anchuras? ¿Sabe nadie si os arrebataron á vuestra hija, ó si vos os deshicísteis de ella? La justicia os acusa, señora.

—¿Que me acusa la justicia?

—Sí, y si vos no os sincerais, la justicia os condenará.

—¿Y qué he de hacer? ¡Dios mio! Yo soy inocente, esclamó asustada la pobre dama.

—Acusad y probad vuestra acusacion.

—¿Y cómo la he de probar? ¡Dios mio!

—Acusad, y la justicia os ayudará. ¿No teneis testigos?...

—Sí, tengo uno.

—¿Quién?

—El señor Juan de Ayala.

—¿Era, segun recuerdo, escudero de vuestro esposo?

—Sí.

—¿Y quién evita que alguien crea que el señor Juan de Ayala es vuestro cómplice?

—¡Oh! ¡qué horror, Dios mio! Todos los de los alrededores de la ermita del Amparo me conocen: todos saben que mi vida es penitente.

—Vuestra vida penitente ha hecho creer á algunos que teníais grandes crímenes que satisfacer sobre la tierra.

—¡Dios mio! yo he hecho penitencia para que Dios me volviera mi hija.

—Acusad, acusad, señora, dijo Alvar Yañez.

—Pues bien, yo acuso al señor Juan de Arévalo,

mi esposo, de asesinato, de adulterio y de parricidio.

—¿Quiénes son vuestros testigos?

—El señor Juan de Ayala, el judío Saul el Julani y don Simuel Leví.

—Saul el Julani ha muerto, dijo el escribano; pero viven el señor Juan Ayala y don Simuel Leví.

—La justicia, señora, para esclarecer ciertos malos hechos, se ha visto precisada á acusaros, á prenderos: siendo inocente, como yo estoy seguro que lo sois, nada teneis que temer; y si vuestra hija vive, como lo espero, tendreis á vuestra hija. No paseis, pues, pena; nada temais: la vara de la justicia está en mi mano, y ya sabeis quién soy yo: pobre y rústico, pero honrado.

—¡Oh! ¡sí, Gil Pando, sí!

—Ahora bien, aunque en la cárcel, voy á hacer que os aposenten de una manera digna de vos. ¡Hola, alcaide!

Presentóse este.

—De mi cuenta y á mi costa, sin perdonar gasto alguno, acomodad á esa dama en vuestra habitacion: buen lecho, buena comida, buena servidumbre, y sobre todo, respeto. Id.

El alcaide salió con doña Estrella, mostrándose en su trato estraordinariamente cortés y amable, cortesía y amabilidad que le costaba mucho trabajo,

porque no estaba acostumbrado á ellas.

Inmediatamente Gilote hizo comparecer á Juan de Ayala.

Presentóse el anciano apoyado en un alguacil, débil y vacilante á causa de sus recientes heridas, y Gilote, que no tocándose á la justicia, era un escelente corregidor, le hizo poner un sillon, despues de lo cual se retiró el alguacil, quedando solo Juan de Ayala con Gilote y Alvar Yañez.

—¿Sabeis por qué se os ha preso?

—Lo ignoro, dijo el anciano; pero tengo que quejarme de la forma de mi prision.

—¡Quejaros!

—Ciertamente que no me quejo por mí, sino por doña Estrella.

—Pues qué, ¿alguien se ha atrevido...?

—Nos han sacado con engaño de la ermita que era un lugar de asilo, y nos han preso al encontrarnos fuera de él.

—¡Ah! ¿con que estábais acogidos á asilo? ¿Luego sois criminales?

—No he querido decir eso: solo que no habiendo podido entrar en la ermita por ser un lugar de asilo, nos han sacado con engaños de ella.

—Yo solo he mandado que se os prendiera, y estais preso. Ahora bien, os repito: ¿sabeis por qué estais preso?

—Lo ignoro, señor corregidor.

—Pues estais preso por antiguos delitos.

—¿Por antiguos delitos, decís?

—Sí, por cierto. ¿No os acusa de nada la conciencia?

—No, señor.

Teneis, pues, muy poca memoria. ¿No os acordais de nada de lo que os aconteció cuando érais escudero del señor Juan de Arévalo?

—¡Ah! esclamó Juan de Ayala.

—Señor secretario, dijo Gilote, leed la declaracion de doña Estrella de Molina.

Leyó Alvar Yañez aquella declaracion de cabo á rabo, y cuando hubo concluido, Gilote se volvió gravemente á Juan de Ayala.

—Nada teneis que decir acerca de eso? preguntó al anciano.

—Sí, sí señor, tengo que decir mucho, contestó Juan de Ayala, y Dios me perdone, si no lo he dicho antes de ahora. Dios es justo, y hace que al fin y al cabo los crímenes se descubran.

Tras estas palabras y de concentrarse un gran espacio para coordinar sus recuerdos, Juan de Ayala empezó la siguiente declaracion con voz reposada, declaracion que copió el escribano Alvar Yañez.

—Hace veinte años, el señor Juan de Arévalo, á quien yo servia como escudero, conoció en un sarao de

la córte á una dama muy hermosa. Esta dama se llamaba doña Elvira de Herrera, y era esposa de un noble y valiente caballero llamado Iñigo de Arias, con quien hacia dos años que se habia casado, y del cual tenia una hija de corta edad llamada doña Constanza.—Doña Elvira, aunque habia pasado de la flor de la juventud, era una mujer hermosísima; bastaba ver lo pálido de su semblante, y lo intenso, lo ardiente, lo fijo de su mirada, para conocer que sus pasiones eran violentas: húerfana desde sus primeros años, educada por dos tias que eran independientes, que se mantenian solteras, y que eran bastante ricas para satisfacer todos sus deseos; doña Elvira recibió una mala educacion: se hizo soberbia, voluntariosa, indolente y lasciva. Ya antes de que se hubiese casado con Iñigo de Arias habia habido por ella escándalos, y aun se hablaba de una niña que habia sido apartada misteriosamente de su lado para que no la deshonrase.—Sus tias no se atrevieron á reprenderla por una falta de que ellas habian dado el ejemplo, y se redujeron á ocultar su preñez, enviándola á una aldea de sus señoríos, y encerrándola en ella en un convento, del cual era abadesa una parienta próxima. Cuando doña Elvira pudo presentarse de una manera conveniente en la córte, sin que nadie pudiese sospechar su falta, volvió, y conmovido su seductor, de una parte por los ruegos de su tia, de otra por la

hermosura y el candor de doña Elvira, y arrastrado por la codicia de poseer el enorme dote de la mujer que habia deshonrado, consintió en casarse con ella; pero habia sérios obstáculos que vencer: Alfon Cortés, que así se llamaba aquél caballero, era comendador de la órden de la caballería de Calatrava, freire por lo tanto, y como freire obligado al celibato por su voto de castidad: pero era muy rico, éralo tambien doña Elvira, y como á Roma se vá por todo, Alfon Cortés envió á ella su mayordomo con algunos miles de doblas castellanas, y con la órden de no volverse sin la dispensa de su voto.—Pero estos negocios suelen tardar años en concluirse, y aunque este solo tardó algunos meses, hubo tiempo bastante para que sobreviniese un incidente fatal.—El amor fué la causa de este incidente.—Tenia Alfon Cortés una hermana, ya matrona, pero hermosa á maravilla, que vivia con su anciana madre en un castillo señorial de Alfon Cortés, en las montañas de Galicia.—La madre murió, al fin, y el comendador se vió obligado á traerse consigo su hermana á la corte. ¿Pero cómo cuidar de una doncella un hombre solo? Esto era imposible. Por mas que la hubiese rodeado de dueñas, Alfon Cortés no hubiera podido salvar á su hermana de la seduccion y del engaño ó al menos de la murmuracion de las gentes, porque todos sabemos lo que es una dueña: en este apuro, el cuidadoso hermano, pensó

que salia del paso poniendo á doña Sol bajo el amparo y proteccion de doña María de Aragon, esposa del rey don Alonso el Onceno, padre del rey don Pedro. Alfon Cortés era muy estimado del rey y de la reina; doña Sol era hermosa y honrada, y fué admitida en la servidumbre de la reina doña María como camarera. Alfon habia pensado que de aquel modo ponia á su hermana á cubierto de asechanzas y seducciones, descansó enteramente del cuidado que se tenia en el alcázar con las damas de la reina, y se entregó tranquilo, por aquella parte, á sus cuidados. —Pero sin saberlo habia metido á su hermana en la boca del lobo.—Las dueñas de las damas de la reina, que hubieran sido incorruptibles, mas que por honradez por temor, á las sugestiones y á las dádivas de los mas altos caballeros de la corte, se encontraron de repente con un enemigo á quien no podian resistir: aquel enemigo era el rey don Alonso. Jóven, impetuoso, enamorado por la magnífica hermosura de doña Sol, temeroso de que su honra la hiciese desdeñar sus reales amores, se decidió á dar un golpe decisivo, valiéndose para ello de las dueñas de la servidumbre.—Estas no se atrevieron á contrariar los deseos del rey, y una noche se abrió la puerta de un corredor oscuro que daba á los aposentos de las camareras, se abrió silenciosamente uno de estos aposentos, y entró un hombre.—Poco des-

pues se oyó un grito agudo, despues gritos sofocados, una lucha sorda, profundos gemidos, y al fin nada: pasó gran parte de la noche, se volvió á abrir recatadamente la puerta, salió el mismo hombre que habia entrado, y desapareció por el corredor.—Al dia siguiente se murmuraba entre la servidumbre del alcázar de aquel grito agudo que habia resonado en las altas horas de la noche, y se reparó que doña Sol estaba pálida y como quebrantada.—Doña Sol, á quien se hicieron maliciosamente algunas observaciones, declaró que habia creido ver un duende, y que habia gritado.—No se habló mas de esto, pero todas las camareras se propusieron saber si el duende volvia á visitar á doña Sol; se pusieron en acecho, y á la noche siguiente vieron que un bulto que tenia todas las trazas de un caballero jóven y gallardo, llegaba á la puerta de doña Sol, la abria y la volvia á cerrar, quedando dentro.—Inútil es decir que las camareras llegaron de puntillas y se agruparon junto á la puerta, á la cual aplicaron sus oidos, y oyeron... lo que las llenó de envidia: ardientes caricias, suspiros de amor, una felicidad misteriosa envuelta en tinieblas, que cada una de aquellas doncellas, por mas que se escandalizaron y santiguaron, hubieran deseado para sí.—Rara vez la envidia mujeril ha dejado de producir desdichas. No tardó mucho tiempo en saber la reina, sin poder decir quién se lo habia

dicho, que su real esposo habia hecho su manceba, á la mas hermosa, á la mas respetada, á la mas virtuosa, á la mas querida de sus damas. Sus celos de mujer y de reina fueron fatales para doña Sol; vióse un dia insultada y maltratada por la reina, sobrevino el rey, tomó la defensa por la hermosa manceba, desplegó toda la energía de su carácter, hizo temblar á la reina, que calló y devoró sus celos; doña Sol continuó en el alcázar, respetada y temida de todos; no fueron ya un misterio los amores del rey y doña Sol, notóse con escándalo que esta estaba en cinta, y la reina doblemente irritada, la reina que no habia renunciado á su venganza, pensó con mas insistencia en ella, y la llevó á cabo de una manera cruel. Envió un emisario con una carta á Alfon Cortés, que se encontraba en la frontera de Granada, sobre los moros, esperando con impaciencia que viniese de Roma su dispensa para casarse con doña Elvira.—La carta de la reina era venenosa; en ella se indicaba de una manera demasiado transparente su deshonra á Alfon Cortés, para que saltando por todos los respetos humanos, no dejase su adelantamiento de la frontera sin pedir para ello licencia al rey.—Entretanto habia corrido el tiempo y doña Sol habia llegado al punto de su alumbramiento. Temerosa de dar aquel escándalo en el alcázar, doña Sol pensó en trasladarse á la casa que su hermano tenia en Sevilla, y en la que,

durante sus ausencias, solo quedaba un viejo escudero con su mujer, respetable dueña que allá en sus mocedades habia sido doncella de la madre de Alfon Cortés: compróse á fuerza de oro la discrecion de estos dos viejos servidores, y doña Sol esperó tranquila el momento terrible.—Era muy entrada la noche, y doña Sol acababa de dar felizmente á luz un robusto infante, cuando hé aquí que se oye tropel de caballos en la plazuela de San Juan de la Palma, donde estaba situada la casa de Alfon Cortés: cae con terrible estruendo la puerta: el irritado caballero entra con sus escuderos y sus pajes y llega con ellos al dormitorio de su hermana: allí se encontraba el rey: allí estaba la partera, doña Sol desmayada se veia sobre un lecho ensangrentado, el recien nacido lloraba.—Ante el irrecusable testimonio de su deshonra, ciego de cólera Alfon Cortés, desnudó su daga, se precipita sobre su hermana, y no escuchando mas que á su rabia, la cose á puñaladas: el rey apenas tiene tiempo de ponerse en defensa, y de huir por una comunicacion escusada, acompañado de la partera y de los dos viejos servidores, que escapan por un milagro.—Alfon Cortés se encontró solo, en su casa deshonrada, delante de su hermana muerta: mojó las manos en su sangre y juró por Dios y por su honor, no desnudarse el arnés, ni dormir en lecho, ni comer pan á manteles, ni rasurarse la barba

hasta que vengase su deshonra y la muerte de su hermana, con la deshonra y la muerte del rey.—En consecuencia, Alfon Cortés desapareció, y supo ocultarse tan bien, que nadie supo su paradero, ni aun el mismo rey, por mas que puso en su busca la justicia de todas las ciudades, villas y lugares de sus reinos.—Alfon Cortés habia sido gota de agua caida en el mar.—Empezóse poco despues á susurrar que en las habitaciones de la reina en el alcázar entraba un duende: las damas espiaron el aposento de la reina, y oyeron tambien ardientes caricias, suspiros de amor, una felicidad misteriosa envuelta en tinieblas; lo mismo, en fin, que habian oido un año antes en el aposento de doña Sol, de quien nadie sabia lo que habia sido.—Pero las damas se guardaron muy bien de murmurar de la reina como habian murmurado de doña Sol, guardaron por temor un profundo secreto, y la falta de la reina doña María quedó envuelta en el mas profundo misterio.—Por una estraña coincidencia, del mismo modo que desde el principio hasta el fin de los amores de doña Sol, habia estado ausente Alfon Cortés sobre la frontera de los moros, haciendo la guerra contra ellos en sus dominios, se encontraba el rey don Alonso desde poco antes de que entrara el duende misterioso en las habitaciones de la reina doña María.—Algunos meses despues las damas notaron que la reina estaba de contínuo páli-

da y ojerosa y que habia engruesado: al fin la reina se retiró al castillo de Carmona, no llevando consigo mas que dos dueñas de confianza, y no se dejó ver de nadie mas que de su médico.—Pasaron diez meses desde que el duende habia penetrado por primera vez en la cámara de la reina, hasta que el rey al retirarse una noche triunfante de una correría contra los moros al castillo fronterizo de Martos, encontró sobre la mesa de su cámara un pergamino enrollado: desenrollólo el rey y leyó con asombro y cólera lo siguiente:—«Tú, Alonso, rey de Castilla y de Leon, tenido por grande, noble, y justiciero, deshonraste á mi hermana.—Yo, avisado por tu esposa, llegué á punto de presenciar su deshonra: mi hermana acababa de dar á luz el infame fruto de vuestros amores: tuvistes la fortuna de escapar y no pude mezclar tu infame sangre á la de mi hermana.—Pero me quedaba una amarga venganza.—Tú tienes una esposa muy bella, muy enamorada, muy liviana: estabas ausente: yo supe hacerme amar de la reina: yo he entrado en su cámara como tú llegaste hasta el lecho de mi hermana; tu esposa ha sido mia como mi hermana lo fué tuya: tu esposa ha concebido fruto de estos amores como mi hermana le concibió de los tuyos: ven, rey, yo te convido á que seas testigo de tu deshonra como yo lo fuí de la mia: ven y encontrarás á la reina en el mismo lecho en que yo encon-

tré á mi hermana, y donde, vengando á medias mi honor ofendido la maté: ven, que despues tiempo tengo para completar mi venganza hiriéndote en la cabeza.—Alfon Cortés.»

Gilote estaba asombrado escuchando á Juan de Ayala, porque no comprendia que pudieran pasar en el mundo tan grandes cosas.

Juan de Ayala, trás algunos momentos de descanso, continuó:

—El rey montó inmediatamente á caballo, y sin reposar un punto llegó en pocos dias á Sevilla, entró en ella de incógnito, y se encaminó solo, sin mas compañía que su espada y su cólera á la plazuela de San Juan de la Palma: al entrar en ella, creyó notar que algunos bultos se retiraban precipitadamente y desaparecian por las opuestas calles. Llegó á puerta de la casa, y llamó: al llamar, la puerta cedió: estaba abierta. Encontró el zaguan iluminado, iluminadas las escaleras, iluminadas las galerías; pero no encontró un alma viviente: siguió adelante, atravesó la antecámara, la cámara y entró en el dormitorio: tampoco encontró á nadie, sólo escuchó una puerta que se cerraba: abalanzóse al lecho y vió á una mujer, y junto á ella un recien nacido; la mujer, al verle, exhaló un horrible grito; aquella mujer era la reina: el rey la contempló un momento en silencio, y al fin la dijo con voz cavernosa:—«Todo ha concluido en-

tre nosotros, señora; no tomo satisfaccion de mi deshonra con vuestra muerte por evitar un escándalo: de hoy en adelante, viviremos en el alcázar, pero separados: vos en vuestra cámara, yo en la mia.»—No dijo mas el rey: llamó á don Simuel Leví, le entregó el recien nacido, mandándole que le espusiese en una iglesia; don Simuel tomó el niño, le metió en una cesta de mimbres, y le espuso en la puerta de la iglesia de San Miguel.

—¿Y sabeis vos, que tan enterado estais de estos asuntos, como que los sabeis por dentro y por fuera, lo que fué del tal muchacho? dijo Gilote.

—Si yo sé estos negocios, es porque esta historia la dejó escrita el señor Alfon Cortés, con la piadosa intencion de que llegase á noticias de todo el mundo.

—Pues bien se vé que queria vengarse el tal Alfon Cortés. Pero el paradero del muchacho...

—El señor Alfon Cortés, que habia sido testigo de lo que habia pasado entre el rey y la reina, oculto trás una puerta de servicio del mismo dormitorio, y con la salida franca para huir si era necesario, siguió á don Simuel, porque al fin aquel recien nacido era su hijo y le importaba su suerte: vió que le llevaba á la parroquia de San Miguel, y esperó toda la noche; al amanecer vió que le recogia un hombre, y le siguió hasta su casa; informóse de quién era, cuan-

do pudo meterse en averiguaciones, y supo que se llamaba Marcos Perea, y que era marido de una honrada dueña llamada Genoveva.

—¿Y qué se ha hecho del muchacho?

—El señor Marcos murió, y la señora Genoveva que hacia tiempo, aun en vida de su marido, andaba pretendida por el sacristan de la iglesia de San Juan de la Palma, maese Longinos, se casó con él: el muchacho sigue en su compañía, es monago de la iglesia, y se llama Deogracias.

—¡Cómo! ¿se llama Deogracias, es ese infame Deogracias, acólito de los diablos, el hijo bastardo de la reina doña María y del señor Alfon Cortés?

—Ni mas ni menos.

—Pues alegraos, señor Juan de Ayala, porque yo mismo he encontrado á ese mozo en contravencion de mis pregones, pelando la pava con vuestra hija.

—¡Ah!

—Solo que será bueno, si el hermano bastardo del rey, el buen Deogracias ha de casarse con doña Elvira, quitarle ciertas aprensiones.

—¡Aprensiones! ¿de qué? esclamó Juan de Ayala.

—Mas que aprensiones son: como que vió salir de vuestra casa al señor Pedro de Espinosa, que sin duda no habria ido á ayudar en sus devociones á vuestra hija. Ya sabia el verdadero nombre del señor Pedro de Espinosa.

—¡Ah! esclamó Juan de Ayala, aterrado al ver que su honor andaba en manos de justicia, y envuelto en un proceso: ¿pero esta circunstancia no constará?

—Nada temais, señor Juan de Ayala, de lo que resulte de este proceso: se hará justicia, pero estad seguro de que el proceso se perderá. Continuad ahora con vuestra declaracion. Decíais que el señor Alfon Cortés...

—Sí; sí, señor: la reina se restableció en secreto y tornó al alcázar, desde el castillo de Carmona; el rey se volvió de incógnito á la frontera como habia venido á Sevilla: pero habiendo estado oculto algunos dias en cierta noble casa, conoció en ella á doña Leonor de Guzman, y empezaron unos amores de los que habreis oido hablar mucho.

—Sí, ya sé que durante muchos años doña Leonor de Guzman ha sido la verdadera reina de Castilla y que dió al rey don Alonso hijos bastardos, que ahora son enemigos abiertos del rey don Pedro: pero continuad.

—No bastó sin duda esta venganza á Alfon Cortés: habia dicho al rey que despues de herirle en la honra le heriria en la cabeza, y fiel á su amenaza apareció un dia, desplegando una bandera rebelde, unido con algunos nobles descontentos del rey; las mesnadas de todos estos ricos hombres, parientes los unos, los

otros amigos de Alfon Cortés, formaban un ejército respetable, y todos creyeron que aparecia de nuevo la terrible guerra civil que, en los primeros años del reinado de don Alonso, habia afligido á Castilla: á mas de esto, y no estando muy seguros los rebeldes de sus propias fuerzas, se unieron al rey de Granada, que rompió al mismo tiempo por la frontera: pero no era rey don Alonso á quien aterraba el peligro: apellidó guerra, levantando su estandarte real, reunió á sus lanzas las de los nobles leales y las de la familia de doña Leonor de Guzman su favorita, dividió en dos sus ejércitos, envió la una mitad con Alfonso Ferrandez Coronel, que entonces era mozo, á la frontera de Granada y con la otra mitad salió él mismo al encuentro de los traidores, que se acercaban á Sevilla.—La victoria fué completa; el rey destrozó á los rebeldes, prendió á la mayor parte de sus caudillos, entre ellos á Alfon Cortés, y los encerró en el castillo de Triana: la justicia del rey no se hizo esperar; Alfon Cortés, y los demas caballeros traidores fueron sentenciados á morir degollados.—Por un acaso, el señor Juan de Arévalo, de quien yo era entonces escudero, se encontraba fuera de Castilla, en unas haciendas que tenia en Asturias, cuando estalló la rebelion, y no pudo tomar parte en ella, lo que hubiera hecho á no estar ausente, porque era grande amigo de Alfon Cortés. Sentenciado este á muerte, envió á

buscar á su amigo Juan de Arévalo, y no habiendo vuelto este á la sazon, Alfon Cortés me mandó llamar á mí porque sabia la confianza que me dispensaba mi señor.—Costó un gran trabajo obtener licencia del rey para que me dejase ver á Alfon Cortés.—Al fin se consiguió, pocos momentos antes de su ejecucion. —En cuanto entré me dijo:—Os llamo para un asunto de conciencia, amigo Juan de Ayala: debajo de mi jergon tengo una caja de hierro, dentro de la cual se encuentran unos papeles, que quiero que entregueis á la buena Berta Ramirez, nodriza que ha sido del príncipe Pedro: esa mujer vive en la Judería, por vivir oculta, en casa de un judío que se llama Saul, donde cria un niño y una niña: la niña es hija mia y de doña Elvira de Herrera, con quien por no tener á tiempo la dispensa de mi voto de freire no he podido casarme.—El niño es hijo natural de mi hermana doña Sol y del rey don Alonso el Onceno: amo á esos dos niños como si los dos fueran mis hijos: el rey me confisca los bienes y nada puedo dejarles: pero cuidad vos, en lo que podais, de ellos: dentro del cofre donde están los papeles que justifican su nacimiento hay una sortija; la sortija de desposorios de mi madre, en que está el sello de mis armas: confio que vos cumplireis como bueno lo que os encargo. Los dos niños, como señal de reconocimiento, tienen una cicatriz en la oreja derecha, en la parte

baja de su borde esterior: estos dos niños no deben jamás conocer el nombre de sus madres; esto deshonraria á mi hermana y á la reina doña María: á fuerza de oro ha consentido el judío Saul en que estos dos niños pasen por hijos de dos hijas suyas: con la una, con Judith, aparece como manceba del rey.—Pero le dije: contadme bien esa historia para que yo pueda cumplir vuestro encargo.—No tenemos tiempo, dijo Alfon Cortés: pensarian que yo usaba de la licencia del rey para hablar con vos, por miedo á la muerte; pero no importa, añadió como decidiéndose; yo habia resuelto quemar estos papeles, y sacó unos de su seno, pero vos los quemareis despues de que los hayais leido. ¿No es verdad?—Os lo juro, señor, le contesté.—Pues bien, tomad, me dijo dándomelos; ahí está toda la historia. Cuando la hayais leido, quemadla.

—¿Y la quemásteis? dijo Gilote.

—No, no señor: despues de muerto Alfon Cortés, pensé que era asunto de conciencia el que dos niños aunque bastardos, no tuviesen mancha de judíos.—Guardé los papeles.

—¿Y dónde están esos papeles?

—En mi casa.

—Apuntad, señor secretario, para que no se nos olvide; que es necesario apoderanos de esos papeles.

Apuntó este incidente en otro papel Alvar Yañez. Juan de Ayala no hizo ninguna observacion en pró ni en contra.

—¿Y los otros papeles del cofrecillo, que decia tener el señor Alfon Cortés bajo su cama?

—Me entregó, y yo los entregué á Berta Ramirez.

—¿Y los visteis ésos papeles?

—Sí señor.

—¿Y qué decian?

—De ellos, por una completa legalizacion, resultaba que Judith y Raquel hijas del judío Saul el Julani, eran madres, la primera de Thamar, la segunda de Adonias.—Es de advertir que la pobres doncellas que despues se casaron con hebreos, nada saben de esto...

—Pues fué mucho que el señor Alfon Cortés tuviese tanta cuenta con la honra de la reina, dijo Gilote.

—Alfon Cortés era un bueno y leal caballero, que nunca se hubiera rebelado contra el rey si el rey no le hubiera deshonrado, y aquel secreto quedó entre él y don Alonso.

—Y ademas vos.

—Necesario era que alguno lo supiese.

—Continuad.

—Despues de encargarme de esto Alfon Cortés, me dijo: en mi castillo de Aracena, al pié de la gran

torre, debajo de una enorme piedra cuadrada, hay unas escaleras: estas escaleras conducen á un aposento subterráneo: en ese aposento encontrareis un cuento de doblas de oro en joyas, y otros tres cuentos de la misma moneda en dinero; haced por desenterrar ese tesoro que yo he enterrado antes de rebelarme contra el rey, y entregádselo bajo recibo á don Simuel Leví: este recibo lo entregareis á la nodriza Berta: cuando mi hija, que se llamará Thamar, haya cumplido veinte años, se le entregará un testamento apócrifo á nombre de su madre fingida, en que hay una cláusula que dice: «Es mi voluntad que cuando mi hija Thamar cumpla veinte años, se la deje libre para contraer matrimonio ó disponer de sí misma á su arbitrio: entonces se la entregarán mis tesoros; pero no se la revelará su nacimiento, sino cuando se vea que se ha hecho digna de llevar un nombre ilustre.»

—Pues hay que confesar que el señor Alfon Cortés habia atado bien todos los cabos, dijo Gilote: y volviéndose á Alvar Yañez, añadió: y vos, señor secretario, ¿vais anotando hasta la mas mínima circunstancia?

—Sí señor.

Vuestros escritos nos valdrán, porque yo os confieso que tanto voy sabiendo, que tengo la cabeza como olla de grillos, esto es una madeja.

—Y enmarañada, dijo Alvar Yañez.

—Ya la desenmarañaremos con la ayuda de Dios: continuad vos.

—Yo me hice cargo de todos estos asuntos. Recibí la dolorosa comision de llevar á doña Elvira de Herrera la última despedida de Alfon Cortés, y este fué degollado, segun me dijeron, pocos momentos despues de haber salido yo del castillo de Triana. Despues cumplí punto por punto las instrucciones de Alfon Cortés, salvo en lo de quemar la verdadera historia de los dos niños.

—¿Y el tesoro?

—Le encontré en el castillo de Aracena, y le entregué á don Simuel Leví.

—¿Hemos mandado prender á don Simuel Leví? dijo Gilote al secretario.

—No señor.

—Pues prendámosle. ¡Hola, alcaide!

Apareció el alcide.

—¿Han traido ya á la cárcel al señor Fernandez de Hinestrosa?

—Sí, señor dijo el alcaide, pero protesta.

—Pues que proteste cuanto quiera. Que la misma gente que ha preso á ese caballero, vaya á prender á don Simuel Leví.

—Muy bien, señor.

—Tened preparado al señor Fernandez de Hines-

trosa para que entre en audiencia.

—Muy bien, señor.

—Idos. Ahora bien, señor Juan de Ayala, dijo Gilote, despues que hubo salido el alcaide: creo, si no me engaña la memoria, que nos hemos entrometido en estos amores criminales á propósito de que vos dijísteis, hablando de doña Elvira de Herrera, que habia tenido hijos antes de casarse con el señor Iñigo de Arias?

—Sí señor.

—Habeis dicho tambien, que despues de casada con Iñigo de Arias, y de haber tenido de este matrimonio á doña Constanza, se enamoró de ella vuestro señor Juan de Arévalo?

—Sí señor.

—¿Y ella le correspondió?

—Sí, sí señor: le correspondió hasta el punto de engañar á su marido.

—¿A quién engañó ocultándole sus amores con Alfon Cortés?

—Sí señor; y este secreto que yo revelé al señor Juan de Arévalo, le sirvió de mucho para rendir á doña Elvira.

—Hicísteis muy mal en meteros en asuntos tan puercos, dijo Gilote, y sin duda que teneis por ello vuestro tanto de pena.

—Sin duda hice mal y me arrepiento de ello, pero...

—Sí, lo hecho no tiene remedio... ¿Y el señor Juan de Arévalo, estaba mozo?

—No señor; estaba casado con doña Estrella de Molina.

—¡Ah! esclamó Gilote: ya vamos descubriendo algo que importa mucho. ¿De modo que estos eran unos amores adúlteros?

—Sí señor.

—¿Y vos os atrevíais á servir á un hombre tan perverso?

—Sin duda hice mal... y Dios quisiera que no hubiera obrado peor.

—¡Ah! ¿Obrásteis peor?

—Sí señor.

—¡Y lo confesais!

—Me remuerde la conciencia.

—Continuad.

—Los amores llegaron á un punto en que los amantes no pudieron vivir separados; pero habia graves obstáculos para unirse; los dos estaban casados; sin embargo, Juan de Arévalo era hombre que no se detenia en nada: una noche apareció muerto junto á su casa Iñigo de Arias.

—¿Y quién le mató?

—Juan de Arévalo.

—¿Qué pruebas teneis de ello?

—Me lo reveló el mismo Juan de Arévalo, que te-

nia en mí una gran confianza.

—¿Y vos no le acusásteis á la justicia?

—Me repugnó faltar á la confianza que se habia hecho de mí.

—Pues os hicísteis cómplice, como encubridor.

—¡Ah, señor corregidor! los hombres tenemos debilidades...

—Debilidades que acaban por llevarlos á la horca; pero continuad.

—Muerto Iñigo de Arias, viuda doña Elvira de Herrera, quedaba aun un obstáculo para que se casase con ella Juan de Arévalo: este obstáculo era doña Estrella de Molina, su esposa.

—¿Y qué hizo el señor Juan de Arévalo?

Juan de Ayala contó punto por punto á Gilote la desaparicion de doña Leonor, la pequeña hija de doña Estrella y Juan de Arévalo, el brebaje dado á esta para hacerla parecer muerta, y su casamiento con doña Elvira de Herrera, conforme en un todo á lo que ya conocen nuestros lectores.

—¿Pero la niña murió, ó se perdió? dijo Gilote.

—No, no señor: la niña fué criada por el judío Saul, y se llama Salomith.

—Apuntad, apuntad, señor secretario: la llamada Salomith, judía, es doña Leonor, hija legítima del señor Juan de Arévalo y de doña Estrella de Molina. ¿Habeis concluido?

—Si, señor.

—Ahora bien: ¿qué mas teneis que declarar, señor Juan de Ayala?

—Nada mas sobre doña Estrella y el señor Juan de Arévalo, que es lo que me habeis preguntado.

—Pues yo pienso que teneis mas que declarar. ¿Vos estais herido?

—Sí, señor.

—¿Quién os hirió?

—No puedo decirlo.

—¿Cómo que no podeis decirlo? ¿Creeis que porque os he tratado con mansedumbre no soy capaz de sacaros las palabras del cuerpo mal que os pese? ¿Sabeis en donde estais?

—Sé que estoy preso.

—Es que ademas de preso estais en la cámara del tormento de la cárcel de Sevilla.

—¡Ah, señor!

—Y yo estoy dispuesto á daros tormento hasta despedazaros, si os empeñais en callar.

—Pero yo no puedo decir el hombre que me hirió.

Hizo un ademan enérgico Gilote, y tal que, Juan de Ayala, viejo ya y quebrantado por las heridas, se aterró.

—Declararé cuanto querais, dijo, aunque en ello me vá la vida.

Y refirió, punto por punto, la conspiracion de la nobleza, su encuentro con el rey don Pedro, los amores de este con su hija, como disculpa de su rebeldía, y nombró, por último, uno por uno á los conspiradores.

Alvar Yañez tenia el alma en un hilo, y Gilote se restregaba las manos de alegría.

—¿Habeis apuntado los nombres de esos caballeros y villanos que conspiran contra el rey? dijo Gilote al secretario.

—Sí, señor.

—¿Y las señas del lugar donde pueden ser habidos!

—Sí, señor.

—¿Y vos no teneis nada mas que declarar, señor Juan de Ayala?

—Nada mas, señor.

Leed al preso su declaracion, dijo Gilote, y que la firme.

Alvar Yañez emprendió aquella larga lectura, y entretanto Gilote se puso á pasear por la cámara.

—Esta es una maraña, una verdadera mareña, esclamaba para sí, pero que arroja de sí grandes cosas: arroja, que en Castilla hay muchos criminales sin castigo, muchos bribones, y sobre todo que ese señor rey á quien alaban de justiciero, es el mayor bribon de su reino: ¡ira de Dios! pues, no, no; yo he de

hacer un ejemplar castigo con el rey: ¿pero cómo? ¿podré? si no puedo, porque cometo una tiranía, yo habré cumplido con mi obligacion; habré entregado al rey derecha y muy derecha la vara de la justicia. Pero entretanto vamos á cuentas: aunque he descubierto muchos delitos que nadie me habia mandado que descubriese, solo he descubierto uno de los autores de los homicidios que me ha encargado el rey que castigue; ya sé quién es el matador del señor Iñigo de Arias: ¿pero el de Alvaro Gomez de Santaella? ¿Será acaso el mismo? Se le ha encontrado muerto en el mismo sitio en que se encontró al otro. Veamos, veamos de indagar algo: puede ser que el señor Juan de Ayala me abra camino: ¡con este turbion de declaraciones me habia olvidado! ¡Hola, señor secretario! ¿habeis concluido ya?

—Es muy larga la declaracion, dijo Alvar Yañez, y es necesario leerla despacio para que el declarante se entere bien.

—Pues esperad un momento, porque aun tengo que preguntar al señor Juan de Ayala.

—¿Qué teneis que preguntarme, señor?

—¿Conocísteis al señor Alvaro Gomez de Santaella?

—Sí, señor; era un hombre que no tenia muy buenas costumbres.

—¿Sabeis que le han muerto?

—Sí, señor.

—¿Y no sabeis quién le haya muerto?

—No señor.

—¿No teneis ningun antecedente?

—Creo que entre sus aventuras amorosas, el señor Alvaro Gomez de Santaella andaba en la conquista de doña Elvira de Herrera, que aun se conserva hermosa.

—Sí, sí; es verdad, conozco á esa señora. ¿Y ella correspondia al señor Alvaro Gomez?

—Lo ignoro: solo sé que el señor Juan de Arévalo se quejaba de que Alvaro Gomez frecuentaba su calle, que de noche se oian músicas, que su mujer estaba triste, y que iba mucho á San Juan de la Palma, donde solia concurrir Alvaro Gomez.

—¡Ah! ¿con que el señor Juan de Arévalo estaba celoso del señor Alvaro Gomez?

—Así me lo ha dejado entender varias veces.

—Y... decidme; ¿el señor Alvaro Gomez era casado?

—Sí, señor.

¿Con quién?

—Con doña Inés de Alvarado.

—¿Y dónde para esa dama?

—En Sevilla, señor; en la calle de Bustos Tabera.

—Bien, muy bien: seguid leyendo la declaracion.

Siguió leyendo Alvar Yañez, y Gilote volvió á su paseo y á la máquina de pensamientos que se revolvia en su cabeza.

Al fin concluyó la lectura de la declaracion de Juan de Ayala, la firmó, mandóle tornar á su prision. Gilote, y por su órden fué introducido en la cámara del tormento Juan Fernandez de Hinestrosa, que adelantó severo y altivo.

—¿Sois vos, dijo con insolencia encarándose á Gilote, quien ha mandado prenderme?

—Sí, señor; contestó con aplomo Gilote.

—¿Y sabeis lo que habeis hecho?

—Y tanto como lo sé.

—Habeis preso contra fuero y razon á un ricohombre: y dad gracias de que me han sorprendido y desarmado en la calle, que de otro modo...

—Os hubiera preso tambien, aunque hubiera tenido que cercar vuestra casa.

—Protesto contra esa injusticia que os ha de pesar.

—¡Hola! ¡hola! ¿Con que es decir que los ricoshombres pueden matar á un pobre hombre, sin que la justicia pueda entrometerse en castigarlos?

Aplomóse un tanto Juan Fernandez.

—¡Qué decís de matar!

—Que vos habeis muerto un hombre en casa de vuestra hermana.

—¡Yo!

—Vos.

—¡Miente quien tal diga!

—Cuidad de que yo no os haga confesar la verdad, señor mio: para ello me servirian la rueda, el potro, los borceguíes, los hierros: ademas que si lo haceis por cubrir el honor de vuestra hermana, es inútil, inútil de todo punto.

—¡El honor de mi hermana!

—Sí: ya sabemos que es manceba del rey; lo que nada tiene de estraño: vos estais ya acostumbrado. ¿No es tambien manceba del rey vuestra sobrina?

—Os han engañado.

—Tengo la prueba.

—¿Que teneis la prueba?

—Completa.

—Pero eso es imposible, no puede ser.

—¿Que no puede ser? Pues mirad si estoy bien informado: al abrir la puerta un criado de vuestra hermana, le disteis una estocada: despues subísteis y tuvísteis un fuerte altercado con vuestra hermana y con el rey; al fin, ayudado por el rey, sacásteis por el postigo el cadáver del criado y le llevásteis á una calleja escusada.

—¡Ah!

—¿Confesareis?

—Sí... en verdad... las liviandades de ese infame!...

—¿Matásteis pues á ese criado?...

—Castigándole.

—¿Y no os atrevísteis á matar al seductor?

—¡Era el rey!

—Declarad en forma.

Irritado Juan Fernandez de Hinestrosa declaró, acusó al rey, y pidió un convento para su hermana.

—Leed su declaracion al señor Juan Fernandez, y que la firme.

Cuando esto estuvo concluido, Juan Fernandez de Hinestrosa salió, y poco despues trajeron á su hermana doña María.

Adelantó esta avergonzada, confusa; pero colérica bajo su vergüenza.

—Me han arrancado de mi casa á viva fuerza, á nombre del rey, dijo; ¿por qué se ha hecho esto?

—El rey lo manda, dijo Gilote?

—¡Que lo manda el rey!

—Sí por cierto, porque el rey quiere que en sus reinos haya justicia.

—¿Y qué tengo yo que ver con la justicia?

—Anoche se cometió en vuestra casa un asesinato.

—¡Ah! ¡Dios mio! ¿y quién ha dicho eso?

—No puedo decíroslo: basta que sea cierto.

—Pero esto es una infamia, esclamó doña María: nunca hubiese creido que fuese tan villano...

—¿Quién? ¿el rey? esclamó bruscamente Gilote: ¿y cómo siendo una dama honrada, habeis sucumbido?

—Me vengaré de este sonrojo, esclamó irritada doña María; me vengaré y pediré justicia.

—Justicia tendreis y sobrada, señora, esclamó Gilote.

—Pues bien, acuso al rey de haberse introducido fraudulentamente en mi casa; de haberme engañado.

—¡Cómo! ¿el rey se introdujo, ó le introdujísteis vos?

—Mi desdicha, esclamó doña María.

—¿Es decir que el rey estaba de acuerdo con alguno de vuestros criados?

—García de Coca era un servidor fiel.

—¿Es ese el nombre del muerto?

—Sí.

—Y en fin, ¿cómo entró en vuestra casa el rey?

—Valiéndose de la llave de un postigo.

—¿Y quién le habia dado aquella llave?

—La encontró sobre un hombre á quien habia dado muerte.

—¿Y quién era ese hombre?

—Álvaro Gomez de Santaella.

Dió un salto sobre su sillon Gilote. Sin saber cómo, se le venia á las manos el terrible secreto. Sin embargo, dudó de alcanzar la prueba, y esclamó:

—Mirad lo que decís, señora; acusais al rey de homicidio.

—Y puedo probarlo.

—¿Que podeis probarlo?

—Sí: el mismo rey lo confiesa en una carta escrita de su mano.

—¿Y dónde está esa carta? dijo anhelante Gilote.

—Aquí, dijo doña María sacándola del pecho: la llevo conmigo por temor de que se estravíe: ¿quereis mas pruebas aun? tomad estas cuatro cartas mias manchadas aun con la sangre de Alvaro Gomez de Santaella: Dios ha querido que no las haya quemado, porque ellas son mi justificacion.

Apoderóse Gilote con alegría de aquellos papeles, y se los hizo leer por el secretario, que estaba aturdido ya, con el miedo del resultado que podia tener aquel proceso.

—Bien, bien, muy bien, esclamó Gilote ébrio de gozo; es cuanto podia pedirse: pero vos, señora, vos... ¿cómo habeis podido ceder á la seduccion?

—¡Oh Dios mio! esclamó doña María cubriéndose el rostro con las manos.

—Esto es un escándalo, esclamó Gilote: ¡y asi son los reyes! ¡asi se olvidan de que representan á Dios en la tierra, y se encenagan en vicios, y pisan la justicia, y la despedazan! ¡Ah! ¡ah! ¡Y nunca ha de haber justicia para los reyes! pues juro á Dios... sí, sí... es necesario un escarmiento.

Y Gilote se paseaba agitado por la cámara.

Leyóse la declaracion á doña María, que la firmó llorando.

—Despues salió.

Preguntado el alcaide si habia sido habido don Simuel Leví, tesorero mayor del rey, y habiendo declarado que sí, Gilote mandó que compareciese.

Don Simuel, á la vista del tormento, declaró cuanto sabia acerca de Salomith, de Thamar, de Adonias y de Deogracias, despues de lo cual se le leyó la declaracion; firmó y salió.

A pesar de lo avanzado de la hora, que no era menos de las once de la noche, Gilote se obstinó en no levantar mano hasta que el proceso estuviese concluido. Hizo taer hasta sí al señor Pero Lope de Padilla, y entretanto mandó que se fuese á prender á Juan Diente, á Garci-Diaz de Albarracin, á doña Berenguela y á la nodriza del rey, Berta Ramirez.

Al aparecer Pero Lope de Padilla, demostró bien claro que era el preso mas rebelde de los que hasta

entonces habia hecho comparecer Gilote. Trataba á este con desprecio, y se comprendia bien claro que nada se obtendria de él sino por la fuerza.

Gilote apeló al último estremo: Pero Lope de Padilla, á pesar de sus fuerzas de toro, se vió sujeto por los brazos de hierro de los atormentadores, á quienes Gilote habia mandado llamar, y tendido y atado en el lecho de cuero del aparato del borceguí.

—Pero tened en cuenta, dijo á Gilote, que yo soy noble y caballero, y que, segun ley, no puedo ser puesto á cuestion de tormento.

—Cuestion es esta, dijo Gilote, de la que trataremos mas adelante, señor Pero Lope de Padilla: entretanto, si no declarais acerca de lo que os voy apreguntar, os dejo lisiado para toda vuestra vida. ¡Hola! poned un par de borceguíes á ese caballero.

—Nos veremos, dijo Pero Lope: pero no habeis de decir, don villano, que el miedo me ha hecho declarar.

—Apretadle los borceguíes, dijo Gilote á los atormentadores.

—¿Cuántas cuñas, señor? preguntó uno de aquellos hombres.

—Empecemos por una.

Oyóso el golpe seco de un mazo, y Pero Lope de

Padilla hizo un gesto de dolor, pero se mantuvo firme en su silencio.

—Otra cuña, dijo Gilote.

Sonaron otros dos golpes, y Pero Lope lanzó un rugido y una horrorosa blasfemia.

—¿Declarareis? dijo Gilote.

—Mandad primero que me quiten de aquí.

—¿Declarareis?

—Declararé.

Mandó Gilote que dejaran libre á Pero Lope: hiciéronlo los atormentadores; salieron, y el ballestero mayor probó á ponerse de pié.

Cojeaba notablemente: se quejaba y amenazaba al cielo y á la tierra.

—Quiero perdonaros vuestras desvergüenzas, señor Pero Lope, en gracia de que no debe haberos gustado la prueba; pero os aviso que no se os ha quitado del tormento sino para que declareis.

—¿Y qué tengo que declarar?

—¿Quién es el paje Pedro de Espinosa?

—El rey, contestó secamente Pero Lope.

—¿Para qué ha encubierto su nombre su señoría?

—No lo sé.

—Bien podrá ser que no lo sepeais; pero sí sabreis por qué os puso á mi lado.

—Para que os vigilase, para que le diese parte de todo lo que hiciérais.

—Pues ya veis que yo he sabido mas que vos y que el rey. Ahora bien: ¿nada mas teneis que declarar?

—Nada mas.

Leyó el escribano la delaracion á Pero Lope, que la firmó.

—Id, id, le dijo Gilote, y que os curen los piés, porque mañana probablemente estareis en libertad.

Salió Pero Lope, y fué necesario esperar un largo espacio antes de que avisasen á Gilote que las cuatro personas que habia mandado prender últimamente, estaban en la cárcel.

Juan Diente fué el primero que entró.

—Adelantad, valiente, le dijo Gilote; he oido hablar mucho de vos, y sé que sois de los mas leales vasallos del rey. Pero sé tambien que le servís de mala manera.

—Yo sirvo al rey en cuerpo y en alma, dijo Juan Diente.

—Sí; pero en ciertas cosas no debeis servirle: por ejemplo, no debeis haber sido guardian de una dama á quien el rey ha enamorado llamándose Pedro de Espinosa, y fingiéndose soltero.

—Hago lo que el rey me manda: ¡y no sé por qué me digais eso! Yo no conozco á esa dama.

—¿Con que no conoceis á doña Salomith?

—¿Y dónde está doña Salomith?

—¡Ah! ¡declarais!

—En efecto, esa dama era manceba de un paje del rey, y yo la acompañaba algunas veces; pero el rey nada tiene que ver en eso.

—¡Cómo! ¿pensais que no sabemos quién es el señor Pedro de Espinosa? ¡En nombre del rey y de su justicia, decid la verdad!

Juan Diente, creyendo que en aquello andaba el rey, declaró cuanto podia desearse en cuanto á los amores de don Pedro con Salomith. Garci-Diaz de Albarracin, de igual modo engañado, declaró tambien, y en cuanto á doña Berenguela, en cuanto se vió entre aquellos espantables instrumentos, fué tan esplícita como hubiera podido desearse.

Resultó plenamente probado que el rey habia seducido y engañado á Salomith.

Acto contínuo entró Berta Ramirez.

Era una anciana de semblante candoroso, tranquilo, simpático; adelantó sin temor y dijo con voz reposada á Gilote:

—¿Por qué me han preso, señor? todos los vecinos de la calle de las Ranas saben que soy una honrada mujer.

—¡Cómo! ¿vivís vos en la calle de las Ranas?

Es de advertir que la calle de las Ranas estaba inmediata al lugar en que se encontró muerto á Alvaro Gomez de Santaella.

—Sí, señor, contestó Berta, en la calle de las Ranas vivo, en la esquina misma y pared de por medio con la casa del corregidor pasado, que dicen que está preso por delitos...

—¿Y decidme, buena mujer, la noche antes de que se prendiese al pasado corregidor, no aconteció un homicidio en vuestra calle?

—¡Ay, Dios mio! esclamó la anciana poniéndose pálida: ¡yo no sé nada de eso!

—Si no sabeis nada, ¿por qué os habeis turbado?

—Porque cuando oigo hablar de un muerto, me estremezco, señor: si yo supiese algo lo diria.

—Pues yo creo que sabeis mucho. Vos vísteis el homicidio; yo sé que le vísteis.

—Sí, sí, señor, es cierto que le ví: estaba yo ocupándome de mi cena, cuando oí ruido de espadas, y un triste ¡Dios me valga! Tomé el candil y me asomé á la ventana, un hombre pasó huyendo, y nada mas.

Pero la vieja seguia temblando.

—¡Aquel hombre era el rey! dijo Gilote: ¿no oísteis el crugir de sus canillas?

—¡Ay señor! ¿quién os ha dicho eso?

—Si no declarais, os doy tormento, vieja: y mirad que aunque parezco ser buen hombre, soy muy duro de corazon.

—¡No, no señor, yo no quiero que me atormenteis!

¡yo declararé..... lo declararé todo! ¡el rey no querrá que su madre, porque yo le he criado con mi sangre, acabe miserablemente! Y luego, cuando él mató á aquel hombre, razon tendrá para ello, porque mi hijo es muy justiciero, señor.

—Bien, bien; pero declarad.

—Como decia, estaba yo ocupada en mi cena, cuando como os he dicho oí ruido de espadas, luego una voz que gritó: ¡Dios me valga! Abri la ventana, asomé el candil, y ví pasar aquel hombre: ¡al asesino! grité: pero callé en segida porque en el crugir de las canillas de aquel hombre, conocí que era el rey. Nadie, por fortuna, oyó mis gritos: yo soy caritativa, y bajé para ver si podia favorecer al herido: al acercarme á él, tropecé con un birrete de tela de oro.—¡Oh! me dije, este birrete debe ser de mi hijo: si le encuentran, pueden descubrirle por él, y lo guardé.... luego.... como el muerto estaba muerto, me volví.

—¿Y el birrete?

—Le tengo en mi casa, en mi arca.

—Apuntad, señor secretario. Esta mujer tiene en su casa el birrete del rey.

—Apuntó Alvar Yañez.

Gilote, desvanecido por la alegría de haber encontrado tan á poca costa el misterio que creia iba á dar

con su cabeza en la horca, despidió amorosamente á Berta y levantó la sesion.

Era la una de la madrugada.

CAPITULO XV.

En que se aclaran algunos otros enredos.

Retrocedamos un tanto á la hora en que el alguacil Mochuelo sacó con engaño de la ermita de Nuestra Señora del Amparo, á doña Estrella de Molina y á Juan de Ayala.

Habian quedado solos, abandonados á sí mismos Deogracias y doña Elvira de Ayala, porque, es de advertir que la dueña, al ver la situacion dudosa en que se encontraban sus amos, con esa nunca bien ponderada abnegacion de los criados, se habia despedido, sin duda, para no serles gravosa en aquella especie de peregrinacion en que se encontraban, lan-

zados de su casa por la justicia y sin tener mas que lo que llevaban encima.

Lo cierto del caso es, que Deogracias se alegró muchísimo de encontrarse en libertad con doña Elvira, y encerrado con ella en una ermita de la cual eran los únicos habitantes.

Juan de Ayala habia recomendado mucho á Deogracias guardase á su hija; y Deogracias habia declarado que la guardaria como cosa propia.

El temor de que como á cosa propia la tratase, habia puesto cuidadosa á doña Elvira, y no era para menos: la noche se acercaba, el lugar era solitario, y las miradas de Deogracias eran cada vez mas audaces.

El ex-monago daba indicios de no contenerse en los límites convenientes: estaba ademas celoso, habia visto salir de casa de doña Elvira al paje Pedro de Espinosa, lo recelaba todo, y con arreglo á su recelo se creia dispensado de toda consideracion ó respeto.

No hay mujer que no conozca la verdadera situacion que ocupa respecto á un hombre, y doña Elvira comprendió que estaba entregada á merced de Deogracias: recordó tambien que el rey la habia dicho que aquel hombre debia ser su marido, y se puso á observarle, para sacar en claro bajo qué aspecto podia ser tolerable aquel marido.

Notó, en primer lugar, que Deogracias estaba enamorado de una manera lastimosa, es decir, enteramente enamorado, y esto la halagó; porque aquel amor demostraba que tenia en Deogracias un buen marido, mejor dicho, un esclavo.

Notó, ademas, que el mayor defecto físico del ex-monago no era ser feo, sino estar flaco; que andando el tiempo, cuando estuviese bien cuidado engordaria, y seria, si no hombre hermoso, un buen hombre; y aun echó para sí la cuenta, que teniendo á su lado un marido tal, y tan amante, podria llegar á amarle, ó por lo menos á consolarse de la pérdida del rey; porque doña Elvira era una jóven honrada, que si bien habia sucumbido á los amores de don Pedro, habia sido creyendo en sus promesas, pero incapaz de faltar á la confianza de un marido. Acaso alguna rígida lectora diga al llegar á este pasaje, que mas honrada hubiese sido doña Elvira si hubiera evitado alentar los amores de nadie despues de su tropiezo con el rey: pero meta la severísima señora que tal diga, la mano en su pecho; póngala sobre su conciencia, y declare en verdad si cree que haya alguna mujer que dejase de aceptar á un hombre tan enamorado y tan protejido por el rey como Deogracias por marido, no digo yo habiendo tenido un tropiezo, sino aunque hubiese tenido ciento. Y no se me salga con ejemplos, porque en esta parte no serian mas

que escepciones, y ya sabemos que no hay regla sin escepcion, del mismo modo que no existe en el mundo una cosa mala que no tenga algo bueno.

Quede, pues, sentado que doña Elvira de Ayala, al pensar hacer su marido á Deogracias, obraba como en su situacion especial hubiese nobrado la mayor parte de las mujeres, y aun mejor que muchas, porque estaba resuelta á guardar intacta la fé que jurase en los altares á su marido.

Así, pues, y atendido el estado de corrupcion en que se encontraba entonces la república, doña Elvira no solamente era honrada sino heróica, puesto que perdia en el rey á un hombre de quien estaba perdidamente enamorada, y en su lugar se sentenciaba á un hombre que cuando mas le era aceptable para marido.

Todos estos pensamientos pasaron por doña Elvira en mucho menos tiempo que habrán invertido nuestros lectores en recorrer las anteriores líneas: con la misma rapidez comprendió que su situacion era muy difícil, á solas con un hombre enamorado y celoso, y se decidió á salir de aquella situacion á todo trance.

Esto acontecia, ó por mejor decir iba á acontecer un momento despues de haber salido de la ermita doña Estrella y Juan de Ayala.

—¿Sabeis, señor Deogracias, dijo doña Elvira po-

niéndose de pié, y empezando de este modo á salir de la situacion, que me tiene inquieta la salida de mi padre y de doña Estrella?

—¡Bah! no debeis inquietaros: ese Gil Pando, ese corregidor, que á pesar de todo parece ser un buen hombre, se interesará por ellos, y nada hay que temer.

—Sin embargo, yo quisiera saber á donde llevan á mi padre.

—¿Que quereis saber á dónde llevan á vuestro padre?

—Sí por cierto.

—Me parece que he visto desde la puerta una litera, y que metieron en ella á doña Estrella y á vuestro padre.

—¿Y no habeis visto mas?

—Mirad: me parece que entre la espesura habia soldados.

Asustóse entonces de veras doña Elvira.

—¿Soldados decís?

—Serán milicias de la villa, enviadas por el corregidor.

—O soldados del rey: es necesario que sepamos á donde llevan á mi padre.

—Tambien es necesario que yo sepa muchas cosas, que son demasiado misteriosas, señora.

—Pues os juro que nada sabreis, y que no seré

vuestra mujer, aunque os viera morir de enamorado, si no averiguais á donde llevan á mi padre.

Asustóse terriblemente Deogracias.

—¡Pero yo no puedo dejaros aquí sola, abandonada! esclamó.

—¿Y quién os ha dicho que yo me quedo aquí? No: yo quiero ir tambien: no estaria tranquila, me desesperaria.

—Y bien, dijo Deogracias, una litera en que van un hombre robusto y una mujer tan buena moza y de tanto peso como doña Estrella, no puede ir muy deprisa: la noche se acerca, y... bien podremos seguir sin que vos os canseis, y sin ser vistos de esa gente.

—Pues no perdamos momento: ya deben estar lejos, dijo doña Elvira poniéndose su manto.

—¿Pero vamos á dejar desamparada la ermita?

—¿Y qué nos importa la ermita? Ademas, la gente de estos alredores la respeta, y nada acontecerá. Vamos, venid ó me voy yo sola.

Y doña Elvira ganó la salida.

Preciso le fué á Deogracias resignarse, aunque podemos decir en confianza á nuestros lectores que tenia otros proyectos. Redújose á encajar cuidadosamente la puerta de la ermita, y dando su brazo á doña Elvira, que le aceptó de muy buena gana, se dirigió á través de las ruinas hácia el camino real.

Allá á lo lejos, entre el crepúsculo, vió la comitiva enviada por Gil Pando.

—Si hemos de alcanzarlos para no perderlos de vista, andemos deprisa, señora, dijo Deogracias.

—Andemos pues deprisa.

—Y si os parece, aprovecharemos el tiempo hablando de cosas que nos interesan á entrambos.

—¿Y de qué hemos de hablar?

—¿Os parece que nada tenemos que hablar nosotros, despues de lo que sucedió anoche?

—¿Y qué sucedió anoche que de referir sea?

—¡Cómo! Pues qué, ¿no sucedió nada?

—Me ví obligada á salir de mi casa.

—No, no me refiero á salidas, sino á entradas. ¿Qué teníais vos que tratar con el mancebo que habia entrado en vuestra casa antes de que yo fuera á pelar con vos la pava, y que salió despues que yo estaba por vuestra causa atado y amordazado por la justicia?

—¿Y qué os importa á vos eso? ¿Creeis acaso que tenia algo que ver con aquel hombre?

—¿Pero qué hacia allí?

—Habia ido á buscar á mi padre.

—Pero si vuestro padre no estaba en la casa

—Por lo mismo que no estaba ni se sabia su paradero, aquel page le esperaba. Ademas, que si entre aquel page y yo creeis que habia algo reprensible

(en cuyo pensamiento me ofendeis), debeis pensar que el tal no me dejaria hablar con nadie; porque habeis de saber que el tal page es una alta y poderosa persona.

—Ya sé que el señor Pedro de Espinosa es una persona principal, como que le he visto en el alcázar hablar mano á mano con la querida del rey, que le conocia y casi casi le hablaba con amor.

—Ya lo creo: como que el tal señor Pedro de Espinosa es muy pariente del rey.

—A pesar de lo cual, yo no quisiera que fuese por ningun concepto pariente mio.

—Desengañaos, el señor Pedro de Espinosa no iba á mi casa para nada bueno.

—Pues bien, eso es cabalmente lo que yo me temo: que no fuese para nada bueno.

—Pues ya veis que si el tal page fuera mi amante, no podia haber para mí cosa mejor que sus visitas.

—Yo no digo eso, se apresuró á decir Deogracias; pero quisiera saber...

—¿A qué iba, no es verdad?

—Ciertamente, sí señora; ¿á qué iba?

—Pues bien; iba á prender á mi padre de órden del rey.

—¿De órden del rey?

—Sí por cierto: mi padre por ciertos agravios

aborrece ó aborrecia al rey: por una casualidad, trayéndome á buscar un asilo en la ermita de la penitente, sus gentes han visto á mi padre, y hé ahi por qué temo le lleven preso.

—Lo mismo me temo yo, dijo Deogracias: vuestro padre ha andado sin duda en malos pasos, y el rey, que es justiciero... pero no importa... ya veremos... por lo pronto nada hay que haga temer... asi pudiera yo esperar...

—Pues qué ¿estais desesperado?

—No se me aparta de la memoria que el tal page estaba dentro de vuestra casa.

—Vuestros celos me ofenden, y vuestra desconfianza...

—¿Me habeis dado alguna prueba de amor para que yo pueda confiar?

—Os la daré siendo vuestra mujer.

Esta promesa estremeció de placer á Deogracias, que estrechó con fuerza el brazo de doña Elvira.

—Ved lo que haceis, señor mio, dijo la jóven; porque si os escedeis, os juro que no seré vuestra mujer. Y avivemos el paso, porque esas gentes van mas deprisa que lo que creiamos.

Deogracias apresuró la marcha.

—¿Pero nada me direis para tranquilizarme, señora? esclamó Deogracias.

—Justo es, amigo mio, que pageis la pena por

vuestra desconfianza: ademas de que tiempo sobrado tendremos. Por ahora perdonadme si no os contesto, porque como vamos harto deprisa, el hablar me fatiga.

Vióse pues Deogracias reducido al silencio, bien á pesar suyo; lo que le arrancaba de tiempo en tiempo unos suspiros, el menor de los cuales hubiera bastado para mover un molino de viento.

Asi, pues, callando y siguiendo á las gentes que llevaban presos á doña Estrella de Molina y al señor Juan de Ayala, entraron en Sevilla, y siguieron á aquellas gentes hasta un lóbrego edificio, en cuya puerta habia soldados de la ciudad de guarda, y en el cual entraron la litera y los que la acompañaban.

—¿Qué casa es esa que que tiene soldados á la puerta, dijo con terror doña Elvira?

—Esa casa es la cárcel, contestó Deogracias.

—¡La cárcel! ¡mi padre en la cárcel! esclamó la jóven.

—No paseis pena por ello: yo tengo para mí que no acontecerá nada á vuestro padre; pero para eso es necesario que yo quede libre.

—¡Libre! ¿Y qué he de hacer entretanto yo? La justicia ha entrado en mi casa.

—Vendreis á la mia, señora...

—¡A la vuestra!

—¿Y qué importa? ¿No estais decidida á ser mi mujer?

—Sí, pero...

—En mi casa ademas hay una honrada mujer, que os guardará: la señora Genoveva, viuda de maese Longinos.

—¿Y dónde está vuestra casa?

—En la sacristía de San Juan de la Palma.

—¡Ah! ¡sois sacristan! esclamó con repugnancia doña Elvira.

—Solo lo soy desde ayer, y os juro, señora, que no lo seré mañana. Pero vamos, si es que os interesais por la suerte de vuestro padre ..

Doña Elvira se doblegó á la situacion y siguió á Deogracias. Cuando llegaron á las habitaciones de la sacristía, encontraron á la señora Genoveva llorando y enteramente vestida de una saya blanca, que era el luto rigoroso de aquellos tiempos.

—Encomendada os dejo esta dama, que es casi casi mi esposa, señora Genoveva, dijo Geogracias con todos los fueros de un amo.

La señora Genoveva, que de repente se habia visto trasformada de ama en criada, siguió llorando con mas fuerza.

—Y os anuncio continuó Deogracias que guardaba rencor á la señora Genoveva, que si no la tratais con todo el respeto que merece, os planto en medio

de la calle, ni mas ni menos que como vos habeis querido hacerlo tantas veces.

Creció el llanto de la desgraciada viuda.

—Y dejémonos de lloraminos, dijo Deogracias, que nadie os azota ni os quiere mal: cuidad solo de esta dama, que os importa; y vos, doña Elvira, tened entendido que esta es mi casa, y por lo tanto, vos sois en ella la señora. Con que adios, que urge la diligencia y estoy impaciente por saber lo que hay acerca de vuestro padre.

Y sin mas, Deogracias salió, y con gentil talante se encaminó al alcázar y preguntó por el señor Pedro de Espinosa.

—Por fortuna suya, el rey salia en aquel momento rebozado por la poterna, y oyó la demanda de Deogracias. De otro modo nadie le hubiese dado razon del tal paje.

—¡Eh, mancebo! dijo el rey con voz imperiosa, ¡venid acá!

—¡Ah! ¿sois vos?... pues mirad, os buscaba.

—¡Que me buscábais! dijo el rey adelantando con Deogracias por la plaza de Armas.

—Suceden muchas cosas, dijo Deogracias.

—¿Y qué cosas son esas que suceden, señor sacristan?

—Sucede que el rey ha preso á doña Estrella de Molina y al señor Juan de Ayala: sucede ademas, que

doña Elvira de Ayala está en mi casa.

—¿Con que el rey ha preso á doña Estrella y al señor Juan de Ayala?

—Sí, señor.

—¿Y conteneis en vuestra casa á una noble y hermosa dama?

—Sí, señor.

—Habeis hecho bien en decirme lo primero: en cuanto á lo segundo, creo que estais obligado á casaros con doña Elvira.

—Una palabra no mas, señor Pedro de Espinosa, dijo Deogracias: ¿qué haciais vos anoche en la casa de esa dama?

—¿Teneis celos?

—Pudiera ser...

—Pues no puedo, señor mio: yo estaba en aquella casa por otros asuntos.

—¡Ah!

—Sí, señor, por otros asuntos. ¿Acaso ignorais que el señor Juan de Ayala es un mal vasallo?

—¡Ah! ¿y vos ibais?...

—Pues; yo estaba emboscado en su misma casa, porque para que lo entendais bien, señor Deogracias, yo sirvo al rey con todas mis fuerzas, con toda mi alma.

—Y sin embargo, apaleais á su justicia.

—Cuando la justicia es impertinente...

—¡Ah! cuando es impertinente.

—Por lo tanto cuidad de no serlo vos, no sea que me entre en gana de apalearos como apaleé anoche al corregidor y á su ronda. ¿Dónde están presos el señor Juan de Ayala y doña Estrella, en las Atarazanas ó en el castillo?

—Estan en la cárcel,

—¡Oh! ¡oh! pues vamos á la cárcel.

—Vamos.

Cuando llegaron, el rey mandó llamar al alcaide y se encerró con él. Al verse el alcaide delante de la grandeza de don Pedro, se echó á temblar.

—¿Quién ha enviado á la cárcel preso á mi ballestero mayor, el señor Pero Lope de Padilla? le preguntó el rey.

—El corregidor, señor

—Y decidme ¿ha venido el corregidor?

—Sí, señor, está en la cámara del tormento, acompañado del escribano Alvar Yañez.

—¡Ah! ¿por aquí anda ese cuervo? famoso bribon. ¿Y qué hace el señor Gil Pando?

—Toma declaraciones á ciertas personas que han sido presas de anoche acá, y por el tenor de las declaraciones sigue mandándo prender de tal modo, que temo no prenda á medio Sevilla.

—Pues dadle todo el auxilio que necesite, señor alcaide: vos sois noble y caballero, y una autoridad

de mi córte; cuente con que lo que manda el corregidor lo mando yo, y que una simple equivocacion ó descuido os pudiera costar la cabeza.

—Yo, señor...

—Basta. ¿No habrá un medio para que yo pueda ver y oir sin ser visto, lo que sucede en la cámara del tormento?

—Cabalmente, señor, hay en la cárcel una escalera que conduce á los calabozos secretos, y tiene respiraderos á la cámara del tormento, cerca, muy cerca del sitio donde ha puesto su tribunal el señor corregidor.

—Pues llevadme á uno de esos respiraderos.

Algunos minutos despues, el rey, sentado en un peldaño de una tenebrosa escalera de caracol, veia á través de una especie de saetera lo que pasaba á poca distancia de él en la cámara del tormento, y oia perfectamente lo que en ella se hablaba.

—¡Ah, rústico malicioso! esclamó el rey al ver la manera como iba desenredando la maraña Gil Pando: nunca hubiera yo creido que te valieras de tales tretas: si sigues así, acabarás por saber todo lo que sucede y ha sucedido en mis reinos desde cincuenta años atrás: ¡y ese bribon de Alvar Yañez suda la gota tan gorda y el miedo rebosa de él por todas partes! ¡Ah! señor Gil Pando, mucho averiguais; acabareis por saber quién mató á Alvaro Gomez de Santaella; pero

¡ay de vos si no os atreveis á hacer justicia en el homicida!

Inútil es que sigamos las observaciones del rey; baste decir que lo vió todo, que lo oyó todo, y que él fué el verdadero juez de los crímenes que allí se denunciaron.

Cuando Gilote salió, el rey salió en pos de él.

Iba don Pedro taciturno y preocupado.

—¡Incompresibles misterios! dijo: no debiamos jamás prentender saber la verdad: ¿con que ese judío Adonias y ese monago Deogracias son hermanos míos? Hijos como yo, el uno de mi buen padre el rey don Alonso el Onceno, que gloria haya, y el otro de mi buena madre doña María de Aragon. ¡Dios de Dios! ¡Hé aquí un merecidísimo castigo de mis locuras! Afortunadamente he descubierto á tiempo que Salomith es hija de doña Estrella: dejemos, pues, en paz á esa pobre dama, y no llevemos nuestro pecado hasta el incesto. El amante de la hija no debe ser el amante de la madre.

—Muy pensativo vais, señor Pedro de Espinosa, dijo Deogracias que le acompañaba: ¿tanto os hace pensar lo que habeis visto en la cárcel?

—Señor mio, dijo el rey, á vos no os importa lo que haya visto ó dejado de ver; ¿entendeis?

—Sí, señor.

—Lo que os importa es pensar en vos mismo.

—Y demasiado que pienso, señor.

—¿Estais verdaderamente enamorado de doña Elvira de Ayala?

—¡Ah, señor Pedro, estóilo con toda el alma!

—Pues bien, contadla por vuestra: pero os anuncio que dejareis de ser desde mañana sacristan.

—¡Ah, señor!

—Y entrareis en la servidumbre del rey.

—¿En qué estado? esclamó cuidadosamente Deogracias.

—¿Os teneis por valiente?

—Os diré: hasta ahora no he teido motivo para pensar en ello; pero el amor de doña Elvira...

—El amor hace verdaderamente milagros; pues bien, si os encontrais con valor, el rey que sabe quiénes fueron vuestros padres, os nombrará su alconero mayor.

—¡Ah, Dios mio! qué ¿se sabe quiénes fueron mis padres? La señora Genoveva no lo sabe ni ha podido averiguarlo! ¿Y lo sabeis vos, señor Pedro!

—Sí que lo sé: vuestra madre era hija de rey, y vuestro padre infanzon.

—¡Dios mio, hijo de un infanzon y de una princesa, y haber sido monago!

—¡Hé aquí los resultados de los amores criminales!

—¿Con que mi padre?...

—A vuestro padre le costó la cabeza el serlo, y á vuestra madre ser abandonada por su esposo. Y no me pregunteis mas, porque no os oiré mas.

—¿Y no podré esperar que alguna vez?...

—¡Jamás! y para que no insistais, sabed que el rey es pariente de vuestra madre, y que por lo tanto no dará parte de su deshonra ni á su hijo.

—Bien, muy bien, señor Pedro; ¿pero con qué nombre y con qué bienes estaré en la córte?

—El rey os procurará padres postizos, que todo el mundo creerá verdaderos, y estados para que mantegais vuestro nombre.

—¡De modo que yo soy tan noble como doña Elvira de Ayala.

—Sois mas noble que ella.

—¿Y lo sabrá eso su padre?

—Lo sabrá.

Deogracias abandonado á su alegría, dió tres zapatetas en el aire.

—Tened juicio y vamos á lo que importa: ya que decís que sois valiente, y teniendo como teneis un seguro del rey para que nadie pueda prenderos, quiero que me guardeis las espaldas.

—¿Dónde señor?

—En una aventura que pienso acometer, y la cual ya estaria cumplida, si no me hubiese detenido tanto tiempo en la cárcel. Vamos.

Y el rey á buen paso se encaminó á la parroquia de San Isidoro, llegó á la casa de Juan de Arévalo, y dejando á Deogracias en la misma esquina frente á la cual mató á Alvaro Gomez de Santaella, y despues de haber mandado á Deogracias que le avisase con un silbido si sobrevenia algun suceso, se entró en la casa del corregidor, despues de haber abierto con una llave un postigo.

—¿Por qué he de renunciar yo, se decia, la hermosa doña Constanza, por mas que mi hermano Adonias y ella se amen: afortunadamente esos amores han sido honestísimos, y si doña Constanza cae entre mis brazos, como caerá, con que no se casen ni vuelvan á verse, hemos concluido. Adelante, adelante, pues: la casa está silenciosa: la servidumbre duerme muy lejos de doña Constanza, su madre está encerrada y presa... segun me han informado, al fin de esta escalera hay un corredor, en este corredor la primera puerta á la derecha es la de la habitacion de doña Constanza. Adelante, pues.

Como se vé, el rey don Pedro era siempre el mancebo libertino que corria trás sus placeres sin respetar la virtud, la debilidad, ni la justicia.

Un momento despues, don Pedro empujaba una puerta, y entraba en una antecámara: apenas habia dado algunos pasos en ella, cuando oyó la voz de un hombre en la cámara.

—¡Diablo! dijo el rey: ¿y esta es la doncella virtuosa? No hay como fiarse de apariencias, para encontrarse cuando menos se piensa uno engañado. La cándida paloma aprovecha la libertad en que la dejan la prision de Juan de Arévalo y de su madre. Y no puede ser Adonias el que habla con ella; no: Adonias está preso: veámos pues, quién es.

El rey procuró, cuanto le fué posible, que no se oyesen sus canillas, se acercó recatando sus pasos, llegó junto al quicio de la puerta y miró por sus rendijas.

Maravillóse al ver lo que pasaba allí dentro: doña Constanza vestida con un desaliño que demostraba que habia dejado apresuradamente el lecho, pugnaba en vano por levantar á un hombre que estaba arrojado á sus piés.

Aquel hombre era Gil Pando, el tremendo corregidor, que desvanecida la cabeza por lo que habia descubierto aquella noche, rabiando de celos por los amores de doña Constanza y Adonias, y aprovechando la ocasion de haber ido á tomar declaracion á doña Elvira de Herrera, habia sucumbido á la tentacion de ver á doña Constanza.

La jóven habia sido avisada de que el corregidor pedia verla á solass, se habia vestido de prisa y corriendo, y habia despedido á su servidumbre. Por su parte Gilote, al saber que doña Constanza estaba dis-

puesta para recibirle, dejó á Alvar Yañez y á sus lebreles en las galerías del patio, y se encaminó acompañado de una dueña, á la habitacion de doña Constanza. Apenas entró en ella, la dueña salió por otra puerta opuesta á aquella donde escuchaba el rey.

Ante la hermosura de doña Constanza, mas resplandeciente aun por la negligencia de su traje y de su peinado, Gilote tembló, balbuceó algunas palabras y cayó á los piés de doña Constanza.

La jóven se asustó de aquella turbacion, de aquella accion imprevista, y pretendió alzar á Gilote.

—No, no me levantaré, señora, hasta que pronuncieis mi sentencia, dijo el corregidor.

—Vuestra sentencia! esclamó asombrada doña Constanza: ¿pues qué puedo yo sentenciaros?

—Sí, sí, señora; porque yo...

—Acabad.

—Porque yo moriré si no sois mi esposa.

—Eso, eso es imposible, caballero: dijo con dulzura doña Constanza.

—¡Imposible! ya lo sé, dijo Gilote: ya sé que amais á otro hombre.

—Es verdad, dijo bajando la frente ruborosa doña Constanza.

—Pero ese hombre... ese hombre acaso cuando sepa quién es... cuando el rey le reconozca...

—¿Pues quién es Juan?

—Juan es hijo de...

No pudo concluir Gilote: el rey tembló de que el honor de su padre se viese arrojado al mundo por la imprudencia del corregidor, y entró y le asió vigorosamente por el cuello.

Todo fué obra de un momento, y doña Constanza apenas tuvo tiempo para exhalar un grito de terror.

—¡Miserable charlatan! dijo el rey: ¿con que así te atreves á usar en tu provecho de secretos que te deja conocer la administracion de justicia?

Aunque el rey tenia puños de hierro, Gilote era forzudo, y logró desasirse y volverse frente á frente.

—¡Ah! grió enarbolando su vara. ¡El señor Pedro de Espinosa!

No sabemos lo que hubiera acontecido, porque el golpe era inevitable, la vara fuerte, y Gilote se habia olvidado con su turbacion del verdadero nombre de Pedro de Espinosa, si doña Constanza, que conocia á don Pedro por razon del oficio de su padrastro, que la habia llevado muchas veces al alcázar, no hubiera esclamado:

—¡El rey!

—¡El rey! esclamó recordando á su vez Gilote.

—Sí, ¡vive Dios! el rey que está en todas partes y lo vé todo: el rey que llega á tiempo de evitar que

cometais una infamia, señor corregidor justiciero. Os juro que como no os justifiqueis de este atentado, os he de ahorcar.

—Veremos quién á quién, esclamó Gilote.

—En buen hora, veremos quién á quién.

Doña Constanza creyó que el rey y el corregidor estaban locos: el uno porque sufria que le amenazase un vasallo: el otro porque se atrevia á amenazar al rey.

—Idos al momento de aquí, le dijo don Pedro, y cuenta con que reveleis á alma viviente lo que habeis averiguado esta noche.

—Sí, sí, me voy, y callaré; pero dése por emplazado vuestra señoría por la justicia.

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

—¿Dónde?

—En la casa de la ciudad.

—No faltaré.

—Guárdeos Dios, señor.

Y sin despedirse de doña Constanza, el corregidor salió.

—¿Qué significa esto, señor? dijo la jóven.

—Esto significa, hermosa doña Constanza, dijo el rey, que no se atrevió á presentarse con peores pretensiones que las de Gilote, despues de haberle apostrofado, y como quien dice, castigado: esto significa

que el rey que os conoce y os aprecia, que el rey que lo sabe todo, y que puede entrar en todas partes, vela por vos.

—¡Ah, señor! yo habia pensado arrojarme á los piés de vuestro trono para pediros gracia por mis padres, y ya que mi ventura ha traido hasta aquí á vuestra señoría...

Y la jóven se arrojó á los piés del rey, y le besó las manos.

—Alzad, señora, alzad: soltad mis manos, y no las beseis: podia el rey tener tentaciones de devolveros vuestros besos: estamos solos, vos sois hermosa, yo enamorado y mancebo: dejad que el rey sea rey, y no descienda al jóven impetuoso y audaz.

—¡Ah, señor!

—Nada temais, y pedid lo que pedirme queriais, que si es justo, os lo concederé.

—Mis padres están presos.

—Y vuestro padre, vuestro verdadero padre os pide justicia desde el cielo.

—¡Justicia!

—¡Sí! ¡justicia! Juan de Arévalo, es el matador de Iñigo de Arias, y doña Elvira de Herrera su cómplice.

—Mi padre fué... asesinado...

—Por Juan de Arévalo, por los amores de su cóm-

plice doña Elvira de Herrera, vuestra madre.

—Doña Constanza lanzó un grito ahogado, y cayó en tierra sin sentido.

Don Pedro se inclinó sobre ella, y pasó por su pensamiento una ardiente tentacion; pero tuvo fuerzas bastantes para reprimirla. Sin embargo: la levantó entre sus brazos, la estrechó en ellos, la cubrió de besos y la puso en un sillon.

—¡Qué hermosa, qué hermosa es! esclamó: hé aquí el primer sacrificio que hago respecto á una mujer que me enamora tanto como esta; pero despues de lo que aquí ha sucedido, mi dignidad me lo aconseja. ¿Quién habia de creer que ese miserable patan habia de atravesárseme en la mas hermosa de mis aventuras? Pero yo os juro, don rústico, que me la habeis de pagar. Doña Inés de Alvarado es hermosa tambien, sí, muy hermosa... y ejerzo sobre ella una fascinacion irresistible: vamos, pues, á casa de doña Inés de Alvarado.

Y abandonando con pena á doña Constanza, salió de su habitacion, atravesó el corredor, bajó las escaleras, y abrió el postigo. Deogracias esperaba junto á su quicio temblando de frio.

—¿Habeis concluido ya, señor Pedro? dijo Deogracias.

—Ya he concluido, señor alconero mayor del rey.

—No me hagais consentir, señor.

—Dadlo por hecho, pero servidme bien.

—¿Y no os sirvo? ¿no os estoy sirviendo mejor sin duda que os ha servido ninguno de vuestros criados?

—Vamos, ¿qué habeis visto desde que me estais esperando?

—He visto salir mucha gente por la puerta principal.

—¿Y qué clase de gente era.

—Por lo que he podido oir, era gente armada; pero nada he podido ver á causa de la oscuridad, y ademas esa gente ha marchado por el lado opuesto.

—Pues bien, dejémosles ir en paz. Entretanto vamos nosotros á la calle de Bustos Tabera.

—Sabeis, señor Pedro, que teneis unas horas de hacer visitas...

—Cada cual tiene sus costumbres, y las mias son tan buenas como las de cualquiera otro. Pero apresuremos el paso, que ya es tarde.

—Mejor seria decir temprano: ya es por la mañana.

—Por lo mismo andad de prisa, señor alconero mayor.

Poco despues llegaban á una casa de modesta apariencia, segun podia juzgarse entre la media som-

bra de la noche.

—Llamad á esa puerta, dijo el rey á Deogracias.

—¿Y qué responderé cuando me pregunten?

—Direis: abrid al rey.

—¿Y dónde está el rey? señor Pedro.

—¡Imbécil! ¿no sabeis que al nombre del rey se abren todas las puertas en Castilla?

Deogracias llamó. Pasó un corto espacio, se abrió un mirador, y una voz de dama, dulce y argentina dijo:

—¿Qué quereis?

—Abrid al rey, dijo Deogracias con autoridad.

—Que me haga la merced de esperar un momento su señoría, dijo la dama con voz temblorosa.

Transcurió un espacio como de cinco minutos, despues del cual se oyeron en la escalera unas de esas pisadas fuertes de las buenas mozas, y al fin se abrió la puerta.

Deogracias abrió tanto ojo al ver la persona que la habia abierto: tan hermosa era: doña Inés de Alvarado, en fin, que tenia en la mano una lámpara de hierro.

—Esperad aquí, caballero, dijo el rey.

—Esperaré, señor, contestó Deogracias.

El rey entró y la puerta se cerró. Deogracias se quedó temblando de frio pegado al quicio de la puerta, y murmurando:

—¡Qué suerte tiene ese maldito paje! ¡Vaya una morena hermosa!

Entretanto el rey entraba en una modesta cámara con doña Inés.

—¿Recibísteis mis letras, señora? la dijo.

—Sí, sí, señor; las he recibido, dijo doña Inés permaneciendo de pié por respeto, á pesar de que don Pedro se habia sentado.

—Sentaos, sentaos, amor mio, la dijo el rey; y si os agrada mas, sentaos sobre mis rodillas.

—¡Ah, señor! dijo doña Inés toda ruborosa.

—Supongo que me esperábais.

—Os he esperado, señor, temblando porque viniéseis, pero cuando ví que tardábais tanto, me dije: mi buena suerte habrá procurado al rey otro entretenimiento mejor.

—¿Sabeis que debia ofenderme de vuestras palabras, doña Inés?

—¡Ofenderos, señor! ¿y por qué?

—¿A qué temblar por mi venida? ¿A qué decir que podia evitarla un entretenimiento?

—Jóven sois, señor, y sin embargo todo el mundo sabe que sois galanteador: yo he oido decir que sois violento, antojadizo; que nada resiste á vuestra voluntad: por lo mismo, para evitar una violencia, he hecho lo que me decíais en vuestra carta, me he quedado sola en la casa, os he esperado... yo espe-

raba que viniéseis solo.

—Quien me acompaña nada sospechará: sabe sois la viuda de Alvaro Gomez de Santaella, sabe que yo me ocupo misteriosamente de la averiguacion de esa muerte, averiguacion que me ha entretenido hasta ahora, y no puede creer sino que por esa muerte vengo á veros.

—¿Y decís que habeis averiguado?...

—Os diré: desde el momento en que aconteció la muerte, conozco al matador; pero es mi mas leal vasallo, casi pariente mio; fué provocado, mató como bueno esponiendo su vida, espada contra espada, sin ventaja ni traicion: yo hubiera querido que no se hubiese encontrado al matador, pero la justicia ha dado con él; yo mismo he permitido que se hagan averiguaciones que pudiera haber evitado...

—¿Y decís que el matador está preso?

—No lo está; pero está emplazado por la justicia.

—¿Y acudirá al emplazamiento?

—Acudirá.

—¿Y se hará justicia.

—Se hará: pero entre los dos, doña Inés: para vos ha sido una fortuna la muerte de vuestro esposo. Os daba mala vida; no apreciaba el tesoro que poseia, andaba en galanteos, os despreciaba; vos no le amábais, le aborreciais: ¿no es verdad?

—Sí; ¡pero mis hijos? ¡mis pobres hijos sin padre!

—¿No me he encargado yo de su suerte?

—Pero lo que vos, señor, en vuestra magnanimidad habeis hecho, no disculpa al matador.

—Es que yo lo he hecho en nombre del matador.

—Pero en fin, señor, ¿quién mató á mi esposo? dijo doña Inés posando una profunda mirada en el rey.

—Decidme antes que le perdonais, y os digo su nombre.

—Si es verdad que Alvaro le provocó, que la riña fué leal, que murió en buena lid, le perdono en el fondo de mi alma, porque conozco que mi esposo estaba destinado á morir de mala muerte: pero no puedo perdonarle ante los hombres: aun está caliente el cadáver de Alvaro, yo soy su viuda... ¿Qué se diria de mí si perdonase á su matador?

—Ya os he dicho que se hará justicia y justicia cuyo testimonio durará siglos y siglos, cuanto puede durar una roca. Pero afirmadme que no aborrecereis al que os ha dejado viuda, al que no solo ha acudido á la suerte de vuestros hijos, al que siente por vos un amor ardiente, un deseo voraz, al que se arroja á vuestros piés y os pide vuestra alma entera, porque la necesita para ser feliz.

Y el rey se arrojó á las plantas de doña Inés.

—¡Cómo! ¡sois vos, señor! esclamó pálida de espanto la dama.

—Sí, yo soy el matador de Alvaro Gomez de Santaella.

—¿Y por qué me lo habeis dicho? esclamó doña Inés en un momento de olvido y de delirio: ¿no habeis conocido que os amo, y que os amo con toda mi alma?

Y la infeliz, cedia á la fascinacion que ejercia el rey sobre la mayor parte de las mujeres, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

—Eres la perla de mis reinos, Inés, dijo el rey estrechándola contra su corazon; si yo te hubiera conocido antes, y para que fueses mia hubiera sido necesario que fueras viuda, hubiera matado á Alvaro Gomez de Santaella solo por poseerte.

—Es que yo jamás me deshonraré, dijo doña Inés, rechazando dulcemente al rey: lloraré mi amor desventurado, y ya que tan generosamente os habeis hecho cargo de la suerte de mis hijos, me retiraré á un convento.

—¡A un convento! ¡y habré yo de perderte! ¿no has dicho tú misma que mi voluntad es omnipotente?

—Media entre nosotros un cadáver: ese cadáver nos separa.

—Si Alvaro Gomez no hubiera muerto á mis manos, hubiera muerto á manos de mis maceros, dijo el rey: hubiera muerto como mueren los traidores, bajo la justicia del rey, y tus hijos hubieran tenido un nombre deshonrado.

—¡Pero mi honra! en mi familia yo seria la primera que arrojase una mancha sobre la virtud de mis abuelos.

—Te juro que el mundo no podrá decir de tí mas que honras.

—Y si por desdicha yo os diese hijos... ¿qué diria yo al mundo, qué diria á mis hijos?

—Yo te compraré un marido sordo, ciego y mudo.

—¡Oh! ¡qué vergüenza! ¡No, jamás!

—Pues bien: te juro que serás mia.

—¡Señor! esclamó con espanto doña Inés.

—Me amas demasiado para resistirme, y cuento ademas con mi poder.

—¡Oh! ¡tened compasion de mí!

—Porque la tengo no quiero que seas desgraciada.

—¿Estoy segura de serlo! dijo solemnemente doña Inés: podreis procurarme algunos dias de felicidad suprema, pero despues me abandonareis como ha-

beis abandonado á tantas otras.

—Yo te juro...

—¡Juramento del deseo! ¡juramento que se olvida cuando el deseo se ha satisfecho!

—Si te abandono, si te olvido, Inés, que me desgarre el pecho el puñal de mi hermano bastardo, y que arranque de mi cabeza mi corona.

—¡Dios os oye, don Pedro! y fiada de su testimonio soy vuestra, vuestra y os confieso que os adoro.

Doña Inés fué á arrojarse en los brazos de don Pedro, pero se contuvo:

—En estos momentos os suplico, señor, que me dejeis abandonada á mí misma: apelo á vuestra generosidad, á vuestra hidalguía; sed generoso; id, id y decid al matador de Alvaro Gomez que le perdono, es mas, que le amo.

El rey comprendió que debia ceder y cedió; besó las manos de doña Inés, y alumbrado por ella salió de la casa.

Doña Inés subió á sus habitaciones, se arrojó delante de su reclinatorio y esclamó llorando:

—¡Oh, perdon! ¡perdon, Dios mio! ¡pero es imposible resistirle!

Entretanto don Pedro se encaminaba á la Torre del Oro: cuando llegó á ella despidió á Deogracias, que corrió á su sacristía en alas de su ardiente deseo

de verse bajo el mismo techo que doña Elvira de Ayala.

Entretanto, el rey entraba en la magnífica cámara que ocupaba en la torre su manceba Thamar.

CAPITULO XVI.

Justicia contra justicia.

Al dia siguiente muchos grupos de curiosos estaban parados delante de la casa de la ciudad.

La única cosa que justificaba la existencia de estos grupos era el haberse reforzado la guardia de milicias de la ciudad, cosa que hacia temer que el ayuntamiento pensase en decretar algun arbitrio oneroso y se resguardaba de antemano, temiendo la cólera del pueblo.

Porque es de advertir que aquellos tiempos en que muchos creen que se trataba al pueblo á latigazos, ni mas ni menos que como si fuera una jauría, solia el pueblo amotinarse por quítame allá esas pajas,

y arrastrar ó descuartizar á un corregidor, concejal ó miembro menudo del ayuntamiento cuando no podia haber otra presa á las manos. Cierto es que algunas veces el rey metia sus lanzas en estos motines, que las tales lanzas reales mataban algunos pelones y prendian á otros, y que la sala de señores alcaldes de casa y córte solia ahorcar á estos presos. Pero tambien es cierto que la mayor parte de las veces quedaba triunfante la insurreccion. Esto consistia en que en la edad media todos los poderes, en los cuales entra el estado llano, estaban ávidos de independencia, y sostenian de una manera ruda sus derechos.

Pero el recelo del popular se engañaba entonces: todo consistia no en que se tratase de vejar al pueblo con un impuesto municipal, carga ó gravámen opuesto á los libres usos y fueros del reino, sino en que Gilote que, como recordarán nuestros lectores, habia emplazado al rey por ante la justicia, se precavia á todo evento por lo que pudiese acontecer.

Habíase visto ademas por la mañana entrar ciertos maderos y oficiales de carpintería, y el buen pueblo se preguntaba para qué podia ser aquello, incluso un largo busto como de hombre que habia entrado tambien en hombros de dos jayanes.

Gilote entretanto, en una recámara de la casa de la ciudad, estaba sentado á una mesa, y frente á él Alvar Yañez revolvia un pesado mamotreto.

—¿Con que es decir, señor secretario, decia Gilote, que el rey está acusado y convicto de los crímenes siguientes: de ocultacion de nombre con malicia y para fines criminales; de robo de una doncella judía, llamada Salomith; de estupro adúltero, puesto que es casado, contra esta misma doncella; de seduccion y engaño, puesto que se fingia libre y soltero; de los mismos delitos de estupro, de seduccion y de ocultacion de nombre contra doña María de Hinestrosa; de desacato y violencia contra la justicia; de tender asechanzas á la justicia; y principalmente de homicidio contra el señor Alvaro Gomez de Santaella, alcalde de casa y córte de estos reinos de Castilla?

—Así resulta del proceso, contestó Alvar Yañez.

—¿Y decís vos que por cada uno de estos delitos merece....

—Por el de ocultacion de nombre, prision y multa; por el de seduccion y estupro, dotar y casar convenientemente á esas dos damas, ya que no pueda casarse con ellas por ser casado; por el de adulterio, prision larga y aflictiva á merced de la esposa injuriada; por desacato y resistencia á la justicia, mutilacion de la mano derecha, muerte de horca y perdimiento de bienes, por homicidio, muerte de horca y resarcimiento de daños y perjuicios á la familia del muerto.

—Pues escribid circunstanciadamente la sentencia señor escribano.

Alvar Yañez la estendió y la leyó á Gilote; lectura de que dispensamos á nuestros lectores en atencion al fárrago de la fórmula. La tal sentencia llenaba las dos caras de un largo pergamino.

—Pero os advierto que vos no teneis autoridad para mandar ejecutar esta sentencia, dijo Alvar Yañez. En primer lugar, el sentenciado no es un hombre, sino un rey.

¿Y qué, un rey no es hombre? dijo con escándalo Gilote.

—Los reyes de Castilla son señores de la vida y de la hacienda de sus vasallos.

—Pues dígoos, señor secretario, que esta sentencia se cumplirá, y no se entrometa en lo que nadie le pregunta, y déme la pluma para que yo haga mi cruz al pié de ella, y testifique como yo Gil Pando, corregidor de la muy noble y leal ciudad de Sevilla por el rey, he hecho con mi mano esta cruz.

Hízose como lo mandó Gilote, despues de lo cual y apenas hecho, abrió un portero la puerta, y dijo con voz reposada y grave:

—Su señoría el rey.

—Dejad, dejad ahí el proceso y la sentencia, señor secretario, dijo Gilote á Alvar Yañez, y venid conmigo.

Siguió el escribano á Gilote, que le llevó á una habitacion inmediata, desde donde nada pudiese oir, y le encerró en ella.

Luego tornó, se sentó en el sillon detrás de la mesa, y dijo al porterò que aun esperaba:

—Que entre el rey.

Poco despues don Pedro con un traje de simple caballero entró.

Gilote no se levantó. El rey que venia cejijunto y letal, lanzó sobre Gilote una mirada terrible como un rayo.

—¿Ignoras quién soy yo, le dijo, que así permaneces sentado y cubierto?

—Bien pudiera ignorarlo, dijo Gilote sin alterarse, á no ser por cierto proceso que me ha dicho quién es el paje Pedro de Espinosa.

—¿Sabes quién soy?

—El rey.

—¿Y ante el rey permanece sentado y cubierto el vasallo?

—No es el vasallo el que está sentado y cubierto, sino la justicia; la justicia ante quien debe inclinarse y descubrirse el rey.

El rey se descubrió, rindiéndose á sí mismo homenaje al rendirlo á la justicia: colocada la cuestion en aquel terreno, esperó en silencio á que Gilote le interrogase.

Gilote le miró por algun espacio frente á frente.

—El señor rey de Castilla y de Leon, dijo al fin; don Pedro I el Justiciero, me encargó al hacerme corregidor contra mi voluntad, de que descubriese el matador de un alcalde de casa y córte llamado Alvaro Gomez de Santaella, so pena de que si no descubria antes de trascurrido cierto tiempo desde el punto en que se hizo la muerte, al homicida, me mandaria ahorcar sin compasion. Yo en cumplimiento de las órdenes del rey mi señor, he averiguado y formado proceso, de cuyo proceso resulta que el señor rey de Castilla y de Leon don Pedro I el Justiciero está acusado, y ha sido convicto de los crímenes siguientes: de rapto á una doncella judía llamada Salomith; de atentado contra su honra; de seduccion y de engaño en su perjuicio; de adulterio, puesto que siendo casado, se amancebó con la tal judía; de seduccion y engaño contra doña María de Hinestrosa; de complicidad en la muerte de García de Coca, escudero de la doña María, muerte causada por el señor Juan Fernandez de Hinestrosa; de desacato y violencia contra la justicia en la persona del corregidor de la muy noble y leal ciudad de Sevilla, Gil Pando; de tender asechanzas á la justicia, y principalmente de la muerte de Alvaro Gomez de Santaella.

—¡La prueba! dijo con voz reconcentrada el rey.

—Aquí la teneis, señor, dijo Gilote mostrando al rey el proceso.

Don Pedro le examinó *foja por foja*.

Revisó el rey aquel proceso como un juez, impasible, meditabundo, severo, en lo que invirtió gran espacio.

Al fin levantó la vista de sobre los autos, y dijo á Gilote:

—Aquí resultan muchos crímenes.

– Sí, por cierto, señor, contestó Gilote.

—¿Y habeis sentenciado?

—Unicamente en cuanto al rey.

—¡La sentencia! dijo con acento lúgubre don Pedro.

—Héla aquí, señor, contestó Gilote dando al rey el pergamino.

—¿Has sentenciado al rey á que dote y case á Salomith y á doña María de Hinestrosa, á que se le corte la mano derecha y se le confisquen sus bienes, y dos veces á ser ahorcado?

—Eso he sentenciado, señor.

—¿Y crees tener fuerzas bastantes para cumplir esa sentencia?

—La sentencia, en lo principal, está cumplida: el matador de Alvaro Gomez de Santaella está ya ahorcado.

—¡Ahorcado! esclamó el rey: ¿estás loco, corregidor?

—El matador de Alvaro Gomez de Santaella está ahorcado de la única manera que puede ahorcársele.

—¿Y cómo? quisiera verlo.

—Venid, señor.

Y Gilote se levantó y abrió de par en par la puerta de la sala del capítulo.

En medio de ella habia una horca, y pendiente de la horca un muñeco de tamaño de un hombre: en el semblante de aquella especie de maniquí, se habia remedado, aunque grotescamente, el semblante del rey, y sobre su cabeza se veia el birrete de brocado que el rey llevaba puesto la noche de la muerte de Alvaro Gomez de Santaella, y que habia perdido en la riña.

Gilote adelantó y señaló aquel patíbulo á don Pedro.

—¡Hé ahí la justicia de Dios y del rey! le dijo.

Don Pedro inclinó la cabeza, sintió rodar un vértigo en ella; parecióle que sentia la agonía de la muerte, que era efectivamente ahorcado; pero aquella situacion duró un momento.

—¿Quién ha sido el ejecutor de ese hombre? quiero decir ¿quién ha colgado ese muñeco de esa horca?

—Yo he sido el juez y el verdugo, señor.

—¿Quién ha actuado en ese proceso?

—El escribano Alvar Yañez y yo.

—¿Ha visto alguien ese proceso?

—Dios, vuestra señoría, Alvar Yañez y yo.

—¿Ha visto alguien esa ejecucion?

—Dios, vuestra señoría y yo.

—Has cumplido bien, Gil, y con un valor que yo no esperaba en tí, dijó el rey siempre con su terrible acento: no has temido mi cólera.

—Cuando me hicísteis corregidor, juré obrar con justicia, aunque me costase la vida.

—¡Bien, muy bien! Has sentenciado al hombre y has respetado al rey. Has obrado con justicia sin temor, y mereces un premio; yo te premiaré y al mismo tiempo me castigaré: la memoria de este hecho durará lo que puede durar una piedra, yo te lo aseguro.

—No os entiendo, señor.

—Una imágen mia de piedra con corona en la cabeza, manto real en los hombros y un dogal al cuello, será puesta en la misma esquina junto á la cual maté á Alvaro Gomez de Santaella. Le maté con razon, pero no importa. No quiero que se diga que el rey don Pedro ha dejado de ser justiciero, tratándose de sí mismo. En mí, el rey castiga al hombre; en cuanto á los demas estremos de la sentencia, los cumpliré, porque está ajustada á derecho, y bien se conoce en ella la esperiencia de ese viejo zorro de Alvar Yañez, salva la mutilacion de mi mano derecha que

me hace falta para empuñar la espada, y del perdimiento de mis bienes, que me hacen falta para pagar las guerras á que me obligan mis vasallos rebeldes.

—¡Ah, magnánimo rey! dijo Gilote: ¡lástima que vuestra señoría no sepa reprimir los hervores de su sangre moza!

—Gil, yo soy dos en uno: el hombre y el rey: el mal que hago como hombre, le reparo como rey.

—Hay pérdidas irreparables, señor: la honra de una doncella...

—Se pagan con un marido y un buen dote, y quedan muy contentas, Gil: yo tengo en esto mas esperiencia que tú: y si no ya verás si se quejan Salomith y doña María.

—Señor, pero ¿y el escándalo?...

—Escucha, Gil, aun no ha llegado la Cuaresma, y fuera de ella me hacen muy mal efecto los sermones.

—Perdonad, señor; pero...

—Tú has cumplido ya, y desde este momento dejas de ser corregidor. No eres letrado, y este oficio es demasiado pesado para tí: en tu lugar le servirá el señor Pero Angulo de Vadillo, hombre docto y grave. Satisfácete, pues, con haber salido del oficio sin ser ahorcado, pero no pienses que escaparás sin castigo.

—¡Castigo yo! ¿y por qué? ¿acaso porque me he atrevido á hacer justicia en el rey?

—No, por eso no; te premiaré por ello: ¿pero no te recuerda la conciencia un mal hecho?

—¡Yo!... señor...

—¿Qué fuiste á hacer anoche en los aposentos de doña Constanza Arias?

—¡Señor!

—Recuerda bien...

—Yo...

—Fuiste á decir amores, amores insensatos, á una doncella cuyos padres tenias presos y acusados: esto era abusar de la justicia.

—Yo creia...

—Tú, ciego por ese amor, estuviste á punto de revelar un secreto, que como ministro de justicia habia llegado á tu conocimiento: en aquel secreto estaba el nombre de mi padre...

—¡Señor! ¡Señor!

—¡Tu desacato es imperdonable! Tu falta de sigilo un crímen que no quedará sin castigo.

Aterróse Gilote.

—¿Y qué castigo vais á imponerme, señor? dijo temblando.

—Como magistrado, faltando á tus deberes, por el amor de una mujer, mereces todo el rigor de mi justicia.

—Pero, en fin, señor...

—Elige, Gil Pando: ó morir ahorcado...

—¡Dios mio!

—O casarte con la viuda de Alvaro Gomez de Santaella.

Gilote, que no tenia un pelo de lerdo, comprendió en un solo pensamiento muchas cosas: primero, que el rey habia matado á Alvaro Gomez, por los amores de su mujer: segundo, que la viuda era manceba del rey: tercero, que el rey se vengaba de su ejecucion en estátua, aunque reservada, casándole con su manceba.

Acometióle por lo tanto, y repentinamente, á Gilote un terrible dolor de cabeza.

—Pero, se atrevió á decir, ¿no conoce vuestr señoría, que yo no soy marido apropósito para una dama?

—¿Y por qué querias ser entonces esposo de doña Constanza?

—Yo contaba con seguir en mi oficio de corregidor, con cuyo acostamiento podria mantener mis obligaciones: pero quedando como antes zagal de cabras...

—Al quitarte el oficio de corregidor, que no te compete, te doy uno en que puedes robarme y ponerte rico... te hago receptor de las alcabalas de Toledo.

—¿Y me llevaré conmigo mi mujer?

—Tu mujer se quedará en la córte.

—Pues digo que no me conviene.

—Entonces te ahorco.

—Pues entonces me caso.

—No hay mas que hablar: dame ese proceso y esa sentencia.

—Tomadlos, señor.

—Descuelga ese monigote, y que nadie sepa lo que ha sucedido.

En un momento Gil Pando destruyó el maniquí.

—Ahora haz venir al escribano Alvar Yañez.

Gilote fué por él; cuando el escribano vió al rey se inmutó.

—Es necesario que nadie sepa, le dijo, lo que ha acontecido anoche en la cárcel.

—Descuide vuestra señoría, contestó todo trémulo el escribano.

—Ahora mismo pones, de órden mia, en libertad á todos los presos contenidos en estos autos, menos á Juan Arévalo, á doña Elvira de Herrera, á Salomith y Adonias.

—Muy bien.

—Llevarás á Juan de Arévalo y á doña Elvira de Herrera, al castillo de Triana.

—Muy bien, señor.

—A la media noche, entrarás en el calabozo del

señor Juan de Arévalo con mi agonizante fray Sancho, y despues de haberle leido al preso su sentencia de muerte por envenenamiento á su esposa doña Estrella de Molina, por parricidio en su hija doña Leonor de Arévalo, y por asesinato de don Juan de Arias, le dejarás solo con el agonizante.

—Muy bien: señor.

—Luego irás al calabozo de doña Elvira de Herrera: la notificarás la sentencia por complicidad en el asesinato de su primer marido Iñigo de Arias, y harás, cuando fray Sancho haya concluido con Juan de Ayala, que presente á doña Elvira de Herrera cierta copa que él sabe aliñar.

—Muy bien, señor.

—Darás ademas, al alcaide Diego de Soldevilla, esta lista de caballeros y nobles que han sido presos hoy, por declaracion del señor Juan de Ayala el viejo, y le dirás que es necesario que esos nobles amanezcan mañana colgados de las almenas del castillo, para escarmiento de traidores.

La mayor parte de aquellos hombres, pertenecian á la conspiracion de la iglesia de San Juan de la Palma.

—Inmediatamente, continuó el rey, conducirás al alcázar á Salomith y á Adonias.

—Muy bien, señor.

—Vete, y avisa al señor Pero Angulo de Vadillo,

que está en las antecámaras, que entre.

Entró Pero Angulo, que era un caballero anciano, y con él el cabildo.

Hizo Gilote la solemne entrega de su vara de corregidor, en las manos de Pero Angulo, juró este en las manos del rey, y seguidamente don Pedro, llevando consigo el proceso y la sentencia é item mas á Gilote, que iba aturdido por lo que le acontecia, se restituyó al alcázar, en donde encerró en una camara, para que no se le escapase, al aturdido excorregidor.

Aquella noche, porque el rey era ejecutivo en todo, Gil Pando, receptor por el rey de las alcabalas de Toledo, entregó su rústica mano á doña Inés de Alvarado en la capilla del alcázar: el rey era padrino de la boda.

Cuando los nuevos desposados volvieron á su casa, doña Inés notó que habia á la puerta algunas acémilas.

—¿Para qué es esto? dijo temblando la dama.

—Es para mí, que en este momento me separo de vos, señora esposa, contestó todo mohino Gilote: mi oficio de receptor me llama con urgencia á Toledo: será muy posible que solo nos veamos una vez al año y por poco tiempo: y tened en cuenta que no me he casado con vos sino por no ser ahorcado.

—Tened en cuenta vos, que tampoco me hubiera

yo casado con vos sino por mi desdicha.

—Entonces, señora, estamos iguales; con que adios.

Y montó en una mula.

—Id con Dios, señor, dijo doña Inés, y entró en su casa.

Al poco espacio se abrió aquella puerta y entró un hombre: era el rey, que no salió hasta el amanecer.

—El ha hecho justicia en mí, dijo don Pedro: el patan ha podido mas que yo; pero yo en cambio me vengo de él cumplidamente: ¡vive Dios que vale un mundo la esposa del corregidor Gilote!

En aquel mismo punto, y en la majada de los pastores, donde Gilote habia pasado la noche, decia este montando en su mula y despidiéndose del tio Marquillos.

—Maldita sea la hora en que yo dí lugar á que el rey me hiciese corregidor: he conocido á doña Constanza Arias, y me han casado con doña Inés de Alvarado.

—Siempre ha sido espuesto jugar con el leon, Gilote, dijo el tio Marcos, y ya te he dicho que no es la miel para la boca del asno. Con que hijo, que Dios te dé suerte, y hasta mas ver..

Suspiró profundamente Gilote y siguió su ruta hácia Toledo.

FIN DEL LIBRO TERCERO.

EPILOGO.

Lo que nos resta por decir lo adivinarán sin duda nuestros lectores.

El rey honró á sus dos hermanos bastardos Deogracias y Adonias, sin decirles el misterio de su nacimiento; les compró padres, que los reconocieron por dar gusto al rey, y Deogracias se llamó Pedro de Villoslada, y Adonias Juan de Escalante.

El señor Pedro de Villoslada, alconero mayor del rey, caballero de su consejo y cámara, casó con doña Elvira de Ayala, hija de Juan de Ayala el viejo.

El señor Juan Escalante, contador mayor del rey

caballero de su consejo y cámara, casó con doña Constanza Arias, huérfana y dama de doña María de Padilla.

En cuanto á Salomith, le fué mas difícil al rey, ponerla en razon: sus celos y su venganza la enloquecian: al fin, á fuerza de halagos y seducciones, consintió en ser presentada á su madre doña Estrella de Molina, que olvidó todas sus desgracias al estrechar entre sus brazos á su perdida doña Leonor, cuya hermosura la llenaba de orgullo, y á quien creia pura como un sol.

Esta doña Leonor de Arévalo, aparece en las crónicas casada con un noble caballero de la montaña, cuyos cuatro hijos tenia junto á sí y muy favorecidos por el rey, en calidad de pajes.

Juan Fernandez de Hinestrosa y su hermana, se vieron obligados á tener paciencia, y esta señora casó mas adelante con Juan Carrillo, que se prestó á dar su nombre á un don Juan, que aparece en el testamento del rey don Pedro cómo su hijo bastardo.

Por último, algunos dias despues de la ejecucion en efigie del rey, se vió con asombro por los habitantes de Sevilla, en la misma esquina, junto á la cual se encontró muerto al señor Alvaro Gomez de Santaella, el busto de piedra del rey, con corona, manto real, y dogal al cuello.

Desde entonces variaron de nombre dos calles: la una se llama del CANDILEJO, la otra de la CABEZA DEL REY DON PEDRO.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTE LIBRO.

Páginas.

PROLOGO. 5

LIBRO PRIMERO.—Capitulo primero.—En que se demuestra que un cepo de ánimas puede servir para muchas cosas, y que no es prudente fiar en la soledad de una calle.. 9

Cap. II—De lo que vió Salomith en la iglesia de San Juan de la Palma, y de cómo dió muestras de ser valiente de una manera escesiva. 37

Cap. III—De cómo doña María de Hinestrosa conoció que es una jactancia creer que hay preservativos para el amor. 55

Cap. IV—Thamar. 80

Cap. V—En que se sabe lo que habia de comun entre el rey don Pedro, Adonias y Thamar. 98

Cap. VI—De cómo los ódios y los bandos políticos son bastantes para amalgamar judíos y cristianos, nobles y plebeyos, pobres y ricos 117
LIBRO II—Capitulo primero.—De cómo Deogracias sabia disimular, y de cómo vió lo que nunca creyó haber visto. 153
Cap. II—De cómo el rey tuvo un motivo mas para que no le pesase el haber dado muerte á Santaella. . 206
Cap. III—Doña María de Padilla. 217
Cap. IV—De cómo Salomith no era mujer para aguantar celos, y de cómo Saul fué á meterse confiadamente en la boca del lobo. 235
Cap. V—Aventuras. 263
Cap. VI—De cómo el rey arrastraba de espadas al primer envite. 274
Cap. VII—El rey caza. 287
Cap. VIII—La hermosa penitente de las ruinas. . . 297
Cap. IX—Continuacion del anterior.—La mujer fuerte. 317
Cap. X—Empeños de la edad media.—Continuacion del anterior. 340
Cap. XI—Segunda parte de la historia de la ermitaña. 352
LIBRO III.—Capitulo primero.—De cómo Deogracias, de un tropezon en otro, vino á encontrarse de repente, y cuando menos lo pensaba, enamorado. 379
Cap. II—Un corregidor como no ha tenido dos Sevilla. 392
Cap. III—De cómo el rey conoció que se habia transformado enteramente el acólito Deogracias. . . 404
Cap. IV—De cómo se arregló el casamiento de Deogracias. 414
Cap. V—De cómo empezó sus tareas de corregidor Gilote el zagal. 420

Cap. VI—Doña Elvira de Herrera. 433
Cap. VII—De cómo el corregidor daba palos de ciego. 414
Cap. VIII—Del poco fruto que sacaron de sus pesquisas Juan Diente y Rodrigo Perez de Castro. . . 454
Cap. IX—De cómo no era cosa fácil jugar con el corregidor. 469
Cap. X—De cómo el rey encontró la venganza de Salomith sobre su camino. 490
Cap. XI—De cómo Gil Pando empezó á conocer las amarguras y compromisos del cargo de corregidor. 514
Cap. XII—De los consejos sanos y provechosos que dió el mayoral Marquillos á su antiguo zagal Gilote. 537
Cap. XIII—De cómo el corregidor Gil Pando conoció que el ovillo que buscaba era una maraña que tenia muchos hilos. 549
Cap. XIV—De cómo la madeja se enmarañó mas y mas, sin que Gilote dé con el cabo mas importante. 584
Cap. XV—En que se aclaran algunos otros enredos. 628
Cap. XVI—Justicia contra justicia. 662
Epilogo. 679

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

		Páginas.
1.ª	Portada.	
2.ª	Sígueme: aquí no estamos bien. . . .	90
3.ª	Toma, y usa á tiempo de él, si sirviéndome te vés en algun peligro.	167
4.ª	El sentenciado se asió con mas fuerza al manto de la Vírgen. . . . . : .	315
5.ª	Al verla este lanzó un agudo grito y se retiró dos pasos..	399
6.ª	Lo juro, contestó maquinalmente Gilote. .	402
7.ª	Venid acá, señor: ¿veis este lecho de cuero?	557

321065

Author Hernández y González, Manuel LS

Title La cabeza del rey D. Pedro. F3674c

Ho.4

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED